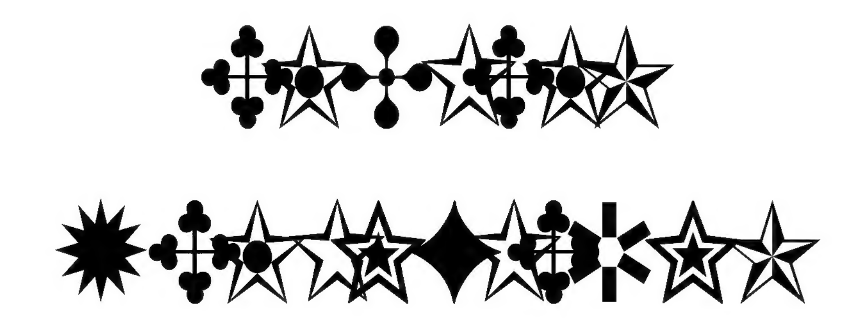
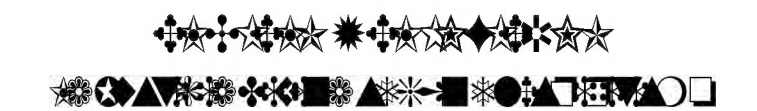
El Cielo y el Infierno

Allan Kardec







CONTIENE

El examen comparado de las doctrinas sobre el tránsito de la vida corporal a la vida espiritual, las penas y las recompensas futuras, los ángeles y los demonios, las penas eternas, etc., seguido de numerosos ejemplos sobre la situación real del alma durante y después de la muerte

POR

ALLAN KARDEC

PREFACIO

El título de esta obra indica claramente su objetivo. Hemos reunido en ella todos los elementos propios para ilustrar al hombre sobre su destino. Como en los demás escritos sobre la doctrina espiritista, no hemos puesto nada que sea el producto de un sistema preconcebido o de una concepción personal, que no tendría ninguna autoridad. Todo es deducción de la observación y de la concordancia de los hechos.

El Libro de los Espíritus contiene las bases fundamentales del Espiritismo. Es la piedra angular de edificio, encierra todos los principios de la doctrina, hasta los que deben coronar la obra. Pero era preciso que le diéramos su desarrollo, deduciendo todas sus consecuencias y sus aplicaciones a medida que se desenvolvieran por la enseñanza complementaria de los espíritus y por nuevas observaciones. Esto es lo que hicimos en *El Libro de los Médiums* y en *El Evangelio según el Espiritismo*, desde puntos de vista especiales. Esto mismo es lo que hacemos ahora en esta obra desde otro punto de vista, y lo que haremos sucesivamente en las que nos falta publicar, las cuales vendrán a su tiempo.

Las nuevas ideas no fructificaran sino cuando la tierra está bien preparada para recibirlas. Pero por tierra preparada no deben entenderse algunas inteligencias precoces que sólo producirán frutos aislados, sino cierto conjunto en la predisposición general, con el fin de que no sólo dé frutos abundantes, sino que encontrando la idea mayor número de puntos de apoyo, encuentre también menos oposición y sea más fuerte para resistir a sus antagonistas.

Con *El Evangelio según el Espiritismo* se dio un paso más, con *El Cielo y el Infierno* se dirige al blanco de ciertas cuestiones. Pero no debía venir más pronto.

Si consideramos la época en que ha venido el Espiritismo, conoceremos sin mucho trabajo que ha llegado oportunamente. Ni demasiado tarde ni demasiado pronto. Más pronto hubiera abortado, porque no siendo muchas las simpatías, hubiera sucumbido bajo los golpes de sus adversarios. Más tarde, le hubiera faltado la ocasión favorable para manifestarse, las ideas pudieran haber tomado otro curso, del cual hubiera sido difícil desviarlas. Era preciso dejar a las ideas viejas el tiempo necesario para que se gastaran probando su insuficiencia, antes de aparecer otras nuevas.

Las ideas prematuras abortan, porque no se está bastante preparado para comprenderlas, y por otra parte, no se hace sentir aún la necesidad de un cambio de posición. Es evidente para todos que se manifiesta un inmenso movimiento en la opinión. Que se opera una reacción formidable en sentido progresivo contra el espíritu estacionario o retrógrado de la doctrina. Los que están satisfechos hoy, serán los impacientes de mañana. La Humanidad está en los dolores de un parto laborioso. En el aire hay alguna materia, una fuerza irresistible que la empuja hacia adelante: es como un joven que sale de la adolescencia y entrevé nuevos horizontes sin que pueda definirlos, y sacude los pañales de la infancia. Se ve algún hecho mejor, alimentos más sólidos para la razón, pero esta mejora está aún en la vaguedad. Se busca, todos trabajan al objeto, tanto el creyente como el escéptico, desde el jornalero hasta el sabio. El Universo es un vasto taller. Los unos derriban, los otros reconstruyen. Cada uno talla una piedra para el nuevo edificio, cuyo plano definitivo sólo posee el gran Arquitecto, cuya economía no se comprenderá hasta que sus formas empezarán a destacarse de su base. Este es el momento que la soberana Sabiduría ha elegido para el advenimiento del Espiritismo.

Los espíritus que presiden el gran movimiento regenerador obran, pues, con más prudencia y previsión que los hombres, porque ellos abarcan la marcha general de los acontecimientos, mientras que nosotros sólo vemos el limitado círculo de nuestro horizonte. Habiendo llegado los tiempos de la renovación según los decretos divinos, era preciso que en medio de las ruinas del viejo edificio, el hombre, para no desanimarse, viese el fundamento de un nuevo orden de

acontecimientos. Era preciso que el marinero viera la estrella polar que debe conducirle al puerto.

La prudencia de los espíritus que se han manifestado en la aparición del Espiritismo, revelada casi instantáneamente por toda la Tierra en la época más propicia, no es menos evidente que en el orden y la gradación lógica de las revelaciones complementarias sucesivas. No depende de nadie el restringir su voluntad con respecto a ello, porque no miden sus enseñanzas según la impaciencia de los hombres. No nos basta decir: "Quisiéramos tener tal cosa" para que se nos dé. Nos conviene aún menos decir a Dios: "Juzgamos que el momento preciso ha llegado, para que Vos nos deis tal cosa, nos juzgamos bastante adelantados para recibirla", porque esto sería lo mismo que si dijéramos: "Nosotros sabemos mejor que Vos lo que conviene hacer." Los espíritus contestan a los impacientes lo siguiente: "El primer lugar, empezad por aprender bien, comprender bien y sobre todo practicar bien lo que sabéis, a fin de que Dios os considere dignos de que se os enseñe más. Después, cuando llegue el momento, sabremos obrar y elegiremos nuestros elementos."

La *primera parte* de esta obra, titulada *Doctrina*, contiene el examen comparado de las diversas creencias sobre el cielo y el infierno, los ángeles y los demonios, las penas y las recompensas futuras. El dogma de las penas eternas se trata de un modo especial y se refuta con argumentos sacados de las leyes de la misma Naturaleza, que no sólo demuestran la parte ilógica, repetida cien veces, sino la imposibilidad material. Con las penas eternas caen, naturalmente, las consecuencias que se creería poder sacar de aquéllas.

La *segunda parte* encierra numerosos ejemplos en apoyo de la teoría, o mejor dicho, que han servido para establecer la teoría. Tienen su autoridad en la diversidad de los tiempos y lugares en donde se obtuvieron, porque si dimanasen de un solo origen, podrían considerarse como producto de una misma influencia. La tienen, además, en su concordancia con aquello que se obtiene todos los días, por todas partes en donde se ocupan de las manifestaciones espiritistas bajo el prisma formal y filosófico.

Estos ejemplos hubieran podido multiplicarse hasta el infinito, porque no hay ningún centro espiritista que no pueda presentar un número notable de ellos. Para evitar las repeticiones fastidiosas, los hemos tenido que elegir entre los más instructivos. Cada uno de estos ejemplos es un estudio en el que todas las palabras tienen su importancia y su objetivo para que los mediten con atención, porque de cada punto brota una luz sobre la situación del alma después de la muerte y el tránsito, hasta entonces tan oscuro y temido de la vida corporal a la vida espiritual. Es la guía del viajero antes de entrar en un país nuevo para él. La vida de ultratumba se desenvuelve a su vista bajo sus aspectos como un vasto panorama. Todos sacarán de ello nuevos motivos de esperanza y de consuelo y nuevos apoyos para afianzar su fe en el porvenir y en la justicia de Dios.

En estos ejemplos, tomados en su mayor parte de los hechos contemporáneos, hemos prescindido de los nombres propios cuantas veces lo hemos juzgado útil, por consideraciones fáciles de apreciar. Aquellos a quienes puedan interesar estos ejemplos los reconocerán fácilmente. Para el público, nombres más o menos conocidos y algunas veces muy oscuros, de nada hubieran servido para la instrucción que de aquéllos pueda sacarse.

Las mismas razones que nos hicieron callar los nombres de los médiums en *El Evangelio según el Espiritismo*, han hecho que nos abstuviéramos de nombrarlos en esta obra, más por el porvenir que por el presente. Los *médiums* no están interesados en ello porque no podrían atribuirse un hecho en el que su propio espíritu no toma ninguna participación. Por otra parte la mediumnidad no está vinculada a tal o cual individuo. Es una facultad fugitiva, subordinada a la facultad de los espíritus que quieren comunicarse, que se posee hoy y que al día siguiente puede faltar, que nunca es aplicable a todos los espíritus sin distinción, y por lo mismo, no constituye un mérito personal como lo sería el talento adquirido por el trabajo y los esfuerzos de la inteligencia. Los médiums sinceros, aquéllos que comprenden la gravedad de su misión, se consideran como instrumentos que

la voluntad de Dios puede romper cuando le plazca, si no obran según sus miras. Son felices por tener una facultad que les permite hacerse útiles, pero no se envanecen por ello. Por lo demás, sobre este punto hemos seguido los consejos de nuestros guías espirituales.

La Providencia ha querido que la nueva revelación no sea privilegio de nadie, sino que tenga sus órganos por toda la Tierra, en todas las familias, tanto en los grandes como en los pequeños. Según estas palabras que hoy cumplen los médiums de nuestros días: "Y acontecerá en los postreros días -dice el Señor- que yo derramaré de mi espíritu sobre toda carne, profetizarán vuestros hijos, vuestras hijas y vuestros mancebos verán visiones, vuestros ancianos soñarán sueños. Y ciertamente en aquellos días derramaré de mi espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas y profetizarán" (*Hechos de los apóstoles*, Cáp. II, v. 17 y 18).

Mas declara también: Habrá falsos Cristos y falsos profetas (*El Evangelio según el Espiritismo*, Cáp. XXI).

Pues estos últimos tiempos han llegado ya. No el fin del mundo material, como se ha creído, sino el fin del mundo moral, es decir, la era de la regeneración.

PRIMERA PARTE

DOCTRINA

CAPÍTULO I

El porvenir y la nada

1. Vivimos, pensamos, obramos, he aquí lo positivo: moriremos, esto no es menos cierto. Pero dejando la Tierra, ¿a dónde vamos? ¿Qué es de nosotros? ¿Estaremos mejor o peor? ¿Seremos o no seremos? *Ser o no ser*: tal es la alternativa, es para siempre o para nunca jamás, es todo o nada, viviremos eternamente o todo se habrá concluido para siempre. Bien merece la pena pensar en ello.

Todo hombre siente el deseo de vivir, de gozar, de querer, de ser feliz. Decid a uno que sepa que va a morir que vivirá todavía, que su hora no ha llegado, decidle sobre todo que será más feliz de lo que ha sido, y su corazón palpitará de alegría. ¿Pero por qué estas aspiraciones de dicha, si un soplo puede desvanecerlas?

¿Acaso existe algo más aflictivo que el pensamiento de la absoluta destrucción? Puros afectos, inteligencia, progreso, saber laboriosamente adquirido, todo esto sería perdido, aniquilado. ¿Qué necesidad habría de esforzarse en ser mejor, reprimirse para refrenar sus pasiones, fatigarse en adornar su inteligencia, si no debe uno recoger de todo fruto alguno, sobre todo con el pensamiento de que mañana quizá no nos sirva ya para nada? Si así sucediese, el destino del hombre sería cien veces peor que el del bruto, porque el bruto vive enteramente para el presente, para satisfacción de sus apetitos materiales, sin aspiración al porvenir. Una intuición íntima afirma que esto no es posible.

2. Con la creencia en la nada, el hombre concentra forzosamente todos sus pensamientos sobre la vida presente, y no es posible, en efecto, preocuparse lógicamente de un porvenir en el cual no se cree. Esa preocupación exclusiva del presente que conduce naturalmente a pensar en sí mismo ante todo es, pues, el más poderoso estimulante del egoísmo, y el incrédulo es consecuente consigo mismo cuando deduce esta conclusión: “Gocemos mientras estamos aquí, gocemos lo más posible, puesto que con nosotros todo concluye. Gocemos aprisa, porque ignoramos cuánto durará esto.” Y este otro argumento, mucho más grave para la sociedad: “Gocemos a pesar de todo, cada uno para sí. La dicha aquí es del más listo.”

Si el respeto humano detiene a algunos, ¿qué freno tendrán aquellos que nada temen? Dicen que la justicia humana sólo alcanza a los torpes, por esto discurren cuanto pueden para eludirla. Si hay una doctrina *malsana* y *antisocial*, seguramente es la del *nihilismo*, porque rompe los verdaderos lazos de la solidaridad y de la fraternidad, fundamentos de las relaciones sociales.

3. Supongamos que, por una circunstancia cualquiera, todo un pueblo adquiere la certeza de que dentro de ocho días, de un mes, de un año si se quiere, habrá desaparecido, que ni un solo individuo sobrevivirá, y que no quedará ni huella del mismo después de la muerte. ¿Qué hará durante este tiempo? ¿Trabajará para su mejoramiento e instrucción? ¿Se sujetará al trabajo para vivir? ¿Respetará los derechos, lo intereses y la vida de sus semejantes? ¿Se someterá a las leyes, a una autoridad, cualquiera que sea, incluso la más legítima: la autoridad paternal? ¿Se obligará a algún deber? Seguramente que no. Pues bien, lo que no sucede en masa, la doctrina del nihilismo lo realiza cada día aisladamente.

Si las consecuencias no son tan desastrosas como lo pudieran ser, es primeramente porque la mayor parte de los incrédulos tienen más fanfarronería que verdadera incredulidad, más duda que convicción, porque tienen miedo del que manifiesta al anonadamiento. El título de *espíritu fuerte*, lisonjea su amor propio. Además, los incrédulos absolutos están en ínfima minoría, sufren, a pesar suyo, el ascendiente de la opinión contraria, y son contenidos por una fuerza material. Pero si la incredulidad absoluta fuese un día la opinión de la mayoría, la sociedad quedaría disuelta. A esto tiende la propaganda de la idea del nihilismo.[1]

1. Un joven de dieciocho años padecía de una enfermedad de corazón declarada incurable. La ciencia

había dicho: puede morir tanto dentro de ocho días, como dentro de dos años, pero no pasará de ahí. Lo supo el joven, y al momento abandonó los estudios y se entregó a todos los excesos. Cuando se le decía lo peligroso que era en su situación esa vida desordenada, contestaba: "¡Qué me importa, puesto que sólo he de vivir dos años! ¿A qué cansar mi imaginación? Yo disfruto de lo que me resta y quiero divertirme hasta el fin."

He aquí la consecuencia lógica del nihilismo. Si este joven hubiese sido espiritista, habría sostenido: "La muerte sólo destruirá mi cuerpo, que dejaré como un vestido viejo, pero mi espíritu vivirá siempre. Yo seré en la vida futura lo que habré procurado ser en ésta. Nada de cuanto pueda adquirir en cualidades morales e intelectuales será perdido, y redundará en provecho de mi adelanto. Todos los defectos de que me despoje son un paso más hacia la felicidad. Mi dicha o mi desgracia venideras dependen de la utilidad o inutilidad de mi existencia presente. Me interesa mucho aprovechar el poco tiempo que me queda, y evitar cuanto pueda debilitar mis fuerzas."

De estas dos doctrinas, ¿cuál es la preferible?

Cualesquiera que sean las consecuencias, si el nihilismo fuese una verdad habría que aceptarlo. Y no serían ni sistemas contrarios, ni el temor del mal que resultaría, los que podrían impedir que lo fuese. No hay, pues, que hacerse ilusiones. El escepticismo, la duda, la indiferencia, aumentan cada día, a pesar de los esfuerzos de la religión. Si la religión es impotente contra la incredulidad es porque le falta algo para combatirla, de manera que si permaneciese inactiva en un tiempo dado, sería infaliblemente vencida. Lo que le falta en este siglo de positivismo, en el que se quiere comprender antes que creer, es la sanción de esas doctrinas por hechos positivos, así como la concordancia de ciertas doctrinas con los datos positivos de la ciencia. Si ésta dice blanco y los hechos dicen negro, hay que optar entre la evidencia o la fe ciega.

4. En tal situación, el Espiritismo viene a oponer un dique a la invasión de la incredulidad, no sólo con el raciocinio, no sólo con la perspectiva de los peligros que trae consigo, sino más bien con hechos materiales, haciendo palpables al tacto y a la vista el alma y la vida futura.

Cada uno es libre, sin duda alguna, en su creencia, de creer algo o de no creer nada. Pero aquellos que quieren hacer prevalecer en la mente de las masas, de la juventud sobre todo, la negación del porvenir apoyándose en la autoridad de su saber y del ascendiente de su posición, siembran en la sociedad gérmenes de turbación y de disolución, y contraen una grave responsabilidad.

5. Hay otra doctrina que asegura no ser materialista, porque admite la existencia de un principio inteligente fuera de la materia: es la de *la absorción en el todo universal*. Según esta doctrina, cada individuo se apropia desde su nacimiento una partícula de este principio, que constituye su alma, y le da la vida, la inteligencia y el sentimiento. A la muerte, ese alma vuelve al centro común y se pierde en el infinito, como una gota de agua en el océano.

Esta doctrina, sin duda alguna, es preferible al materialismo puro, puesto que admite algo, y el otro no admite nada. Pero las consecuencias son exactamente las mismas. Que el hombre sea sumido en la nada o en un depósito común, es igual para él. Si en el primer caso está destruido, en el segundo pierde su individualidad, esto es, como si no existiera. Las relaciones sociales quedan destruidas, lo esencial para él es la conservación de su *yo*. Sin esto, ¿qué importa ser o no ser? El porvenir para él es siempre nulo, y la vida presente es lo único que le preocupa e interesa. Desde el punto de vista de sus consecuencias morales, esta doctrina es tan malsana, tan desconsoladora, tan excitante del egoísmo como el materialismo puro.

6. Se puede, además, formular la objeción siguiente contra esa doctrina: todas las gotas de agua procedentes del océano se asemejan y tienen propiedades idénticas, como las partes de un mismo todo. ¿Por qué las almas, si proceden de ese gran océano de la inteligencia universal, se asemejan tan poco? ¿Por qué el genio al lado de la estupidez? ¿Las virtudes más sublimes al lado de los vicios más vergonzosos? ¿La bondad, la dulzura, la mansedumbre, al lado de la maldad, de la crueldad y la barbarie? ¿Cómo difieren tanto unas de otras partes de un todo homogéneo? Se dirá. Acaso, que es la educación la que las modifica. Pero entonces, ¿de dónde proceden las cualidades

innatas, las inteligencias precoces, los instintos buenos y malos, independientes de toda educación y muy a menudo poco en armonía con los ámbitos en que se desarrollan?

La educación, sin duda alguna, modifica las cualidades intelectuales y morales del alma. Pero aquí surge otra dificultad. ¿Quién da al alma la educación para hacerla progresar? Otras almas que, siendo de un mismo origen, no deben estar más adelantadas. Por otra parte, el alma, volviendo al Todo Universal de donde salió, después de haber progresado durante la vida, lleva allí un elemento más perfecto, de lo que se deduce que ese todo, con el tiempo, debe encontrarse profundamente modificado y mejorado. ¿Cuál es la causa de que incesantemente salgan almas ignorantes y perversas?

7. En esa doctrina, el manantial universal de inteligencia que provea las almas humanas es independiente de Dios. No es precisamente el *panteísmo.* El *panteísmo*, propiamente dicho, difiere porque considera el principio universal de vida y el de inteligencia como constituyendo la Divinidad. Dios es a la vez espíritu y materia. Todos los seres, todos los cuerpos de la Naturaleza componen la Divinidad, de la que son moléculas y elementos constitutivos. Dios es el conjunto de todas las inteligencias reunidas. Cada individuo, siendo una parte del todo, es Dios mismo, ningún ser superior e independiente manda al conjunto. El Universo es una inmensa república sin jefe o, más bien, en ella cada uno es jefe con un poder absoluto.

8. A este sistema se pueden oponer numerosas objeciones, de las cuales las principales son: No pudiéndose comprender la Divinidad sin perfecciones infinitas, uno se pregunta: ¿Cómo un todo perfecto puede componerse de partes tan imperfectas y que tienen necesidad de progresar? Estando cada parte sometida a la ley del progreso, resulta que el mismo Dios debe progresar. Si progresa sin cesar, debió ser en el principio muy imperfecto. ¿Cómo un ser imperfecto, compuesto de voluntades e ideas tan divergentes, pudo concebir leyes tan armoniosas de tan admirable unidad, sabiduría y previsión como las que rigen el Universo? Si todas las almas son porciones de la Divinidad, todas han contribuido a formar las leyes de la Naturaleza. ¿A qué se debe que estén murmurando sin cesar contra esas leyes que ellas hicieron? *Una teoría no puede ser aceptada como verdadera más que con la condición de satisfacer la razón y dar cuenta de todos los hechos que abraza. Si solamente un hecho viene a desmentirla, es porque no está en lo verdadero en absoluto.*

9. Desde el punto de vista moral, las consecuencias son también ilógicas. Por de pronto es para las almas, como en el sistema precedente, la absorción en un todo y la pérdida de la individualidad. Si se admite, según la opinión de algunos panteístas, que conservan su individualidad, Dios no tiene ya una voluntad única, es un compuesto de millones de voluntades divergentes. Siendo, pues, cada alma parte integrante de la Divinidad, ninguna es dominada por una potencia superior. No asume, por consiguiente, ninguna responsabilidad por sus actos buenos o malos, ni tiene interés alguno en hacer el bien, y puede hacer el mal impunemente, puesto que es señora soberana.

10. Además de que estos sistemas no satisfacen ni a la razón ni a las aspiraciones del hombre, se tropieza, como vemos, con dificultades insuperables, porque no pueden resolver todas las dudas que de hecho suscitan. *El hombre tiene, pues, tres alternativas: la nada, la absorción, o la individualidad del alma antes y después de la muerte*. La lógica nos conduce inevitablemente a esta última creencia. Es también la que ha sido el fundamento de todas las religiones desde que el mundo existe.

Si la lógica nos conduce a la individualidad del alma, nos trae también esta otra consecuencia: que la suerte de cada alma debe depender de sus cualidades personales, porque sería irracional admitir que el alma rezagada del salvaje y la del hombre perverso estuviesen al nivel de las del sabio y del hombre de bien. Según la justicia, las almas deben tener la responsabilidad de sus actos. Pero para que sean responsables, es menester que sean libres de escoger entre el bien y el

mal. Sin el libre albedrío hay fatalidad, y con la fatalidad no cabe la responsabilidad.

11. Todas las religiones han admitido igualmente el principio de la suerte feliz o desgraciada de las almas después de la muerte, es decir, de las penas y de los goces futuros que se resumen en la doctrina del cielo y del infierno, que se encuentra en todas partes. Pero en lo que difieren esencialmente es en la naturaleza de esas penas y de esos goces y, *sobre todo*, en las circunstancias que pueden merecer las unas y los otros. De aquí puntos de fe contradictorios que han hecho surgir diferentes cultos, y los deberes particulares impuestos por cada uno de ellos para adorar a Dios, y por este medio ganar el cielo y evitar el infierno.

12. Todas las religiones han debido, en su origen, estar en proporción o relación con el grado de adelanto moral e intelectual de los hombres. Éstos, todavía demasiado materiales para comprender el mérito de las cuestiones puramente espirituales, han hecho consistir la mayor parte de los deberes religiosos en el cumplimiento de formas exteriores. Durante cierto tiempo, esas formas bastaron a su razón. Más tarde, haciéndose la luz en su inteligencia, sienten el vacío que dejan las formas tras de sí, y si la religión no llena este vacío, la abandonan y se vuelven filósofos.

13. *Si la religión, apropiada en un principio a los conocimientos limitados de los hombres, hubiese seguido siempre el movimiento progresivo del espíritu humano, no habría incrédulos, porque está en la del hombre la necesidad de creer, y creerá si se le da un alimento espiritual en armonía con sus necesidades intelectuales.*

El hombre quiere saber de dónde viene y a dónde va. Si se le señala un fin que no corresponda ni a sus aspiraciones ni a la idea que se forma de Dios, ni a los datos positivos que le suministre la ciencia; si además se le imponen para alcanzarlo condiciones cuya utilidad no admite su razón, todo lo rechaza. El materialismo y el panteísmo le parecen aún más racionales, porque en ellos se discute y se raciocina. Es un raciocinio falso, es verdad, pero prefiere razonar en falso a dejar de razonar. Pero que se le presente un porvenir con condiciones lógicas, digno en todo de la grandeza, de la justicia y de la infinita bondad de Dios, y abandonará el materialismo y el panteísmo, cuyo vacío siente en su fuero interno, y que admitió únicamente por no saber nada mejor.

El Espiritismo da algo mejor, y por eso es acogido tan fervorosamente por todos aquellos a quienes atormenta la punzante incertidumbre de la duda, y que no encuentran ni en las creencias ni en las filosofías vulgares lo que buscan. Tiene a su favor la lógica del raciocinio y la sanción de los hechos, y por esto se le ha combatido inútilmente.

14. El hombre tiene instintivamente la creencia en el porvenir. Pero no teniendo hasta hoy ninguna base cierta para definirlo, su imaginación ha forjado sistemas que han traído la diversidad de creencias. No siendo la doctrina espiritista sobre el porvenir una obra de imaginación más o menos ingeniosamente expresada, y sí el resultado de la observación de hechos materiales que se desarrollan hoy a nuestra vista, reunirá, como lo hace ya actualmente, las opiniones divergentes o flotantes, y traerá poco a poco y por la fuerza natural de las cosas la unidad de creencias sobre este punto, creencia que no tendrá por base una hipótesis, sino una certeza. *La unificación hecha en lo relativo a la suerte de las almas será el primer punto de contacto entre los diferentes cultos, un paso inmenso hacia la tolerancia religiosa primero, y más tarde hacia la fusión.*

CAPÍTULO II

Temor a la muerte

Causas del temor a la muerte

1. El hombre, a cualquier grado de la escala a que pertenezca, desde el estado salvaje, tiene el sentimiento innato del porvenir. Su intuición le dice que la muerte no es la última palabra de la existencia, y que aquellos cuya memoria recordamos no son perdidos para siempre. La creencia en el porvenir es intuitiva y muchísimo más generalizada que la del nihilismo. ¿A qué se debe, pues, que entre aquellos que creen en la inmortalidad del alma se encuentra todavía tanto apego a las cosas de la materia y tanto temor a la muerte?

2. El temor a la muerte es un efecto de la sabiduría de la Providencia y una consecuencia del instinto de conservación, común a todos los seres vivientes. Es necesario, mientras, que el hombre no esté bastante enterado de las condiciones de la vida futura, como contrapeso a la propensión que, sin este freno, le induciría a dejar prematuramente la vida terrestre y descuidar el trabajo que debe servir para su adelanto.

Por eso, para los pueblos primitivos el porvenir sólo es una vaga intuición. Más tarde, una sencilla esperanza, y después, una certeza, pero todavía neutralizada por un secreto apego a la vida corporal.

3. A medida que el hombre comprende mejor la vida futura, el temor a la muerte disminuye. Pero al mismo tiempo comprende mejor su misión en la Tierra, y espera su fin con más calma, resignación y sin temor.

La certeza de la vida futura da otro curso a sus ideas, otro objeto a sus trabajos. Antes de tener certeza, sólo trabaja para la vida actual. Con esta certidumbre, trabaja en vista del porvenir sin descuidar el presente, porque sabe que su porvenir depende de la dirección más o menos buena que da al presente. La seguridad de volver a encontrar a sus amigos después de la muerte, de continuar las relaciones que tuvo en la Tierra, *de no perder el fruto de ningún trabajo*, de aumentar sin cesar en inteligencia y en perfección, le da la paciencia de esperar y el valor para soportar las fatigas momentáneas de la vida terrestre. La solidaridad que ve establecerse entre los difuntos y los vivientes le hace comprender la que debe existir entre los vivos. La fraternidad tiene desde entonces su razón de ser y la caridad un objeto en el presente y en el porvenir.

4. Para liberarse del temor a la muerte, hay que contemplar a ésta desde el verdadero punto de vista, es decir, haber penetrado, con el pensamiento, en el mundo espiritual y haberse formado del porvenir una idea lo más exacta posible, lo que manifiesta en el espíritu encarnado cierto desarrollo y cierta aptitud para desembarazarse de la materia. Para aquellos que no están lo suficientemente adelantados, la vida material es preferible a la vida espiritual.

El hombre, interesándose por lo exterior, no ve la vida más que en el cuerpo, mientras que la vida real está en el alma. Estando el cuerpo privado de vida, cree que todo está perdido, y se desespera. Si en lugar de concentrar su pensamiento sobre el vestido exterior lo fijase en el origen de la vida, en el alma, que es el ser real que sobrevive a todo, se dolería menos de su cuerpo, origen de tantas miserias y dolores. Pero para esto se necesita una fuerza que el espíritu sólo adquiere con la madurez.

El temor a la muerte procede, pues, de la insuficiencia de las nociones de la vida futura, pero manifiesta la necesidad de vivir, y el miedo de que la destrucción del cuerpo sea el fin de todo está provocado por el secreto deseo de la supervivencia del alma, todavía semioculta por la incertidumbre.

El temor se debilita a medida que la certeza se forma, y desaparece cuando la certidumbre es

completa.

He aquí el lado providencial de la cuestión. Era prudente no deslumbrar al hombre cuya razón no era todavía lo bastante fuerte para soportar la perspectiva, demasiado positiva y seductora, de un porvenir que le habría hecho descuidar el presente, necesario a su adelantamiento material e intelectual.

5. Este estado de cosas es mantenido y continuado por causas puramente humanas, que desaparecerán con el progreso.

La primera es el aspecto bajo el cual está representada la vida futura, aspecto que bastaría a inteligencias poco adelantadas, pero que no puede satisfacer las exigencias de la razón de hombres que reflexionan. Luego, refieren estos, si se nos presentan como verdades absolutas principios contradictorios por la lógica y los datos positivos de la ciencia, es que no son tales verdades. De aquí, en algunos, la incredulidad, y en muchos, una creencia mezclada con la duda.

La vida futura es para ellos una idea vaga, una probabilidad más que una certidumbre absoluta. Creen en ella, quisieran que así fuese, pero a pesar suyo dicen: "Sin embargo, ¿y si no fuese así? El presente es positivo, ocupémonos de él por de pronto, el porvenir vendrá por añadidura." Y después, dicen: "¿Qué es en definitiva el alma? ¿Es un punto, un átomo, una chispa, una llama? ¿Cómo siente, cómo ve, cómo percibe?" El alma no es para ellos una realidad efectiva, sino una abstracción. Los seres que les son amados, reducidos al estado de átomos en su pensamiento, están, por decirlo así, perdidos para ellos, y no tienen ya a sus ojos las cualidades que los hacían amar. No comprenden ni el amor de una chispa, ni el que se puede tener por ella, y están medianamente satisfechos de ser transformados en nómadas. De aquí el regreso al positivismo de la vida terrestre, que tiene algo de más sustancial. El número de los que están dominados por estos pensamientos es considerable.

6. Otra razón que une a los asuntos de la materia a los que creen más firmemente en la vida futura es la impresión que conservan de la enseñanza que se les dio en la niñez.

El cuadro que de ella hace la religión no es, hay que convenir en ello, ni muy seductor, ni muy consolador. Por un lado se ven las contorsiones de los condenados, que expían en los tormentos y llamas sin fin sus errores de un momento, para quienes los siglos suceden a los siglos sin esperanza de alivio ni de piedad. Y lo que es todavía más despiadado para ellos, el arrepentimiento es ineficaz.

Por otro lado, las almas lánguidas y atormentadas en el purgatorio esperan su libertad del buen querer de los vivos que rueguen o hagan rogar por ellas y no de sus esfuerzos para progresar. Estas dos categorías componen la inmensa mayoría de la población del otro mundo. Por encima se mece la muy reducida de los elegidos, gozando, durante la eternidad, de una beatitud contemplativa. Esta eterna inutilidad, preferible sin duda al no ser, no deja de ser, sin embargo, una fastidiosa monotonía. Así se ven, en las pinturas que representan los bienaventurados, figuras angelicales, pero que más manifiestan hastío que verdadera dicha.

Este estado no satisface ni las aspiraciones, ni la idea instintiva del progreso que sólo parece ser compatible con la felicidad absoluta. Cuesta esfuerzo concebir que el salvaje ignorante, con inteligencia obtusa, por la sola razón de que fue bautizado, esté al nivel de aquel que llegó al más alto grado de la ciencia y de la moralidad práctica, después de largos años de trabajo. Es todavía más inconcebible que un niño muerto en muy tierna edad, antes de tener la conciencia de sí mismo y de sus actos, goce de iguales privilegios, por el solo hecho de una ceremonia en la que su voluntad no tiene participación alguna. Estos pensamientos no dejan de conmover a los más fervientes, por poco que reflexionen.

7. El trabajo progresivo que se hace sobre la Tierra, no siendo tomado en cuenta para la dicha futura; la facilidad con que cree adquirir esa dicha mediante algunas prácticas exteriores; la posibilidad también de comprarla con dinero, sin reformar seriamente el carácter y las costumbres, dejan a los goces mundanos todo su valor. Más de un creyente manifiesta en su fuero interno que,

puesto que su porvenir está garantizado con el cumplimiento de ciertas fórmulas, o por legados póstumos que de nada le privan, sería superfluo imponerse sacrificios a una privación cualquiera en provecho de otro, desde el momento en que podemos salvarnos trabajando cada uno para sí.

Seguramente no piensan así todos, porque hay grandes y honrosas excepciones. Pero hay que convenir en que aquél es el pensamiento del mayor número, sobre todo de las masas poco instruidas, y que la idea que se tiene de las condiciones para ser feliz en el otro mundo desarrolla el apego a los bienes de éste, cuyo resultado es el egoísmo.

8. Añadamos a lo citado que todo, en las costumbres, contribuye a mantener la afición a la vida terrestre y temer el tránsito de la tierra al cielo. La muerte sólo está rodeada de ceremonias lúgubres que más bien horrorizan sin que promuevan la esperanza.

Si se representa la muerte es siempre bajo un aspecto lúgubre, nunca como un sueño de transición. Todos esos emblemas representan la destrucción del cuerpo, lo muestran horrible y descarnado, ninguno simboliza el alma desprendiéndose radiante de sus lazos terrenales. La salida para ese mundo más feliz únicamente está acompañada de las lamentaciones de los sobrevivientes, como si les sobreviniese la mayor desgracia a los que se van. Se les da un eterno adiós, como si nunca se les hubiera de volver a ver. Lo que se siente por ellos son los goces de la tierra, como si no debieran encontrar otros mayores. ¡Qué desgracia, se comenta, morir cuando se es joven, rico, feliz y se tiene ante sí un brillante porvenir!

La idea de una situación más dichosa apenas se ofrece al pensamiento, porque no tiene en él raíces. Todo concurre, pues, a inspirar el espanto de la muerte en lugar de originar la esperanza. El hombre tardará mucho tiempo, sin duda, en deshacerse de las preocupaciones. Pero lo logrará a medida que su fe se consolide, y se forme una idea sana de la vida espiritual.

9. La creencia vulgar coloca, además, a las almas en regiones apenas accesibles al pensamiento, en las que vienen a ser, en cierto modo, extrañas para los sobrevivientes: la iglesia misma pone entre ellas y estos últimos una barrera insuperable. Declara rotas todas las relaciones, e imposible toda comunicación. Si están en el infierno, no hay esperanza de poder volver a verlas, a no ser que uno mismo vaya. Si están entre los elegidos, la beatitud contemplativa las absorbe eternamente.

Todo esto establece entre los muertos y los vivos tal distancia, que se considera la separación como eterna. Por esto se prefiere tener cerca de sí, sufriendo en la Tierra, los seres a quienes se ama, a verlos partir, aunque sea para el cielo. Además, el alma que está en el cielo, ¿es realmente feliz al ver, por ejemplo, *a su hijo, su padre, su madre o sus amigos*, arder eternamente?

Por qué los espiritistas no tienen temor a la muerte

10. La doctrina espiritista varía completamente el modo de mirar el porvenir. La vida futura no es ya una hipótesis y sí una realidad. Es estado de las almas después de la muerte no es ya un sistema, sino un resultado de la observación. El velo se ha descorrido, el mundo espiritual se nos manifiesta en toda su realidad práctica. No son los hombres los que lo han descubierto por el esfuerzo de una imaginación ingeniosa, sino los habitantes mismos de esos mundos que vienen a descubrirnos su situación. Los vemos allí en todos los grados de la escala espiritual, en todas las fases de la dicha y de la desgracia. Presenciamos todas las peripecias de la vida de ultratumba. Ésta es para los espiritistas la causa de la serenidad con que miran la muerte, y de la calma de sus últimos instantes sobre la Tierra.

Lo que les sostiene no es solamente la esperanza, sino la certidumbre. Saben que la vida futura no es más que la continuación de la vida presente en mejores condiciones, y la esperan con la misma confianza con que esperan la salida del sol después de una noche tempestuosa. Los movimientos de esta confianza están en los hechos de los que son testigos, y en la concordancia de

estos con la lógica, la justicia y la bondad de Dios, y las aspiraciones íntimas del hombre.

Para los espíritus el alma no es ya una abstracción. Tiene un cuerpo etéreo que hace de ella un ser definido, que el pensamiento abarca y comprende. Esto es ya mucho para fijar las ideas sobre su individualidad, sus aptitudes y sus percepciones. El recuerdo de aquellos seres queridos descansa sobre algo real y positivo. No nos los representamos ya como llamas fugitivas que nada recuerdan al pensamiento, sino bajo una forma concreta que nos los manifiesta mejor como seres vivos. Además, en lugar de estar perdidos en las profundidades del espacio, están a nuestro alrededor. El mundo corporal y el mundo espiritual están en perpetuas relaciones, y se asisten mutuamente. No cabiendo ya duda sobre el porvenir, el temor a la muerte no tiene razón de ser. Se la ve venir con serenidad, como a una libertadora, como la puerta de la vida y no como la de la nada.

CAPÍTULO III

El Cielo

1. La palabra *cielo* se aplica, en general, al espacio indefinido que circunda la Tierra, y más particularmente a la parte que está sobre nuestro horizonte. Su etimología es del latín *coelum*, formado del griego *coilos*, hueco, cóncavo, ya que el cielo aparece a nuestra vista como una inmensa concavidad. Los antiguos creían que había varios cielos sobrepuestos, compuestos de materias sólidas y transparentes formando esferas concéntricas, cuyo centro era la Tierra. Esas esferas, girando alrededor de la Tierra, arrastraban consigo los astros que encontraban a su paso.

Esa idea, que procedía de la insuficiencia de los conocimientos astronómicos, fue la de todas las teogonías que clasificaron los cielos, así escalonados, en varios grados de beatitud, y el último era la mansión de la suprema felicidad. Según la opinión más general había siete, de ahí la expresión *estar en el séptimo cielo* para expresar la dicha perfecta. Los musulmanes admiten nueve, en cada uno de los cuales se aumenta la felicidad de los creyentes. El astrónomo Ptolomeo[1] contaba once, de los cuales el último era llamado Empíreo[2] por la luz brillante que allí hay. Este es todavía el nombre poético dado a la mansión de la gloria eterna. La teología cristiana reconoce tres cielos: el primero es el de la región del aire y de las nubes; el segundo es el espacio en el que se mueven los astros; el tercero, más allá de la región de los astros, es la mansión del Todopoderoso y de los elegidos, que contemplan a Dios cara a cara. Según esta creencia, se dice que san Pablo fue arrebatado al tercer cielo.

1. Ptolomeo vivía en Alejandría, Egipto, el segundo siglo de la Era cristiana.

2. Del griego *pur* o *pyr*, fuego.

2. Las diferentes doctrinas, respecto a la mansión de los bienaventurados, descansan todas sobre el doble error de creer que la Tierra es el centro del Universo, y que la región de los astros está limitada. Más allá de ese límite imaginario es donde todos han colocado aquella mansión feliz y la residencia del Todopoderoso. ¡Singular anomalía que coloca al Autor de todas las cosas, al que las gobierna todas, en los confines de la Creación, y no en el centro desde donde la irradiación de su pensamiento podría extenderse a todo!

3. La ciencia, con la inexorable lógica de los hechos y de la observación, llevó su antorcha hasta las profundidades del espacio y manifestó la incoherencia de todas esas teorías. La Tierra no es ya el eje del Universo, sino uno de los astros más pequeños que giran en la inmensidad. El mismo Sol no es más que el centro de un sistema planetario. Las estrellas son innumerables soles alrededor de los cuales giran innumerables mundos, separados por distancias apenas accesibles al pensamiento, aun cuando nos parezca que casi se tocan unos con otros. En este conjunto regido por las leyes eternas, en las que se manifiestan la sabiduría y el poder del Creador, la Tierra sólo aparece como un punto imperceptible, y uno de los menos favorecidos para la habitabilidad. Desde luego, uno se pregunta: ¿Por qué habría hecho Dios que la Tierra fuese el único asiento de la vida, y desterrado en ella a sus criaturas predilectas? Al contrario, todo manifiesta que la vida está en todas partes, y que la Humanidad es infinita como el Universo. Desde que la ciencia nos ha revelado mundos semejantes a la Tierra, quedó demostrado que Dios no pudo crearlos sin ningún fin. Debió poblarlos de seres dotados de inteligencia para gobernarlos.

4. Las ideas del hombre están en proporción a lo que sabe, y, como todos los descubrimientos importantes, el de la constitución de los mundos debió dar a las ideas otra dirección: bajo el imperio de esos nuevos conocimientos, las creencias debieron modificarse. El cielo ha sido cambiado de sitio; la región de las estrellas, no teniendo límites, no puede ya servirle

de mansión. ¿Dónde está, pues? A esta pregunta todas las religiones enmudecen.

El Espiritismo la resuelve demostrando el verdadero destino del hombre. Tomando por punto de partida la naturaleza de éste y los atributos de Dios, se llega a la conclusión de que, partiendo de lo conocido, se llega a lo desconocido por una deducción lógica, sin mencionar las observaciones directas que el Espiritismo permite hacer.

5. El hombre está compuesto de un cuerpo y de espíritu. El espíritu es el ser principal, el ser racional, el ser inteligente. El cuerpo es la envoltura material que viste temporalmente el espíritu para el cumplimiento de su misión en la Tierra y la ejecución del trabajo necesario para su adelanto. El cuerpo gastado se destruye, y el espíritu sobrevive a su destrucción. Sin el espíritu, el cuerpo no es más que materia inerte, como un instrumento privado del brazo que le hace obrar; pero sin el cuerpo, el espíritu lo es todo: vida e inteligencia. Dejando el cuerpo, vuelve al mundo espiritual del cual salió para encarnarse. Hay, pues, el *mundo corporal*, compuesto de espíritus encarnados, y el *mundo espiritual*, formado por los espíritus desencarnados.

Los seres del mundo corporal, por el mismo hecho de tener una envoltura material, han de residir en la Tierra o en otro planeta cualquiera. El mundo espiritual está en todas partes, alrededor nuestro y en el espacio, puesto que no tiene límites. En razón a la naturaleza fluídica de su envoltura, los seres que la componen, en lugar de arrastrarse penosamente por el suelo, traspasan las distancias con la rapidez del pensamiento. La muerte del cuerpo es la rotura de los lazos que los cautivaba.

6. Los espíritus son creados sencillos e ignorantes, pero con la oportunidad de adquirirlo todo y progresar, en virtud de su libre albedrío. A través del progreso adquieren nuevos conocimientos, nuevas facultades, nuevas percepciones, y como consecuencia, nuevos goces y comprenden lo que los espíritus atrasados no pueden ni oír, ni ver, ni sentir, ni comprender. *La dicha está en proporción al progreso obtenido, de manera que, de dos espíritus, uno puede no ser tan feliz como el otro únicamente porque no está tan adelantado intelectual y moralmente, sin que deban estar cada uno en distinto sitio*. Aunque ambos estén juntos, uno puede estar en tinieblas, mientras que todo puede ser resplandeciente para el otro; ocurre lo mismo entre un ciego y una persona que ve que se dan la mano: este último percibe la luz que no produce impresión alguna en el ciego. *La dicha de los espíritus, siendo inherente a las cualidades que poseen, la toman en donde la encuentra, en la superficie de la Tierra, en medio de los encarnados o en el espacio*.

Una comparación vulgar hará comprender aún mejor esta situación. En un concierto se encuentran dos hombres. El primero es un buen músico, con oído fino, el segundo sin conocimientos musicales y con poco oído. El primero experimenta una sensación muy agradable mientras que el segundo se queda insensible, porque el uno comprende y percibe lo que no produce impresión alguna en el otro. Así sucede con todos los goces de los espíritus: están en proporción de su aptitud para sentirlos. *El mundo espiritual tiene en todas partes esplendores, armonías y sensaciones que los espíritus inferiores, todavía sometidos a la influencia de la materia, ni aún vislumbran, y sólo los espíritus purificados lo perciben*.

7. El progreso de los espíritus es fruto de su propio trabajo, pero como son libres, trabajan para su adelanto con más o menos actividad o negligencia, según su voluntad. Adelantan o detienen así su progreso, y por consiguiente, su dicha. Mientras que unos adelantan rápidamente, otros se estacionan durante muchos siglos en rangos inferiores. Son, pues, los autores de su propia situación, feliz o desgraciada, según estas palabras de Cristo: “¡A cada uno según sus obras!” Todo espíritu que queda rezagado, sólo debe culparse a sí mismo, así como al que adelanta le corresponde el mérito de ello. La dicha, que es obra suya, tiene a sus ojos un gran precio.

La bienaventuranza suprema sólo es peculiar de los espíritus perfectos, es decir, de los espíritus puros. Sólo la alcanzan después de haber progresado en inteligencia y moralidad.

El progreso intelectual y el progreso moral rara vez marchan a la par, pero lo que el espíritu no hace en un tiempo, lo hace en otro, de manera que los dos progresos concluyen al llegar a un

mismo nivel. Esta es la razón del por qué se ven frecuentemente hombres inteligentes e instruidos muy poco adelantados moralmente y viceversa.

8. La encarnación es necesaria para alcanzar tanto el progreso moral como el intelectual del espíritu. El progreso intelectual, a través de la actividad que tiene que desplegar en su trabajo. El progreso moral, mediante la necesidad que los hombres tienen los unos de los otros. *La vida social es la piedra de toque de las buenas y de las malas cualidades*. La bondad, la maldad, la dulzura, la violencia, la benevolencia, la caridad, el egoísmo, la avaricia, el orgullo, la humildad, la sinceridad, la franqueza, la lealtad, la mala fe, la hipocresía, en una palabra, todo lo que constituye el hombre de bien o el perverso, tiene por móvil, por objeto y por estimulante, las relaciones del hombre con sus semejantes. *Para el hombre que viviera solo, no habría ni vicios ni virtudes: si por el aislamiento se preserva del mal, anula del mismo modo el bien.*

9. Una sola existencia corporal es prácticamente insuficiente para que el espíritu pueda adquirir todo lo que le falta en bien y se deshaga de todo lo que es malo en él. El salvaje, por ejemplo, ¿podría quizá, en una sola encarnación, llegar al nivel moral e intelectual del hombre civilizado más adelantado? Esto es materialmente imposible. ¿Debe, pues, quedar eternamente en la ignorancia y la barbarie, y privado de los goces que sólo puede procurar el desarrollo de las facultades? El simple buen sentido rechaza tamaña suposición, que representaría, a la vez, la negación de la justicia y de la bondad de Dios y la de la ley progresiva de la Naturaleza. Por eso Dios, que es soberanamente justo y bueno, concede al espíritu todas las existencias necesarias para llegar al fin, que es la perfección.

En cada nueva existencia, el espíritu trae lo que ha adquirido en las precedentes, en aptitudes, conocimientos intuitivos, inteligencia y moralidad. Cada existencia es así un paso adelante en la vía del progreso.[3]

3. Véase la nota del Cáp. I, n. °3.

La encarnación es inherente a la inferioridad de los espíritus: no es necesaria para aquellos que traspasaron el límite y que progresan en el estado espiritual o en las existencias corporales de los mundos superiores, que nada tienen de la materialidad terrestre. La encarnación de estos seres superiores en mundos materializados es voluntaria, con el objeto de ejercer con los encarnados una acción más directa para el cumplimiento de la misión de la cual están encargados y por la cual deben estar cerca de ellos. Aceptan las vicisitudes y los padecimientos por abnegación.

10. En el intervalo de las existencias corporales, el espíritu vuelve, por un tiempo más o menos largo, al mundo espiritual, en el cual es feliz o desgraciado según el bien o el mal que hizo. El estado espiritual es el estado normal del espíritu, ya que ese debe ser su estado definitivo, puesto que el cuerpo espiritual no muere, y el estado corporal sólo es transitorio y pasajero. En el estado espiritual, sobre todo, el espíritu recoge los frutos del progreso logrados por su trabajo realizado por la encarnación. También se prepara para nuevas luchas y toma las resoluciones que se esforzará en practicar a su vuelta a la Humanidad.

El espíritu progresa igualmente en la erraticidad. Allí adquiere conocimientos especiales que no podría lograr en la Tierra, y sus ideas se modifican. El estado corporal y el espiritual son para él el origen de dos géneros de progreso solidarios el uno con el otro, y por eso pasa alternativamente por estos dos modos de existencia.

11. La reencarnación puede verificarse en la Tierra o en otros mundos. Entre los mundos, hay unos más adelantados que otros donde la existencia se cumple en condiciones menos penosas que en la Tierra, física y moralmente. Pero en ellos sólo son admitidos los espíritus llegados a un grado de perfección acorde con el estado de aquellos mundos.

La vida en los mundos superiores es ya una recompensa porque allí no se sufren los males y las vicisitudes con las cuales se lucha aquí en la Tierra. Los cuerpos, menos materiales, casi fluídicos, no están expuestos ni a las enfermedades ni a los accidentes, ni incluso a las necesidades.

Estando excluidos de allí los malos espíritus, los hombres viven en paz, sin otro cuidado que el de su adelanto por el trabajo de la inteligencia. Allí impera la verdadera fraternidad porque no hay egoísmo, la verdadera libertad porque no hay orgullo, la verdadera igualdad porque no hay desórdenes que reprimir ni ambiciosos que quieran oprimir al débil. Estos mundos comparados con la Tierra son verdaderos paraísos; son etapas del camino del progreso que conduce al estado definitivo. La Tierra es un mundo inferior destinado a la depuración de los espíritus imperfectos, y ésta es la razón por la cual domina el mal, hasta que Dios quiera hacer de este planeta una mansión de espíritus más adelantados.

Así pues, el espíritu, progresando gradualmente a medida que se desarrolla, llega al apogeo de la felicidad. Pero antes de haber alcanzado el punto culminante de la perfección, goza de una dicha en proporción con su adelanto, del mismo modo que el niño disfruta de los placeres de su edad infantil, más tarde de los la de juventud, y finalmente los más sólidos de la edad madura.

12. La felicidad de los espíritus bienaventurados no consiste en la ociosidad contemplativa, que sería, como a menudo se ha dicho, una terna y fastidiosa inutilidad. La vida espiritual, en todos los grados, es, por el contrario, una actividad constante; pero una actividad exenta de fatigas.

La suprema dicha consiste en el goce de todos los esplendores de la Creación, que ninguna lengua humana podría expresar y que ni la imaginación más desarrollada podría concebir. Consiste en el conocimiento y la penetración de todas las cosas, en la carencia de todas las penas físicas y morales, en una satisfacción íntima, en una serenidad de alma que nada turba, en el amor puro que une todos los seres, resultado de ningún roce ni contacto con los malos, y, sobre todo, en la visión de Dios y en la contemplación de sus misterios revelados a los más dignos. Consiste también en las funciones, cuyo encargo es una dicha. Los espíritus puros son los mesías mensajeros de Dios para la transmisión y la ejecución de sus voluntades. Llevan a cabo las grandes misiones, presidiendo a la formación de los mundos y a la armonía general del Universo, cometido glorioso al cual se llega con la perfección. Los espíritus de rango más elevado son los únicos iniciados en los secretos de Dios, inspirándose en su pensamiento, puesto que son sus representantes directos.

13. Las atribulaciones de los espíritus son proporcionadas a su adelanto, las luces que poseen, sus capacidades, su experiencia y al grado de confianza que inspiran al soberano Señor. Allí no existen los privilegios ni los favores que no sean premio del mérito: todo está medido con el peso de la justicia divina. Las misiones más importantes sólo son confiadas a los que Dios reconoce como capaces de llevarlas a cabo e incapaces de faltar a ellas o de comprometerlas. Mientras que a la vista de Dios, los más dignos componen el consejo supremo, la dirección de las infinitas evoluciones planetarias está confiada a jefes superiores, y a otros está conferida la de mundos especiales. Vienen después en el orden de adelanto y de la subordinación jerárquica las atribulaciones más restringidas de aquellos que presiden la marcha de los pueblos, la protección de las familias y de los individuos, el impulso de cada ramo de progreso, las diversas operaciones de la Naturaleza hasta los más ínfimos detalles de la Creación. En ese amplio y armonioso conjunto hay ocupaciones para todas las capacidades, aptitudes y buenas voluntades. Ocupaciones aceptadas con alegría, solicitadas con ardor, porque son un medio de adelanto para espíritus que aspiran a elevarse.

14. Así como las grandes misiones son confiadas a los espíritus superiores, las hay de todos los grados de importancia, destinadas a los espíritus de diferentes rasgos; de lo que puede deducirse que cada encarnado tiene la suya, es decir, deberes que cumplir para el bien de sus semejantes, desde el padre de familia a quien incumbe el cuidado de hacer progresar a sus hijos, hasta el

hombre de genio que aporta a la sociedad nuevos elementos de progreso. A menudo en esas misiones secundarias se encuentran debilidades, prevaricaciones, apartamientos, pero sólo perjudican al individuo y no al conjunto.

15. Todas las inteligencias contribuyen, pues, a la obra general en cualquier grado que se encuentren, y cada una según la medida de sus fuerzas. Unas en el estado de encarnación, otras en el estado de espíritu. Todo es actividad, desde el pie hasta la cumbre de la escala. Todos instruyéndose, prestándose un mutuo apoyo, dándose la mano para llegar a la cima. Así se asienta la solidaridad entre el mundo espiritual y el mundo corporal, o dicho de otro modo, entre los hombres y los espíritus, entre los espíritus libres y los cautivos. Así se perpetúa y se consolidan, a través de la depuración y la continuidad de las relaciones, las simpatías verdaderas y los nobles afectos.

En todas partes, pues, todo es vida y movimiento. Ni un rincón hay en el infinito que no esté poblado, ni una región que no sea incesantemente recorrida por innumerables legiones de seres radiantes, invisibles a los sentidos groseros de los encarnados, pero cuya contemplación llena de admiración y de la alegría a las almas libres ya de la materia. En todas partes, en fin, hay una dicha relativa para todos los progresos, para todos los deberes bien cumplidos. Cada uno lleva consigo los elementos de su dicha, en proporción a la categoría en que le coloca su grado de adelanto.

La dicha radica en las cualidades propias de los individuos, y no en el estado material del centro en que se encuentran. La dicha está, pues, en todas partes donde haya espíritus capaces de ser felices, y no tiene ningún sitio señalado en el Universo. En cualquier lugar en que se encuentren los espíritus puros puede contemplarse la Divina Majestad, porque Dios está en todas partes.

16. Sin embargo, la dicha no es personal, es decir, tan sólo para uno mismo. Si no procediese más que de nosotros mismos, si no pudiéramos compartirla con otros, sería una dicha egoísta y triste; y de aquí que también consista en la comunión de pensamientos que une a los seres simpáticos. Los espíritus felices, atraídos los unos hacia los otros por la similitud de ideas, gustos y sentimientos, forman amplios grupos o familias homogéneas, en medio de las cuales cada individualidad irradia con sus propias cualidades, y recoge los efluvios serenos y benéficos que dimanan del conjunto, cuyos miembros, tan pronto se separan para desempeñar su misión como se reúnen en un punto del espacio para compartir el resultado de sus trabajos, o alrededor de un espíritu de un rango más elevado para recibir sus advertencias e instrucciones.

17. Si bien los espíritus están en todas partes, los mundos son los sitios en que se reúnen con preferencia según la analogía que existe entre ellos y los que los habitan. Alrededor de los mundos atrasados pululan los espíritus inferiores. La Tierra es todavía uno de estos últimos. Cada mundo tiene, pues, digámoslo así, su población propia de espíritus encarnados y desencarnados que progresan normalmente con la encarnación y la desencarnación de los mismos espíritus. Esa población es más material y grosera en los mundos inferiores, en los que los espíritus están más apegados a la materia, y más sutil y altruista en los mundos superiores. Pero, desde estos últimos mundos, centros de luz y de dicha, los espíritus misioneros se precipitan hacia los mundos inferiores para sembrar en éstos los gérmenes del progreso, llevar el consuelo y la esperanza, reanimar los ánimos abatidos por las pruebas de la vida, y a veces, encarnan en ellos para cumplir su misión con mayor eficacia.

18. En esa inmensidad sin límites, ¿dónde está, pues, el cielo? En todas partes; ninguna valla le sirve de límites. Los mundos felices son las últimas estaciones que a él conducen. Las virtudes abren el camino, mientras que los vicios cierran su entrada.

Al lado de este cuadro grandioso que puebla todos los rincones del Universo, que da a todos los componentes de la Creación un objeto y una razón de ser, ¡cuán pequeña y mezquina es la doctrina que circunscribe la Humanidad a un imperceptible punto del espacio, que nos la presenta empezando en un día con el mundo que la sustenta, no abrazando así más que un minuto en la eternidad! ¡Cuán triste, fría y helada es, cuando nos muestra el resto del Universo, antes, durante y después de la Humanidad terrestre sin vida, sin movimiento, como un inmenso desierto sumergido

en el silencio! ¡Cuán desconsoladora es, según algunas doctrinas, que tan sólo destina a un pequeño número de elegidos a la contemplación perpetua, mientras que la mayoría de las criaturas quedan condenadas a padecimientos sin fin! ¡Cuán aflictiva es, para los corazones amorosos, por la barrera que interpone entre los muertos y los vivos! Las almas felices, se dice, sólo piensan en su dicha; y las que son desdichadas, en sus sufrimientos. ¿Qué tiene de extraño que el egoísmo domine en la Tierra, cuando nos lo enseñan en el cielo? ¡Cuán pequeña es entonces la idea que se da de la grandeza, del poderío y de la bondad de Dios!

¡Cuán sublime es, por el contrario, la que de ella da el Espiritismo! ¡Cuánto dilata las ideas esta doctrina! ¡Cuánto amplía el pensamiento! Más, ¿quién nos asegura que es la verdadera? Ante todo, la razón, después la revelación, y por fin, su concordancia con el progreso de la ciencia. Entre dos doctrinas de las cuales una amengua y la otra desarrolla los atributos de Dios; de las que una está en desacuerdo y la otra en armonía con el progreso; de las que una queda rezagada y la otra marcha adelante, el buen sentido dice de qué lado está la verdad. Ante estas dos doctrinas, que cada uno, en su fuero interno, consulte sus aspiraciones, y una voz íntima le contestará: Las aspiraciones son la voz de Dios que no puede engañar a los hombres.

19. Pero entonces, ¿por que Dios no les reveló toda la verdad desde el principio? Por la misma razón que no se enseña en la niñez lo que enseña en la edad madura. La revelación parcial era suficiente durante cierto período de la Humanidad; Dios la adecua a las fuerzas del espíritu. Los que reciben hoy una revelación más completa *son los mismos espíritus* que recibieron ya otra parcial en otros tiempos, pero que desde entonces han crecido en inteligencia.

Antes que la ciencia hubiese revelado a los hombres las fuerzas de la Naturaleza, la constitución de los astros, el verdadero objeto y la formación de la Tierra, ¿cómo habrían podido comprender la inmensidad del espacio, la pluralidad de mundos? Antes de que la geología hubiese probado la formación de la Tierra, ¿cómo habrían podido desalojar de su centro el infierno y comprender el sentido alegórico de los seis días de la Creación? Antes de que la astronomía hubiese descubierto las leyes que rigen el Universo, ¿cómo habrían podido comprender que no hay ni alto ni bajo en el espacio, que el cielo no está encima de las nubes, ni limitado por las estrellas? Antes de la ciencia psicológica, ¿cómo habrían podido identificarse con la vida espiritual? ¿Concebir, después de la muerte, una vida feliz o desgraciada, a no ser en un sitio circunscrito y bajo una forma material? No; comprendiendo más por los sentidos que por el pensamiento, el Universo era demasiado vasto para su cerebro. Era necesario reducir a proporciones menos extensas para ponerlo a su alcance, aunque más adelante tuvieran que ensancharlo. Una revelación parcial tenía su utilidad: era prudente entonces; hoy es insuficiente. La falta de razón está en aquellos que, no teniendo en cuenta el progreso de las ideas, creen poder gobernar a los hombres de edad madura con los andadores de la niñez.

(Véase *El Evangelio según el Espiritismo*, Cáp. III.)

CAPÍTULO IV

El Infierno

Intuición de las penas futuras

1. En todos los tiempos el hombre ha creído, por intuición, que la vida futura debía ser dichosa o desgraciada, en proporción al bien o al mal que hizo en la Tierra. La idea o cuadro que de ella se forma está en relación con el desarrollo de su sentido moral y de las nociones más o menos exactas que tiene del bien y del mal; las penas y los premios son el reflejo de los instintos predominantes. Así es que los pueblos guerreros colocan la suprema felicidad en los honores tributados al valor; los pueblos cazadores, en la abundancia de la caza; los pueblos sensuales, en las delicias de la voluptuosidad. Mientras el hombre está dominado por la materia, sólo puede comprender de una manera imperfecta la espiritualidad, y por eso se crea, de las penas y goces futuros, un cuadro más material. Se figura que debe uno beber y comer en el otro mundo, pero mejor que la Tierra y cosas mejores.[1] Más tarde se encuentra en las creencias respecto al porvenir una mezcla de espiritualidad y de materialidad, y por eso es que al lado de la beatitud contemplativa, se coloca un infierno con tormentos físicos.

1. Un subyugado, a quien el cura de su aldea pintaba la vida futura de un modo seductor y atractivo, le preguntó si allí todo el mundo comía pan blanco como en París.

2. Al no poder comprender más que lo que vio, el hombre primitivo calcó naturalmente su porvenir en el presente. Para comprender otros tipos distintos de los que tenía a la vista, necesitaba de un desarrollo intelectual que debía conseguirse con el tiempo. Por tanto, el cuadro que se imagina de los castigos de la vida futura no es más que el reflejo de los males de la Humanidad, pero en mayor extensión. Reúne en él todos los tormentos, todos los suplicios, todas las aflicciones que sufren en la Tierra. De este modo, en los climas abrasadores, imaginó un infierno de fuego, y en las regiones boreales, un infierno de hielo. No habiendo desarrollado todavía el sentido que debía hacerle comprender el mundo espiritual, sólo podía concebir penas materiales. He aquí la razón por la que, con algunas diferencias en la forma, el infierno de todas las religiones se asemeja.

El infierno cristiano imitado del infierno pagano

3. El infierno de los paganos, descrito y dramatizado por los poetas, ha sido el modelo más grandioso en su género. Se ha perpetuado en el de los cristianos, el cual también tuvo sus cantores poéticos. Comparándolos se encuentra en ellos, salvo los nombres y algunas variaciones en los detalles, numerosas analogías: en uno y en otro el fuego material es la base de los tormentos, porque simboliza los más crueles padecimientos. Pero, ¡cosa extraña!, los cristianos, en muchos puntos, han sobrepujado al infierno de los paganos. Si estos últimos tenían en el suyo el tonel de las Danaides, la rueda de Ixan, la roca de Sísifo, eran suplicios individuales, pero el infierno cristiano tiene, para todos, sus calderas hirviendo, cuyas coberturas levantan los ángeles para ver las contorsiones de los condenados,[2] y Dios oye sin piedad los gemidos de éstos durante la eternidad. Jamás dijeron los paganos que los moradores de los Campos Elíseos recreasen su vista con

2. Sermón predicado en Montpellier en 1860.

con los suplicios del Tártaro.[3]

3. "Los bienaventurados, sin salir del lugar que ocupaban, saldrán de cierto modo, en virtud de su don de inteligencia y de clarividencia, a fin de contemplar los tormentos de los condenados. Y viéndoles, no sólo no sentirán *ningún dolor, sino que les enajerará la alegría*, y darán gracias a Dios de su propia dicha asistiendo a la inefable calamidad de los impíos" (Santo Tomás de Aquino).

4. Como los paganos, los cristianos tienen su Rey de los infiernos, que es Satanás, con la diferencia que Plutón se limitaba a gobernar el sombrío Imperio que le cupo en suerte, pero no era malo: guardaba allí detenidos a los que habían obrado mal, porque era su misión, pero no se ocupaba en inducir a los hombres al mal para darse el placer de hacerles sufrir, mientras que Satanás busca en todas partes víctimas, que se complace en atormentar por sus legiones de demonios armados de garfios para removerlos en el fuego. Se ha llegado incluso a discutir seriamente sobre la naturaleza de este fuego que quema sin cesar a los condenados, sin consumirles jamás; se ha dicho si era o no un fuego de alquitrán.(4) El infierno cristiano no es, pues, inferior en nada al infierno paganos.

4. Sermón predicado en París en 1861.

5. Las mismas consideraciones que movieron a los antiguos a localizar la mansión de la felicidad, hicieron circunscribir también el lugar de los suplicios. Habiendo los hombres colocado la primera en las regiones superiores, era natural colocar la segunda en las regiones inferiores, es decir, en el centro de la Tierra, cuya entrada creían eran algunas cuevas sombrías y de aspecto terrible. También allí los cristianos colocaron, durante largo tiempo, el lugar de los réprobos. Notemos todavía sobre este asunto otra analogía.

El infierno de los paganos contenía, en un lado, los Campos Elíseos, y en el otro, el Tártaro. El Olimpo, mansión de los dioses y de los hombres divinizados, estaba en las regiones superiores. Según el Evangelio, Jesús descendió a los infiernos, es decir, a los *lugares bajos*, para sacar de allí a las almas justas que esperaban su venida.

Los infiernos no eran, pues, únicamente un lugar de suplicios, lo mismo que los de los paganos estaban en los *lugares bajos*. Así como el Olimpo, la mansión de los ángeles y de los santos, estaba en las regiones elevadas, la habían colocado más allá del cielo de las estrellas, que se creía era limitado.

6. Esa mezcla de ideas paganas y de ideas cristianas no debe extrañarse. Jesús no podía inmediatamente destruir creencias arraigadas. Los hombres carecían de los conocimientos necesarios para concebir el infierno del espacio y el número infinito de mundos. La Tierra era para ellos el centro del Universo. No conocían ni su forma, ni su estructura interior. Todo para ellos estaba limitado a su punto de vista. Sus nociones sobre el porvenir no podían extenderse más allá de sus conocimientos. Jesús se encontraba, pues, en la imposibilidad de iniciarlos en el verdadero estado de las cosas. Pero, por otro lado, no queriendo con su autoridad sancionar preocupaciones admitidas, se abstuvo de ocuparse en ellas, dejando al tiempo el cuidado de rectificar las ideas. Se ciñó a hablar vagamente de la vida bienaventurada y de los castigos que sufrirán los culpables, pero en ninguna parte de sus enseñanzas se encuentra el cuadro de los suplicios corporales, hecho artículo de fe por los cristianos.

He aquí como las ideas del infierno pagano se han perpetuado hasta nuestros días. Ha sido necesaria la difusión de los conocimientos de los tiempos modernos y del desarrollo general de la inteligencia humana para condenarlas. Pero entonces, como nada positivo había suscitado a las ideas admitidas, al largo período de una creencia ciega sucedió, como transición, el período de incredulidad, al cual la nueva revelación viene a poner término. Era preciso demoler antes de reconstruir, porque es más fácil hacer admitir ideas justas a aquellos que en nada creen, porque ven

que les falta algo, que no a los que tienen una fe robusta en lo que es absurdo.

7. Por la localización del cielo y del infierno, las sectas cristianas han venido a admitir para las almas sólo dos situaciones extremas: la perfecta dicha y el padecimiento absoluto. El purgatorio sólo es una posición intermedia momentánea, al salir de la cual pasan sin transición a la mansión de los bienaventurados. No podría ser de otro modo, según la creencia en la suerte definitiva de las almas después de la muerte. Si sólo hay dos mansiones, la de los elegidos y la de los réprobos, no se pueden admitir varios grados en una sin admitir la posibilidad de alcanzarlos, y por consiguiente, el progreso. Pues si hay progreso, no hay suerte definitiva y, si hay suerte definitiva, no hay progreso. Jesús resuelve el problema cuando dice: "En la mansión de mi Padre hay muchas moradas."[5]

5. *El Evangelio según el Espiritismo*, Cáp. III.

El limbo

8. Verdad es que la iglesia admite una posición especial en ciertos casos particulares. No habiendo hecho mal los niños que mueren en edad temprana, no pueden ser condenados al fuego eterno; por otra parte, no habiendo hecho ningún bien, ningún derecho tienen a la felicidad suprema. Están entonces, dice la iglesia, en el *limbo*, situación mixta que nunca ha sido definida, en la que aunque no padezcan, no disfrutan tampoco de la dicha perfecta. Pero, puesto que su suerte está fijada irrevocablemente, están privados de esta por toda la eternidad. Esta privación, cuando no dependió de ellos que fuese de otro modo, equivale a un suplicio eterno inmerecido. Ocurre lo mismo con los salvajes, que no habiendo recibido la gracia del bautismo ni las luces de la religión, pecan por ignorancia, abandonándose a sus instintos naturales, por lo cual no pueden tener ni la culpabilidad ni los méritos de los que han podido obrar con conocimiento de causa. La lógica más sencilla rechaza tal doctrina en nombre de la justicia de Dios. La justicia de Dios está enteramente contenida en estas palabras de Cristo: "A cada uno según sus obras." Pero hay que aplicarla a las obras buenas o malas que se realizan libre y voluntariamente, únicas de las que somos responsables, en cuyo caso no están ni el niño, ni el salvaje, ni aquel de quien no dependió ser ilustrado.

Cuadro del infierno pagano

9. Sólo conocemos el infierno pagano por las narraciones de los poetas. Homero y Virgilio dieron de él la descripción más completa, pero hay que separar de ésta aquella parte inherente a la forma poética. La descripción de Fenelón en su *Telémaco*, aunque procedente del mismo origen en cuanto a las creencias fundamentales, tiene la sencillez más precisa de la prosa. Aun cuando describa el aspecto lúgubre de los lugares, se esmera sobre todo en hacer sobresalir los géneros de padecimientos que sufren los culpables, y si se extiende mucho sobre la suerte de los malos reyes, esto se debe a la instrucción que quiere dar a su real discípulo. Por más que sea popular su obra, muchas personas no tienen, sin duda, esta descripción bastante presente o no han pensado quizá bastante en ella para establecer una comparación. Y esta es la razón por la que creemos útil reproducir sus pasajes que tengan una relación más directa con el asunto que nos ocupa, es decir, que más especialmente conciernan a la penalidad individual.

10. "Al entrar Telémaco oye los gemidos de una sombra inconsolable.

"-¿Qué desgracia es la vuestra -le dijo-, y quién fuisteis en la Tierra?

"-Fui Nabofarzán, rey de la soberbia Babilonia. Todos los pueblos de Oriente temblaron sólo al oír mi nombre. Me hacía adorar por los babilonios en un templo de mármol en el que me hallaba representado por una estatua de oro, ante la cual ardían día y noche los preciosos perfumes de la Etiopía. Jamás persona alguna se atrevió a contradecirme, sin que inmediatamente fuera

castigada, y cada día se inventaban nuevos placeres para hacerme más deliciosa la vida. Aún era joven y robusto. ¡Ah, cuántas prosperidades me quedaban aún por gozar en el trono! Pero una mujer a quien amaba y que no me amó, me hizo comprender perfectamente que no era un dios. Me envenenó y en la actualidad nada soy. Mis cenizas fueron ayer depositadas con pompa en una urna de oro. No faltó quien llorara y se arrancara los cabellos. No faltó quien aparentara quererse arrojar a las llamas de mi hoguera para morir conmigo, ni falta quien vaya a llorar al pie de la soberbia tumba donde se colocaron mis cenizas. Pero nadie me echa de menos. Mi memoria es horrible incluso para los de mi familia, y aquí me hacen ya experimentar horrorosos sufrimientos.

"Telémaco, conmovido por este espectáculo, le dijo:

"¿Fuisteis verdaderamente feliz durante vuestro reinado? ¿Sentisteis esa dulce paz sin la cual el corazón se halla siempre oprimido y triste en medio de las delicias?

"-No -contestó el babilonio-. Hasta ignoro lo que queréis decir. Los sabios ponderan esa paz como el único bien. En cuanto a mí, jamás la conocí. Mi corazón estaba sin cesar agitado por nuevos deseos, temores y esperanzas. Procuraba embriagarme con el desbordamiento de mis pasiones, y tenía un empeño especial en mantener esa embriaguez a fin de que fuese continua, puesto que el menor intervalo mi razón serena me hubiera sido harto amargo. Esta es la paz que he gozado. Otra cualquiera que no sea ésta me parece una fábula y un sueño. Estos son los únicos bienes que echo de menos.

"Durante la narración de su vida, el babilonio lloraba como un hombre débil, enervado por las prosperidades y que no está acostumbrado a soportar con firmeza una desgracia. Tenía junto a él algunos esclavos a quienes habían hecho morir para honrar sus funerales. Mercurio los había entregado a Caronte junto con su rey, dándoles un poder absoluto sobre él, a quien habían servido en la Tierra. *Las sombras de los esclavos ya no temían a la de Nabofarzán. Antes bien, la tenían encadenada y la atormentaban cruelmente*. Uno le decía:

"-¿Acaso no éramos hombres como tú? ¿Cómo puedes ser tan necio de creerte un dios sin acordarte que eres de la raza humana como los demás hombres?

"El otro le decía para insultarle:

"-Tenías razón en no querer que te creyesen un hombre, porque eres un monstruo sin humanidad.

"Un tercero añadía:

"-Vamos, ¿qué se ha hecho de tus aduladores? ¡Desgraciado, nada tienes ya que dar! ¡Ningún mal puedes hacer! Eres aquí esclavo de tus mismos esclavos. Los dioses son lentos en hacer justicia, pero al final, la hacen.

"Al oír palabras tan duras, Nabofarzán se revolcaba por el suelo arrancándose los cabellos en un acceso de rabio y de desesperación. Y Caronte decía a los esclavos:

"-Tiradle de la cadena. Levantadle a pesar suyo *para que ni incluso tenga el consuelo de ocultar su vergüenza. Es necesario que todas las sombras que gimen en la Estigia la presencien, para justificar así a los dioses que tan largo tiempo consistieron en que ese impío reinase en la Tierra*.

"Telémaco vio luego, muy de cerca de él, el negro Tártaro, del que se desprendía un humo negro y espeso, cuyo hedor pestilencial produciría la muerte, si se esparciera por la morada de los vivos. Ese humo cubría un río de fuego y torbellinos de llamas, cuyo ruido, semejante al de los torrentes más impetuosos cuando se precipitan desde las elevadas rocas hasta los hondos valles, impedía que pudiese oírse nada distintamente en aquellos tristes sitios.

"Telémaco, secretamente armado por Minerva, penetró sin temor en el abismo. Enseguida vio muchos hombres que habían vivido en las posiciones sociales más bajas, y que eran castigados por haberse procurado riquezas con fraudes, traiciones y crueldades. Notó allí a muchos impíos hipócritas, que, aparentando amar la religión, se sirvieron de ella como de un buen pretexto para satisfacer su ambición y burlarse de los hombres crédulos. Hombres que así habían abusado de la

misma virtud, aunque sea ésta el mayor don de los dioses, eran castigados como los más grandes criminales.

"Los hijos que habían degollado a sus padres, las esposas que habían manchado sus manos en la sangre de sus esposos, los traidores que habían vendido su patria violando todos los juramentos, sufrían penas menos crueles que semejantes hipócritas.

"Los tres jueces del infierno así lo quisieron, y he aquí en lo que se fundaron: esos hipócritas no se contentan con ser malos como los impíos, sino que quieren pasar por buenos, y lograr con su falsa virtud que los hombres no se atrevan a confiar en la verdadera. Los dioses. De quienes se mofaron y a quienes hicieron despreciables ante los hombres, se complacen en desplegar todo su poderío para vengarse de sus insultos.

"Cerca de éstos aparecían otros hombres a quienes el vulgo apenas cree culpables, pero que la venganza divina persigue sin piedad: éstos son los ingratos. Los embusteros, los aduladores que alabaron el vicio, los satíricos maliciosos que trataron de mancillar la virtud más pura, en fin, los que juzgaron las cosas a la ligera sin conocerlas a fondo, perjudicando con esto la reputación de los inocentes.

"Telémaco, viendo a los tres jueces que estaban sentados y que sentenciaban a un hombre, se atrevió a preguntarles cuáles eran sus crímenes. Entonces el sentenciado tomó la palabra y exclamó:

"-Jamás hice daño alguno. Me complací en hacer el bien. Fui generoso, liberal, justo, compasivo. ¿Qué pueden, pues, echarme en cara?

"Entonces Mimos le dijo:

"-No se te reprocha nada respecto a los hombres. Pero, ¿acaso no debías más a los dioses que a los hombres? ¿Dónde está, pues, esa justicia de que tanto te jactas? Tú no faltaste a ninguno de tus deberes hacia los hombres, que nada son. Has sido virtuoso, pero has referido toda tu virtud a ti mismo y no a los dioses que te la dieron, porque querías gozar del fruto de tu propia virtud y encerrarte dentro de ti mismo, *tú has sido tu dios*. Pero los dioses, que todo lo hicieron y que nada hicieron sino para sí mismo, no pueden renunciar a sus derechos. Tú los olvidaste, ellos te olvidarán, te entregarán a ti mismo, puesto que quisiste ser tuyo, no de ellos. *Busca, ahora si puedes, tu consuelo en tu propio corazón.* Estás, pues, separado para siempre de los hombres a quienes quisiste agradar. Estás solo contigo mismo porque eres tu ídolo. Aprende que no hay verdadera virtud sin el respeto y el amor de los dioses, a quienes todo es debido. Tu falsa virtud, que mucho tiempo alucinó a los hombres fáciles de engañar, va a ser descubierta. Los hombres, que sólo aprecian los vicios y las virtudes por lo que les choca o les conviene, son ciegos respecto del bien como del mal. Aquí, una luz divina derrumba todos sus juicios superficiales, y condena a menudo lo que ellos admiran y justifica lo que condenan.

"A estas palabras, aquel filósofo, como herido por un rayo, no podía soportarse a sí mismo. La complacencia con que miraba otras veces su moderación, su valor y sus inclinaciones generosas se troncó en desesperación. La vista de su corazón enemigo de los dioses, se trueca en suplicio para él. Se mira y no puede dejar de mirarse. Ve la vanidad de los juicios humanos, a los cuales quiso complacer en todas sus acciones. Se hace una revolución universal en cuanto está dentro de él mismo, como si trastornase todas las entrañas. No se encuentra ya él mismo, carece de todo apoyo en su corazón. Su conciencia, cuyo testimonio le fue tan grato, se subleva contra él y le echa en cara amargamente el extravío y la ilusión de todas sus virtudes, que no tuvieron por principio y fin el culto de la divinidad. Está turbado, consternado, lleno de vergüenza, de remordimientos y de desesperación.

"Las furias no le atormentan, porque les basta haberles entregado a sí mismo y porque su propio corazón deja bastante vengados a los dioses despreciados. Busca los sitios más sombríos para ocultarse a sí mismo. Busca las tinieblas sin poder hallarlas. Una luz importuna les sigue por todas partes, y todos los rayos refulgentes de la verdad vienen a vengar la verdad que él no quiso

seguir.

"Todo aquello que amó se le hace odioso, como siendo origen de sus males, que nunca tendrán fin. Dice en su interior: ¡Oh, insensato de mí! ¡No conocí, pues, ni a los dioses ni a los hombres, ni a mí mismo! No, nada he conocido, puesto que nunca amé el verdadero bien. Cada paso mío fue un extravío; mi sabiduría, locura; mi virtud, un orgullo impío y ciego; yo mismo era mi ídolo.

"Por fin, Telémaco vio a los reyes que fueron condenados por haber abusado de su poder. Por un lado, una furia vengadora les presentaba un espejo que les manifestaba toda la deformidad de sus vicios. Allí veían, sin poderlo evitar, su grosera vanidad ávida de las más groseras alabanzas; su dureza para con los hombres, cuya felicidad debieron hacer; su insensibilidad para la virtud, su temor de oír la verdad, su inclinación hacia los hombres afeminados y aduladores, su malicia, su indolencia, su desconfianza indebida, su fausto y excesiva magnificencia fundada sobre la ruina de los pueblos, su ambición para comprar un poco de vanagloria con la sangre de sus ciudadanos. En fin, su crueldad, que buscó cada día nuevos deleites entre las lágrimas y la desesperación de tantos desgraciados. Se veían sin cesar en aquel espejo, se consideraban más horrorosos y más monstruosos que la *Quimera* vencida por Belerofonte, que la Hidra Lerna, muerta por Hércules, que aun el mismo Cerbero, aunque arroje por sus tres bocas entreabiertas una sangre negra y venenosa, capaz de apestar a toda la raza de los mortales que viven sobre la Tierra.

"Entre aquellos objetos que hacían erizar los cabellos a Telémaco, vio a muchos de los antiguos reyes de Lydia que eran castigados por haber preferido los placeres de una vida indolente al trabajo para el alivio de los pueblos, que deben ser inseparables de los gobernantes.

"Aquellos reyes se echaban en cara los unos a los otros su ceguedad. El uno decía al otro, que fue su hijo: « ¿No os había encargado muchas veces, durante mi vejez y antes de mi muerte, que remediaseis los males que yo había hecho por descuido?»

"«¡Ah!, desgraciado padre -decía el hijo-, vos sois la causa de mi perdición. Vuestro ejemplo fue el que inspiró el fausto, el orgullo, la sensualidad y la dureza para con los hombres. Viéndoos reinar con tanta molicie y rodeado de cobardes aduladores, me acostumbré a la lisonja y a los placeres. Creí que los demás hombres eran respecto de los reyes lo que los caballos y los demás animales de carga son para los hombres, es decir, animales de que sólo se hace caso en proporción a los servicios que prestan y a las comodidades que proporcionan. Lo creí, vos sois quien me lo hicisteis creer, y actualmente sufro tantos males por haberos imitado.»

"A estos reproches añadían las más horrendas maldiciones, y parecían furiosos y próximos a desgarrarse recíprocamente.

"En torno de esos reyes revoloteaban todavía, como lechuzas, las crueles sospechas, los vanos temores, las desconfianzas que vengan a los pueblos de la dureza de sus reyes, el hambre insaciable de riquezas, la vanagloria tiránica, y la molicie cobarde que aumenta todos los males que se padecen sin poder jamás dar sólidos placeres.

"Se veía a muchos de esos reyes severamente castigados, no por los males que hicieron, pero sí por haber descuidado el bien que debieran hacer. Todos los crímenes de los pueblos cuyo origen está en la negligencia con que se hacen observar las leyes, eran atribuidos a los reyes, que sólo deben reinar para que las leyes imperen por su mediación.

"Se les inculpaban también todos los desórdenes que proceden del fausto, del lujo y de los demás excesos que arrastran a los hombres hacia un estado violento y a la tentación de menospreciar las leyes para adquirir bienes. Sobre todo, se trataba rigurosamente a los reyes que, en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de los pueblos, sólo pensaron en esquilmar y destrozar el rebaño como lobos hambrientos.

"No obstante, lo que más consternó a Telémaco fue ver que en ese abismo de tinieblas y de males, un gran número de reyes que fueron tenidos en la Tierra por reyes bastante buenos, fueron

condenados a las penas del Tártaro por haberse dejado gobernar por los males que dejaron cometer a la sombra de su autoridad. Además, la mayor parte de aquellos reyes no fueron ni buenos ni malos. Tan grande fue su debilidad. Nunca temieron por no conocer la verdad, y no se complacieron en hacer el bien.

"Al mismo tiempo, una furia les repetía con ironía todas las alabanzas que sus aduladores les habían prodigado durante su vida, y les presentaba otro espejo en el cual se veían tal como la lisonja les decía que eran. La oposición de esas dos pinturas tan opuestas era el suplicio de su vanidad. Se notaba que los peores entre ellos eran aquellos reyes a quienes habían tributado las alabanzas más extremas mientras vivieron, porque los malos son más temidos que los buenos, y exigen impúdicamente las cobardes alabanzas de los poetas y de los oradores contemporáneos suyos.

"Se les oye gemir en aquellas profundas tinieblas, en las que sólo pueden ver los insultos y las mofas que tienen que sufrir. Nada ven alrededor suyo que no les rechace y contraríe, que no les confunda, al revés de los que en la Tierra les pasaba, que les importaba poco la vida de los hombres y pretendían que todo era hecho para servirles.

"En el Tártaro están sometidos a todos los caprichos de ciertos esclavos que les hacen sentir a su vez una cruel servidumbre: están sometidos a esos esclavos que se han vuelto sus tiranos implacables, como el yunque está bajo los martillos de los Cíclopes cuando Vulcano les obliga al trabajo en las fraguas candentes del monte Etna.

"Allí, Telémaco divisó pálidos, asquerosos y consternados. Es una negra tristeza la que roe a aquellos criminales. Se horrorizan de sí mismos, y no pueden quedar libres de este horror, ni tampoco de su propia naturaleza. No necesitan otro castigo para sus faltas que sus mismas faltas. Las ven sin cesar en toda su enormidad, se les presentan como espectros horribles y les persiguen. Para liberarse, buscan una muerte más efectiva que la que los separó de su cuerpo. En su desesperación, llaman en su socorro una muerte que pueda apagar en ellos todo sentimiento y todo conocimiento. Suplican a los abismos que les traguen para huir de los rayos vengadores de la verdad que les persigue. Pero tienen que sufrir la venganza que destila sobre ellos gota a gota, y que nunca concluirá. La verdad que temieron ver es su suplicio. La ven, y cuando cierran los ojos para no verla, se levanta contra ellos. Su vista los traspasa, los desgarra, los arrebata a sí mismos. Es como el rayo, que sin destruirlos, los envuelve, les penetra hasta el centro de sus entrañas."

Cuadro del infierno cristiano

11. La opinión de los teólogos sobre el infierno está resumida en las citas siguientes.[6] Siendo esta descripción sacada de los autores sagrados y de la vida de los santos, puede considerarse tanto más la expresión de la fe ortodoxa en esta materia, cuanto que a cada paso se encuentra reproducida, con algunas variaciones, en los sermones de la Cátedra evangélica y en las instrucciones pastorales.

6. Estas citas están sacadas de la obra titulada *El Infierno*, por Augusto Callet.

12. "Los demonios son puros espíritus y los condenados actualmente en el infierno pueden también ser considerados como puros espíritus, puesto que sólo su alma bajó allí, y sus huesos, hechos polvo, se transforman incesantemente en hierbas, en plantas, en frutas, en minerales, en líquido, pasando, sin saberlo, por las continuas metamorfosis de la materia. Pero los condenados, lo mismo que los santos, deben resucitar el último día y volver a tomar, para no dejarlo ya, un cuerpo carnal, el mismo cuerpo con que fueron conocidos entre los vivos. Lo que distinguirá a los unos de los otros será que los elegidos resucitarán en un cuerpo purificado y resplandeciente, y los condenados en un cuerpo manchado y disforme por el pasado. No sólo estarán ya en el infierno los

espíritus puros, sino que habrá también hombres como nosotros.

"El infierno es, por consiguiente, un lugar físico, geográfico, material, porque estará poblado de criaturas terrestres, teniendo pies, manos, boca, lengua, dientes, oídos, semejantes a los nuestros, y sangre en las venas y nervios sensibles al dolor.

"¿En dónde está situado el infierno? Algunos doctores lo colocaron en el centro de nuestra tierra, otros no sé en qué planeta. Pero la cuestión no ha sido resuelta por ningún concilio, y no hay que atenerse, pues, sobre este punto, a conjeturas. La única cuestión que se afirma es que el infierno, esté donde quiera, es un mundo compuesto de elementos materiales. Pero un mundo sin sol, sin luna, sin estrellas, más triste, más inhóspito, más desprovisto de todo germen y de toda apariencia de bien, que no lo son las partes más inhabitables de este mundo, en el que pecamos.

"Los teólogos circunspectos no se arriesgan a describir, como los egipcios, los indios y los griegos, los horrores de aquella mansión. Se limitan a enseñarnos, como muestra, lo poco que la escritura revela de ella. El estanque de fuego y de azufre del Apocalipsis, y los gusanos de Isaías. Esos gusanos eternamente hormigueando sobre las podredumbres del Thopel, y los demonios atormentando a los hombres a quienes perdieron, y los hombres gimiendo con rechinamiento de dientes, según la expresión de los evangelistas.

"San Agustín no concibe que esas penas físicas sean simples imágenes de las penas morales. Ve un verdadero estanque de azufre, gusanos, serpientes reales, encarnizándose en todas las partes del cuerpo de los condenados, añadiendo sus mordeduras a las del fuego. Pretende, según un versículo de San Marcos, que aquel fuego extraño, aunque material como el nuestro, y obrando sobre cuerpos materiales, los conservará como la sal conserva las carnes de las víctimas. Pero los condenados, víctimas siempre sacrificadas y siempre vivas, sentirán el dolor de aquel fuego que quema sin consumir. Penetrará debajo de su piel, estarán impregnados y saturados de él todos sus miembros, y el tuétano de sus huesos, y las niñas de sus ojos, y las fibras más recónditas y más sensibles de su ser. El cráter de un volcán, si pudiera precipitarse en él, sería para ellos sitio de refresco y de descanso.

"Así se expresan, con toda seguridad, los teólogos más tímidos, los más discretos, los más reservados. Además, no niegan que haya en el infierno otros suplicios corporales. Dicen solamente que para hablar de ellos, no tienen el suficiente conocimiento, tan positivo al menos como el que fue dado del horrible suplicio del fuego y del asqueroso suplicio de los gusanos.

"Pero hay teólogos más atrevidos o más esclarecidos que hacen sobre el infierno descripciones más detalladas, más variadas y más completas, y aun cuando no se sepa en qué sitio del espacio el infierno está situado, hay santos que lo han visto. No fueron allí con la Lira en la mano, como Orfeo, o con la espada desenvainada como Ulises. Fueron transportados allí en espíritu.
Santa Teresa es de este número.

"Parece, según la relación de la santa, que hay ciudades en el infierno. Dice que vio en él una especie de callejuela larga y estrecha como hay muchas en las poblaciones antiguas. Entró pisando con horror un terreno fangoso, hediondo, en el cual se agitaban y hervían monstruosos reptiles. Pero fue detenida en su marcha por una muralla que cerraba la callejuela. En aquella muralla había un nicho en el que Teresa se acurrucó, sin comprender cómo sucedió esto.

"Era, dice, el sitio que le estaba destinado, si abusaba, viviendo, de las gracias que Dios derramaba sobre su celda de Ávila. Aun cuando se introdujo con maravillosa facilidad en aquel nicho de piedra, no podía, sin embargo, ni sentirse, ni recostarse, ni tenerse en pie, y aún menos salir. Aquellas horrendas murallas la aplastaban, la envolvían, la estrechaban como si hubiera sido animadas. Le pareció que la ahogaban, que la estrangulaban y al mismo tiempo que la desollaban viva y que la hacían pedazos. Se sentía quemar y padecía a la vez toda clase de angustias. Ninguna esperanza de socorro, no había más que tinieblas, veía todavía, no sin estupor, la asquerosa callejuela en donde estaba alojada, con todo su inmundo vecindario, espectáculo tan insufrible para

ella como la estrechez de su cárcel.[7]

7. Se observan en esta visión todos los caracteres de las pesadillas. Es, pues, probable, que fuese un efecto por este estilo el que produjo en Santa Teresa.

"Esto no era, sin duda, más que un rinconcito del infierno: otras viajeras espirituales fueron más favorecidas: vieron en el infierno grandes ciudades ardiendo: Babilonia, Nínive y también Roma, sus palacios y sus templos abrasados y todos sus habitantes encadenados. El traficante en su despacho, sacerdotes reunidos con los cortesanos en salones de festines, aullando sobre sus asientos, de los que no podían desasirse, y llevando a sus labios, para apagar su sed, copas de donde salían llamas. Lacayos de rodillas en cloacas hirviendo, los brazos tendidos, y príncipes de cuyas manos caía oro derretido que resbalaba sobre ellos como la lava devoradora. Otros vieron en el infierno llanuras sin fin que labraban y sembraban labriegos hambrientos. Y como aquellas semillas estériles nada producían en aquellas llanuras regadas con sudor, se comían entre sí. Después, éstos, tan numerosos, tan flacos, tan hambrientos como antes, se dispersaban a bandadas en el horizonte y buscaban en vano y en punto lejano tierras mejores, los cuales eran reemplazados inmediatamente en los campos que abandonaban por otras colonias errantes de condenados. Hay quien vio en el infierno montañas llenas de precipicios, selvas gimiendo, pozos sin agua, fuentes alimentadas con lágrimas, ríos de sangre, torbellinos de nieve en desiertos de hielo, barcas de desesperados bogando por mares sin orillas. Se ha vuelto a ver allí, en una palabra, todo cuanto los paganos vieron: un reflejo lúgubre de la Tierra, una sombra desmedidamente aumentada de sus miserias, sus padecimientos naturales eternizados, y hasta los calabozos, las horcas y los instrumentos de tormento que nuestras propias manos fabricaron.

"Hay allí, en efecto, demonios que, para atormentar mejor los cuerpos de los hombres, toman ellos mismos otros cuerpos. Éstos tienen alas de murciélagos, cuernos, corazas con escamas, patas con uñas corvas, dientes agudos. Nos los enseñan armados de espadas, de garfios, de pinzas, de tenazas candentes, de sierras, de parrillas, de fuelles, de mazas, y haciendo durante la eternidad con carne humana el oficio de cocineros y de carniceros. Los otros, transformados en leones o en víboras enormes, arrastrando sus presas a cavernas solitarias. Algunos se transforman en cuervos para arrancar los ojos a ciertos culpables, y otros en dragones alados para cargarlos sobre sus lomos y llevarlos, espantados, sangrientos, gritando en los espacios tenebrosos, después dejarlos caer en el estanque de azufre. Aquí, nubes de langostas, de víboras y escorpiones gigantescos, cuya vista eriza, cuyo olor da náuseas, cuyo menor contacto da convulsiones. Allí, monstruos polífagos abriendo por todas partes bocas voraces, sacudiendo sobre sus cabezas disformes cabelleras de áspides, estrujando a los réprobos entre sus mandíbulas, chorreando sangre y vomitándolos molidos, pero vivos, porque son inmortales.

"Aquellos demonios con formas materiales, que recuerdan tan vivamente los dioses del Amenthi y del Tártaro y los ídolos que adoraban los fenicios, moabitas y los demás gentiles vecinos de la Judea. Aquellos demonios no obran al azar, cada uno ejerce sus funciones y su tarea. El daño que hacen en el infierno está en proporción al que inspiraron e hicieron cometer en la Tierra.[8]

8. ¡Singular castigo, en verdad, aquel que consistiría en poder continuar en mayor escala el mal que hubieren hecho en pequeño en la Tierra! Sería más racional que sufrieran ellos mismos las resultas de aquel mal, en lugar de tener la satisfacción de hacerlo padecer a los demás.

"Los condenados son castigados en todos sus sentidos y en todos sus órdenes, porque ofendieron a Dios por todos sus sentidos y por todos sus órganos. Castigados de un modo, como golosos por los demonios de la gula; como perezosos, por los demonios de la pereza; como fornicadores por los demonios de la fornicación, y de tantos y tan variados modos como hay diferentes maneras de pecar. Tendrán frío aunque se abrasen y calor helándose. Estarán ávidos de

quietud y de movimiento, siempre hambrientos, siempre sedientos, mil veces más fatigados que el esclavo al acabar el día, más enfermos que los moribundos, más quebrantados, más descoyuntados, más cubiertos de llagas que los mártires, y todo esto eternamente.

"Ningún demonio se cansa ni se cansará jamás de su horrenda tarea. Están todos, bajo este aspecto, bien disciplinados y dóciles para ejecutar las órdenes de venganza que recibieron. Sin esto, ¿qué sería del infierno? Los condenados descansarían, si sus verdugos llegasen a querellarse o a cansarse. Mas no hay descanso para los unos, querella entre los otros. Por malos y por innumerables que sean, los demonios se asisten desde una a otra parte del abismo, y jamás se vieron en la Tierra naciones más dóciles a sus príncipes, ejércitos más obedientes a sus jefes, comunidades monásticas más humildemente sumisas a sus superiores.[9]

9. Aquellos mismos demonios, rebeldes a Dios para el bien, son de una docilidad ejemplar para el mal. Ninguno de ellos retrocede, ni se rezaga durante la eternidad. ¡Qué extraña metamorfosis se verificó en ellos, que fueron creados puros y perfectos como los ángeles!

¡Cuán extraño se hace verles, por ejemplo, de perfecta conformidad, armonía y concordia inalterable, mientras que los hombres no saben vivir en paz y se desgarran en la Tierra! Viendo el lujo de castigos destinado a los condenados y comparando su situación con la de los demonios, uno se pregunta: ¿Cuáles son más dignos de compasión? ¿Los verdugos o las víctimas?

"Además, apenas es conocido el populacho de los demonios, aquellos viles espíritus que componen las legiones de vampiros, de tiburones, de sapos, de escorpiones, de cuervos, de hidras, de salamandras y otros animales sin nombre, que constituyen la fauna de las regiones infernales. Pero se conocen y se nombran muchos de los príncipes que mandan en aquellas legiones, entre otros Belphegor, el demonio de la lujuria; Abaddan o Apoyllón, el demonio del asesinato; Belzebuth, el demonio de los deseos impuros o el maestro de las moscas que engendran la corrupción, y Mammón, el demonio de la avaricia, Moloch, Belial, Baalgad. Asturoth y tantos otros, y sobre ellos su jefe universal, el sombrío arcángel que en el cielo se llamaba Lucifer y que en el infierno se llama Satanás.

"He aquí en compendio la idea que nos dan del infierno, considerado desde el punto de vista de su naturaleza física y de las penas físicas que allí se sufren. Abrid los libros de los padres y de los antiguos doctores, interrogad nuestras piadosas leyendas. Mirad las esculturas y los cuadros de nuestras iglesias, prestad oído a lo que se dice en nuestros púlpitos, y aún oiréis muchas cosas más."

13. El autor añade a este cuadro las reflexiones siguientes, cuyo alcance es fácil de comprender.

"La resurrección de los cuerpos es un milagro, pero Dios hace otro milagro dando a aquellos mortales, gastados ya por las pruebas pasajeras de la vida, aniquilados ya una vez, la virtud de subsistir sin disolverse, en un horno en el cual se evaporarían los metales. Que diga que el alma es su propio verdugo, que Dios no la atormenta, pero que la abandona en el fatal estado que ella escogió, esto puede en rigor comprenderse, aunque el abandono eterno de un ser extraviado y atormentado parezca poco conforme con la bondad del Creador. Pero lo que se dice del alma y de las penas espirituales no puede decirse de los cuerpos y de las penas corporales. No basta que Dios retire su mano. Es necesario, al contrario, que la manifieste, que intervenga, que obre, pues sin esto el cuerpo sucumbiría."

Los teólogos, suponen, pues, que Dios, en efecto, después de la resurrección, aquel segundo milagro del cual hemos hablado. Retira, primero, del sepulcro que los había devorado, nuestros cuerpos de tierra, los saca de allí tal cual fueron sepultados, con sus enfermedades originales y las degradaciones sucesivas de la edad, de la enfermedad y del vicio. Nos los restituye en aquel estado decrépito, tiritando, gotosos, llenos de necesidades, sensibles a una picadura de abeja, marchitos para las señales de vida y de muerte, y éste es el primer milagro.

Después, a estos cuerpos deleznables, prontos a volver al polvo de que salieron, impone una propiedad que nunca tuvieron, y he aquí el segundo milagro. Les impone la inmortalidad, aquel mismo don que encolerizado, decid más bien en su misericordia, retiró a Adán al salir del Edén. Cuando Adán era inmortal era invulnerable, y cuando cesó de ser invulnerable, fue mortal: la muerte fue inmediata al dolor.

La resurrección no nos restablece las condiciones del hombre inocente ni las del hombre culpable. Es una resurrección de nuestras miserias solamente, pero con un recargo de otras nuevas, infinitamente más horribles. Es, en parte, una verdadera creación, la más maliciosa que la imaginación se haya atrevido a concebir. Dios cambia de parecer, y para añadir a los tormentos espirituales de los pecadores tormentos carnales que puedan durar siempre, varía de repente, por un efecto de su poder, las leyes y las propiedades asignadas por Él mismo, desde el principio, a los compuestos de materia. Resucita carnes enfermas y corrompidas, y uniendo con un nudo indestructible aquellos elementos que naturalmente tienen que separarse, mantiene y perpetúa, contra el orden natural, aquella podredumbre viviente, la echa al fuego no para purificarla, sino para conservarla tal como es, sensible, quejumbrosa, ardiente, tal como la quiere, inmortal.

Con este milagro se hace de Dios uno de los verdugos del infierno, porque si los condenados no pueden culparse más que a sí mismos de sus males espirituales, en recompensa, no pueden atribuir los otros más que a Dios.

Sin duda sería poca cosa abandonarlos después de su muerte a la tristeza, al arrepentimiento y a todas las angustias de un alma que siente haber perdido el supremo bien: Dios irá, según los teólogos, a buscarlos en aquella noche al fondo de aquel abismo. Los llamará por un momento a la luz del día, no para consolarlos, sino para revestirlos de un cuerpo asqueroso, ardiente, imperecedero, más apestado que la túnica de Dejanira, y entonces es cuando los abandonará para siempre.

Y aun así no los abandonará, puesto que el infierno no subsiste, así como tampoco la tierra y el cielo, sino es por un acto permanente de su voluntad, siempre activa, y todo desaparecería si cesase de sostenerlo. Tendrá puesta continuamente su mano sobre ellos para impedir que se apague el fuego y que su cuerpo no se consuma, queriendo que aquellos desgraciados inmortales contribuyan, por sus suplicios constantes, a la edificación de los elegidos.

14. Dijimos con razón que el infierno de los cristianos había sobrepujado al de los paganos. En el Tártaro se ve, en efecto, a los culpables atormentados por los remordimientos, siempre cara a cara de sus crímenes y de sus víctimas, agobiados por aquellos a quienes agobiaron viviendo. Se les ve huir de la luz que les penetra y procuran en vano ocultarse a las miradas que los persiguen, se rebaja y humilla el orgullo. Todos llevan el sello de su pasado, todos son castigados por sus propias faltas, hasta del extremo de que para algunos, basta entregarlos a sí mismos y se cree inútil añadir otros castigos. Pero son almas con un cuerpo fluídico, imagen de su existencia terrestre. No se ve allí que los hombres vuelvan a tomar su cuerpo carnal para sufrir materialmente, ni el fuego penetra bajo su piel para saturarla hasta los tuétanos, ni el lujo y el refinamiento de los suplicios que constituyen la base del infierno cristiano. Se hallan allí jueces inflexibles, pero justos, que proporcionan la pena a la gravedad de la culpa, mientras que en el imperio de Satanás, todo está confundido en los mismos tormentos, todo está basado en la materialidad: hasta la equidad está desterrada de allí.

Sin duda que tiene hoy la misma iglesia muchos hombres de buen sentido que no admiten esos hechos literalmente, viendo en ellos sólo alegorías que son necesario interpretar. Pero su opinión sólo es individual y no tiene fuerza de ley. La creencia en el infierno material con todas sus consecuencias no deja de ser aún un artículo de fe.

15. Se pregunta uno cómo puede haber personas que vieran en éxtasis esos sucesos, siendo así que no existen. No es éste el lugar de explicar el origen de las imágenes fantásticas que se producen a veces con las apariencias de la realidad. Diremos solamente que hay que ver en ello una prueba de este principio: que el éxtasis es la menos segura de todas las revelaciones, (10) porque aquel estado de sobreexcitación no es siempre resultado de un aislamiento del alma tan completo como pudiera creerse, y se encuentra en ellas, a menudo, el reflejo de preocupaciones de la vigilia. Las ideas que el espíritu acoge y cuyas huellas conserva el cerebro, o mejor dicho, la envoltura periespiritual correspondiente al cerebro, se reproducen amplificadas ópticamente bajo formas vaporosas que se cruzan y se confunden, y componen conjuntos disparatados. Los extáticos de todos los cultos vieron siempre cosas en relación a la fe de que estaban penetrados. No hay que maravillarse, pues, de que aquellos que, como Sta. Teresa, están muy imbuidos de las ideas del infierno, tales como las dan las descripciones verbales o escritas y los cuadros, tengan visiones que, propiamente dicho, no son más que su reproducción y causan el efecto de una pesadilla. Un pagano lleno de fe habría visto el Tártaro y las furias, como habría visto en el Olimpo a Júpiter con el rayo en la mano.

10. *El Libro de los Espíritus*, n.º 443 y 444.

CAPÍTULO V

El purgatorio

1. El Evangelio no hace mención alguna del purgatorio, que no fue admitido por la iglesia hasta el año 593. Es seguramente un dogma más racional y más conforme con la justicia de Dios que el infierno, puesto que establece penas menos rigurosas y redimibles, por faltas de una mediana gravedad.

El principio del purgatorio está basado en la equidad, porque comparando con la justicia humana, es la reclusión temporal comparada con la condena para toda la vida. ¿Qué se pensaría de un país que no tuviese más castigo que la pena de muerte para los crímenes y los delitos menos graves? Sin el purgatorio, no hay para las almas más que dos alternativas extremas: la felicidad absoluta o los suplicios eternos. En esta hipótesis, ¿qué es de las almas culpables solamente de faltas ligeras? O bien gozan de la felicidad de los elegidos sin ser perfectas, o sufren el castigo de los mayores criminales sin haber hecho mucho mal, lo que no es ni justo ni racional.

2. Pero la noción del purgatorio debía necesariamente ser incompleta. Y como sólo se conocía la pena del fuego, se hizo de él un diminutivo del infierno. En aquél las almas arden también, pero en un fuego menos denso. Siendo el progreso incompatible con el dogma de la eternidad de las penas, las almas no salen de allí en méritos de su adelanto, pero sí en virtud de las oraciones que se dicen o se mandan decir con tal intención.

Si el pensamiento primero fue bueno, no sucede lo mismo con sus consecuencias por los abusos a que han dado lugar. Por medio de las oraciones pagadas, el purgatorio es una mina más productiva que el infierno.[1]

1. El purgatorio dio entrada al comercio escandaloso de las indulgencias, con cuya ayuda se vendía la entrada en el cielo. Este abuso fue la primera causa de la reforma. Por eso Lutero rechazó el purgatorio.

3. El lugar del purgatorio nunca se ha determinado, ni la naturaleza de las penas que allí se sufren se ha definido claramente. Estaba reservado a la nueva revelación llenar este vacío, explicándonos las causas de las miserias de la vida terrestre, cuya justicia podía demostrársenos únicamente con la pluralidad de existencias.

Estas miserias son necesariamente consecuencia de las imperfecciones del alma, pues si el alma fuese perfecta, no cometería faltas y no tendría que sufrir sus consecuencias. El hombre que fuese sobrio y moderado en todo, por ejemplo, no sufriría las enfermedades originadas por los excesos. Lo más general es que sea desgraciado aquí en la Tierra por su propia culpa. Pero si es imperfecto, es porque lo era antes de venir a la Tierra. Expía en ella, no sólo sus actuales faltas, sino también las faltas anteriores que no reparó. Sufre en una vida de pruebas lo que hizo sufrir a otros en otra existencia. Las vicisitudes que experimenta son a la vez un castigo temporal y una advertencia de las imperfecciones que debe abandonar, para evitar los males futuros y progresar hacia el bien. Son para el alma las lecciones de la experiencia, lecciones rudas a veces, pero más provechosas para el porvenir, pues dejan una profunda impresión.

Esas vicisitudes son la causa de luchas incesantes, que desarrollan sus fuerzas y sus facultades morales e intelectuales. La fortalecen en el bien, sale de ellas siempre victoriosa, si tiene el valor de luchar hasta el fin. El premio de la victoria está en la vida espiritual, en donde entra radiante y triunfante, como el soldado después de la pelea recibe la palma de la victoria.

4. Cada existencia es para el alma una nueva ocasión de dar un paso adelante. De su voluntad depende que este paso sea lo más grande posible, el subir muchos peldaños o quedarse

estacionada. En este último caso, sufrió sin provecho, y como siempre, tarde o temprano tiene que pagar su deuda y principiar de nuevo otra existencia en condiciones todavía más penosas, porque a una mancha no lavada, añade otra.

Por esta razón, en las encarnaciones sucesivas el alma se despoja, poco a poco, de sus imperfecciones. Se purga, en una palabra, hasta que esté bastante pura para merecer dejar los mundos de expiación por mundos mejores, y más tarde estos para gozar de la suprema felicidad.

El purgatorio no es, pues, una idea vaga e incierta. Es una realidad material que vemos, que tocamos y que sufrimos. Está en los mundos de expiación, y la Tierra es uno de esos mundos: los hombres expían en él su pasado y su presente en provecho de su porvenir. Pero en contra de la idea que se tiene de poder cada uno abreviar o prolongar su permanencia en él, según el grado de adelanto y de depuración a que haya llegado con su propio trabajo, se sale de allí, no porque se haya cumplido el tiempo ni por los méritos de otros, sino por su propio mérito, según estas palabras de Cristo: *A cada uno según sus obras*, palabras que resumen toda la justicia de Dios.

5. Aquel, pues, que sufre en esta vida, debe convencerse de que es porque no se purificó suficientemente en su precedente existencia, y que, si no lo hace en ésta, sufrirá todavía en la siguiente. Esto es, a la vez, equitativo y lógico. Siendo el padecimiento inherente a la imperfección, se sufre tanto tiempo cuando es uno imperfecto, como se sufre por una enfermedad mientras no se esté curado de ella. Así es que mientras un hombre sea orgulloso, sufrirá las consecuencias de su orgullo; mientras sea egoísta, sufrirá por su egoísmo.

6. El espíritu culpable sufre primero en la vida espiritual en proporción a sus imperfecciones. Después se le da la vida corporal como un medio de reparación. Por esto se encuentra allí nuevamente, ya sea con las personas a quienes ofendió, o bien en centros análogos a aquellos en donde hizo el mal, o en situaciones opuestas, como, por ejemplo, en la miseria si fue un rico avaro, en una situación humillante si fue orgulloso.

La expiación, en el mundo de los espíritus y en la Tierra, no es un doble castigo para el espíritu. Es el mismo que continúa en la Tierra, como complemento, con el fin de facilitarle su mejoramiento por un trabajo efectivo. Depende de él aprovecharlo. ¿Acaso no es preferible para él volver a vivir en la Tierra con la posibilidad de ganar el cielo, a ser condenado sin remisión, dejándola? Esa libertad que se le concede es una prueba de la sabiduría, de la bondad y de la justicia de Dios, que quiere que el hombre lo deba todo a sus fuerzas y que sea autor de su porvenir. Si es desgraciado, y si lo es más o menos tiempo, sólo a él mismo puede culpar. El camino del progreso está siempre expedito para él.

7. Si se considera cuán grande es el padecimiento de ciertos espíritus culpables en el mundo invisible, cuán terrible es la situación de algunos, qué ansiedades los devoran, y cuán penosa es esa situación por la imposibilidad en que están de ver el fin de ella, se podría decir que es para ellos el infierno, si esta palabra no implicase la idea de un castigo eterno y material. Gracias a la revelación de los espíritus y a los ejemplos que nos ofrecen, sabemos que la duración de la expiación está regulada sobre el mejoramiento del culpable.

8. El Espiritismo no viene, pues, a negar la penalidad futura. Al contrario, viene a patentizarla. Lo que destruye es el infierno localizado con sus hornos y sus penas irremisibles. No niega el purgatorio, puesto que prueba que estamos en él, lo define y lo precisa, explicando la causa de las miserias terrestres, y con esto hace que los que lo negaban crean en él. ¿Rechaza, acaso, las preces por los difuntos? Muy al contrario, puesto que los espíritus que sufren las solicitan y hacen de ellas un deber de caridad, demostrando su eficacia para atraerlos al bien y por este medio abreviar sus tormentos.(2) Hablando a la inteligencia, ha vuelto a la fe a los incrédulos y a la oración a aquellos que se burlaban de ella. Pero dice que la eficacia de las oraciones está en el

pensamiento y no en las palabras, que las mejores son las del corazón y no las de los labios, aquellas que uno mismo dice, y no aquellas que se mandan decir por dinero. ¿Quién se atrevería a vituperarlo por eso?

2. Véase *El Evangelio según el Espiritismo*, Cáp. XXII, "Acción de la oración".

9. Que el castigo se verifique en la vida espiritual o en la Tierra y sea cual fuere su duración, tiene siempre un término más o menos lejano o próximo. En realidad, para el espíritu no hay más que dos alternativas: castigo temporal y graduado según la culpabilidad, y recompensa graduada según el mérito. El Espiritismo rechaza la tercera alternativa, la de la condenación eterna. El infierno queda como una figura simbólica de las mayores penas, cuyo término es desconocido. El purgatorio es la realidad.

La palabra *purgatorio* revela la idea de un lugar circunscrito. Por esto se aplica más naturalmente a la Tierra, considerada como un lugar de expiación que está en el espacio infinito, en el que viven errantes los espíritus que padecen, y además, la naturaleza de la expiación terrestre es una verdadera expiación.

Cuando los hombres hayan mejorado, no suministrarán al mundo invisible más que espíritus buenos, y éstos, encarnándose, no suministrarán a la Humanidad corporal más que elementos perfeccionados. Entonces, cesando la Tierra de ser un mundo de expiación, no padecerán los hombres las miserias que son consecuencia de sus imperfecciones. Es ésta la transformación que se está verificando actualmente y que elevará la Tierra en la jerarquía de los mundos (véase *El Evangelio según el Espiritismo*, Cáp. III).

10. ¿Por qué, pues, Cristo no habló del purgatorio? Porque no existiendo la idea, no había palabras para representarla. Se sirvió de la palabra infierno, la única en uso entonces, como expresión genérica, para designar las penas futuras sin distinción. Si al lado de la palabra infierno hubiera colocado otra equivalente a purgatorio, no habría podido fijar su verdadera significación sin decidir una cuestión reservada para el porvenir. Hubiera sido, además, establecer la existencia de dos lugares especiales de castigos. El infierno en su aceptación general, despertando la idea de castigo, contenía implícitamente la del purgatorio, que no es más que una manera de penalidad. Debiendo el porvenir ilustrar a los hombres sobre la naturaleza de las penas, tenía que reducir por esto mismo el infierno a su justo valor.

Puesto que la iglesia creyó, después de seis siglos, que debía suplicar el silencio decretando la existencia del purgatorio, fue porque pensó que no había dicho todo. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en otros asuntos?

CAPÍTULO VI

Doctrina de las penas eternas

Origen de la doctrina de las penas eternas

1. La creencia en la eternidad de las penas pierde cada día tanto terreno que, sin ser profeta, cada uno puede prever su próximo fin. Ha sido combatida con argumentos tan poderosos y tan perentorios, que casi parece superfluo ocuparse de ella de hoy en adelante, y basta dejarla que se extinga. Sin embargo, hay que conceder que, aunque caduca, es todavía el escudo de los adversarios de las nuevas ideas, el cual defienden con más empeño, porque es uno de los lados más vulnerables y prevén las consecuencias de su caída. Desde este punto de vista, esta cuestión merece un examen serio.

2. La doctrina de las penas eternas, como la del infierno material, tuvo su razón de ser cuando ese temor podía ser un freno para los hombres poco adelantados intelectual y moralmente. Por lo mismo que poco o nada se hubieran impresionado con la idea de las penas morales, tampoco se hubieran sobrecogido con la de las penas temporales, ni aun habrían comprendido la justicia de las penas graduadas y proporcionadas, porque no eran aptos para distinguir las diferencias, algunas veces poco sensibles, entre el bien y el mal, ni el valor relativo de las circunstancias atenuantes o agravantes.

3. Cuando más cerca están los hombres del estado primitivo, tanto más materiales son. El sentido se desarrolla en ellos con más lentitud. Por esta misma razón sólo pueden tener de Dios y de sus atributos una idea muy imperfecta, lo mismo que de la vida futura. Asimilan a Dios a su propia naturaleza. Para ellos es un soberano absoluto, tanto más temible cuanto más invisible, como un monarca déspota que, escondido en su palacio, no se muestra nunca a sus súbditos. Sólo es poderoso por la fuerza material, porque no comprenden la fuerza moral. Se lo representan armado con el rayo, o en medio de los relámpagos y de la tempestad, sembrado en sus excursiones la ruina y el desconsuelo, a imitación de los guerreros invencibles. Un Dios de mansedumbre y de misericordia no sería un Dios, y sí un ser débil que no sabría hacerse obedecer. La venganza implacable, los castigos terribles, eternos, nada tenían que contradijeran la idea que tenían formada de Dios, ni que repugnase a su razón. Implacables como eran en sus resentimientos, crueles para con sus enemigos, sin piedad para los vencidos, Dios, muy superior a ellos, debía ser todavía más terrible.

Para hombres tales, se necesitan creencias religiosas asimiladas a su naturaleza todavía adusta. Una religión completamente espiritual, toda amor y caridad, no podía hermanarse con la brutalidad de las costumbres y de las pasiones. No vituperamos, pues, a Moisés por su legislación draconiana, que apenas bastaba para contener a su pueblo indócil, ni el haber representado a Dios como a un Dios vengador.

Era necesario en aquella época. La apreciable doctrina de Jesús no habría encontrado eco y hubiera sido ineficaz.

4. Según se fue desarrollando el espíritu, el velo material se fue disipando poco a poco para comprender las cosas espirituales. Pero esto sólo se verificó gradualmente. Cuando vino Jesús pudo anunciar un Dios clemente, hablar de su reino que no es de este mundo, y decir a los hombres: “Amaos unos a otros, haced bien a los que os odian.” Siendo así que los antiguos decían: “Ojo por ojo, diente por diente.”

¿Quiénes eran, pues, los hombres que vivían en tiempo de Jesús? ¿Eran almas nuevamente

creadas y encarnadas? Si esto fuese, Dios habría creado en tiempo de Jesús almas más adelantadas que en tiempos de Moisés. Pero entonces, ¿qué se hicieron de éstas? ¿Habrían languidecido durante la eternidad en el embrutecimiento? El solo sentido común rechaza esta suposición. No, eran las mismas almas que, después de haber vivido bajo la ley mosaica, habían adquirido durante muchas existencias un desarrollo suficiente para comprender una doctrina más elevada, y están hoy lo bastante adelantadas para recibir una enseñanza todavía más completa.

5. Sin embargo, Cristo no pudo revelar a sus contemporáneos todos los misterios del porvenir. Él mismo dijo: "Tengo todavía muchas cosas que deciros, pero no las comprenderíais, por esto os hablo en parábolas." Sobre todo, en lo relativo a la moral, es decir, los deberes de hombre a hombre, fue muy explícito, porque haciendo vibrar la cuerda sensible de la vida material, sabía que le comprenderían. Sobre los demás puntos se limitaba a sembrar, bajo una forma alegórica, los gérmenes de lo que debería desarrollarse más tarde. La doctrina de las penas y de las recompensas futuras pertenece a este último orden de ideas. Sobre todo con respecto a las penas, no debió combatir por de pronto todas las admitidas. Venía para señalar a los hombres nuevos deberes. La caridad y el amor del prójimo en lugar del espíritu de odio y de venganza, La abnegación, en lugar del egoísmo, esto era ya mucho. No podía razonablemente amenguar el temor del castigo reservado a los prevaricadores sin debilitar al mismo tiempo la idea del deber.

Prometía el reino de los cielos a los buenos. Esta mansión era, pues, prohibida a los malos. ¿A dónde irían? Era necesaria la alternativa contraria, propia para impresionar inteligencias todavía demasiado materiales como para identificarse con la vida espiritual, porque no hay que perder de vista que Jesús hablaba al pueblo, a la parte menos ilustrada de la sociedad, para la cual se necesitaban, por decirlo así, imágenes casi palpables y no ideas fútiles. Por esto no entra en detalles superfluos: le bastaba oponer un castigo al premio. No se necesitaba más en aquella época.

6. Si Jesús amenazó a los culpables con el fuego eterno, también los amenazó con echarlos a la Gehenna. ¿Y qué era esa Gehenna? Un sitio cercano a Jerusalén, un pudridero a donde iban las inmundicias de la ciudad. ¿Deberíamos tomar esto así, al pie de la letra? Era una de aquellas figuras enérgicas con cuya ayuda impresionaba a las masas. Lo mismo sucede con el fuego eterno. Si tal no hubiese sido su pensamiento, estaría en contradicción consigo mismo enalteciendo la clemencia y la misericordia de Dios, porque la clemencia y la inexorabilidad son tan contrarias, que se anulan. Sería, pues, interpretar muy mal el sentido de las palabras de Jesús, ver en ellas la sanción del dogma de las penas eternas, cuando toda su enseñanza proclama la mansedumbre del Creador.

En la oración dominical nos enseña a decir: "Señor, perdónanos nuestras ofensas, como perdonamos a los que nos han ofendido." Si el culpable no pudiera esperar perdón alguno, no haría falta pedirlo. ¿Pero este perdón es sin condición?, ¿es una gracia, un indulto puro y sencillo del merecido castigo? No, la medida de este perdón está subordinada al modo con que habremos perdonado, es decir, que si no perdonamos, no seremos perdonados. Dios, imponiendo como condición absoluta el olvido de las ofensas, no podía exigir que el hombre débil hiciese lo que el Todopoderoso no hiciera. La oración dominical es una protesta diaria contra la venganza de Dios.

7. Para hombres que sólo tenían una noción confusa de la espiritualidad del alma, la idea del fuego material nada chocante era, tanto menos cuanto que estaba en la creencia vulgar, derivada de la del infierno pagano, casi universalmente esparcida. La eternidad de las penas nada tenía tampoco que repugnarse a gentes sometidas desde muchos siglos a la legislación del terrible Jehová. En el pensamiento de Jesús, el fuego eterno no podía ser más que una figura. Poco le importaba que aquella figura fuese tomada al pie de la letra, si debía servir de freno. Bien sabía que el tiempo y el progreso se encargarían de hacer comprender su sentido alegórico, sobre todo cuando, según su predicción, el Espíritu de Verdad vendría a iluminar a los hombres sobre todas las cosas.

El carácter esencial de las penas irrevocables es la ineficacia del arrepentimiento. Jesús,

pues, jamás dijo que el arrepentimiento nunca hallaría perdón ante Dios. En todas las ocasiones, al contrario, muestra a Dios clemente, misericordioso, dispuesto a recibir al hijo pródigo a su regreso, bajo el techo paterno. No lo presenta inflexible más que con el pecador endurecido. Pero si tiene el castigo en una mano, en la otra tiene siempre el perdón para el culpable, cuando éste vuelve sinceramente hacia Él.

No es éste, por cierto, el retrato de un Dios sin piedad. Así es que conviene hacer notar que Jesús nunca pronunció contra persona alguna, ni aun contra los mayores culpables, una condenación irremisible.

8. Todas las religiones primitivas, de acuerdo con el carácter de los pueblos, tuvieron dioses guerreros que combatieron mandando los ejércitos. El Jehová de los hebreos les daba mil medios para exterminar a sus enemigos, les premiaba con la victoria o les castigaba con la derrota. Según la idea que se formaba de Dios, se creía honrarle o aplacarle con la sangre de los animales o de los hombres. De aquí proceden los sacrificios sangrientos que tan importante papel hicieron en todas las religiones antiguas. Los judíos habían abolido los sacrificios humanos. Los cristianos, a pesar de la enseñanza de Cristo, creyeron por mucho tiempo honrar al Creador entregando por millares a las llamas y a los tormentos a aquellos que llamaba herejes. Eran, bajo otra forma, verdaderos sacrificios humanos, puesto que lo hacían para mayor gloria de Dios, y con acompañamiento de ceremonias religiosas. Hoy mismo invocan todavía al Dios de los ejércitos antes del combate, y le glorifican después de la victoria, y esto, muchas veces por las causas más injustas y más anticristianas.

9. ¡Cuán tardío es el hombre en desprenderse de sus preocupaciones, de sus costumbres y de sus ideas primeras! Cuántos siglos nos separan de Moisés, y nuestra generación cristiana ve todavía huellas de los antiguos y bárbaros usos, admitidos, o al menos aprobados, por la religión actual. Ha sido necesario el poder de la opinión de los no ortodoxos, de aquellos apellidos herejes, para concluir con las hogueras y hacer comprender la verdadera grandeza de Dios. Pero a falta de hogueras, las persecuciones materiales y morales están en todo su vigor. Tan arraigada está en el hombre la idea de un Dios cruel. Imbuido de sentimientos que le inculcan desde la niñez, ¿puede el hombre admirarse de que el Dios que le representan honrándose por actos bárbaros, condene a tormentos eternos, y vea sin piedad los padecimientos de los condenados?

Sí, son algunos filósofos impíos, en sentir de algunos, los que se escandalizaron al ver el nombre de Dios profanado por actos indignos de Él. Son aquellos que lo mostraron a los hombres en toda su magnitud, despojándole de las pasiones y de las pequeñeces humanas que le atribuía una creencia poco ilustrada. La religión ganó en dignidad lo que perdió en prestigio exterior, pues si son menos los hombres adictos a la forma, es mayor el número de los que son con más sinceridad religiosos en su corazón y en sus sentimientos.

Pero al lado de aquellos, ¡cuántos hay que, quedándose en la superficie, han venido a parar a la negación de toda providencia! Por no haber sabido poner al tiempo las creencias religiosas en armonía con los progresos de la razón humana, han hecho surgir en los unos el deísmo, en los otros la incredulidad absoluta, en otros el panteísmo; es decir, que el hombre se hizo Dios a sí mismo por no ver uno bastante perfecto.

Argumentos en apoyo de las penas eternas

10. Volvamos al dogma de la eternidad de las penas. El principal argumento que se presenta en favor suyo es el siguiente:

Está admitido entre los hombres que la gravedad de la ofensa es proporcionada a la condición del ofendido. La que se comete contra un soberano, siendo considerada como más grave que la inferida a un particular, es castigada más severamente. Pues Dios es más que un soberano,

puesto que es infinito. La ofensa para con Él es infinita y debe tener un castigo infinito, es decir, eterno.

Refutación. Una refutación es un argumento que debe tener su punto de partida, una base en la cual se apoye, unas premisas, en una palabra. Tomamos estas premisas en los atributos de Dios:

Dios es único, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones.

Es imposible concebir a Dios a no ser con el infinito de las perfecciones, sin lo que no sería Dios, porque se podría concebir un ser que poseyese lo que le faltase. Para que esté sobre todos los seres, es necesario que ninguno pueda sobrepujarse ni igualarle en nada. Tiene que ser, pues, infinito en todo.

Siendo infinitos los atributos de Dios, no son susceptibles ni de aumento ni de disminución. Sin esto no serían infinitos y Dios no sería perfecto. Si se agregase la más pequeña partícula de uno solo de estos atributos, no sería Dios, puesto que podría existir un ser más perfecto.

El infinito de una cualidad excluye la posibilidad de la existencia de una cualidad que la disminuya o anule. Un ser infinitamente bueno no puede tener la más pequeña partícula de maldad. Lo mismo que un objeto no podría ser absolutamente negro teniendo el más pequeño viso blanco, ni de un blanco absoluto con la más pequeña mancha negra.

Sentado este punto de partida, al argumento arriba dicho se oponen los siguientes:

11. Sólo un ser infinito puede hacer alguna cosa infinita. El hombre, siendo limitado en sus virtudes, sus conocimientos, en su potencia, en sus aptitudes, en su existencia terrestre, no puede producir sino cosas limitadas.

Si el hombre pudiera ser infinito en el mal que hace, lo sería igualmente en el bien que hace, y entonces sería igual a Dios. Pero si el hombre fuera infinito en lo que hace de bueno, no haría mal, porque el bien absoluto es la exclusión de todo mal.

Admitiendo que una ofensa temporal hacia la Divinidad pudiese ser infinita, Dios, vengándose de ella con un castigo *infinito*, sería *infinitamente vengativo*. Si fuera infinitamente vengativo, no podría ser infinitamente bueno y misericordioso, porque uno de estos atributos es la negación del otro. Si no fuera infinitamente bueno, no sería perfecto. Y si no fuese perfecto, no sería Dios.

Si Dios es inexorable para con el culpable arrepentido, no es misericordioso. Si no es misericordioso, no es infinitamente bueno.

¿Por qué impondría Dios al hombre como ley el perdón, si Él mismo no sabe perdonar? ¡Resultaría de esto que el hombre que perdona a sus enemigos y les devuelve bien por mal, sería mejor que Dios, que se hace sordo al arrepentimiento de aquel que le ha ofendido, y le niega, *eternamente*, el más ligero alivio.

Dios, que está en todas partes y lo ve todo, debe ver los tormentos de los condenados. Si es insensible a sus gemidos durante la eternidad, eternamente está falto de piedad. Si no tiene piedad, no es infinitamente bueno.

12. A esto nos contestarán que el pecador que se arrepiente antes de morir experimenta la misericordia de Dios, y que entonces el mayor culpable puede encontrar perdón en su presencia.

Esto no se ha puesto en duda, y se concibe que Dios no perdone sino al arrepentido, y sea inflexible para con los endurecidos. Pero si es misericordioso para con el alma que se arrepiente antes de haber dejado su cuerpo, ¿por qué no lo es para con la que se arrepiente después de la muerte? ¿Por qué el arrepentimiento no ha de tener eficacia sino durante la vida, que no es más que un instante, y no la ha de tener durante la eternidad, que no tiene fin? Si la bondad y la misericordia de Dios están circunscritas *a un tiempo dado*, no son infinitas, y Dios no es infinitamente bueno.

13. Dios es soberanamente justo. La soberana justicia no es la justicia más inexorable, ni la

que deja toda falta impune. Es la que lleva la cuenta más rigurosa del bien y del mal, que recompensa al uno y castiga al otro en la más equitativa proporción y no se engaña jamás.

Si por una falta temporal, que siempre es resultado de la naturaleza imperfecta del hombre y a menudo del centro en que se encuentra, el alma puede ser castigada eternamente, sin esperanza de alivio ni de perdón, no hay ninguna proporción entre la falta y el castigo. Luego no hay tampoco justicia.

Si el culpable vuelve a Dios, se arrepiente y solicita reparar el mal que ha hecho, vuelve al bien, a los buenos sentimientos. Si el castigo es irrevocable, esta vuelta al bien es infructuosa, puesto que si no se ha tenido cuenta del bien, no hay justicia. Entre los hombre, el condenado que se enmienda obtiene una conmutación en su pena y a veces hasta se le rehabilita. ¿Habría, pues, en la justicia humana, más equidad que en la justicia divina?

Si la condena es irrevocable, el arrepentimiento es inútil. No teniendo que esperar nada el culpable de su vuelta al bien, persiste en el mal, de modo que Dios no solamente le condena a sufrir perpetuamente, sino que también la obliga a permanecer en el mal durante la eternidad. Esto no sería ni justicia ni bondad.

14. Siendo Dios infinito en todas las cosas, debe conocerlo todo: el pasado y el porvenir. Debe saber, en el momento de la creación de un alma, si faltará gravemente para ser condenada por una eternidad. Si no sabía, su sabiduría no es infinita, y en tal caso, no es Dios. Si lo sabía, voluntariamente creó un ser destinado, desde su formación, a tormentos sin fin, y entonces no es bueno.

Si Dios, conmovido por el arrepentimiento de un condenado, puede extender sobre él su misericordia y *sacarle del infierno*, no hay penas eternas, y el juicio pronunciado por los hombres es revocado.

15. La doctrina de las penas eternas absolutas conduce forzosamente a la negación o a la disminución de algunos de los atributos de Dios, y en consecuencia, es inconciliable con la perfección infinita. De donde extraeremos la siguiente conclusión:

Si Dios es perfecto, la condenación eterna no existe. Si ésta existe, Dios no es perfecto.

16. Se invoca también en favor del dogma de la eternidad de las penas el argumento siguiente:

"Si la recompensa concedida a los buenos es eterna, debe tener por contrapeso un castigo eterno. ¿Es justo proporcionar el castigo a la recompensa?"

Refutación. ¿Crea Dios el alma con la mira de hacerla dichosa o desgraciada? Evidentemente, la dicha de la criatura debe ser el objeto de su creación, pues de otra manera Dios no sería bueno. Ella consigue la dicha por su propio mérito. Adquirido el mérito no puede perder el fruto, porque de otro modo degeneraría. La eternidad de la dicha es, pues, consecuencia de la inmortalidad.

Pero antes de llegar a la perfección, tiene que sostener luchas, combatir las malas pasiones. No habiéndola Dios creado perfecta, sino *susceptible de llegar a serlo*, a fin de que tenga el mérito de sus obras, puede faltar. Sus caídas son las consecuencias de su debilidad natural. Si por una caída debiera ser castigada eternamente, se podría preguntar: ¿Por qué Dios no la ha creado más fuerte? El castigo que sufre es una advertencia por haber obrado mal y que debe tener por resultado devolverla al buen camino. Si la pena fuese irremisible, su deseo de obrar mejor sería superfluo. Entonces el fin providencial de la Creación no se podría alcanzar, porque habría seres predestinados a la dicha y otros, en cambio, a la desgracia. Si un alma culpable se arrepiente, puede llegar a ser buena. Pudiendo llegar a ser buena, puede aspirar a la dicha. ¿Sería Dios justo en negarle los medios?

Siendo el bien el objeto final de la Creación, la dicha, que es su precio, debe ser eterna. El castigo, que es un medio de llegar a aquél, debe ser temporal. La más vulgar noción de justicia, aun entre los hombres, dice que no se puede castigar perpetuamente al que tiene el deseo y la voluntad

de hacer bien.

17. El último argumento en favor de la eternidad de las penas es el siguiente:

"El temor del castigo eterno es un freno. Si se quita, el hombre, no temiendo nada, se entregará a todos los excesos."

Refutación. Este raciocinio sería justo si la eternidad de las penas trajese consigo la supresión de toda sanción penal. El estado feliz o desgraciado en la vida futura es una consecuencia rigurosa de la justicia de Dios. Porque la identidad de la situación entre el hombre bueno y el perverso sería la negación de esta justicia. Pero no por no ser eterno, es el castigo menos penoso. Se le teme tanto más cuanto más racional es. Una penalidad en la que no se cree, no es un freno, y la eternidad de las penas se incluye en esta categoría.

La creencia en las penas eternas, como lo hemos dicho, ha tenido su utilidad y su razón de ser en cierta época. Hoy no solamente no conmueve, sino que hace incrédulos. Antes de sentarla como una necesidad, debería demostrarse que es real. Sería preciso, sobre todo, que se viese su eficacia en aquellos que la preconizan y se esfuerzan en demostrarla. Desgraciadamente, entre éstos, muchos demuestran con sus actos que no se asustan de ella. Si es impotente para reprimir el mal entre los que dicen creer en ella, ¿qué influjo puede tener sobre los que no creen?

Imposibilidad material de las penas eternas

18. Hasta aquí, el dogma de la eternidad de las penas no ha sido combatido sino por el raciocinio. Vamos a ponerlo en contradicción con los hechos positivos que tenemos a la vista, y a probar su imposibilidad.

Según este dogma, la suerte del alma queda fijada irrevocablemente después de la muerte. Es, pues, un juicio definitivo opuesto al progreso. ¿Pero el alma progresa, sí o no? En esta pregunta se resume toda la cuestión. Si progresa, la eternidad de las penas es imposible.

¿Puede dudarse de este progreso, cuando se ve inmensa variedad de aptitudes morales e intelectuales que existe en la Tierra, desde el salvaje hasta el hombre civilizado, y la diferencia que presenta un mismo pueblo de un siglo a otro? Si se admite que no son éstas las mismas almas, es preciso admitir también que Dios crea las almas en todos los grados de adelanto, según los tiempos y los lugares. Que favorece a las unas mientras que destina a las otras a una inferioridad perpetua, lo que es incompatible con la justicia, que debe ser la misma con todas las criaturas.

19. Es incontestable que el alma atrasada intelectual y moralmente, como la de los pueblos bárbaros, no puede tener los mismos elementos de dicha, las mismas aptitudes para gozar de los esplendores del infinito, que aquella en la que todas las facultades están extensamente desarrolladas. Si estas almas no progresan, no pueden, con las condiciones más favorables, gozar perpetuamente más que una dicha, por decirlo así, negativa. Para estar acordes con la rigurosa justicia, venimos a parar a la forzosa consecuencia de que las almas más adelantadas son las mismas que fueron atrasadas y que han progresado. Pero aquí descubrimos la importante cuestión de la *pluralidad de existencias*, como el único medio racional de resolver la dificultad. Sin embargo, haremos abstracción de ella, y consideraremos al alma en una sola existencia.

20. He aquí un ejemplo como se ven muchos:

Un joven de veinte años, ignorante, de instintos viciosos, niega a Dios y el alma, se entrega al desorden y comete toda clase de desvíos, y sin embargo, como se encuentra en un centro favorable para su adelanto, trabaja, se instruye, poco a poco se corrige y finalmente llega a ser piadoso. ¿No es un ejemplo palpable del progreso del alma durante la vida, ejemplo que se repite todos los días? Este hombre muere en avanzada edad, y naturalmente su salvación está garantizada.

Pero, ¿cuál hubiera sido su suerte, si un accidente le hubiera hecho morir cuarenta o cincuenta años más pronto? Estaría en todas las condiciones para ser condenado, pero una vez condenado, su progreso se hallaba detenido.

He ahí, pues, un hombre salvado porque ha vivido largo tiempo, y que según la doctrina de las penas eternas, se hubiera perdido para siempre si hubiera vivido menos, lo que podía resultar de un accidente fortuito. Una vez que su alma ha podido progresar en un tiempo dado, ¿por qué no habría progresado en el mismo tiempo después de la muerte, si una causa independiente de su voluntad le hubiera impedido hacerlo durante su vida? ¿Por qué Dios le habría negado los medios? El arrepentimiento, aunque tardío, no hubiera dejado de llegar a tiempo. Pero si desde el instante de su muerte hubiese sufrido una condena irremisible, su arrepentimiento hubiera sido infructuoso eternamente, y su aptitud para progresar destruida para siempre.

21. El dogma de la eternidad absoluta de las penas es, pues, inconciliable con el progreso del alma, puesto que le opondría un obstáculo invencible. Estos dos principios se anulan forzosamente el uno al otro. Si el uno existe, el otro no puede existir. ¿Cuál de los dos existe? La ley del progreso es patente. Esto no es una teoría, sino un hecho acreditado por la experiencia. Es una ley de la Naturaleza, ley divina, imprescindible. Una vez que existe, y no pudiendo conciliarse con la otra, es porque la otra no existe. Si el dogma de la eternidad de las penas fuera una verdad. San Agustín, San Pablo y muchos otros, no hubiesen jamás subido al cielo, de haber muerto antes del progreso que les condujo a su conversión.

A este último aserto, nos arguyen que la conversión de estos santos personajes no es el resultado del progreso del alma, sino de la gracia que les fue otorgada y con la cual fueron investidos.

Pero aquí hay un juego de palabras. Si hicieron el mal y más tarde fueron buenos, es por que llegaron a ser mejores, luego progresaron. ¿Acaso Dios, por un favor especial, les concedió la gracia de corregirse? ¿Entonces, por qué se lo concedió a ellos y a otros no? Siempre tenemos que la doctrina de los privilegios es incompatible con la justicia de Dios y su equitativo amor hacia todas sus criaturas.

Según la doctrina espiritista, acorde con las mismas palabras del Evangelio, con la lógica y la más rigurosa justicia, el hombre es hijo de sus obras. Durante esta vida y después de la muerte, no debe nada al favor. Dios recompensa sus esfuerzos y castiga su negligencia tanto tiempo como insiste en seguir el mal camino.

La doctrina de las penas eternas no es de este tiempo

22. La creencia en la eternidad de las penas materiales ha permanecido como un temor saludable, hasta que los hombres estuviesen en condición de comprender la potencia moral. Tal sucede con los niños, a quienes se contiene, durante un tiempo, con la amenaza de ciertos quiméricos, con los cuales se les espanta. Pero llega un momento en que el niño se da razón de los cuentos que ha oído en su cuna, y sería absurdo pretender gobernarles por los mismos medios. Si los que le dirigen persisten en afirmarle la verdad de tales fábulas y obligarle a creerlas al pie de la letra, perderían su confianza.

Esta es la Humanidad actual: ha salido de la infancia, sacudiendo de su mente las preocupaciones que la ligaban.

El hombre no es aquel instrumento pasivo que se doblega bajo la fuerza material, ni aquel ser crédulo que a ojos cerrados todo lo acepta.

23. La creencia es un acto del entendimiento, por cuya razón no puede imponerse. Si bien durante un cierto período de la Humanidad el dogma de la eternidad de las penas ha podido ser inofensivo y aun saludable, llega un momento en que viene a ser peligroso. En efecto, desde el

instante en que se impone como verdad absoluta la razón lo rechaza, resulta necesariamente una de estas dos cosas: o el hombre que quiere creer se forma una creencia más racional, en cuyo caso se separa de vosotros, o bien no cree en nada. Es evidente, para todo aquel que haya estudiado la cuestión fríamente, que en nuestros días el dogma de la eternidad de las penas ha hecho más materialistas y ateos que filósofos.

Las ideas siguen un curso incesantemente progresivo. No se puede gobernar a los hombres sino siguiendo este curso. Querer detenerlo, o hacerle retroceder, o simplemente pararse en su carrera, es perderse. Seguir o no seguir este motivo es una cuestión de vida o de muerte para las religiones, así como para los gobiernos. ¿Esto es un bien o es un mal? Seguramente es un mal a los ojos de aquellos que, viviendo a expensas de lo pasado, ven que se les escapa. Para los que ven el porvenir, es la ley del progreso, que es la misma ley de Dios, y contra las leyes de Dios toda resistencia es inútil. Luchar contra su voluntad es anonadarse.

¿Por qué, pues, querer sostener a la fuerza una creencia que cae en desuso, y que en definitiva hace más mal que bien a la religión? ¡Ay! Triste es tener que afirmar que la cuestión material domina en este caso a la cuestión religiosa. Esta creencia ha sido extensamente explotada con la idea errónea de que con dinero podía hacerse abrir las puertas del cielo y preservarse del infierno. Las sumas que ha producido, y produce todavía, son incalculables. Es el impuesto provisional sobre el miedo de la eternidad. Siguiendo facultativo este impuesto, el producto es proporcionado a la creencia. Si la creencia no existe, el producto es nulo. El niño da de buena gana la golosina al que le promete espantar al duende. Pero cuando el niño no cree en el duende, guarda la golosina.

24. La nueva revelación, dando ideas más sanas de la vida futura, y probando que puede salvarse el hombre por sus propias obras, debe encontrar una oposición tanto más viva cuanto agota una fuente muy importante de productos. Así sucede cada vez que un descubrimiento o una invención viene a cambiar las costumbres. Los que viven de los antiguos usos predican y desacreditan los nuevos, aunque sean más económicos. ¿Se cree, por ejemplo, que la imprenta, a pesar de los servicios que debía prestar a la Humanidad, debió ser aclamada por la numerosa clase de los copistas? No, ciertamente, debieron maldecirla. Así ha acontecido con otros respecto de las máquinas, líneas de ferrocarril y otras cien cosas.

A los ojos de los incrédulos, el dogma de la eternidad de las penas es una cuestión fútil de la que se ríen. A los ojos del filósofo, tiene una gravedad social por los abusos a que da lugar. El hombre verdaderamente religioso ve la dignidad de la religión interesada en la destrucción de estos abusos y de su causa.

Ezequiel contra la eternidad de las penas y el pecado original

25. A los que pretenden encontrar en la Biblia la justificación de la eternidad de las penas, se les puede oponer textos contrarios de la misma que no dan lugar a ninguna duda. Las siguientes palabras de Ezequiel son la negación más explícita, no sólo de las penas irremisibles, sino de la responsabilidad que la falta del padre del género humano había hecho recaer sobre su raza.

“1. El señor me habla nuevamente y me dice. 2. ¿De dónde viene que os sirváis entre vosotros de esta parábola y que la hayáis sentado como proverbio en Israel: Los padres, decís, han comido racimos verdes y los dientes de los hijos se resienten de ello? 3. Juro por mí mismo, dice el Señor Dios, que esta parábola no será proverbio entre vosotros en Israel. 4. Porque todas las almas son mías: el alma del hijo es mía como el alma del padre. El alma que ha pecado morirá por sí misma.

“5. Si un hombre es justo, si obra según la equidad y la justicia. 7. Si no entristece ni oprime a nadie, si vuelve a su deudor la prenda que le había dado, si no toma con violencia los bienes de

otro. Si da su pan al que tiene hambre, si cubre con vestidos a los que están desnudos. 8. Si no presta a usura y no recibe más que lo que ha dado. Si aparta su mano de la iniquidad, y si pronuncia un juicio equitativo entre dos hombres que pleitean. 9. Si marcha en el camino de mis preceptos, y guarda mis ordenanzas para obrar según la verdad. Este será justo, ciertamente vivirá, dice el Señor Dios.

"10. Si este hombre tiene un hijo que sea un ladrón y que derrame sangre o que cometa una de estas faltas. 13. Este hijo morirá ciertamente, puesto que ha hecho todas estas acciones detestables y su sangre caerá sobre su cabeza.

"14. Si este hombre tiene un hijo que, viendo todos los crímenes que su padre había cometido, se llena de terror y se guarda bien de imitarle. 17. Este hijo no morirá por causa de la iniquidad de su padre, sino que ciertamente vivirá. 18. Su padre que había oprimido a los otros por medio de sus calumnias y que había cometido acciones criminales en su pueblo, está muerto a causa de su propia iniquidad.

"19. Si decís: ¿por qué el hijo no se ha llevado la iniquidad de su padre? Es porque el hijo ha obrado según la equidad y la justicia. Porque ha guardado todos mis preceptos y los ha practicado. Por esto vivirá muy ciertamente.

"20. El alma que ha pecado morirá por sí misma. El hijo no llevará la iniquidad del padre, y el padre no llevará la iniquidad del hijo. La justicia del justo estará sobre él y la impiedad del imperio estará sobre él.

"21. Si el impío hace penitencia de todos los pecados que había cometido, si guarda todos mis preceptos, y si obra según la equidad y la justicia, vivirá ciertamente y no morirá. 22. No me acordaré de todas las iniquidades que había cometido. Vivirá en las obras de justicia que habrá hecho. 23. ¿Acaso quiero yo la muerte del impío? Dice el Señor Dios, ¿no quiero más bien que se convierta y que se retire de sus extravíos y que viva? (*Ezequiel*, Cáp. XXVIII).

"Decidles estas palabras: Juro por mí mismo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que quiero que se convierta, que deje sus extravíos y que viva (*Ezequiel*, Cáp. XXXIII, v. 11)."

CAPÍTULO VII

Las penas futuras según el Espiritismo

La carne es débil

Hay inclinaciones viciosas que son evidentemente inherentes al espíritu, porque tienen más relación con la gran parte moral que con la física. Otras más bien parecen consecuencia del organismo, y por este motivo, uno se cree menos responsable, por ejemplo: las predisposiciones a la cólera, a la indolencia, a la sensualidad, etc.

Se reconoce hoy perfectamente por los filósofos espiritualistas que los órganos cerebrales, correspondiendo a las diversas aptitudes, deben su desarrollo a la actividad de su espíritu, y que así este desarrollado es un efecto y no una causa. Un hombre no es músico porque tenga la protuberancia de la música, sino que tiene esta protuberancia porque su espíritu es músico.

Si la actividad del espíritu obra sobre el cerebro, debe obrar igualmente sobre las otras partes del organismo. De este modo, el espíritu es el artífice que arregla su propio cuerpo, por decirlo así, a fin de amoldarlo a sus necesidades y a la manifestación de sus tendencias. Sentado esto, la perfección del cuerpo de las razas adelantadas no será producto de creaciones distintas, sino resultado del trabajo del espíritu, que perfecciona su instrumento a medida que aumenta sus facultades.

Por una consecuencia natural de este principio, las disposiciones morales del espíritu deben modificar las cualidades de la sangre, darle más o menos actividad, provocar secreciones más o menos abundantes de bilis u otros fluidos. Así es, por ejemplo, que al glotón se le hace la boca agua a la vista de un bocado apetitoso. En este caso, no es el bocado el que puede sobreexcitar el órgano del gusto, puesto que no hay contacto, sino el espíritu, que obra en virtud de la sensibilidad que se le ha despertado, con la acción del pensamiento, sobre este órgano, mientras que en otro, la vista de aquel bocado no produce ningún efecto. Por la misma razón una persona sensible derrama lágrimas fácilmente. La abundancia de las lágrimas no da la sensibilidad al espíritu, sino que la sensibilidad del espíritu provoca la secreción abundante de las lágrimas. El organismo, bajo el impulso de la sensualidad, se ha apropiado esta disposición normal del espíritu, como se ha apropiado la del espíritu del glotón.

Siguiendo este orden de ideas, se comprende que un espíritu iracundo debe propender al temperamento bilioso. De esto se deduce que un hombre no es colérico porque sea bilioso, sino que es bilioso porque es colérico. Lo mismo sucede en cuanto a las otras disposiciones instintivas. Un espíritu perezoso e indolente dejará su organismo en un estado de atonía en relación con su carácter, mientras que si es activo y enérgico, dará a su sangre y a sus nervios cualidades muy diferentes. Es tan evidente la acción del espíritu sobre la parte física que se ven a menudo producirse graves desórdenes por efecto de violentas conmociones morales. La expresión común: *La emoción le ha cambiado la sangre*, no está tan carente de sentido como podría creerse. ¿Pero qué ha podido cambiar la sangre, sino las disposiciones morales del espíritu?

Se puede, pues, admitir que el temperamento es, al menos en parte, determinado por la naturaleza del espíritu, que es la causa y no el efecto. Decimos en parte, porque hay casos en que lo físico influye ciertamente sobre lo moral. Esto sucede cuando un estado mórbido o anormal se determina por una causa externa accidental, independiente del espíritu, como la temperatura, el clima, los vicios hereditarios de constitución, un malestar pasajero, etc. Entonces, puede estar afectada la moral del espíritu en sus manifestaciones por el estado patológico, sin que su naturaleza intrínseca se modifique.

Excusarse de sus defectos por la debilidad de la carne no es más que un subterfugio para eludir la responsabilidad. *La carne sólo es débil porque el espíritu es débil*, lo cual destruye la excusa y deja al espíritu la responsabilidad de sus actos. La carne no tiene pensamiento ni voluntad. No prevalece jamás sobre el espíritu, que es el ser pensante y voluntario. El espíritu es quien da a la carne las cualidades correspondientes a sus instintos, como un artista imprime a su obra material el sello de su genio. El espíritu, emancipado de los instintos de la bestialidad, se compone un cuerpo que no es un tirano para sus aspiraciones hacia la espiritualidad de su ser. Entonces es cuando el hombre come para vivir, porque vivir es una necesidad, pero no vive para comer.

Así pues, sobre el espíritu recae la responsabilidad moral de sus propios actos. Pero la razón manifiesta que las consecuencias de esta responsabilidad deben estar en relación con el desarrollo intelectual del espíritu. Cuanto más ilustrado es, menos excusa tiene, porque con la inteligencia y el sentido moral nacen las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto.

Esta ley explica el mal resultado de la medicina en ciertos casos. Desde luego que el temperamento es un efecto y no una causa, y los esfuerzos hechos para modificarlo se hallan necesariamente paralizados por las disposiciones morales del espíritu, que opone una resistencia inconsciente y neutraliza la acción terapéutica. Dad, si es posible, ánimo al medroso, y veréis cesar los efectos fisiológicos del miedo.

Es prueba, repito, la necesidad que tiene la medicina convencional de tener en cuenta la acción del elemento espiritual sobre el organismo (*Revue Spirite*, marzo 1866, p. 65).

Orígenes de la doctrina espiritista sobre las penas futuras

La doctrina espiritista, en lo que concierne a las penas futuras, no se funda en una teoría preconcebida. Como en sus otras partes, no es un sistema sustituido a otro sistema, sino que todos los hechos se apoyan en observaciones, y esto es lo que constituye su autoridad. Ninguno ha imaginado que las almas, después de su muerte, vengan a encontrarse en tal o cual situación. Los mismos seres que han dejado la Tierra son los que vienen hoy a iniciarnos en los misterios de la vida futura, a describir su posición, feliz o desgraciada, sus impresiones y su transformación después de la muerte del cuerpo. En una palabra, a contemplar sobre este punto la enseñanza de Cristo.

No se trata aquí de la relación de un solo espíritu, que podría ver los acontecimientos desde su punto de vista, bajo un solo aspecto, o estar todavía dominado por las preocupaciones terrestres, ni de una revelación hecha a un solo individuo que podría dejarse engañar por las apariencias, ni de una *visión extática*, que se presta a las ilusiones y muchas veces no es más que resultado de una imaginación exaltada,[1] sino de innumerables ejemplos suministrados por toda categoría de espíritus, desde lo más alto hasta lo más bajo de la escala, con ayuda de innumerables intermediarios diseminados sobre todos los puntos del globo, de tal modo que la revelación no es privilegio de *nadie*, sino que cada uno está en disposición de ver y de observar, y nadie está obligado a creer en la palabra de otro.

1. Véase Cáp. VI, n.º 7, y *El Libro de los Espíritus*, n.º 443 y 444.

Código penal de las penas futuras

El Espiritismo no viene, pues, con su autoridad privada, a formular un código de fantasía. Su ley, respecto al porvenir del alma, deducida de las observaciones tomadas de los hechos, puede resumirse en los puntos siguientes:

1. El alma o espíritu sufre en la vida espiritual las consecuencias de todas las imperfecciones de que no se ha despojado durante la vida corporal. Su estado dichoso o desgraciado es inherente al grado de su depuración o de sus imperfecciones.

2. La dicha perfecta es inherente a la perfección, es decir, a la depuración completa del espíritu. Toda imperfección es a la vez una causa de sufrimiento y de goce, de la misma manera que toda cualidad adquirida es una causa de goce y atenuación de los sufrimientos:

3. "No hay una sola imperfección del alma que no lleve consigo sus consecuencias molestas e inevitables, ni buena cualidad que no sea origen de un goce."

La suma de penas es, de este modo, proporcional a la suma de imperfecciones, de la misma manera que la suma de goces está en razón de la suma de buenas cualidades.

El alma que tiene, por ejemplo, diez imperfecciones, sufre más que la que tiene tan sólo tres o cuatro. Cuando de estas diez imperfecciones no le quede más que la cuarta parte o la mitad, sufrirá menos. Y cuando no le quede ninguna ya no sufrirá y será enteramente dichosa. Así sucede en la Tierra con aquel que, teniendo muchas enfermedades, sufre más que el que no tiene más que una o el que no tiene ninguna. Por la misma razón, el alma que posee diez cualidades tiene más goces que la que posee menos.

4. En virtud de la ley del progreso, teniendo el alma la posibilidad de adquirir el bien que le falta y de deshacerse de lo malo que tiene según sus esfuerzos y voluntad, se deduce que el porvenir no está cerrado a ninguna criatura. Dios no repudia a ninguno de sus hijos, recibiéndolos en su seno a medida que alcanzan la perfección, y dejando así a cada uno el mérito de sus obras.

5. El sufrimiento, siendo inherente a la imperfección, como el goce lo es a la perfección, el alma lleva consigo misma su propio castigo en todas partes donde se encuentre. No hay necesidad para eso de un lugar circunscrito. Donde hay almas que sufren está el infierno, así como el cielo está en todas partes donde hay almas dichosas.

6. El bien y el mal que se hace son producto de las buenas y malas cualidades que se poseen. No hacer el bien cuando se está en disposición de hacerlo es resultado de una imperfección. Si toda imperfección es una causa de sufrimiento, el espíritu debe sufrir no sólo por todo el mal que ha hecho, sino también por todo el bien que pudo hacer y no hizo durante su vida terrestre.

7. El espíritu sufre por el mismo mal que hizo, de modo que *estando su atención incesantemente dirigida sobre las consecuencias de este mal*, comprende mejor los inconvenientes y es incitado a corregirse de él.

8. Siendo infinita la justicia de Dios, lleva una cuenta rigurosa del bien y del mal. Si no hay una sola mala acción, un solo mal pensamiento que no tenga sus consecuencias fatales, no hay una sola buena acción, un solo movimiento bueno del alma, el más ligero mérito, en una palabra, que sea perdido, *aun en los más perversos, porque constituye un principio de progreso*.

9. Toda falta cometida, todo mal realizado es una deuda que se ha contraído y que debe ser pagada. Si no lo es en una existencia lo será en la siguiente o siguientes, porque todas las existencias son solidarias las unas con las otras. Aquel que ha pagado en la existencia presente, no tendrá que pagar por segunda vez.

10. El espíritu sufre la pena de sus imperfecciones, bien en el mundo espiritual o bien en el mundo corporal. Todas las miserias y vicisitudes que se sufren en la vida corporal son consecuencia de nuestras imperfecciones o expiaciones de faltas cometidas, ya sea en la existencia presente o en las precedentes.

Por la naturaleza de los sufrimientos y de las vicisitudes que acontecen en la vida corporal se puede juzgar la naturaleza de las faltas cometidas en una anterior existencia, y las imperfecciones causantes de ellas.

11. La expiación varía según la naturaleza y gravedad de la falta. Así es como la misma falta puede dar lugar a expiaciones diferentes, según las circunstancias atenuantes o agravantes en que se cometió.

12. No hay ninguna regla absoluta y uniforme en cuanto a la naturaleza y duración del castigo. La única ley general es que toda falta recibe su castigo, y toda acción buena se recompensa, *según su valor*.

13. La duración del castigo está subordinada a la mejora del espíritu culpable. No se pronuncia contra él ninguna condena por un tiempo determinado. Lo que Dios exige para poner término a los sufrimientos es una mejora seria, efectiva, y una vuelta sincera al bien.

Una condena por un tiempo determinado cualquiera tendría dos inconvenientes: El de seguir castigando al espíritu que se mejoró, o cesar cuando éste perseverase en el mal. Dios, que es justo, castiga el mal *mientras existe*, cesa de castigar *cuando el mal no existe*.[2] O si se quiere, siendo el mal moral por sí mismo una causa de sufrimiento, éste dura tanto tiempo como el mal subsiste. Su intensidad disminuye a media que el mal se debilita.

2. Véase Cáp. VI, n.º 25, cita de Ezequiel.

14. Estando subordinada la duración del castigo a la mejora, resulta de ello que el espíritu culpable que no se mejorara nunca, sufriría siempre, y que para él la pena sería eterna.

15. Una condición inherente a la inferioridad de los espíritus es la de no ver el término de su situación y creer que sufrirán siempre. Para ellos es un castigo que les parece que debe ser eterno.[3]

3. Perpetuo es sinónimo de *eterno*. Dícese: "El límite de las nieves perpetuas, los hielos eternos de los polos." También se refiere: "El secretario perpetuo de la Academia." Lo cual no significa que lo será perpetuamente, sino por un tiempo *ilimitado*. *Eterno* y *perpetuo* se emplean en el sentido de *indeterminado*. En esta aceptación, puede determinarse que las penas son eternas si se entiende que no tienen una duración limitada. Son eternas para el espíritu que no ve su fin.

16. El *arrepentimiento* es el primer paso hacia la mejora. Pero no es suficiente. Son precisas aún la *expiación* y la *reparación*.

Arrepentimiento, *expiación* y *reparación* son las tres condiciones necesarias para borrar las huellas de una falta y sus consecuencias.

El arrepentimiento endulza los dolores de la expiación, puesto que da la esperanza y prepara los caminos de la rehabilitación, pero *sólo* la reparación puede anular el efecto destruyendo la causa. *El perdón es una gracia y no una anulación*.

17. El arrepentimiento puede tener lugar en todas partes y en cualquier tiempo. Si es tardío, el culpable sufre mucho más tiempo.

La expiación consiste en los sufrimientos físicos y morales, que son consecuencia de la falta cometida, bien en esta vida o después de la muerte en la vida espiritual, o bien en una nueva existencia corporal, hasta que queden borradas las huellas de la falta.

La reparación consiste en hacer bien a aquel a quien se hizo daño. Aquel que no repare en esta vida las faltas cometidas por impotencia o falta de voluntad, en una posterior existencia se hallará en contacto con las mismas personas a quienes habrá perjudicado y en condiciones escogidas por él mismo que pongan a prueba su buena voluntad en hacerles tanto bien como mal les había hecho antes.

Todas las faltas no ocasionan siempre un perjuicio directo y efectivo. En este caso, la reparación se verifica haciendo aquello que debía hacerse y no se ha hecho, cumpliendo los deberes descuidados o desconocidos, las misiones en que ha faltado, etc. En fin, practicando el bien en contra del mal hecho anteriormente, siendo humilde si antes se fue orgulloso, dulce si se fue duro, caritativo si se fue egoísta, benévolo si se fue malévolo, laborioso si se fue perezoso, útil si se fue

inútil, sobrio si se fue disoluto, de buen ejemplo si se fue de mal ejemplo, etc. Así es como el espíritu progresa aprovechando su pasado.[4]

4. La necesidad de la reparación es un principio de rigurosa justicia, que puede considerarse como la verdadera ley de rehabilitación moral de los espíritus. Es una doctrina que ninguna religión ha proclamado todavía.

Sin embargo, algunas personas la rechazan, porque hallarían más cómodo borrar sus malas acciones con un sencillo arrepentimiento, que no cuesta más que palabras ayudadas por algunas fórmulas. Libres son de creerse satisfechas, más tarde verán si esto les basta. Pregúnteseles si ese principio no está consagrado por la ley humana, y si la justicia de Dios es inferior a la de los hombres. ¿Se darían por satisfechos de un individuo que, habiéndose arruinado por abuso de confianza, se limitase a decir que lo siente infinitamente? ¿Por qué retroceden ante una obligación, que todo hombre honrado tiene el deber de cumplir en la medida de sus fuerzas?

Cuando esta perspectiva de la reparación se inculque en la creencia de las masas, será un freno mucho más poderoso que el del infierno y de las penas eternas, porque se refiere a la actualidad de la vida, y el hombre comprenderá la razón de ser de las circunstancias penosas en que se encuentra colocado.

18. Los espíritus imperfectos están excluidos de los mundos dichosos, en los cuales turbarían la armonía. Permanecen en los mundos inferiores, donde por medio de las tribulaciones de la vida expían sus faltas y se purifican de sus imperfecciones hasta que merezcan ser encarnados en los mundos más adelantados moral y físicamente.

Si puede concebirse un lugar de castigo circunscrito, es el de los mundos de expiación, porque a su alrededor pululan los espíritus desencarnados, esperando una nueva existencia que permitiéndoles reparar el mal que han hecho, coopere a su adelanto.

19. Como el espíritu tiene siempre su libre albedrío, algunas veces es lenta su mejora, y muy tenaz su obstinación en el mal. Puede que su persistencia en desafiar la justicia de Dios cede ante el sufrimiento, y a pesar de su falso orgullo, reconoce la potencia superior que le domina. Desde que se manifiesta en él los primeros resplandores del arrepentimiento, Dios le hace entrever la esperanza.

Ningún espíritu se halla en tal condición que no pueda mejorarse nunca. De otro modo, estaría destinado fatalmente a una eterna inferioridad y fuera de la ley del progreso, que rige infalible a todas las criaturas.

20. Cualesquiera que sean la inferioridad y la perversidad de los espíritu, *Dios no les abandona jamás*. Todos tienen su ángel guardián que vela por ellos, espía los movimientos de su alma y se esfuerza en suscitar en ellos buenos pensamientos, y el deseo de progresar y de reparar en una nueva existencia el mal que han hecho. Sin embargo, el guía protector obra lo más a menudo de una manera oculta, sin ejercer ninguna presión.

El espíritu debe mejorarse *por el hecho de su propia voluntad*, y no a consecuencia de una fuerza cualquiera. Obra bien o mal en virtud de su libre albedrío, pero sin ser fatalmente inducido en un sentido o en otro. Si hace mal, sufre sus consecuencias tanto tiempo como permanece en el mal camino. Luego que da un paso hacia el bien, siente inmediatamente los efectos.

Observación. Sería un error el creer que, en virtud de la ley del progreso, la certeza de que ha de llegar tarde o temprano a la perfección y a la dicha puede ser una excitación para que persevere en el mal, dejando el arrepentimiento para más tarde.

En primer lugar, porque el espíritu inferior no ve el término de su situación. En segundo, porque el espíritu, siendo el artífice de su propia desgracia, acaba por comprender que de él depende el hacerlas cesar, y que cuanto más persista en el mal, durará más tiempo su desgracia. Que su sufrimiento durará siempre, si él mismo no le pone un término. Éste sería, pues, un cálculo falso, cuya primera víctima sería él. Si, al contrario, según el dogma de las penas irremisibles, le ha sido cerrada toda esperanza, persevera en el mal, porque no tiene ningún interés en volver al bien, que no le es de utilidad.

Ante esta ley, cae igualmente la objeción sacada de la presciencia divina. Dios, al crear un alma, sabe, en efecto, si, en virtud de su libre albedrío, tomará el buen o el mal camino. Sabe que será castigada, si obra mal, pero sabe también que este castigo temporal es un medio de hacerle comprender su error y de hacerla entrar en la buena senda, a donde llegará tarde o temprano. Según la doctrina de las penas eternas, se sabe que desfallecerá, y que por anticipado está condenada a tormentos sin fin.

21. Cada uno sólo es responsable de sus faltas personales. Nadie sufre por las faltas de otro, a menos que haya dado lugar para ello, ya provocándolas con su ejemplo, o no impidiéndolas cuando tenía poder para ello.

Así es, por ejemplo, que el suicida es siempre castigado. Pero aquel que con su conducta empuja a un individuo a la desesperación, y de ahí a matarse, sufre una pena todavía más grande.

22. Aunque la diversidad de los castigos sea infinita, los hay que son inherentes a la inferioridad de los espíritus, y cuyas consecuencias, salvo los matices, son casi idénticas.

El castigo más inmediato, entre aquellos sobre todo que se han aferrado a la vida material, despreciando el progreso espiritual, consiste en la lentitud de la separación del alma y del cuerpo, en las angustias que acompañan a la muerte y al despertar en la otra vida, en la duración de la turbación, que puede durar meses y años.

Entre los que, por el contrario, tienen la conciencia pura, que se han identificado en su vida con la vida espiritual y despreciando de las cuestiones materiales, la separación es rápida, sin sacudidas, el despertar apacible y la turbación casi nula.

23. Un fenómeno muy frecuente tiene lugar entre los espíritus de cierta inferioridad moral, que consiste en creerse todavía vivos, y esta ilusión puede prolongarse por muchos años, durante los cuales sienten todas las necesidades, todos los tormentos y todas las perplejidades de la vida.

24. Para el criminal, la vista incesante de sus víctimas y de las circunstancias del crimen son un cruel suplicio.

25. Ciertos espíritus están sumergidos en densas tinieblas. Otros, en un aislamiento absoluto en medio del espacio, atormentados por la ignorancia de su posición y de su suerte. Los más culpables sufren tormentos indecibles, tanto más punzantes cuanto más lejos ven sus términos. Muchos están privados de la vista de los seres que le son queridos. Todos generalmente sufren con una intensidad relativa los males, los dolores y las necesidades que han hecho sufrir a los otros hasta que el *arrepentimiento* y el deseo de la *reparación* vienen a darles un consuelo, haciéndoles entrever la posibilidad de poner *por sí mismos* un término a esta situación.

26. Es un suplicio para el orgulloso ver a mayor altura, en la gloria, apreciados y acariciados, a los que había menospreciado en la Tierra, mientras que él es relegado a la última clase. Para el hipócrita, el verse traspasado por la luz que pone a descubierto sus más recónditos pensamientos, que todo el mundo puede leer, sin medio alguno para ocultarse y disimular; para el sensual, el tener todas las tentaciones, todos los deseos, sin poder satisfacerlos; para el avaro, el ver su oro malgastado y no poder evitarlo; para el egoísta, el ser abandonado por todo el mundo, y el sufrir todo lo que los otros han sufrido por él. Tendrá sed y nadie le dará de beber, tendrá hambre y nadie la dará de comer. Ninguna mano amiga vendrá a apretar la suya, ninguna voz compasiva vendrá a consolarle. *No ha pensado más que en él durante su vida, y por tanto, nadie piensa en él, ni le compadece, después de su muerte.*

27. El medio de evitar o de atenuar las consecuencias de los defectos en la vida futura es el deshacerse de ellos lo más pronto posible en la vida presente. Reparar el mal para no tener que repararlo en adelante de una manera más terrible. Cuanto más tarda en deshacerse de sus efectos, más penosas son las consecuencias, y más rigurosa la reparación que se debe cumplir.

28. La situación del espíritu desde su entrada en la vida espiritual es aquella que se ha preparado por medio de la vida corporal. Más tarde se le da otra encarnación para la expiación y reparación por nuevas pruebas, pero las aprovecha poco o mucho en virtud de su libre albedrío. Si no se corrige, tiene que volver a empezar la tarea cada vez en condiciones más penosas, de suerte *que aquel que sufre mucho en la Tierra, puede decir que tenía mucho que expiar.* Los que gozan de una dicha aparente, a pesar de sus vicios y su inutilidad, que estén ciertos de que lo pagarán caro en una existencia ulterior.

En este sentido señaló Jesús: "Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados" (*El Evangelio según el Espiritismo*, Cáp. V).

29. La misericordia de Dios es infinita, sin duda, pero no es ciega. El culpable, a quien perdona, no queda descargado, y hasta que no haya satisfecho la justicia, sufre las consecuencias de sus faltas. Por misericordia infinita es preciso entender que Dios no es inexorable, y deja siempre abierta la puerta de la vuelta al bien.

30. Las penas, siendo temporales y subordinadas al arrepentimiento y a la reparación, que dependen de la libre voluntad del hombre, son a la vez castigos y *remedios* que deben ayudar a cicatrizar las heridas que ocasionan el mal.

Los espíritus en castigo son, pues, no como los condenados a presidio por un tiempo, sino como enfermos en el hospital, que sufren por la enfermedad que es a menudo consecuencia de su falta, y de los medios curativos dolorosos que necesitan, pero que tienen la esperanza de curar, y que curan tanto más pronto cuanto mejor sigan las prescripciones del médico, que vela por ellos con anhelo. Si prolongan los sufrimientos por su falta, no es culpa del médico.

31. A las penas que el espíritu sufre en la vida espiritual se añaden las de la vida corporal, que son consecuencia de las imperfecciones del hombre, de sus pasiones, del mal empleo de sus facultades y la expiación de sus faltas presentes y pasadas. En la vida corporal es cuando el espíritu repara el mal de sus anteriores existencias, poniendo en práctica las resoluciones tomadas en la vida espiritual. Así se explican las miserias y vicisitudes que a primera vista parece que no tiene razón de ser, y son enteramente justas, desde el momento en que son en compensación del pasado y sirven para nuestro progreso (véase Cáp. VI, "El Purgatorio", n. º 3 y ss.; Cáp. XX, "Ejemplo de expiaciones terrestres". *El Evangelio según el Espiritismo*, Cáp. V, "Bienaventurados los afligidos").

32. Algunos se preguntan: ¿no probaría Dios mayor amor hacia sus criaturas creándoles infalibles, y, en consecuencia, exentas de las vicisitudes inherentes a la imperfección?

Hubiera sido preciso, para esto, que crease seres perfectos que no tuvieran que adquirir nada ni en conocimientos ni en moralidad. Sin ninguna duda puede hacerlo. Si no lo ha hecho, es porque en su sabiduría ha querido que el progreso fuese la ley general.

Los hombres son imperfectos, y como tales, están sujetos a vicisitudes más o menos penosas. Éste es un hecho que es preciso aceptar, puesto que existe. Inferir de él que Dios no es bueno ni justo sería una rebeldía contra Dios.

Habría injusticia si hubiera creado seres privilegiados, más favorecidos los unos que los otros, gozando sin trabajo de la dicha que otros consiguen con pena o que no pudieran conseguir jamás. Pero donde resplandece su justicia es en la igualdad absoluta que preside a la creación de todos los espíritus: todos tienen un mismo punto de partida. No hay ninguno que en su formación tenga mayores dotes que los otros, ninguno cuya marcha ascendente se le facilite por excepción. Los que han llegado al fin han pasado, como los otros, por las pruebas sucesivas y la inferioridad.

Admitiendo esto, ¿qué más justo que la libertad dejada a cada uno? El camino de la felicidad está abierto para todos. Las condiciones para alcanzarla son las mismas para todos. La ley grabada en la conciencia se enseña a todos. Dios ha hecho de la dicha *el precio del trabajo y no del favor*, a fin de que indudablemente tuviesen los hombres el mérito de ella. Cada uno es libre de trabajar o de

no hacer nada para su adelanto. El que trabaja mucho y pronto, antes es recompensado, mientras que el que se extravía en la ruta o pierde su tiempo, retarda su llegada, y no puede culpar a nadie sino a sí mismo.

El bien y el mal son voluntarios y facultativos. Siendo libre el hombre, no es impulsado fatalmente ni hacia el uno ni hacia el otro.

33. A pesar de los diferentes géneros y grados de sufrimiento de los espíritus imperfectos, el código penal de la vida futura puede resumirse en los tres principios siguientes:

El sufrimiento es inherente a la imperfección.

Toda imperfección y toda falta que la motiva lleva consigo su propio castigo, por sus consecuencias naturales e inevitables, como la enfermedad es consecuencia de los excesos, y el fastidio de la ociosidad, sin que sea necesaria una condena especial para cada falta y cada individuo.

Pudiendo el hombre deshacerse de sus imperfecciones por su voluntad, evita los males, que son su consecuencia, y puede asegurar su felicidad futura.

Tal es la ley de la justicia divina. A cada uno según sus obras, así en el cielo como en la tierra.

CAPÍTULO VIII

Los Ángeles

Los ángeles según la iglesia

1. Todas las religiones han tenido ángeles bajo diversos nombres, esto es, superiores a la Humanidad, intermediarios entre Dios y los hombres. El materialismo, negando toda existencia espiritual fuera de la vida orgánica, ha colocado naturalmente a los ángeles entre las ficciones y las alegorías. La creencia en los ángeles forma parte esencial de los dogmas de la iglesia.

He aquí cómo los define:[1]

1. Tomamos este resumen de la pastoral de Monseñor Goussel, cardenal arzobispo de Reims, para la cuaresma de 1864. Se la puede considerar, así como la referente a los demonios, procedente del mismo origen y citada en el capítulo siguiente, como la última expresión del dogma de la iglesia sobre este punto.

2. "Nosotros creemos firmemente -expresa un Concilio general y ecuménico-,[2] que no hay más que un solo Dios verdadero, eterno e infinito, el cual *al principio del tiempo* formó toda criatura de la nada, la espiritual y la corporal, la angélica y la mundana, y enseguida formó, como medio entre las dos, la naturaleza humana, compuesta de cuerpo y espíritu.

2. Concilio de Letrán.

"Tal es, según la fe, el plan divino en la obra de la Creación, plan majestuoso y completo, como convenía a la sabiduría eterna. Así concebido, presenta el ser a nuestros pensamientos en todos los grados y en todas las condiciones. En la esfera más elevada aparecen la existencia y la vida puramente espiritual: en la más baja, la puramente material, y en medio, separándolas, una maravillosa unión de las dos sustancias, una vida común a la vez al espíritu inteligente y al cuerpo orgánico.

"Nuestra alma es de una naturaleza simple e invisible, pero limitada en sus facultades. La idea que tenemos de la perfección nos hace comprender que puede haber otros seres simples como ella y superiores por sus cualidades y privilegios.

"El alma es grande y noble, pero está asociada a la materia, servida por frágiles órganos, limitada en su acción y en su potencia. ¿Por qué no ha de haber otras naturalezas más nobles aún, libres de esta esclavitud y de estas trabas, dotadas de una fuerza más grande y de una actividad incomparable? Antes que Dios colocara al hombre en la Tierra para conocerle, amarle y servirle, ¿no pudo llamar a otras criaturas para componer su corte celeste, y para adorarle en la morada de su gloria? Dios, en fin, recibe de las manos del hombre el tributo del honor y el homenaje de este Universo. ¿Es extraño que reciba de las manos del ángel incienso y la oración del hombre? Si los ángeles no existiesen, la gran obra del Creador no tendría el coronamiento y la perfección de que era susceptible este mundo que atestigua su omnipotencia. No sería la obra maestra de su sabiduría. Nuestra misma razón, aunque frágil y débil, podría fácilmente concebirse más completo y más acabado.

"En cada página de los libros sagrados del antiguo y del nuevo Testamento, se hace mención de estas inteligencias, en invocaciones piadosas, o en rasgos históricos. Su intervención aparece

manifiestamente en la vida de los patriarcas y de los profetas. Dios se sirve de su ministerio unas veces para intimar su voluntad, otras para anunciar los acontecimientos futuros. Hace de ella casi siempre los órganos de su justicia o de su misericordia.

"Su presencia se halla mezclada en las diversas circunstancias del nacimiento, de la vida y de la pasión del Salvador, su recuerdo es inseparable del de los grandes hombres y del de los hechos más importantes de la antigüedad religiosa.

"Se encuentra también en el seno del politeísmo y bajo las fábulas de la mitología, porque la creencia de que se trata es tan antigua y tan universal como el mundo. El culto que rendían los paganos a los buenos y a los malos genios no era más que una falsa aplicación de la verdad, un resto degenerado del dogma primitivo.

"Las palabras del Santo Concilio Letrán contienen una distinción fundamental entre los ángeles y los hombres. Ellas nos enseñan que los primeros son puros espíritus, mientras que los últimos están compuestos de un cuerpo y un alma. Esto es, que la naturaleza angélica se sostiene por sí misma, no solamente sin mezcla, sino también sin asociación real posible con la materia, por ligera y sutil que se la suponga, mientras que nuestra alma igualmente espiritual está asociada a un cuerpo de manera que no forma con él más que una sola misma persona, y *tal es esencialmente su destino*.

"Mientras dure esta unión tan íntima del alma con el cuerpo, estas dos sustancias tienen una vida común, y ejercen la una sobre la otra una influencia recíproca. El alma no puede librarse enteramente de la condición imperfecta que de esto resulta para ella. Sus ideas le llegan por los sentidos, por la comparación de los objetos exteriores, y siempre bajo imágenes más o menos aparentes. De ahí se sigue que no puede contemplarse a sí misma y que no puede representarse a Dios y a los ángeles sin suponerle alguna forma visible y palpable. Por esto los ángeles, para hacerse ver de los santos y de los profetas, han debido recurrir a figuras corporales. Pero estas figuras no son más que cuerpos aéreos o atributos simbólicos en relación con la misión de que estaban encargados.

"Su ser y sus movimientos no están localizados y circunscritos en un punto fijo y limitado del espacio. No estando adheridos a ningún cuerpo, no pueden ser detenidos y limitados, como lo somos nosotros, por otros cuerpos. No ocupan ningún sitio y no llenan ningún vacío, pero del mismo modo que nuestra alma está completa en nuestros cuerpos y en cada una de sus partes, del mismo modo lo están ellos en todos los puntos y en todas las partes del mundo. Más rápido que el pensamiento, pueden en un abrir y cerrar de ojos estar en todas partes y obrar por sí mismos, sin otros obstáculos a sus intentos que la voluntad de Dios y la resistencia de la libertad humana.

"Mientras nosotros estamos reducidos a ver poco a poco, y hasta cierto punto nada más, las cosas que están fuera de nosotros, y las verdades del orden sobrenatural nos aparecen como un enigma y en un espejo, siguiendo la expresión del apóstol San Pablo, ellos ven sin esfuerzo lo que les conviene saber y están en relación inmediata con el objeto de su pensamiento. *Sus conocimientos no son resultado de la inducción y del raciocinio,* sino de esa intuición clara y profunda que abraza todo el género y las especies que derivan de éste, los principios y las consecuencias que de ellos dimanan.

"La distancia de los tiempos, la diferencia de los lugares, la multiplicación de los objetos no pueden producir ninguna confusión en su espíritu.

"La esencia divina, siendo infinita, es incomprensible. Tiene misterios y arcanos que no pueden penetrarse. Los designios particulares de la Providencia les están ocultos. Pero les revela el secreto cuando les encarga, en ciertas circunstancias, anunciarlos a los hombres.

"Las comunicaciones de Dios con los ángeles, y de los ángeles entre sí, no se hace como entre nosotros por medio de sonidos articulados y otros signos sensibles. Las puras inteligencias no tienen necesidad de los ojos para ver ni de los oídos para oír. Tampoco tienen el órgano de la voz

para manifestar sus pensamientos. Este intermediario habitual de nuestras conversaciones no les es necesario, pero comunican sus sentimientos de una manera que les es propia, y enteramente espiritual. Para ser comprendidos les basta quererlo.

"Sólo Dios conoce el número de los ángeles. Este número, sin duda, no puede ser infinito y no lo es. Pero según los autores sagrados y los santos doctores, es muy considerable y verdaderamente prodigioso. Si es natural proporcionar el número de habitantes de una ciudad a su grandeza y a su extensión, no siendo la Tierra más que un átomo en comparación con el firmamento y con las inmensas regiones del espacio, es preciso deducir que el número de los habitantes del cielo y del aire es mucho más grande que el de los hombres.

"Puesto que la majestad de los reyes consiste en el esplendor del número de sus súbditos, de sus oficiales y de sus servidores, ¿qué hay más adecuado, para darnos una idea del Rey de los reyes, que esta multitud innumerable de ángeles que puebla el cielo y la tierra, el mar y los abismos, y la dignidad de los que permanecen *sin cesar prosternados o de pie ante su trono*?

"Los padres de la iglesia y los teólogos enseñan generalmente que los ángeles están distribuidos en tres grandes jerarquías o principados, y cada jerarquía en tres compañías o coros.

"Los de la primera y más alta jerarquía se designan en relación con las funciones que desempeñan en el cielo. Los unos se llaman *serafines*, porque están ante Dios abrasados en el fuego de la caridad; otros *tronos* y coros, porque proclaman su grandeza y la hacen resplandecer.

"Los de la segunda jerarquía reciben sus nombres de las operaciones que se les atribuye en el gobierno general del Universo. Estos son: Las *dominaciones*, que señalan a los ángeles de los órdenes inferiores, sus misiones y sus cargos. Las *virtudes*, que cumplen los prodigios, reclamados por los grandes intereses de la iglesia y del género humano. Las *potencias*, que protegen con su fuerza y su vigilancia las leyes que rigen el mundo físico y moral.

"Los de la tercera categoría están encargados de la dirección de las sociedades y de las personas. Son los *principados*, que se transmiten los mensajes de la más alta importancia. Los *ángeles guardianes*, que nos acompañan, velando por nuestra seguridad y nuestra santificación."

Refutación

3. El principio general que descuella en esta doctrina es que los ángeles son seres puramente espirituales, anteriores y superiores a la Humanidad, *criaturas privilegiadas a la dicha suprema y eterna, desde su formación*, adornada por su misma naturaleza de todas las virtudes y de todos los conocimientos, sin haber hecho nada para adquirirlos. Están en el primer rango en la obra de la Creación. En el último está la vida puramente material, y entre las dos, la Humanidad formada por las almas, seres espirituales, inferiores a los ángeles, unidos a cuerpos materiales.

Muchas dificultades capitales surgen de este sistema. ¿Cuál es, desde luego, esa vida puramente material? ¿Se trata de la materia bruta? Pero la materia bruta es inanimada y no tiene vida por sí misma. ¿Se quiere hablar de las plantas y de los animales? Este sería entonces un cuarto orden en la Creación, porque no se puede negar que hay más inteligencia en el animal que en la planta, y en ésta que en una piedra. En cuanto al alma humana, que es la transición, está unida directamente a un cuerpo que sólo es materia bruta, porque sin alma no hay vida, como sucede en un pedazo de tierra.

En esta división falta evidentemente la claridad, y no concuerda con la observación. Se parece a la teoría de los cuatro elementos, destruida por los progresos de la ciencia. Admitamos, sin embargo, estos tres términos, la criatura espiritual, la criatura humana y la criatura corporal. Tal es, se refiere, el plan divino, plan majestuoso y completo, como convenía a la sabiduría eterna. Observemos, desde luego, que entre estos tres términos no hay ninguna trabazón necesaria. Son tres creaciones distintas formadas sucesivamente. De la una a la otra no hay solución de continuidad.

Mientras que en la Naturaleza todo se encadena, todo nos demuestra una admirable ley de unidad, en la cual todos los elementos, que sólo son transformaciones unos de otros, tienen su lazo de unión. Esta teoría es verdadera, en el sentido de que estos tres términos evidentemente existen, sólo que es incompleta. Faltan en ella los puntos de contacto, como es fácil de demostrar.

4. Estos tres puntos culminantes de la Creación son, afirma la iglesia, necesarios a la armonía del conjunto. Si hay uno solo de menos, la obra es incompleta y no está conforme con la sabiduría eterna. Sin embargo, uno de los dogmas fundamentales de la religión declara que la Tierra, los animales, las plantas, el sol, las estrellas, la misma luz, han sido creados y sacados de la nada, hace 6.000 años. Antes de esta época no había, pues, ni criatura humana ni criatura corporal. Durante la pasada eternidad, la obra divina era, por tanto, imperfecta. La fijación de la edad del Universo en seis mil años es un artículo de fe tan capital, como que hace pocos años que la ciencia fue anatematizada porque destruía la cronología bíblica, probando la alta antigüedad de la Tierra y de sus habitantes.

Sin embargo, el Concilio de Letrán, concilio ecuménico que hace ley en materia de ortodoxia, afirma: *Nosotros creemos firmemente* que no hay más que un solo Dios verdadero, eterno e infinito, el cual, al principio del tiempo, sacó a la vez de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporal. El *principio del tiempo* no puede entenderse sino de la eternidad transcurrida, porque el tiempo es infinito como el espacio, no tiene principio ni fin. Esta expresión: el *principio del tiempo*, es una figura que implica la idea de una anterioridad ilimitada.

El concilio de Letrán cree, pues, *firmemente* que las criaturas espirituales y las criaturas corporales han sido formadas simultáneamente y sacadas *conjuntamente* de la nada, en una época indeterminada en el pasado. ¿Qué viene a ser, pues, el texto bíblico que fija esta creación en 6.000 años antes de nuestros días? Admitiendo que sea éste el principio del Universo visible, no es seguramente el del tiempo. ¿A quién hemos de creer, al concilio o a la Biblia?

5. El mismo concilio formula, además, una extraña proporción. Nuestra alma, sostiene, igualmente espiritual, está asociada al cuerpo de manera que no forma con él más que una sola y misma persona, y *tal es esencialmente su destino*. Si el destino *esencial* del alma es el de estar unida al cuerpo, esta unión constituye su estado normal, es su objeto, su fin, puesto que tal es su *destino*. Sin embargo, el alma es inmortal y el cuerpo es mortal. Su unión con el cuerpo no tiene lugar más que una sola vez, según la iglesia, y aunque tal unión fuese de un siglo, ¿qué sería esto en comparación de la eternidad? Mas para un gran número, es apenas de algunas horas, ¿de qué utilidad puede ser para el alma esta unión efímera? Cuando en la eternidad la más larga duración es un tiempo imperceptible, ¿será exacto decir que su *destino es permanecer esencialmente ligada al cuerpo*? Esta unión no es en realidad más que un incidente, un punto en la vida del alma, y no en su estado esencial.

Si el destino esencial del alma es estar unida a un cuerpo material, si por su naturaleza y según el objeto providencial de su creación esta unión es necesaria para las manifestaciones de sus facultades, es preciso concluir que *sin el cuerpo, el alma humana es un ser incompleto*. Pero para quedar como es, por su destino, después de haber dejado un cuerpo, es necesario que vuelta a tomar otro, lo que nos conduce a la pluralidad forzosa de las existencias, o, dicho de otra manera, a la reencarnación perpetua. Es verdaderamente extraño que un concilio que se tiene como una de las lumbreras de la iglesia, haya confundido hasta ese punto el ser espiritual y el ser material, que no pueden de ningún modo existir el uno sin el otro, pues la condición esencial de su creación es el estar unidos.

6. El cuadro jerárquico de los ángeles nos enseña que muchas categorías tienen, en sus atribuciones, el gobierno del mundo físico y de la Humanidad, y que fueron creadas con este fin. Pero, según el *Génesis,* el mundo físico y la Humanidad sólo hace 6.000 años que existen. ¿Qué hacían, pues, estos ángeles antes de ese tiempo, durante la eternidad, puesto que el objeto de sus ocupaciones no existía? ¿Los ángeles fueron creados de toda eternidad? Así debe ser, puesto que

sirven para la glorificación del Altísimo. Si Dios los hubiera creado en una época determinada cualquiera, hasta entonces, esto es, durante una eternidad, no hubiera tenido quien le adorase.

7. Se expresa más arriba: *Mientras* dura esta unión tan íntima del alma con el cuerpo, ¿puede llegar un momento en que esta unión no existe? Esta proposición contradice a la que hace de esta unión el destino esencial del alma.

Se ha dicho también: "Las ideas le llegan por los sentidos, por la comparación de los objetos exteriores." Esta es una doctrina filosófica en parte verdadera, pero no en el sentido absoluto. Es, según el eminente teólogo, una condición inherente a la naturaleza del alma el no recibir las ideas sino por los sentidos. Olvida las ideas innatas, las facultades a veces tan trascendentales, la intuición de las cosas que el niño trae al nacer y que no debe a ninguna instrucción. ¿Por qué sentidos esos jóvenes pastores, calculadores naturales que han admirado a los sabios, han adquirido las ideas necesarias para la solución, casi instantánea, de los problemas más complicados? Se puede decir otro tanto de ciertos músicos, pintores y lingüistas precoces.

"Los conocimientos de los ángeles no son resultado de la inducción y del raciocinio". Saben porque son ángeles, sin tener necesidades de aprender. Dios los ha creado tales. El alma, al contrario, debe aprender. Si el alma no recibe las ideas sino por los órganos corporales, ¿cuáles son las que puede el alma del niño muerto al cabo de algunos días, admitiendo, con la iglesia, que no renazca?

8. Aquí se presenta una cuestión vital: ¿El alma adquiere ideas y conocimientos después de la muerte del cuerpo? Si una vez separada del cuerpo no puede adquirir nada, la del niño, la del salvaje, la del imbécil, la del idiota, la del ignorante, continuarán siendo siempre lo que eran a la hora de la muerte: están destinadas a una perpetua nulidad.

Si el alma adquiere nuevos conocimientos después de la vida actual, puede progresar. Sin el progreso ulterior del alma, iremos a parar a consecuencias absurdas. Con el progreso, llegaremos a la negación de todos los dogmas fundados en su estado estacionario. La suerte irrevocable, las penas eternas, etc. Si progresa, ¿dónde se detiene el progreso? No hay ninguna razón para que no alcance el grado de los ángeles o espíritus puros. Si puede llegar a él, no había ninguna necesidad de crear seres especiales y privilegiados, exentos de todo trabajo y gozando de la dicha eterna, sin hacer hecho nada para conquistarla, mientras que otros seres menos favorecidos no obtienen la suprema felicidad sino al precio de largos y crueles sufrimientos y de las más rudas pruebas. Dios lo puede hacer, sin duda. Pero si se admite lo infinito de sus perfecciones, sin las cuales no hay Dios, es preciso admitir también que no hace nada inútil, ni nada que desmienta la soberana justicia y la soberana bondad.

9. "Puesto que la majestad de los reyes toma su esplendor del número de sus súbditos, de sus oficiales y de sus servidores, ¿qué hay más propio para darnos una idea de la majestad del Rey de los reyes que esta multitud innumerable de los ángeles, que pueblan *el cielo y la tierra, el mar y los abismos*, y la dignidad de los que permanecen *sin cesar prosternados o de pie* ante su trono?"

¿No es rebajar la Divinidad el hecho de asimilar su gloria al fausto de los soberanos de la Tierra? Esta idea, inculcada en el espíritu de las masas ignorantes, falsea la opinión que se forma de su verdadera grandeza. Es reducir siempre a Dios a las mezquinas proporciones de la Humanidad, suponerle la necesidad de tener millones de adoradores *sin cesar prosternados o de pie* ante él, es atribuirle las debilidades de los monarcas déspotas y orgullosos de Oriente. ¿Qué es lo que hace a los soberanos verdaderamente grandes? ¿El número y esplendor de sus cortesanos? No. Es su bondad y su justicia, es el merecido título de padres de sus súbditos. Se nos pregunta si existe algo más propicio para darnos una idea de la majestad de Dios que la multitud de ángeles que componen su corte. Sí, ciertamente, hay algo mejor que eso, y es concebirle todas sus criaturas soberanamente bueno, justo y misericordioso, y no como un Dios colérico, celoso, vengativo, inexorable, exterminador, parcial, creando para su propia gloria seres privilegiados, favorecidos de todos los dones, nacidos para la eterna felicidad, mientras que a los otros les hace pagar cara la dicha,

castigando un momento de error con una eternidad de suplicios.

10. El Espiritismo profesa una doctrina infinitamente más *espiritualista*, por no decir *menos materialista*, que además tiene la ventaja de estar más conforme con la observación y con el destino del alma. Según lo que nos enseñan, el alma es independiente del cuerpo, que no es más que una envoltura corporal. *Su esencia es la espiritualidad, su vida normal es la vida espiritual.* El cuerpo es sólo un instrumento para el ejercicio de sus facultades en sus relaciones con el mundo material. Pero, separada de este cuerpo, goza de sus facultades con más libertad y expansión.

11. Su unión con el cuerpo, necesaria en sus primeros desarrollos, no tiene lugar sino en el período que puede llamarse de su infancia y adolescencia. Cuando alcanza cierto grado de perfección y de desmaterialización esta unión no es necesaria, y el alma sólo progresa por la vida del espíritu. Además, por numerosas que sean las existencias corporales, son necesariamente limitadas para la vida del cuerpo, y su suma total no comprende, en todo caso, sino una imperceptible parte de la vida espiritual, que es indefinida.

Los ángeles según el Espiritismo

12. No puede dudarse de que hay seres dotados de todas las cualidades atribuidas a los ángeles. La revelación espiritista confirma sobre este punto la creencia de todos los pueblos. Pero además nos hace conocer la naturaleza y origen de esos seres.

Las almas o espíritus son creados sencillos e ignorantes, esto es, sin conocimiento y sin conciencia del bien y del mal, pero aptos para adquirir todo lo que les falta, y lo adquieren por el trabajo. El fin, que es la perfección, es el mismo para todos: llegan a él más o menos pronto en virtud de su libre albedrío y en razón a sus esfuerzos. Todos tienen grados que recorrer, el mismo trabajo que realizar. Dios no señala una parte ni mayor ni más fácil a los unos que a los otros, porque todos son sus hijos, y siendo justo, no tiene preferencia por ninguno.

Él les asegura: “He aquí la ley que debe ser vuestra regla de conducta. Ella sola puede conduciros al fin. Todo lo que está conforme a esta ley, es el bien. Todo lo que es contrario a ella, es el mal. Sois libres de observarla o de infringirla, y así seréis los árbitros de vuestra propia suerte.”

Dios no ha creado, pues, el mal. Todas sus leyes son para el bien. El mismo hombre es quien crea el mal, infringiendo las leyes de Dios. Si las observase escrupulosamente, no se apartaría jamás del buen camino.

13. Pero el alma, en las primeras fases de su existencia, lo mismo que el niño, tiene falta de experiencia, por esto es falible. Dios no le da la experiencia, pero le da los medios de adquirirla. Cada paso en falso en el camino del mal es un atraso, sufre las consecuencias, y aprende a su costa lo que debe evitar. Así es como poco a poco se desenvuelve, se perfecciona y adelanta en la jerarquía espiritual, hasta que haya llegado al estado de puro *espíritu* o de *ángel*. Los ángeles son, pues, las almas de los hombres que han alcanzado el grado de perfección concedida a la criatura, y gozan de la plenitud de la felicidad prometida. Antes de haber conseguido el grado supremo, gozan de una dicha relativa a su adelanto. Pero esta dicha no consiste en la ociosidad, sino en las funciones que Dios tiene a bien confiarles, y que se tienen por dichosos en cumplir, porque sus ocupaciones son un medio de progreso (véase Cáp. III, “El Cielo”).

14. La Humanidad no está restringida a la Tierra. Ocupa los innumerables mundos que circulan en el espacio. Ha ocupado los que han desaparecido, y ocupará los que se formen.

Dios ha creado desde la eternidad, y crea sin cesar. Mucho tiempo, pues, antes de que la Tierra existiese, por antigua que se la suponga, hubo en otros mundos espíritus encarnados que recorrieron las mismas etapas que nosotros, espíritus de formación más reciente, recorremos en este momento, y que llegaron al fin antes de que nosotros hubiésemos salido de las manos del Creador.

Desde la eternidad ha habido, pues, ángeles o espíritus puros. Pero su existencia humanitaria se pierde en lo infinito del pasado, y es para nosotros como si siempre hubiesen sido ángeles.

15. Así se encuentra realizada la gran ley de unidad de la Creación. Dios no ha estado jamás inactivo. Siempre ha tenido espíritus puros experimentados e iluminados, para transmitirle sus órdenes y para la dirección de todas las partes del Universo, desde el gobierno de los mundos hasta los más ínfimos detalles. No ha tenido, pues, necesidad de crear seres privilegiados exentos de cargas. Todos, antiguos o nuevos, han conquistado sus grados en la lucha y por su propio mérito, en fin, son hijos de sus obras. Así se cumplen igualmente la soberana justicia de Dios.

CAPÍTULO IX

Los demonios

Origen de la creencia en los demonios

1. En todas las épocas han hecho los demonios un gran papel en las diversas teogonías. Aunque decaídos considerablemente en la opinión general, la importancia que todavía se les atribuye en nuestros días da a esta cuestión cierta gravedad, porque toca el mismo fondo de las creencias religiosas. Así es que consideramos útil examinarla con el desarrollo que permite.

La creencia en una potencia superior es instintiva en los hombres, y por esto se la encuentra bajo diferentes formas en todas las edades del mundo. Pero si en el grado de adelanto intelectual a que han llegado hoy, discuten aún sobre la naturaleza y los atributos de esta potencia, ¡cuánto más imperfectas debían ser sus nociones respecto a este objeto en la infancia de la Humanidad!

2. El cuadro que se nos representa de la inocencia de los pueblos primitivos, en contemplación ante las hermosuras de la Naturaleza, en la cual admiran la bondad del Creador, es, sin duda, poética, pero falta en él la realidad.

Cuanto más se acerca el hombre al estado de naturaleza, más domina en él el instinto, como se observa todavía en los pueblos salvajes y bárbaros de nuestros días. Lo que más le preocupa, o que le ocupa exclusivamente, es la satisfacción de las necesidades materiales, porque no tienen otras. El sentido que puede hacerle accesible a los goces puramente morales no se desenvuelve sino a la larga y gradualmente. El alma tiene su infancia, su adolescencia y su virilidad, como el cuerpo humano. Mas para alcanzar la virilidad que se le pone en disposición de comprender los temas abstractos, ¡cuántas evoluciones no debe efectuar en la Humanidad! ¡Cuántas existencias no tiene que cumplir!

Sin remontarnos a las primeras edades, vemos alrededor nuestro las gentes de nuestras campiñas, y preguntamos, ¡qué sentimientos de admiración despiertan en ellas el esplendor del sol cuando sale, la bóveda estrellada, el gorjeo de las aves, el murmullo de las espumosas olas, las praderas esmaltadas de flores!

Para ellos sale el sol porque tiene la costumbre de hacerlo, y con tal que dé bastante calor para madurar las cosechas, y no para quemarlas, están satisfechos. Si miran al cielo, es para saber si el día siguiente será bueno o malo. Que canten las aves o no, poco les importa, con tal de que no coman trigo. A las melodías del ruiseñor prefieren el cacareo de las gallinas y el gruñido de los puercos. Piden que los ríos, claros o cenagosos, no se sequen y que no les inunden, que las praderas les den buena hierba, con flores o sin ellas. Esto es todo lo que desean, digamos más, todo lo que comprenden de la Naturaleza, y, sin embargo, están ya lejos de los hombres primitivos.

3. Si nos referimos a estos últimos, les vemos más exclusivamente preocupados en la satisfacción de las necesidades materiales. Lo que sirve para la satisfacción de las mismas, y lo que puede dañarlas, resume para ellos el bien y el mal en este mundo. Creen en una potencia extrahumana, pero como lo que les causa un perjuicio material es lo que más les afecta, lo atribuyen a esta potencia, de la que, por otra parte, se forman una idea muy vaga. No pudiendo todavía concebir nada fuera del mundo visible y tangible, se la figuran residiendo en los seres y cosas que les son nocivos. Los animales dañinos son, pues, para ellos, los representantes naturales y directos de aquélla. Por la misma razón han visto la personificación del bien en las cosas útiles, de ahí el culto tributado a ciertos animales, a ciertas plantas, y aun a objetos inanimados. Pero el hombre es generalmente más sensible al mal que al bien. El bien le parece natural, mientras que el mal le afecta más. Esta es la causa de que en todos los cultos primitivos las ceremonias en honor de la

potencia maléfica fueran más numerosas. El miedo domina a la gratitud.

Durante largo tiempo, el hombre sólo comprendió el bien y el mal físicos. El sentimiento del bien y del mal moral marca un progreso en la inteligencia humana. Sólo entonces el hombre entrevé la espiritualidad y comprende que la potencia sobrehumana está fuera del mundo visible y no en las cuestiones materiales. Esta fue la obra de algunas inteligencias escogidas, pero que no pudieron, sin embargo, salvar ciertos límites.

4. Como se veía una lucha incesante entre el bien y el mal, y que éste dominaba a menudo; como, por otra parte, no se podía admitir racionalmente que el fuese obra de una potencia benéfica, se dedujo de esto la existencia de dos potencias rivales que gobernaban el mundo. De ahí nació la doctrina de los dos principios, el del mal y el del bien. Doctrina lógica para esa época, porque el hombre era todavía incapaz de concebir otra y de penetrar la esencia del Ser Supremo. ¿Cómo podía comprender que el mal no es más que un estado momentáneo de donde puede salir el bien, y que los males que le afligen deben conducirle a la dicha auxiliando su adelanto? Los límites de su horizonte moral nada le permitían ver fuera de la vida presente. No podía comprender ni que hubiera progresado, ni que progresaría individualmente. Y aún menos que las vicisitudes de la vida fuesen resultado de la imperfección del ser espiritual que está en él, que preexiste y sobrevive al cuerpo, y que se depura en una serie de existencias, hasta que haya alcanzado la perfección. Para comprender el bien que puede salir del mal, no debe mirarse una sola existencia. Es preciso abrazar el conjunto, sólo entonces aparecen las verdaderas causas y sus efectos.

5. El doble principio del bien y del mal fue durante largos siglos, y bajo diferentes nombres, la base de todas las creencias religiosas. Se personificó bajo los nombres de Orimaze y Arimane entre los persas, de Jehová y Satanás entre los hebreos. Pero como todo soberano debe tener ministros, todas las religiones admiten potencias secundarias o genios buenos o malos. Los paganos los personificaron en multitud innumerable de individualidades, teniendo cada una atribuciones especiales para el bien y para el mal, para los vicios y para las virtudes, y a las cuales dieron el nombre genérico de dioses. Los cristianos y los musulmanes heredaron de los hebreos los ángeles y los demonios.

6. La doctrina de los demonios tiene, pues, su origen en la antigua creencia de los principios del bien y del mal. No vamos a examinarla aquí sino bajo el punto de vista cristiano, y para ver si está en relación con el conocimiento más exacto que tenemos hoy de los atributos de la Divinidad.

Estos atributos son el punto de partida, la base de todas las doctrinas religiones: los dogmas, el culto, las ceremonias, los usos, la moral, todo está en relación con la idea más o menos exacta, más o menos elevada que se tiene de Dios, desde el fetichismo hasta el cristianismo. Si la esencia íntima de Dios es aún un misterio para nuestra inteligencia, nosotros, sin embargo, lo comprendemos mejor que no lo ha sido jamás, gracias a las doctrinas de Cristo. El cristianismo, conforme en esto con la razón, nos declara que:

Dios es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones.

Lo hemos dicho en otra parte (Cáp. VII. “Penas eternas”). Si se quitara la más pequeña parte de uno solo de los atributos de Dios, no sería Dios, porque podría existir un ser más perfecto. Estos atributos, en su plenitud más absoluta, son, en el criterio de todas las religiones, la medida de la verdad de cada uno de los principios que enseñan. Para que uno de estos principios sea verdadero, es preciso que no ataque a ninguna de las perfecciones de Dios. Veamos si sucede lo mismo con la doctrina vulgar de los demonios.

Los demonios según la iglesia

7. Según la iglesia, *Satanás*, el jefe o el rey de los demonios, no es una personificación alegórica del mal, sino un *ser real* que hace exclusivamente el mal, mientras que Dios hace exclusivamente el bien. Tomémosle, pues, tal como nos lo dan.

¿Satanás es eterno como Dios, o posterior a Dios? Si es eterno, es *increado*, y en consecuencia, igual a Dios. Dios, entonces, no es único. Hay el Dios del bien y el Dios del mal.

¿Es posterior? Entonces es una criatura de Dios. Puesto que no hace más que el mal, que es incapaz de hacer el bien y arrepentirse, Dios ha creado un ser dedicado al mal perpetuamente. Si el mal no es obra de Dios, sino de una de sus criaturas predestinada a hacerlo, Dios es siempre su primer autor, y entonces no es infinitamente bueno. Lo mismo puede decirse de todos los seres malos llamados demonios.

8. Tal ha sido durante largo tiempo la creencia sobre este punto. Hoy se sostiene: (1)

1. Las siguientes citas han sido extractadas de la pastoral del Eminentísimo Cardenal Goussel, arzobispo de Reims, para la cuaresma de 1865. En razón del mérito personal y de la posición del autor, se puede considerar como la última expresión de la iglesia sobre la doctrina de los demonios.

"Dios, que es la bondad y la santidad por esencia, no los creó malos ni maléficos. Su mano paternal, que se complace en derramar sobre todas sus obras un reflejo de sus perfecciones infinitas, les colmó de los mayores dones. A las calidades eminentísimas de su naturaleza, añadió las larguezas de su gracia. Les hizo en todo semejantes a los espíritus sublimes que gozan de gloria y felicidad. Repartidos en todos sus órdenes y mezclados en todas sus categorías, tenían el mismo fin y los mismos destinos. Su jefe fue el más bello de los arcángeles.

"Hubieran podido merecer del mismo modo la confirmación para siempre en la justicia y ser admitidos a gozar eternamente de la dicha de los cielos. Este último favor hubiera sido el colmo de todos los otros favores de que eran objeto. Pero debía ser el precio de su docilidad, y se hicieron indignos de Él. Lo perdieron por una rebelión atrevida e insensata.

"¿Cuál ha sido el escollo de su perseverancia? ¿Qué verdad han desconocido? ¿Qué acto de fe y de adoración han rehusado a Dios? *La iglesia y los anales de la historia santa no lo refieren de una manera positiva, pero parece cierto* que no se han conformado ni con mediación del Hijo de Dios, ni con la exaltación de la naturaleza humana con Jesucristo.

"El verbo divino, por quien todas las cosas han sido hechas, es también el único mediador y salvador en el cielo y en la tierra. El fin sobrenatural no se ha dado a los ángeles y a los hombres sino en previsión de su encarnación y de sus méritos. Porque no hay ninguna proporción entre las obras de los espíritus más eminentes y esta recompensa, que no es otra sino el mismo Dios. Ninguna criatura habría podido llegar a Él sin esta intervención maravillosa y sublime de caridad. Pero para considerar la distancia infinita que separa la esencia divina de las obras de sus manos, era preciso que reuniese en su persona los dos extremos y que asociase a su divinidad la naturaleza del ángel o la del hombre, e hizo elección de la naturaleza humana.

"Este designio, concebido desde la eternidad, fue manifestado a los ángeles mucho tiempo antes de su cumplimiento. El Hombre-Dios les fue mostrado en el porvenir como aquel que debía confirmarles en gracia e introducirles en la gloria, con la condición de que le adorarían en la Tierra durante su misión y en el cielo por los siglos de los siglos.

"¡Revelación inesperada, maravillosa visión para los corazones generosos reconocidos, pero misterio profundo, abrumador, para los espíritus soberbios! ¡Este fin sobrenatural, este inmenso cúmulo de gloria que se les proponía, no sería, pues, la sola recompensa de sus méritos personales! ¡Jamás podrían atribuirse a sí mismos los títulos y posesión! ¡Un mediador entre ellos y Dios!, ¡qué injuria hecha a su dignidad! ¡La preferencia gratuita acordada a la naturaleza humana! ¡qué

injusticia! ¡Qué ataque contra sus derechos! ¿Esta Humanidad que les es tan inferior, la verán, un día, deificada por su unión con el Verbo y sentada a la derecha de Dios, sobre un trono resplandeciente? ¿Consentirán en ofrecer eternamente sus homenajes y sus adoraciones?

"Lucifer y la tercera parte de los ángeles sucumbieron a estos pensamientos de orgullo y de celos. San Miguel, y con él el mayor número, exclamaron: «¿Quién como Dios? ¡Él es dueño de sus dones y el soberano Señor de todas las cosas! ¡Gloria a Dios y al Cordero que será inmolado por la salvación del mundo!» Pero el jefe de los rebeldes, olvidado que era deudor a su Creador de su nobleza y de sus prerrogativas, no escucha más que su temeridad, y dice:

"«Soy yo mismo quien subiré al cielo, estableceré mi morada sobre los astros, me sentaré en la montaña de la alianza, en los flancos del Aquilón, dominaré las nubes más elevadas y seré semejante al Altísimo.» Los que participaban de sus sentimientos acogieron sus palabras con un murmullo de aprobación, y de éstos los había en todos los órdenes de la jerarquía, pero su multitud no les puso el abrigo del castigo."

9. Esta doctrina promueve muchas objeciones:

1.º Si Satanás y los demonios eran ángeles, eran perfectos, ¿Cómo, siendo perfectos, pudieron faltar y desconocer hasta tal punto la autoridad de Dios, en presencia del cual se encontraban? Se concebiría también que si no hubiera llegado a este punto eminente más que gradualmente, y después de haber pasado por la escala de la imperfección, hubiesen podido tener un retroceso apreciable. Pero lo que no se comprende es que nos los representan como habiendo sido creados perfectos.

La consecuencia de esta teoría es la siguiente. Dios quiso crearles seres perfectos, puesto que les había colmado de todos los dones, y se equivocó. Luego, según la iglesia, Dios no es infalible.[2]

2. Esta doctrina monstruosa es afirmada por Moisés cuando expresa (*Génesis*, Cáp. VI, v. 6 y 7): "Se arrepintió de haber hecho al hombre en la Tierra." Y conmovido por el dolor hasta el fondo del corazón, declara: "Yo exterminaré de la Tierra al hombre que he creado. Exterminaré todo, desde el hombre hasta los animales. Desde lo que pisa la Tierra hasta las aves del cielo, porque me *arrepiento* de haberlos creado."

Un Dios que se arrepiente de lo que ha hecho no es perfectos ni infalible, luego no es Dios. Sin embargo, éstas son las palabras que la iglesia proclama como verdades santas. Tampoco se ve muy claro lo que había de común entre los animales y la perversidad de los hombres para merecer el exterminio.

2.º Puesto que ni la iglesia ni los anales de la historia sagrada explican la causa de su rebelión contra Dios, puesto que solamente *parece* cierto que provino de su negativa a reconocer la misión futura de Cristo, ¿qué valor puede tener el cuadro tan preciso y tan detallado de la escena que tuvo lugar en esta ocasión? ¿De qué origen se han sacado las palabras tan claras referidas como allí pronunciadas, y hasta los simples murmullos? Una de dos, o la escena es verdadera, o no lo es. Si es verdadera, no hay ninguna incertidumbre, y entonces, ¿por qué la iglesia no corta la cuestión? Si la iglesia y la historia se callan, si solamente la causa *parece* cierta, esto no es más que una suposición, y la escena que se describe es una obra imaginaria.[3]

3. Se encuentra en Isaías, Cáp. XIV, v. 11 y ss.: "Tu orgullo ha sido precipitado en los infiernos, tu cuerpo muerto ha caído en la tierra, tu lecho será la podredumbre y tu vestido serán los gusanos." "¿Cómo has caído del cielo, Lucifer, tú que parecías tan brillante al apuntar el día? Cómo has sido echado por tierra, tú que llenabas de llagas las naciones, que manifestabas en *tu corazón*: Yo subiré al cielo, estableceré mi trono encima de los astros de Dios, y me sentaré sobre la montaña de la alianza a los lados del Aquilón. Me colocaré sobre las nubes más elevadas y seré semejante al Altísimo Y sin embargo, has sido precipitado desde esta gloria en el

infierno, hasta lo más profundo de los abismos. Los que te verán se acercarán a ti, y después de haberte mirado, te dirán: ¿Es éste el *hombre* que ha espantado a la Tierra que ha esparcido el terror en los reinos, que ha hecho del mundo un desierto, que ha destruido sus ciudades, y que ha detenido en cadenas a los que había hecho prisioneros?"

Estas palabras del profeta no son relativas a la religión de los ángeles, sino una alusión al orgullo y a la caída del rey de Babilonia, quien tenía cautivos a los judíos, como lo prueban los últimos versículos. El rey de Babilonia es designado, por alegoría, bajo el nombre de Lucifer, pero no se hace aquí ningún mérito de la escena descrita más arriba. Estas palabras son las del rey, quien las decía *en su corazón*, y se colocaba, por su orgullo, sobre Dios, cuyo pueblo tenía cautivo. La predicción de la libertad de los judíos, de la ruina de Babilonia y de la derrota de los asirios es, por otra parte, objeto exclusivo de este capítulo.

3.º Las palabras atribuidas a Lucifer acusan una ignorancia que causa admiración en un arcángel que por su misma naturaleza, y en el grado en que está colocado, no debe tener sobre la organización del Universo los errores y las preocupaciones que los hombres han profesado hasta que la ciencia viniera a ilustrarles.

¿Cómo pudo decir: "Estableceré mi morada sobre los astros", "dominaré las nubes más elevadas"? Esta es la antigua creencia en la Tierra como centro del mundo, del cielo, de las nubes que se extienden hasta las estrellas, en la región limitada de éstas formando bóveda, y que la astronomía nos demuestra diseminadas en el espacio infinito. Como se sabe hoy que las nubes no se extienden más allá de dos leguas de la superficie de la Tierra, para llegar a decir que dominaría las más elevadas nubes, y para hablar de las montañas, era preciso que la escena pasase en la superficie de la Tierra, y que en ella estuviese la mansión de los ángeles. Si esta mansión está en las regiones superiores, era inútil decir que se elevaría más arriba de las nubes. Pretender que los ángeles tengan un lenguaje tan ignorante es confesar que los hombres de hoy saben más que los ángeles. La iglesia ha tenido siempre el inconveniente de no contar con los progresos de la ciencia.

10. La respuesta a la primera objeción se encuentra en el pasaje siguiente:

"La escritura y la tradición dan el nombre del cielo al lugar en que los ángeles habían sido colocados en el momento de su creación. Pero éste no era el cielo de los cielos, el cielo de la visión beatífica, donde Dios se muestra a sus elegidos cara a cara, y donde sus elegidos le contemplan sin esfuerzos y sin obstáculos, porque allí no hay peligro ni posibilidad de pecar. La tentación y la flaqueza son desconocidas, la justicia, la alegría y la paz reinan con una inmutable seguridad. La santidad y la gloria no pueden perderse. Ésta era, pues, una región celeste, una esfera luminosa y afortunada donde estas nobles criaturas, tan favorecidas con las comunicaciones divinas, debían recibirlas y adherirse a ellas por humildad de la fe antes de ser admitidas para ver claramente la realidad en la misma esencia de Dios."

Resulta de lo que precede que los ángeles que han faltado pertenecen a una categoría menos elevada, menos perfecta, y que no habían alcanzado todavía el lugar supremo donde la falta es imposible. Admitido, pero en este caso tenemos una contradicción manifiesta, porque se ha dicho más arriba que. "Dios los había hecho *en todo semejantes a los espíritus sublimes*, que confundidos en todos sus órdenes y mezclados entre sus filas, tenían el mismo fin y el mismo destino, que su jefe era el más hermoso de los ángeles." Si en todo fueron hechos semejantes a los ángeles, no eran de una naturaleza inferior. Si estaban mezclados en todas sus filas, no estaban en el lugar especial. De este modo la objeción subsiste por completo.

11. Hay otra que, sin contradicción, es la más grave y la más seria.

Se ha dicho: "Este designio (la mediación de Cristo) *concebido desde la eternidad*, se manifestó a los ángeles mucho tiempo antes de su cumplimiento." Dios, pues, desde la eternidad, que los ángeles, así como los hombres, tendrían necesidad de esta mediación. Él sabía o no sabía que ciertos ángeles faltarían, que esta caída les ocasionaría la condenación eterna, sin esperanza de volver al anterior estado. Que se les destinaría a tentar a los hombres, que aquellos que se dejarían

seducir, sufrirían la misma suerte. Si lo sabía, creó estos ángeles con conocimiento de causa, para su pérdida irrevocable y para la de la mayor parte del género humano. Por más que se haga, es imposible conciliar su creación, en semejante previsión, con la soberana bondad. Si no lo sabía, no era todopoderoso. En uno y otro caso, es la negación de dos atributos, sin la plenitud de los cuales Dios no sería Dios.

12. Si se admite la fatalidad tanto de los ángeles como la de los hombres, el castigo es una consecuencia natural y justa de la fatalidad. Pero si se admite al mismo tiempo la posibilidad del rescate, por la vuelta al bien, la entrada en la gracia después del arrepentimiento y expiación, no hay nada que desmienta la bondad de Dios. Dios sabía que faltaría, que serían castigados.

Pero sabía también que este castigo temporal sería un medio de hacerles comprender su falta, y redundaría en provecho suyo. Así se hallaría comprobada esta parábola del profeta Ezequiel: "Dios no quiere la muerte del pecador, sino su salvación."(4)Lo que sería la negación de esta bondad es la inutilidad del arrepentimiento y la imposibilidad de la vuelta al bien. En esta hipótesis es, pues, rigurosamente exacto el decir que: "Estos ángeles, desde su creación, puesto que Dios no podía ignorarlos, fueron destinados al mal perpetuamente y predestinados a ser *demonios*, para arrastrar a los hombres al mal." 4.Véase cap. VI, nº 25, cita de Ezequiel.

13. Veamos, ahora, cuál es su suerte y lo que hacen.

"Apenas hubo estallado su rebelión, en el lenguaje de los espíritus, esto es, en sus pensamientos, fueron desterrados, irrevocablemente, de la ciudad celeste y precipitando en el abismo.

"Por estas palabras entendemos que fueron relegados a un lugar de suplicios, donde sufren la pena del fuego, conforme a este texto del Evangelio, que ha salido de la misma boca del Salvador: «Id, malditos, al fuego eterno que ha sido preparado por el demonio y por sus ángeles.»

"San Pedro dice expresamente: «Que Dios les ha entregado a las cadenas y a las torturas del infierno, pero no todos quedan allí perpetuamente. Esto no sucederá sino en el fin del mundo, cuando serán encerrados en él con los réprobos. Ahora, Dios permite que ocupen todavía un lugar en la Creación a la cual pertenecen.» En el orden de los hechos, al cual está su existencia. En las relaciones, en fin, que debían tener con el hombre, y de las cuales hacen el más pernicioso abuso. Mientras los unos están en su morada tenebrosa, y sirven en ésta de instrumentos a la justicia divina, *contra las almas desgraciadas que han seducido*, multitud de ellos, formando legiones invisibles, bajo la dirección de sus jefes, residen en las capas inferiores de nuestra atmósfera y recorren todas las partes del globo. Están mezclados en todo lo que pasa en la Tierra y toman con suma frecuencia una parte muy activa en ello."

En lo que concierne a las palabras de Cristo, sobre el suplicio del fuego eterno, ha sido tratada esta cuestión en el Cáp. IV, "El Infierno".

14. Según esta doctrina, sólo una parte de los demonios está en el infierno. La otra anda errante, con libertad, mezclándose en todo lo que pasa en la Tierra, complaciéndose en hacer mal, y esto hasta el fin del mundo, cuya época indeterminada no tendrá probablemente lugar tan pronto. ¿Por qué, pues, esta diferencia? ¿Son menos culpables? Seguramente que no. A menos que salgan de allí por turno, lo que parece resultar de este pasaje: "Mientras los unos están en su morada tenebrosa y sirven en ella de instrumentos a la justicia divina contra las almas infortunadas que han seducido."

Sus funciones consisten, pues, en atormentar *a las almas que han seducido*. De esto se desprende que no están encargados de castigar a las que son culpables de faltas libre y voluntariamente cometidas, sino de aquellas que ellos han provocado. Son a la vez *la causa de la falta y el instrumento del castigo*. La justicia humana, con ser imperfecta, no admitiría que la víctima que sucumbe por debilidad, cuando se la hace nacer para tentarla, fuera castigada tan

severamente como el agente provocador, que emplea el engaño y la astucia, con más severidad aún, porque va al infierno, al dejar la Tierra, para no salir jamás de él, y a sufrir sin tregua ni gracia durante la eternidad, mientras que aquel que es la causa primera de su falta goza de tregua y de la libertad hasta el fin del mundo. ¿La justicia de Dios, acaso, no es más perfecta que la de los hombres?

15. No es esto todo. "Dios permite que ocupen todavía un lugar en la Creación, en las relaciones que debían tener con el hombre y de las cuales hacen el más pernicioso abuso." ¿Podía Dios ignorar el abuso que harían de la libertad que les concedió? ¿Pues por qué se la concedió? De lo que resulta que fue con conocimiento de causa que entregó sus criaturas a merced suya, sabiendo, en virtud de toda su presciencia, que sucumbirían y tendrían la suerte de los demonios. ¿No tenían bastante con su propia debilidad, sin permitir que fuesen incitadas al mal por un enemigo, tanto más peligroso cuanto es invisible? ¡Al menos si el castigo no fuese más que temporal, y si el culpable pudiese rescatarse por medio de la reparación...! Pero no, está condenado para una eternidad. Su arrepentimiento, su vuelta al bien y sus pesares serán inútiles.

De este modo los demonios son los agentes provocadores predestinados a reclutar almas para el infierno, y esto con el permiso de Dios, que sabía, creando esas almas, la suerte que les estaba reservada. ¿Qué se diría en la Tierra de un juez que obrase así para llenar las cárceles? ¡Extraña idea la que se nos da de la divinidad de un Dios cuyos atributos esenciales son la soberana bondad! ¡En nombre de Jesucristo, de aquel que no ha predicado sino el amor, la caridad y el perdón, se enseñan semejantes doctrinas! Hubo un tiempo en que tales anomalías pasaban desapercibidas, o no se las comprendía, o no se las sentía. El hombre encorvado bajo el yugo del despotismo sometía su razón a ciegas, o mejor, abdicaba de su razón, pero hoy, la hora de la emancipación ha sonado. Comprende la justicia, la quiere durante su vida y después de su muerte. Por esto asevera: "¡Esto no es así, no puede ser, o Dios no es Dios!"

16. "El castigo sigue por todas partes a estos seres caídos y malditos, por doquier llevan su infierno con ellos. No tienen paz ni reposo, las mismas dulzuras de la esperanza se les han trocado en amarguras, les son odiosas. La mano de Dios les hirió en el mismo acto de su pecado, y por su voluntad se han obstinado en el mal. Habiéndose pervertido no quieren cesar de serlo, y lo son para siempre.

"Son, después del pecado, lo que el hombre es después de la muerte. *La rehabilitación de los que sucumbieron es, pues, imposible*, su pérdida es en adelante irremediable, y perseveran en su orgullo en presencia de Dios, en su odio a Cristo, en sus celos contra la Humanidad.

"No habiendo podido apropiarse la gloria del cielo por el vuelo de su ambición, se esfuerzan en establecer su imperio sobre la Tierra y en desterrar de ésta el reino de Dios. El verbo hecho carne cumplió, a pesar de ellos, sus designios para la salvación y la gloria de la Humanidad. Todos sus medios de acción son consagrados a arrebatarle las almas que ha rescatado. La astucia y la impertinencia, la mentira y la seducción, todo lo ponen en obra para inclinarles al mal y para consumar su ruina.

"¡Ah! Con tales enemigos, la vida del hombre, desde su cuna hasta la tumba, no puede ser más que una lucha perpetua, porque son poderosos e infatigables.

"En efecto, estos enemigos son los mismos que, después de haber introducido el mal en el mundo, han conseguido cubrir la Tierra de las espesas tinieblas del error y del vicio. Los que durante largos siglos se han hecho adorar como dioses, y han reinado como dueños en los pueblos desde la antigüedad. Éstos, en fin, son los que ejercen todavía su imperio tiránico sobre las regiones idólatras, y fomentan el desorden y el escándalo hasta en el seno de las sociedades cristianas.

"Para comprender todos los recursos que tienen al servicio de su maldad, basta observar que

no han perdido nada de las prodigiosas facultades que son las dotes de su naturaleza angélica. Sin duda que sobre el porvenir y sobre todo el orden sobrenatural tienen misterios que Dios se ha reservado y que no pueden descubrir. Pero su inteligencia es muy superior a la nuestra, porque de una sola ojeada perciben los efectos en sus causas y las causas en sus efectos. Esta penetración les permite anunciar anticipadamente los acontecimientos, que nuestras conjeturas están lejos de alcanzar. La distancia y la diversidad de los lugares desaparecen ante su agilidad. Más rápidos que el relámpago y que el pensamiento, se encuentran casi al mismo tiempo en los diversos puntos del globo, y pueden describir desde lejos los acontecimientos de que son testigos, en la misma hora en que se realizan.

"Las leyes generales por las cuales Dios rige y gobierna este Universo no son de su dominio, no pueden derogarlas, ni por consiguiente predecir u operar verdaderos milagros. Pero poseen el arte de imitar y de contrahacer, en ciertos límites, las obras divinas. Saben los fenómenos que resultan de la combinación de los elementos, y pronostican con certeza los que suceden naturalmente, así como los que tienen el poder de producir ellos mismos.

"De esto resultan esos oráculos numerosos, esos prestigios extraordinarios de los cuales nos han guardado el recuerdo los libros sagrados y profanos y que han servido de base y alimento a todas las supersticiones.

"Su sustancia simple e inmaterial les oculta de nuestra vista. Están a nuestro lado sin que los percibamos, tocan a nuestra alma sin herir nuestros oídos. Creemos obedecer a nuestro propio pensamiento, mientras que sufrimos sus tentaciones y su funesta influencia. Nuestras disposiciones, al contrario, les son conocidas por las impresiones que sentimos y nos atacan ordinariamente por nuestro lado débil. Para seducirnos con más seguridad, tienen costumbre de prestarnos incentivos y sugestiones conformes a nuestras inclinaciones. Modifican su acción según los rasgos característicos de cada temperamento. Pero sus armas favoritas son la mentira y la hipocresía."

17. El castigo, se dice, les sigue por todas partes. No tienen paz ni reposo. Esto no destruye la observación hecha sobre la tregua ni reposo. Tregua tanto menos justificada cuanto que, estando libres, hacen más mal. Sin ninguna duda no son dichosos como los ángeles buenos. ¿Pero se toma en cuenta la libertad de que disfrutan? Si no tienen la dicha moral que procura la virtud, son incontestablemente menos desgraciados que sus cómplices, que están en las llamas. Además, para el malvado, hay una especie de goce en hacer el mal con toda libertad. Preguntad a un criminal si les es igual preso o en campo libre y cometiendo fechorías a su gusto. La situación es exactamente la misma.

Se asegura que los remordimientos les persiguen sin tregua ni gracia, olvidando que el remordimiento es el precursor inmediato del arrepentimiento, si no es el mismo arrepentimiento.

También se comenta que, habiendo llegado a la perversidad, *no quieren dejar de ser perversos, y lo son siempre.* Si no quieren cesar de ser perversos, no pueden tener remordimientos. Si los tuvieran, cesarían de hacer el mal y pedirían perdón. Luego los remordimientos no son para ellos un castigo.

18. Después de haber pecado, son los que el hombre después de la muerte, de lo que se deduce que la rehabilitación de los caídos es imposible. ¿En dónde está la imposibilidad? No se comprende que sea la consecuencia de su semejanza con el hombre después de la muerte, proposición que, por otra parte, no es muy clara. ¿Esta imposibilidad vienen de su propia voluntad, o de la de Dios? Si es fruto de su voluntad, denota una extrema perversidad, un endurecimiento absoluto en el alma. Y en este caso, no se comprende que seres tan sustancialmente malos hayan

podido ser jamás ángeles de virtud, y que durante el tiempo indefinido que estuvieron entre éstos no dejaran entrever la menor señal de su naturaleza perversa. Si ésta fuera la voluntad de Dios, se comprendería menos, aunque impusiera como castigo la imposibilidad de volver al bien después de haber pecado la primera vez. El evangelio no expresa nada de esto.

19. Igualmente se añade que para lo sucesivo su pérdida no tiene rescate y perseveran orgullosos en presencia de Dios. ¿Para qué les serviría el dejar de perseverar en él, si todo arrepentimiento sería inútil? Si tuviesen la esperanza de que pudieran rehabilitarse, a cualquier precio que fuese, el bien tendría un objeto para ellos, pero esta esperanza no existe. Pues si perseveran en el mal es porque la puerta de la esperanza les está cerrada. ¿Y por qué la cierra Dios? Para vengarse de la ofensa que ha recibido por su falta de sumisión. Así es que satisfacer su resentimiento contra algunos culpables prefiere verles, no solamente sufrir, sino hacer el mal antes que el bien. Inducir al mal, e inducir a la perdición eterna a todas sus criaturas, a todo el género humano, cuando bastaba un simple acto de clemencia para evitar tan gran desastre, ¡desastre previsto en la eternidad!

¿Se entiende, acaso, por acto de clemencia, pura y simplemente una gracia que hubiera sido quizás un estímulo al mal? No, sino un perdón condicional, subordinado a una sincera vuelta al bien. En lugar de una palabra de esperanza y misericordia, se quiere que Dios haya dicho: *¡Perezca toda la raza humana, antes que deje de cumplirse mi venganza!* ¡Y nos admiramos de que con tal doctrina haya incrédulos y ateos! ¿Es así como Jesús nos representa su padre? ¿Él, que eleva a la ley expresa el olvido y el perdón de las ofensas; que nos dice "volved bien por mal"; que coloca el amor de los enemigos en el primer lugar de las virtudes con las cuales debemos alcanzar el cielo; él, que querría que los hombres fuesen mejores, más justos, más compasivos que el mismo Dios?

Los demonios según el Espiritismo

20. Según el Espiritismo, ni los ángeles ni los demonios son seres excepcionales. La creación de los seres inteligentes es una. Unidos a cuerpos materiales, constituyen la Humanidad que puebla la Tierra y las otras esferas habitadas. Separadas de este cuerpo, constituyen el mundo espiritual o de los espíritus que pueblan los espacios. Dios los ha creado perfectibles, les ha dado como fin la perfección y la dicha, que es su consecuencia, pero *no les ha dado la perfección*, sino que ha querido que la debiesen a su trabajo personal, a fin de que tuviesen el mérito de ella. Desde el instante de su formación, progresan, ya sea en el estado de encarnación, ya sea en el estado espiritual. Llegados al apogeo, son *espíritus puros o ángeles*, según se llaman vulgarmente, de forma que desde el embrión del ser inteligente hasta el ángel, hay una cadena no interrumpida de la cual cada eslabón marca un grado en el progreso.

Resulta de esto que existen espíritus de todos los grados de adelanto moral e intelectual, según estén en lo alto, en lo bajo o en medio de la escala. En consecuencia, los hay en todos los grados de saber y de ignorancia, de bondad y de maldad. En los puestos inferiores, los hay que están aún profundamente inclinados al mal, y que se complacen en él. Se pueden llamar *demonios* si se quiere, porque son capaces de todas las maldades atribuidas a estos últimos. Si el Espiritismo no les conoce por este nombre, es porque indica la idea de seres distintos de la Humanidad, de una naturaleza esencialmente mala, dedicados al mal eternamente o incapaces de progresar en el bien.

21. Según la doctrina de la iglesia, los demonios han sido creados buenos y han venido a ser malos por su desobediencia. Son ángeles caídos, fueron colocados por Dios en lo alto de la escala, y han descendido. Según el Espiritismo, son espíritus imperfectos, pero que se mejorarán. Están todavía en el primer peldaño, pero ascenderán.

Los que por su indiferencia y negligencia, su obstinación y su voluntad, permanecen largo

tiempo en los puestos inferiores, llevan consigo la pena, y acostumbrados al mal, les es más difícil salir de él. Pero llega un momento en que cansan de tan penosa existencia y de los sufrimientos que son su consecuencia. Entonces es cuando, comparando su situación con la de los buenos espíritus, comprenden que su interés está en el bien, y procuran mejorarse, pero lo hacen por su propia voluntad y sin que les obligue a ello. *Están sometidos a la ley del progreso por su aptitud para progresar, mas no se les hace progresar a pesar de ellos.* Dios les suministra sin cesar los medios, pero son libres de aprovecharse de éstos o no. Si el progreso fuera obligatorio, no tendrían ningún mérito, y Dios quiere que tengan el de sus obras. No coloca a nadie en el primer puesto por privilegio. Éste está al alcance de todos, pero no llegan a él sino por sus esfuerzos. Los ángeles más elevados han conquistado su grado, como los otros, pasando por el mismo camino que todos.

22. Cuando llegan a cierto grado de depuración, los espíritus tienen misiones en relación con su adelanto. Cumplen todas aquellas que se atribuyen a los ángeles de los diferentes órdenes. Como Dios ha creado desde la eternidad, siempre se han encontrado para poder desempañar todas las misiones necesarias a la marcha y gobierno del Universo. Una sola especie de seres inteligentes sometidos a la ley del progreso basta, pues, para todo. Esta unidad en la Creación, con la idea de que todos tienen un mismo punto de partida, el mismo camino que recorrer y que todos se elevan por su propio mérito, está mucho más conforme con la justicia de Dios que la creación de especies diferentes más o menos favorecidas de dones naturales, que serían otros tantos privilegios.

23. La doctrina vulgar sobre la naturaleza de los ángeles, de los demonios y de las almas humanas, no admitiendo la ley del progreso, y viendo, sin embargo, seres en diversos grados, ha deducido de esto que eran otras tantas creaciones especiales. De este modo se hace de Dios un padre parcial, dándolo todo a algunos de sus hijos, mientras que impone a los otros el más rudo trabajo. No debe causarnos gran admiración que los hombres, después de tanto tiempo, no se hayan parado en estos privilegios, cuando obraban del mismo modo con respecto a sus propios hijos, por los derechos de primogenitura y los privilegios de nacimiento. *¿Podían creer que hacían algo peor que lo que Dios hizo?* Pero hoy el círculo de las ideas se ha extendido. Ven más claro, tienen nociones más elevadas de la justicia, la quieren para ellos, y si no la encuentran en la tierra, al menos, encontrarla más perfecta en el cielo. Por esto repugna a su razón cualquier doctrina en la que la justicia divina no se les manifieste en su mayor pureza.

CAPÍTULO X

Intervención de los demonios en las manifestaciones modernas

1. Los fenómenos espiritistas modernos han llamado la atención sobre los hechos análogos que han tenido lugar en todas las épocas y nunca la historia se ha compulsado más, baja este aspecto, que en estos últimos tiempos. De la semejanza de los efectos se ha deducido la unidad de la causa. Como en todos los hechos extraordinarios, cuya razón es desconocida, la ignorancia ha visto en ellos una causa sobrenatural, y la superstición los ha amplificado, añadiendo creencias absurdas. De ahí una porción de leyendas que, en su mayor parte, son una mezcla de algo verdadero y mucho falso.

2. Las doctrinas sobre el demonio, que han prevalecido tanto tiempo, habían exagerado de tal modo su poder, que hicieron, por decirlo así, olvidar a Dios. Por esto razón se le hacía el honor de todo la que parecía sobrepujar la fuerza humana. Por todas partes aparecía la mano de Satanás. Los menores hechos, los descubrimientos más útiles, todos aquellos que podían sacar al hombre de la ignorancia y ensanchar el círculo de sus ideas, han sido diferentes veces considerados como obras diabólicas.

Los fenómenos espiritistas, más multiplicados en nuestros días, y sobre todo mejor observados con ayuda de las luces de la razón y los datos de la ciencia, han confirmado, en verdad, la intervención de inteligencias ocultas. Pero obrando siempre en los límites de las leyes de la Naturaleza, y revelando por su acción una nueva fuerza y leyes desconocidas hasta este día. La cuestión se reduce, pues, a saber de qué orden son estas inteligencias.

Mientras no se han tenido sobre el mundo espiritual sino nociones inciertas o sistemáticas, ha podido haber equivocaciones. Pero hoy día, en que las observaciones rigurosas y los estudios experimentales han hecho luz sobre la naturaleza de los espíritus, su origen y su destino, su papel en el Universo y su modo de acción, la cuestión está resuelta por los hechos.

Se sabe ahora que son las almas de los que han vivido en la Tierra. Se sabe también que las diversas categorías de espíritus buenos y malos no constituyen seres de diferentes especies, sino que marcan *grados diversos de adelanto.* Según el puesto que ocupan, en razón de su progreso intelectual y moral, los que se manifiestan se presentan bajo dos aspectos muy opuestos, lo que no les impide haber salido de la gran familia humana, de la misma manera que el salvaje, el bárbaro y el hombre civilizado.

3. Sobre este punto, como sobre muchos otros, la iglesia sostiene sus viejas creencias en lo que concierne a los demonios, afirmando: "Tenemos principios que no han variado desde 18 siglos, los cuales son inmutables." Su mal está precisamente en no tener en cuenta el progreso de las ideas y en creer a Dios muy poco sabio, para no proporcionar la revelación al desarrollo de la inteligencia, para usar con los hombres primitivos el mismo 1enguaje que con los hombres civilizados. Si, mientras la Humanidad adelanta, la religión se empeña en sostener viejos errores, tanto en materia espiritual como en materia científica, y llega un momento en que se desborda la incredulidad.

4. Veamos cómo explica la intervención exclusiva de los demonios en las manifestaciones modernas.[1]

1. Las citas de este capítulo están tomadas de la misma pastoral que las del capítulo precedente, del que son continuación, y tienen la misma autoridad.

"En su intervención exterior, los demonios no están menos solícitos en disimular su presencia, para apartar las sospechas. Siempre astutos y pérfidos, atraen al hombre en sus emboscadas antes de imponerle las cadenas de la opresión y de la servidumbre. Aquí despiertan la curiosidad por fenómenos y juegos pueriles, allá llenan de admiración y subyugan por el atractivo de lo maravilloso. Si lo sobrenatural aparece, si su poder les quita la máscara, calman y aplacan las aprehensiones, solicitan la confianza, y provocan la familiaridad. Tan pronto se hacen pasar por divinidades y buenos genios, como toman los nombres y aun las facciones de los muertos que han dejado alguna memoria entre los vivos. A favor de estos fraudes, dignos de la antigua serpiente, hablan y se les escucha, dogmatizan y se les cree. Mezclan a sus mentiras algunas verdades, y hacen aceptar el error bajo todas las formas.

"A eso van a parar las pretendidas revelaciones de ultratumba. Para obtener este resultado, la madera, la piedra, los bosques y las fuentes, el santuario de los ídolos, el pie de las mesas, la mano de los niños, producen oráculos. Por eso la pitonisa profetiza en su delirio, y el ignorante, en un misterioso sueño, viene a ser de repente el doctor de la ciencia. Engañar y pervertir, tal es, por todas partes y en todos los tiempos, el objetivo final de estas extrañas manifestaciones.

"Los sorprendentes resultados de estas observaciones o de estos actos, la mayor parte extravagantes y ridículos, no pudiendo proceder de su virtud intrínseca, ni del *orden establecido por Dios,* sólo pueden resultar del culto de las potencias ocultas. Tales son, especialmente, los fenómenos extraordinarios obtenidos en nuestros días por los procederes, en apariencia inofensivos, del magnetismo, y el órgano inteligente de las mesas parlantes. Por medio de estas operaciones de la magia moderna, vemos reproducirse entre nosotros las evocaciones y los oráculos, las consultas, las *curaciones* y los prestigios que han ilustrado los templos de los ídolos y los antros de las sibilas.

"Como en otro tiempo, se manda a la madera, y la madera obedece. Se la interroga, y responde en todas las lenguas y sobre todas las cuestiones. Se encuentra uno en presencia de seres invisibles que usurpan los nombres de los muertos, y cuyas pretendidas revelaciones llevan el carácter de la contradicción y de la mentira. Formas ligeras y sin consistencia aparecen de repente, y se muestran dotadas de una fuerza sobrehumana.

¿Cuáles son los agentes secretos de estos fenómenos, y los verdaderos actores de estas escenas inexplicables? Los ángeles no aceptarían estos papeles indignos, y no se prestarían a todos los caprichos de una vana curiosidad. Las almas de los muertos, que Dios prohíbe consultar, permanecen en la morada que les ha señalado su justicia, y no pueden, sin su permiso, ponerse a las órdenes de los vivos. Los seres misteriosos que comparecen tanto al primer llamamiento *de los heréticos y de los impíos, como de los fieles*, del crimen como de la inocencia. no son ni los enviados de Dios, ni los apóstoles de la verdad y de la salvación, sino los secuaces del error y del infierno.

"A pesar del cuidado que tienen en ocultarse bajo los nombres más venerables, se hacen traición por la ninguna importancia de sus doctrinas, no menos que por la bajeza de sus actos y la incoherencia de sus palabras. Se esfuerzan en borrar del símbolo religioso los dogmas del pecado original, de la resurrección de los cuerpos, *de la eternidad de las penas,* y toda la revelación divina, a fin de quitar a las leyes su verdadera sanción y abrir al vicio todas las barreras. Si sus sugestiones pudiesen prevalecer, formarían una religión cómoda para el uso del socialismo y de todos aquellos a quienes importuna la noción del deber y de la conciencia. La incredulidad de nuestro siglo les ha preparado los caminos. ¡Ojalá que las sociedades cristianas puedan, por una vuelta sincera a la fe católica, escapar del peligro de esta nueva y temible invasión!"

5. Toda esta teoría descansa en el principio de que los ángeles y los demonios son seres distintos de las almas de los hombres, y que éstas son producto de una creación especial, inferior aún a los demonios en inteligencia, en conocimientos y facultades de toda clase. Concluye la misma teoría con la intervención exclusiva de los malos ángeles en las manifestaciones antiguas y

modernas, atribuidas a los espíritus de los muertos.

La posibilidad para las almas de comunicarse con los vivos es una cuestión de hecho, un resultado de experiencia y de observación que no discutiremos aquí. Admitamos, por hipótesis, la doctrina arriba dicha, y veamos si por sus propios argumentos se destruye a sí misma.

6. En las tres categorías de ángeles, según la iglesia, una se ocupa exclusivamente del cielo, otra del gobierno del Universo, la tercera tiene a su cargo la Tierra. Y en ésta se encuentran los ángeles guardianes encargados de la protección de cada individuo, algunos de los cuales tomaron parte en la rebelión, transformándose en demonios. Si Dios permitió a estos últimos inducir a los hombres a su perdición por sugestiones de toda clase y el hecho de las manifestaciones ostensibles, ¿por qué, si es soberanamente justo y bueno, les habría concedido el inmenso poder de que gozan, dejándoles una libertad de la que hacen tan pernicioso uso, sin permitir a los ángeles buenos neutralizar sus malos efectos por manifestaciones semejantes dirigidas hacia el bien? Admitamos que Dios haya dado una parte igual de poder al los buenos y a los malos, lo que ya hubiera sido un favor exorbitante en provecho de estos últimos. El hombre, al menos, sería libre de elegir, pero darles el monopolio de la tentación, con la facultad de simular el bien para engañar y seducir con más seguridad, sería un verdadero lazo tendido a su debilidad, a su inexperiencia, a su buena fe. Más aún, sería abusar de su confianza en Dios. La razón se resiste al admitir tal parcialidad en beneficio del mal. Veamos ahora los hechos.

7. Se conceden a los demonios facultades trascendentales. No han perdido nada de su naturaleza angélica, tienen el saber, la perspicacia, la previsión, el discernimiento de los ángeles, y además la astucia, la destreza y el artificio en grado supremo. Su objeto es apartar a los hombres del bien, y sobre todo, alejarles de Dios para arrastrarles al infierno, del cual son proveedores y reclutadores.

Se comprende que se dirijan a los que están en el buen camino y se encuentran perdidos para ellos, si persisten en el mismo. Se comprende la seducción y el simulacro del bien para atraerles a sus redes, pero es incomprensible que se dirijan a los que les pertenecen ya en cuerpo y alma para conducirles a Dios y al bien. ¿Pues quién está más en sus garras sino el que reniega de Dios se hunde en el vicio y el desorden de las pasiones? ¿Este no está ya en el camino del infierno? ¿Se comprende que si está seguro de su presa, le incite a rogar a Dios, a someterse a su voluntad, a renunciar al mal; que exalte a sus ojos las delicias de la vida de los buenos espíritus y le pinte con horror la situación de los malos? ¿Se ha visto jamás a un mercader alabar a sus parroquianos la mercancía de su vecino a costa de la suya, e incitarles a ir a su casa? ¿Un reclutador despreciar la vida militar y ensalzar el descanso de la vida doméstica? ¿Decir a los reclutas que tendrán una vida de fatigas y de privaciones, que hay diez probabilidades contra una de morir, o al menos, de quedarse sin brazos o sin piernas?

Éste es, sin embargo, el papel estúpido que se hace desempeñar al demonio, porque es un hecho notorio que, a consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo invisible, se ven todos los días incrédulos y ateos vueltos a Dios, rogar con fervor, lo que nunca habían hecho. Gentes viciosas trabajar con ardor para su mejoramiento. Pretender que esto es obra del demonio es hacer de éste un verdadero bobalicón. Pero como esto no es una suposición, sino un resultado de experiencia, y contra un hecho no hay negación posible, es preciso concluir, o que el demonio es un torpe en grado supremo, que no es ni tan astuto ni tan maligno como se pretende, y que en consecuencia no es muy temible, porque trabaja contra sus intereses, o que no todas las manifestaciones son suyas.

8. "Hacen aceptar el error bajo todas las formas. Para obtener este resultado, la madera, la piedra, los bosques, las fuentes, el santuario de los ídolos, el pie de las mesas, *la mano de los niños*, producen oráculos."

¿Cuál es, pues, según esto, el valor de estas palabras del Evangelio?: "Derramaré mi espíritu sobre toda carne, vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes tendrán visiones y

vuestros ancianos sueños. En esos días derramaré mi espíritu sobre mis servidores y sobre mis servidoras y profetizarán"? (*Hechos de los apóstoles*, Cáp. II, v. 17 y 18). ¿No es esto la predicción de la mediumnidad dada a todo el mundo, aun a los niños, predicción que se realiza en nuestros días? ¿Ha anatematizado los apóstoles esta facultad? No, la anuncian como un favor de Dios, y no como obra del demonio. ¿Los teólogos de nuestros días saben más sobre este punto que los Apóstoles? ¿No deberían, pues, ver el dedo de Dios en el cumplimiento de estas palabras?

9. "Por medio de estas operaciones de la *magia moderna* vemos reproducirse entre nosotros las evocaciones y los oráculos, las consultas, las *curaciones* y los prestigios que han ilustrado los templos de los ídolos y los antros de las sibilas."

¿Dónde se ven las operaciones de la magia en las evocaciones espiritistas? Hubo un tiempo en que se podía creer en su eficacia, pero hoy son ridículas. Nadie cree en ellas y el Espiritismo las condena. En la época en que florecía la magia no se tenía más que una idea muy imperfecta de la naturaleza de los espíritus, a los que se consideraba como seres dotados de un poder sobrehumano. No se les llama sino para obtener de ellos, aunque fuese a precio del alma, los favores de la suerte y de la fortuna, el descubrimiento de los tesoros o la revelación del porvenir. La magia, con ayuda de sus signos, fórmulas y oraciones cabalísticas, tenía la reputación de facilitar pretendidos secretos para obrar prodigios, de obligar a los espíritus a ponerse a las órdenes de los hombres y satisfacer sus deseos. Hoy se sabe que los espíritus no son más que las almas de los hombres. No se les llama sino para recibir consejos de los buenos, moralizar a los imperfectos y para continuar las relaciones con los seres que nos son queridos. He aquí lo que dice el Espiritismo sobre este punto.

10. No hay ningún medio de obligar a un espíritu a venir a pesar suyo, si es vuestro igual o vuestro superior en moralidad, porque no tenéis ninguna autoridad sobre él. Si es vuestro inferior, lo podéis, *si es para su bien*, porque entonces os secundaran otros espíritus (*El Libro de los Médiums*, Cáp. XXV).

Lo más esencial de todas las disposiciones para las evocaciones es el recogimiento cuando se quiere tratar con espíritus formales. Con la fe y el deseo del bien se tiene más facultad para evocar los espíritus superiores. Elevando el alma por algunos instantes de recogimiento, en el momento de la evocación, se identifica uno con los buenos espíritus, y se les dispone a venir (*El Libro de los Médiums*, Cáp. XXV).

Ningún objeto, medalla o talismán tiene la propiedad de atraer o de rechazar a los espíritus. La materia no tiene ninguna acción sobre ellos. Jamás aconseja un buen espíritu semejante absurdo. La virtud de los talismanes no ha existido nunca sino en la imaginación de las gentes crédulas (*El Libro de los Médiums*, Cáp. XXV).

No hay fórmula sacramental para la evocación de los espíritus. Cualquiera que pretenda dar una, puede tacharse de impostor, porque para los espíritus la forma no es nada. Sin embargo, la evocación debe hacerse siempre en nombre de Dios *(El Libro de los Médiums*, cap. XXVII).

Los espíritus que dan citas en lugares lúgubres y a horas indebidas, son espíritus que se divierten a costa de los que les escuchan. Siempre es inútil y muchas veces peligroso ceder a tales sugestiones. Inútil, porque no se gana con ello más que el ser mistificado; y peligro, no por el mal que puedan hacer los espíritus, sino por la influencia que esto pude ejercer sobre cerebros débiles (*El Libro de los Médiums*. cap. XXV).

No hay días ni horas más especialmente propicias unas que otras para las evocaciones. Esto es completamente indiferente para los espíritus, como todo lo que es material, y sería una superstición el creer en esa influencia. Los momentos más favorables son aquellos en que el evocador puede estar lo menos distraído por sus ocupaciones habituales, y en que su cuerpo y su espíritu están con más calma (*El Libro de los Médiums*, cap. XXV).

La crítica malévola se ha complacido en representar las comunicaciones espiritistas como rodeadas de las prácticas ridículas y supersticiosas de la magia y de la nigromancia. Si los que hablan del Espiritismo sin conocerlo se hubiesen tomado el trabajo de estudiarlo, se hubieran

ahorrado gastos de imaginación, alegaciones que no sirven más que para probar su ignorancia o su mala voluntad.

Para introducción de las personas ajenas a la ciencia, diremos que para comunicarse con los espíritus no hay días, horas, ni lugares más propicios unos que otros. Que no son necesarias, para evocarles, ni fórmulas, ni palabras sacramentales o cabalísticas. Que no hay necesidad de ninguna preparación, ni de ninguna iniciación. Que no da resultado alguno el empleo de signos u objetos materiales, sea para atraerles, sea para rechazarles, y que el pensamiento basta. En fin, que los médiums reciben sus comunicaciones de un modo tan natural y sencillo, como si fueran dictadas por una persona viva, sin salir del estado normal. Sólo el charlatanismo podría adoptar maneras excéntricas, y añadir accesorios ridículos (*¿Qué es el Espiritismo?*,cap. II, n.º 49).

En principio, el porvenir debe estar oculto para el hombre. Su revelación sólo la permite Dios en casos raros y excepcionales. Si el hombre conociera el porvenir, despreciaría el presente, no obraría con la misma libertad. Porque estaría dominado por la idea de que si una cosa ha de suceder, no es necesario pensar ya en ella, o procuraría impedir su realización. Dios no ha querido que fuese así, a fin de que cada uno concurriera al cumplimiento de los acontecimientos, aun de aquellos a los que quisiera oponerse. Dios permite la revelación del porvenir cuando este conocimiento anticipado debe facilitar el cumplimiento de ciertos hechos, en lugar de ponerle trabas, comprometiendo a obrar de otra manera que no se hubiera hecho sin aquel conocimiento (*El Libro de los Espíritus*, I. III, cap. X).

Los espíritus no pueden guiar en las investigaciones científicas y los descubrimientos. La ciencia es obra del genio. No debe adquirirse sino por el trabajo, porque sólo por medio del trabajo es como el hombre adelanta en su camino. ¿Qué mérito habría si bastara preguntar a los espíritus, para saberlo todo? Cualquier imbécil podría ser sabio a poca costa. Lo mismo sucede con las invenciones y descubrimientos de la industria.

Cuando ha llegado el tiempo de un descubrimiento. los espíritus encargados de dirigir la marcha buscan al hombre capaz de conducirle a buen fin, y le inspiran las ideas necesarias para que tenga todo el mérito. Porque estas ideas es preciso que las elabore y las ponga en práctica. Así sucede también con todos los grandes trabajos de la inteligencia humana.

Los espíritus dejan a cada hombre en su esfera. De aquel que no es a propósito sino para cavar la tierra, no harán el depositario de los secretos de Dios. Pero sabrán *sacar de la oscuridad* al hombre capaz de secundar sus intenciones. No os dejéis, pues, arrastrar por curiosidad o ambición en un camino *que no es el objeto del Espiritismo,* y que terminará para vosotros en las más ridículas mistificaciones (*El Libro de los Médiums*, cap. XXVI).

Los espíritus no pueden hacer que se descubran los tesoros ocultos. Los espíritus superiores no se ocupan de estas cosas, pero los burlones indican a menudo tesoros que no existen, o pueden hacer ver uno en un paraje, que en realidad está en paraje opuesto. Y esto en utilidad del engañado, para demostrarle que la verdadera fortuna está en el trabajo. Si la Providencia destina riquezas ocultas a alguno, las encontrará naturalmente, y no de otro modo (*El Libro de los Médiums*. cap. XXVI).

El Espiritismo. ilustrándonos sobre las propiedades de los fluidos, que son los agentes y los medios de acción del mundo invisible y constituyen una de las fuerzas y una de las potencias de la Naturaleza, nos da la clave de una porción de hechos no explicados e inexplicables por cualquier otro medio, y que han podido en tiempos remotos pasar por prodigios. Revela, lo mismo que el magnetismo, una ley, si no desconocida, al menos mal comprendida. O mejor dicho, se conocían los efectos, porque se han producido en todos los tiempos, pero no se conocía la ley. Y la ignorancia en que, respecto de ella, se estaba, es la que ha engendrado la superstición. Conocida esta ley, desaparece lo maravilloso, y los fenómenos entran en el orden de los hechos naturales. He aquí por qué los espiritistas no hacen milagros haciendo girar una mesa o escribir a los difuntos, como no los

hace el médico haciendo revivir a un moribundo, o el físico haciendo caer el rayo. El que pretendiese con ayuda de esta ciencia, *hacer milagros,* sería, o un ignorante de los hechos o un charlatán (*El Libro de los Médiums,* cap. II).

Ciertas personas se forman una idea muy falsa de las evocaciones. Las hay que creen que consisten en hacer venir a los muertos, con el aparato lúgubre de la tumba. Sólo en los romances, en los cuentos fantásticos de aparecidos y en el teatro, se ve a los muertos desencarnados salir de sus sepulcros, tapujados con sábanas, y haciendo crujir los huesos. El Espiritismo no ha hecho nunca milagros de ninguna clase, y menos el de resucitar un cuerpo muerto. Cuando el cuerpo está en la fosa, está en ella definitivamente. Pero el ser espiritual, fluídico, inteligente, no ha quedado allí con su envoltura grosera, sino que se ha separado de ésta en el momento de la muerte, y una vez verificada la operación, no tiene nada en común con ella (*¿Qué es el Espiritismo?*, cap. II, n.º 48).

11. Nos hemos extendido en estas citas para demostrar que los principios del Espiritismo no tienen ninguna relación con los de la magia. Por consiguiente, ningún espíritu está a las órdenes de los hombres, no existe ningún medio de obligarles, ningún signo o fórmula cabalística, ningún descubrimiento de tesoros o procederes para enriquecerse, ningún milagro o prodigio, ninguna adivinación ni apariciones fantásticas. Nada, en fin, de lo que constituye el objeto y los elementos esenciales de la magia. No solamente el Espiritismo desaprueba todas esas cosas, sino que demuestra su imposibilidad e ineficacia. No hay, pues, ninguna analogía entre el fin y los medios de la magia y los del Espiritismo. Querer asimilarlos es demostrar ignorancia o mala fe. Pero como los principios del Espiritismo no tienen nada secreto y se formulan en términos claros y explícitos, el error no podrá prevalecer.

En cuanto a los hechos de curaciones, admitidos en la citada pastoral, debemos decir que el ejemplo está mal elegido para evadir las relaciones con los espíritus. Es uno de los beneficios que tocan más de cerca y que cada uno puede apreciar. Pocas gentes estarán dispuestas a renunciar a ellos, sobre todo después de haber apurado todos los otros medios, por el temor de ser curados por el diablo. Al contrario, más de uno dirá que si el diablo cura, hace una buena acción. (2)

2. Queriendo persuadir, a personas curadas por los espíritus, de que lo habían sido por el diablo, un gran número se ha separado de la iglesia, sin que antes pensaran salirse de ella.

12. "¿Cuáles son los agentes secretos de estos fenómenos y los verdaderos actores de estas escenas inexplicables? Los ángeles no aceptarían estos papeles indignos, y no se prestarían a todos los caprichos de una vana curiosidad."

El autor quiere hablar de las manifestaciones físicas de los espíritus. Entre ellas, ciertamente, las hay que serían poco dignas de espíritus superiores. Y si a la palabra *ángeles* sustituís *puros espíritus* o *espíritus superiores*. tendréis exactamente lo que dice el Espiritismo. Pero no se podrían poner en la misma línea las comunicaciones inteligentes por medio de la escritura, la palabra, la audición, o cualquier otro medio, que no son indignas de los buenos espíritus, como no lo son en la tierra de los hombres más eminentes ni las apariciones, ni las curaciones y una porción de otros hechos que los libros sagrados citan con profusión, atribuyéndolos a los ángeles o a los santos. Si, pues, los ángeles y los santos han producido en otro tiempo fenómenos semejantes, ¿por qué no los han de producir ahora? ¿Por qué los mismos hechos serían hoy obra del demonio en manos de ciertas personas, siendo así que son reputados milagros de los santos en las de otras? Sostener una tesis semejante es abdicar de la lógica.

El autor de la pastoral está equivocado cuando dice que estos fenómenos son inexplicables. Al contrario, hoy es cuando se explican perfectamente, y por esto no se los mira como maravillosos y sobrenaturales. Y aunque no lo fuesen, no sería lógico atribuirlos al diablo, como no lo fue en otro tiempo el hacerle el honor de atribuirle todos los actos naturales que no se comprendían.

Por papeles indignos es necesario entender los papeles ridículos y los que consisten en hacer el mal. Pero no se puede calificar así el de los espíritus que hacen el bien y conducen a los hombres a Dios y a la virtud. Pero el Espiritismo dice, *precisamente*, que los papeles indignos no pueden representarlos los espíritus superiores. como lo prueban los preceptos siguientes:

13. Se reconoce la cualidad de los espíritus por su lenguaje: el de los espíritus verdaderamente buenos y superiores es siempre digno, noble, lógico, exento de contradicción. Respira sabiduría, benevolencia, modestia y la más pura moral. Es conciso y sin palabras inútiles. Entre los espíritus inferiores, ignorantes u orgullosos, el vacío de las ideas está casi siempre compensado por la abundancia de las palabras. Cualquier pensamiento evidentemente falso, toda máxima contraria a la sana moral, todo consejo ridículo, toda expresión grosera, trivial o simplemente frívola, en fin, todo asomo de malevolencia, de presunción o de arrogancia, son señales incontestables de inferioridad de un espíritu.

Los espíritus superiores no se ocupan sino de comunicaciones inteligentes encaminadas a nuestra instrucción. Las manifestaciones físicas o puramente materiales cuadran más especialmente con los espíritus inferiores, vulgarmente conocidos bajo el nombre de *espíritus golpeadores*, como entre nosotros los juegos de fuerza son del dominio de los saltimbanquis y no de los sabios. *Sería absurdo pensar que los espíritus, por poco elevados que sean, se diviertan representando una farsa* (*¿Qué es el Espiritismo?* Cáp., n.º 37, 38, 39, 40 y 60. Véase también *El Libro de los Espíritus*, Lib. II, cap. 1, "Diferentes órdenes de espíritus. Escala espiritista"; y *El Libro de los Médiums*, 2.ª parte, cap. XXIV, "Identidad de los espíritus. Distinción de los buenos y de los malos espíritus").

¿Qué hombre de buena fe puede ver en estos preceptos un papel indigno atribuido a los espíritus elevados? El Espiritismo no sólo no confunde a los espíritus, sino que, mientras otros atribuyen a los demonios una inteligencia igual a los ángeles, él hace constar por la observación de los hechos que los espíritus inferiores son más o menos ignorantes, que su horizonte moral es limitado, su perspicacia restringida. Que tienen una idea bastante falsa e incompleta de las cosas y son incapaces de resolver ciertas cuestiones, lo que les pone en la imposibilidad de hacer todo lo que se atribuye a los demonios.

14. "Las almas de los muertos, con las que Dios prohíbe consultar, permanecen en la morada que les ha señalado su justicia y no pueden, *sin su permiso*, ponerse a las órdenes de los vivos."

El Espiritismo dice también que no pueden venir sin el permiso de Dios. Pero todavía es más riguroso, porque dice que ningún espíritu, bueno o malo, puede venir sin este permiso, mientras que la iglesia atribuye a los demonios la facultad de poder prescindir de él. Va más lejos aún, puesto que dice que si vienen con este permiso cuando los vivos les llaman, no es para *ponerse a sus órdenes*.

¿El espíritu acude voluntariamente a la evocación o se le obliga a ello? *Obedece a la voluntad de Dios*, esto es, a la ley general que rige el Universo. Juzga si es útil acudir, ejerciendo también de este modo su libre albedrío. El espíritu superior viene siempre que se le llama con un fin *útil*. No se niega a responder sino a personas poco formales que lo toman todo a broma (*El Libro de los Médiums*, cap. XXV).

¿El espíritu evocado puede negarse a venir al llamamiento que se le hace? Así es, en efecto. Y si así no fuera, ¿en dónde estaría su libre albedrío? ¿Creéis que todos los seres del Universo están a vuestras órdenes? ¿Y vosotros mismos os creéis obligados a responder a todos los que os llaman por vuestro nombre? Cuando digo que puede negarse a ello, me refiero a la pregunta del *evocador*, porque a un espíritu inferior puede obligarle un espíritu superior (*El Libro de los Médiums*. cap. XXV).

Los espiritistas están de tal modo convencidos de que no tienen ningún poder sobre los espíritus, y de que no pueden obtener nada de éstos sin el permiso de Dios, que cuando llaman a un espíritu, sea el que quiera, dicen: *Ruego a Dios Todopoderoso permita a un buen espíritu*

comunicarse conmigo. Ruego también a mi ángel guardián tenga a bien asistirme y apartar los malos espíritus. O bien cuando se trata del llamamiento de un espíritu determinado: *Ruego a Dios Todopoderoso permita al espíritu de tal comunicarse conmigo* (*El Libro de los Médiums,* cap. XVII. nº 203).

15. Las acusaciones lanzadas por la iglesia contra 1a práctica de las evocaciones no conciernen, pues, al Espiritismo, puesto que se dirigen principalmente contra las operaciones de la magia con 1a cual no tiene ninguna relación. Puesto que condena en estas operaciones lo que ella misma condena, puesto que no atribuye a los buenos espíritus un papel indigno de ellos, y puesto que, en fin, declara que no pide ni quiere obtener nada sin el permiso de Dios.

No hay duda de que puede haber personas que abusen de las evocaciones, que hagan de ello un pasatiempo y diversión y que las aparten de su fin providencial para emplearlas en pro de sus intereses personales, que por ignorancia, ligereza, orgullo o concupiscencia, se separen de los verdaderos principios de la doctrina.

Pero el Espiritismo formal desaprueba esto, así como desaprueba la religión los falsos devotos y los excesos del fanatismo. No era, pues, lógico ni equitativo imputar al Espiritismo en general los abusos que condena, o las faltas de los que no lo comprenden. Antes de formular una acusación, es preciso ver si es justa. Diremos, pues, que la reprobación de la iglesia se dirige a los charlatanes, a los explotadores, a las prácticas de la magia y de la hechicería, y en esto tiene razón. Cuando la crítica religiosa o escéptica señala los abusos y vitupera el charlatanismo, hace resaltar mejor la pureza de la sana doctrina, ayudándola de este modo a desembarazarse de la escoria. Y con esto facilita nuestra tarea. Su error está en confundir el bien y el mal, por ignorancia del mayor número y por mala fe de algunos. Pero la distinción que ella no hace, la hacen otros. En todos los casos su censura, a la cual se asocia todo espíritu sincero en el límite de lo que se aplica al mal, no puede alcanzar a la doctrina.

16. "Los seres misteriosos que se presentan del mismo modo al primer llamamiento del herético y del impío como al del fiel, del crimen como de la inocencia, no son los enviados de Dios, ni los apóstoles de la verdad, sino los secuaces del error y del infierno."

¡Tenemos que al herético, al impío y al criminal, Dios no permite que vayan los buenos espíritus a sacarles del error para salvarles de la perdición eterna! ¡No les envía sino los secuaces del infierno, para hundirles más en el fango! ¡Más aún, no envía a la inocencia sino seres perversos para pervertirla! ¿No se encuentra, pues, entre los ángeles, entre esas criaturas privilegiadas de Dios, ningún ser lo bastante compasivo para acudir en auxilio de esas almas perdidas? ¿Para qué las brillantes cualidades de que están dotados, si no sirven más que para sus goces personales? ¿Son realmente buenos, si en medio de las delicias de la contemplación ven a esas almas en el camino del infierno y no corren a salvarlas?

¿Acaso no es ésta la imagen del rico egoísta, que teniendo hasta lo superfluo, deja sin piedad que el pobre muera en la puerta de su casa? ¿No es esto el egoísmo que se erige en virtud y pretende elevarse hasta los pies del Eterno?

¿Os maravilláis de que los buenos espíritus vayan al herético y al impío? ¿Olvidáis, acaso, esta parábola de Cristo: "El que está sano no tiene necesidad de médico"? ¿Os empeñáis en no ver las cosas desde un punto más elevado que los fariseos de su tiempo? ¿Y vosotros mismos, si fuerais llamados por un incrédulo, dejaríais de ir a él para ponerle en el buen camino? Los buenos espíritus hacen, pues, lo que vosotros haríais: van al impío a decirle buenas palabras. En lugar de anatematizar las comunicaciones de ultratumba, bendecid los caminos del Señor, maravillaos de su omnipotencia y bondad infinita.

17. Hay, se dice, ángeles guardianes. Pero cuando no pueden hacerse oír por la voz misteriosa de la conciencia o la inspiración, ¿por qué no se emplean medios de acción más directos

y más materiales que puedan afectar los sentidos, puesto que los hay? ¿Dios pone, pues, estos medios, que son obra suya, porque todo proviene de Él y nada sucede sin su permiso, a disposición únicamente de los malos espíritus, mientras que impide a los buenos servirse de ellos? De esto se deduce que Dios concede a los demonios más facilidad para perder a los hombres que no a los ángeles guardianes para salvarles.

Pues bien, lo que los ángeles guardianes no pueden hacer, según la iglesia, lo hacen los demonios. Con ayuda de estas mismas comunicaciones llamadas infernales, vuelven a Dios a los que renegaban de Él, y al bien a los que estaban sumergidos en el mal. Nos dan el extraño espectáculo de millones de hombres que creen en Dios por el poder del diablo, siendo así que la iglesia había sido impotente para convertirlos. ¡Cuántos hombres que no oraban jamás, oran hoy con fervor, gracias a las instrucciones de esos mismos demonios! ¡Cuántos vemos que de orgullosos, egoístas y silenciosos, han venido a ser humildes, caritativos y menos sensuales! ¡Y se dirá que es obra de los demonios! Si así fuera, es necesario convenir en que el demonio les ha prestado un gran servicio y les ha asistido mejor que los ángeles. Es preciso formarse muy pobre opinión del juicio de los hombres en este siglo para creer que pudiesen aceptar a ciegas tales ideas. *Una religión que de semejante doctrina hace su piedra angular y se declara minada por su base si le quitan sin piedad sus demonios, su infierno, sus penas eternas y su Dios, es una religión que se suicida.*

18. Dios, que envió a Cristo para salvar a los hombres, probando de este modo su amor hacia sus criaturas, ¿las hubiera dejado sin protección? Sin ninguna duda, Cristo es el divino Mesías, enviado para enseñar a los hombres la verdad y mostrarles el buen camino. ¡Pero sólo desde que él vino, contad el número de los que han podido oír su palabra de verdad! ¡Cuántos han muerto y cuántos morirán sin conocerla! Y entre los que la conocen, ¿cuántos son los que la ponen en práctica? ¿Por qué Dios, en su cuidado por la salvación de sus hijos, no les enviaría otros mensajeros, que viniendo a la tierra, penetrando en los más humildes aposentos, dirigiéndose a los grandes y a los pequeños, a los sabios y a los ignorantes, a los incrédulos y a los creyentes, enseñaran la verdad a los que no la conocen, la hicieran comprender a los que no la comprenden, y suplieran con su enseñanza *directa múltiple* la insuficiencia de la propagación del Evangelio y apresuraran el advenimiento del reino de Dios? ¡Y cuando estos mensajeros llegan en masas innumerables, abriendo los ojos a los ciegos, convirtiendo a los impíos, curando a los enfermos, consolando a los afligidos, a ejemplo de Jesús, vosotros los rechazáis, y repudiáis el bien que hacen diciendo que son los demonios! Tal era también el lenguaje de los fariseos respecto de Jesús, porque ellos también decían que hacía el bien por el poder del diablo. ¿Qué les respondió? "Reconoced el árbol por su fruto. Un mal árbol no puede dar buenos frutos."

Pero para ellos, los frutos producidos por Jesús eran malos, porque venía a destruir los abusos y a proclamar la libertad que debía arruinar su autoridad. Si hubiera venido a lisonjear su orgullo, a sancionar sus prevaricaciones y a sostener su poder, hubiera sido a sus ojos el Mesías esperado por los judíos. Él estaba solo, era pobre y débil. Le hicieron perecer y creyeron matar su palabra. Pero su palabra era divina y le ha sobrevivido. Sin embargo, se ha propagado con lentitud, y después de 18 siglos, apenas es conocida de la décima parte del género humano. Y cismas numerosos han estallado en el seno mismo de sus discípulos. Entonces Dios, en su misericordia, envía los espíritus a confirmarla, completarla, ponerla al alcance de todos y derramarla por toda la Tierra. Pero los espíritus no están encarnados en un solo hombre, cuya voz hubiera sido limitada. Son innumerables, van por todas partes y no se les puede coger. Y éste es el motivo de su enseñanza, que se extiende con la rapidez del relámpago. Hablan al corazón y a la razón. He aquí por qué los más humildes las comprenden.

19. "¿No es indigno de los celestes mensajeros, decís vosotros, el transmitir sus instrucciones por un medio tan vulgar como es el de las mesas parlantes? ¿No es ultrajarles suponer que se divierten en trivialidades, dejando su brillante morada para ponerse a disposición del primero

que los llama?"

¿Jesús no dejó la morada de su Padre para nacer en un establo? Por otra parte, dónde habéis visto nunca que el Espiritismo atribuya las cosas triviales a los espíritus superiores? Por el contrario,
dice que las cosas vulgares son producto de espíritus vulgares. Pero no porque sean vulgares han dejado de afectar las imaginaciones, sirviendo para probar la existencia del mundo espiritual y demostrando que este mundo es otra cosa distinta de lo que se creía. Esto en el principio era un medio sencillo como todo lo que empieza. Pero el árbol, aunque salido de un pequeño grano, no por eso, más tarde, ha dejado de extender muy lejos su ramaje.

¿Quién hubiera creído que del miserable pesebre de Belén saldría un día la palabra que debía conmover al mundo?

Cristo es el Mesías divino, esto es indudable. Su palabra es la verdad, también es muy cierto. La religión fundada sobre esta palabra será inquebrantable, esto es la realidad. Pero con la condición de que siga y practique su sublime doctrina y no haga de un Dios justo y bueno, tal como él nos lo reveló, un Dios parcial, vengativo y despiadado.

CAPÍTULO XI

De la prohibición de evocar a los muertos

1. La iglesia no niega en ningún concepto el hecho de las manifestaciones. Al contrario, las admite todas, como se ha visto en las citas precedentes, pero las atribuye a la intervención exclusiva de los demonios. No hay razón para que algunos invoquen el Evangelio para impedirlas, porque de ellas no habla una palabra. El supremo argumento de que se valen es la prohibición de Moisés. He aquí en qué términos se expresa con este motivo la pastoral citada en los capítulos anteriores:

"No es permitido ponerse en relación con ellos (los espíritus) ya sea inmediatamente, ya sea por intermedio de los que los evocan e interrogan. La ley mosaica castigaba de muerte esas prácticas detestables, en uso entre los gentiles: «No vayáis a encontrar los magos -dice el Libro del Levítico-, y no dirijáis a los adivinos ninguna pregunta por miedo de quedar manchados dirigiéndoos a ellos» (cap. XVI. v.31). «Si un hombre o una mujer tiene un espíritu de Python o de adivinación, que sean castigados a muerte. Serán apedreados y su sangre caerá sobre sus cabezas» (cap. XX, v. 27), y en el Libro del Deuteronomio: «Que no haya nadie entre vosotros que consulte a los adivinos, o que observe los sueños y los augurios, o que use maleficios, sortilegios y encantamientos, o que consulte a los que tienen el espíritu de Python y que practican la adivinación, o que interrogan a los muertos para saber la verdad, porque el Señor tiene en abominación todas estas cosas, y destruirá a vuestra llegada las naciones que cometan estos crímenes» (cap. XVIII, v. 10, 11, 12)."

2. Es útil para la comprensión del verdadero sentido de las palabras de Moisés, recordar el texto completo, un poco abreviado, en esta cita:

"No os apartéis de vuestro Dios para ir a buscar los magos, y no consultéis a los adivinos, por miedo de mancharos, dirigiéndoos a ellos. Yo soy el Señor vuestro Dios" (*Levítico*, cap. XIX. v. 32).

"Si un hombre o una mujer tiene un espíritu de Python, o un espíritu de adivinación, que sean castigados de muerte. Serán apedreados, y su sangre caerá sobre su cabeza" (*Ib.*, cap. XX, v.27).

"Cuando habréis entrado en el país que el Señor vuestro Dios os dará, tened buen cuidado de no imitar las abominaciones de estos pueblos. Y que no se encuentre nadie entre vosotros que pretenda *purificar a su hijo o su hija, haciéndoles pasar por el fuego*, o que consulte a los adivinos, o que observe los sueños y los augurios, o que use maleficios, sortilegios y encantamientos, o que consulte los que tienen el espíritu de Python y que se entrometa en adivinar, o que interroguen a los muertos para saber la verdad. Porque el Señor tiene en abominación todas estas cosas, y exterminará todos estos pueblos a vuestra entrada por causa de estas clases de crímenes que han cometido" (*Deuteronomio*, cap. XVIII. v. 9. 10, 11 y 12).

3. Si la ley de Moisés debe observarse rigurosamente sobre este punto, debe serlo igualmente sobre todos los otros: ¿Por qué había de ser buena en lo que concierne a las evocaciones, y mala sobre otros puntos? Es preciso ser consecuente: si se reconoce que su ley no está en armonía con nuestras costumbres y nuestra época para ciertas cosas, no hay razón para que no sea así en la prohibición de que se trata.

Por otra parte, es necesario atender a los motivos que provocaron esta prohibición, motivos que tenían entonces su razón de ser, pero que no existen seguramente hoy. El legislador hebreo quería que su pueblo rompiese con todas las costumbres adquiridas en Egipto, donde la de las evocaciones estaba en uso, y era objeto de abusos como lo prueban estas palabras de Isaías: "El espíritu de Egipto se aniquilará en ella, y yo derribaré su prudencia. Consultarán sus ídolos, sus adivinos, sus pitonisas y sus magos'. (cap. XIX, v. 3).

Además, los israelitas no debían contraer ninguna alianza con las naciones extranjeras, pues iban a encontrar las mismas prácticas que adoptarían, a pesar de que debían combatirlas. Moisés debió, pues, por política, inspirar al pueblo hebreo aversión a todas las costumbres que por tener puntos de contacto, se las hubiera asimilado. Para motivar esta aversión, era menester presentarlas como reprobadas por Dios mismo. Por esto dice: “El Señor tiene en abominación todas estas cosas y destruirá *vuestra llegada* las naciones que cometen estos crímenes.”

4. La prohibición de Moisés era tanto más justificada cuanto que no se evocaban los muertos por respeto y afecto a ellos, ni con un sentimiento de piedad. Era un medio de adivinación con el mismo título que los augurios y los presagios, explotado por el charlatanismo y la superstición. Sin embargo, no consiguió arrancar esta costumbre, que era objeto de tráfico, como lo prueban los pasajes siguientes del profeta ya citado.

“Y cuando os dirán: Consultad a los magos y a los adivinos que hablan bajo en sus encantamientos, respondedles: ¿Cada pueblo no consulta a su dios? ¿Y se va a hablar a los muertos de lo que concierne a los vivos?” (*Isaías*, cap. VIII. v. 19).

“Soy yo quien hago ver la falsedad de los prodigios de la magia, quien vuelve insensatos a los que se mezclan en adivinar, quien derriba el espíritu de los sabios, y quien convence de locura su vana ciencia”. (cap. XLIV, v. 25).

“Que estos augures que estudian el cielo, que contemplan los astros y que cuentan los meses, para sacar de éstos las predicciones que quieren daros del porvenir, vengan ahora. y que os salven. Han venido a ser como la paja: el fuego les ha devorado. No podrán librar sus almas de las llamas ardientes, ni siquiera de su incendio quedarán carbones con los cuales pudiesen calentarse, ni fuego ante el cual pudiesen sentarse. He ahí lo que serán toda estas cosas a las cuales os habíais dedicado con tanto afán. Estos *mercaderes* que habían traficado con vosotros desde vuestra juventud huirán todos, el uno por un lado, el otro por otro, sin que se encuentre de ellos uno solo que os saque de vuestros males" (cap. XLVII, v. 13, 14 y 15).

En este capítulo, Isaías se dirige a los babilonios, bajo la figura alegórica de "la virgen hija de Babilonia, hija de los caldeos" (v. 1). Dice que los encantadores no impedirán la ruina de su monarquía. En el capítulo siguiente, se dirige directamente a los israelitas.

“Venid aquí, vosotros, hijos de una adivina, raza de un hombres adúlteros y de una mujer prostituta. ¿Con quién os habéis divertido? ¿Contra quién habéis abierto la boca y lanzado vuestras lenguas agudas? ¿No sois hijos pérfidos y vástagos bastardos? ¿Vosotros que buscáis vuestro consuelo en vuestros dioses, bajo todos los árboles cargados de ramas, que *sacrificáis vuestros niños* en los torrentes, bajo las rocas salientes? Habéis puesto vuestra confianza en las piedras del torrente. Habéis derramado licores, para honrarlas, les habéis ofrecido sacrificios. ¿Después de esto, mi indignación no se inflamará?” (cap. LVII, v. 3. 4, 5 y 6).

Estas palabras no dejan duda. Prueban claramente que en aquel tiempo las evocaciones tenían por objeto la adivinación y que se comerciaba con ellas. Estaban asociadas a las prácticas de la magia y de la hechicería, y aun acompañadas de sacrificios humanos. Moisés tenía, pues, razón en prohibir esas cosas y en decir que Dios las tenía en abominación. Hasta la Edad Media se perpetuaron estas prácticas supersticiosas. Pero hoy la razón les hace justicia, y el Espiritismo ha venido a demostrar el fin exclusivamente moral, consolador y religioso de las relaciones de ultratumba. Desde luego que los espiritistas no sacrifican los niños y no derraman licores para honrar a los dioses; que no preguntan ni a los astros, ni a los muertos, ni a los augures para conocer el porvenir que Dios ha ocultado sabiamente a los hombres; que repudian todo tráfico de la facultad que algunos han recibido de comunicar con los espíritus. Que no son movidos por la curiosidad ni por la concupiscencia, sino por un sentimiento piadoso y por el único deseo de instruirse, de mejorarse, y de aliviar a las almas que sufren. La prohibición de Moisés no les concierne de ningún modo. Esto es lo que habrían visto los que la invocan contra ellos si hubieran profundizado mejor el sentido de las palabras bíblicas. Habrían reconocido que no existe ninguna analogía entre lo que

pasaba entre los hebreos y los principios del Espiritismo. Además, el Espiritismo condena precisamente lo que motivaba la prohibición de Moisés. Mas cegados por el deseo de encontrar un argumento contra las nuevas ideas, no han advertido que este argumento es completamente falso.

La ley civil de nuestros días castiga todos los abusos que quería reprimir Moisés. Si Moisés pronunció el último suplicio contra los delincuentes, es porque necesitaba medios rigurosos para gobernar aquel pueblo indisciplinado. Así es que la pena de muerte se halla muy prodigada en la legislación. Por lo demás, no tenía mucho que escoger en los medios de represión. Faltaban cárceles, casas de corrección en el desierto, y la naturaleza de su pueblo no era para ceder al temor de las penas puramente disciplinarias. No podía graduar su penalidad como se hace en nuestros días. Es, pues, una equivocación apoyarse en la severidad del castigo, para probar el grado de culpabilidad de la evocación de los muertos. ¿Sería necesario, por respeto a la de Moisés, mantener la pena capital para todos los casos en que la aplicaba? Por otra parte. ¿por qué se recuerda con tanta insistencia este artículo, cuando se pasa en el silencio el principio del capítulo, que prohíbe *a los sacerdotes poseer los bienes de la tierra, y no tener parte en ninguna herencia porque el mismo Señor es su herencia*? (*Deuteronomio*. Cáp. XVIII. v 1 y 2).

5. Hay dos partes distintas en la ley de Moisés: la ley de Dios propiamente dicha, promulgada sobre el monte Sinaí, y la civil o disciplinaria, apropiada a las costumbres y al carácter del pueblo. La una es invariable, la otra se modifica según los tiempos, y no puede ocurrírsele a nadie que pudiésemos ser gobernados por los mismos medios que los hebreos en el desierto, así como las Capitulares de Carlomagno no podrían aplicarse a la Francia del siglo XIX. ¿Quién pensaría, por ejemplo, en aplicar hoy este artículo de la ley mosaica?: "Si un buey da una cornada a un hombre o a una mujer que muere de ella, el buey será apedreado y no se comerá de su carne. Pero el dueño del buey será juzgado inocente" (*Éxodo*, cap. XXI, v. 28 y ss.).

Este artículo, que nos parece tan absurdo, no tenía, sin embargo, por objeto castigar al buey y librar de responsabilidad a su dueño. Equivalía simplemente a la confiscación del animal causa del accidente, para obligar al propietario a mayor vigilancia. La pérdida del buey era el castigo del dueño, castigo que debía ser bastante apreciable en un pueblo pastor para que fuese necesario imponerle otro. Pero no debía aprovechar a nadie. Por esto se prohibía comer su carne. Otros artículos expresan el caso en que el dueño es responsable.

Todo tenía su razón de ser en la legislación de Moisés, porque todo estaba previsto en ella, hasta los menores detalles. Pero la forma, así como el fondo, estaba en armonía con las circunstancias de la época. Ciertamente si Moisés volviese hoy a dar un código a una nación civilizada, no le daría el de los hebreos.

6. A esto se opone que todas las leyes de Moisés son dictadas en nombre de Dios, como las de Sinaí. Si se las juzga todas de origen divino, ¿por qué los mandamientos están limitados al Decálogo? Es porque se ha hecho diferencia. Si todas dimanan de Dios, todas son igualmente obligatorias. ¿Por qué no se observan todas? ¿Por qué, entre otras, no se ha conservado la circuncisión que Jesús sufrió y que no abolió? Se olvida que todos los legisladores antiguos, para dar más autoridad a sus leyes, dijeron que las recibieron de una divinidad. Moisés, más que ningún otro, tenía necesidad de este apoyo, en razón del carácter de su pueblo. Si a pesar de esto tuvo tanto trabajo en hacerse obedecer, éste hubiera sido mayor si las hubiese promulgado en nombre propio.

¿No vino Jesús a modificar la ley mosaica, y no es su ley el código de los cristianos? ¿No ha dicho: "Habréis aprendido que ha sido dicho a los antiguos tal y cual cosa, y yo os digo otra"? ¿Pero ha tocado la ley del Sinaí? De ningún modo. La sanciona, y toda su doctrina moral no es más que desenvolvimiento de aquélla. Pero en ninguna parte habla de la prohibición de evocar a los muertos. Ésta era una cuestión bastante grave, sin embargo, para que la hubiese omitido en sus instrucciones, cuando ha tratado otras más secundarias.

7. En resumen, se trata de saber si la iglesia sobrepone la ley mosaica a la ley evangélica. O de otro modo, si es más judía que cristiana. Es digno de observar que de todas las religiones, la que

ha hecho menos oposición al Espiritismo es la judía, y no ha invocado contra las relaciones con los muertos la ley de Moisés, en la que se apoyan las sectas cristianas.

8. Otra contradicción: si Moisés prohibió evocar los espíritus de los muertos, es señal que los tales espíritus pueden venir, pues de otro modo su prohibición era inútil. Si podían venir en su tiempo, lo pueden aún hoy: si son los espíritus de los muertos, no son exclusivamente los demonios. Por lo demás, Moisés no habla de ninguna manera de estos últimos.

Es, pues, evidente que nadie puede lógicamente apoyarse en la ley de Moisés, en esta circunstancia, por el doble motivo de que no rige en el cristianismo, y de que no es apropiada a las costumbres de nuestra época. Pero aun suponiéndole toda la autoridad que algunos le conceden, no puede, según hemos visto, aplicarse al Espiritismo.

Moisés, es verdad, comprende en su prohibición el que se interrogue a los muertos. Pero esto no es más que de un modo secundario y como accesorio a las prácticas de la hechicería. La misma palabra *interrogar*, puesta al lado de los adivinos y de los augures, prueba que entre los hebreos las evocaciones eran un medio de adivinación. Pero los espiritistas no evocan a los muertos para obtener revelaciones ilícitas, sino para recibir de ellos sabios consejos y procurar el alivio de los que sufren. Ciertamente si los hebreos no se hubiesen servido de las comunicaciones de ultratumba sino para ese fin, lejos de prohibirlas, Moisés las habría fomentado, porque ellas hubieran hecho a su pueblo más morigerado.

9. Si ha sido del gusto de algunos críticos jocosos o mal intencionados presentar las reuniones espiritistas como asambleas de brujos y de nigrománticos, y los médiums como decidores de la buena ventura. Si algunos charlatanes mezclan este nombre con prácticas ridículas, que desaprueba el Espiritismo, bastantes gentes saben a qué atenerse sobre el carácter esencialmente moral y grave de las reuniones del Espiritismo serio. La doctrina, escrita para todo el mundo, protesta bastante contra los abusos de todas clases, para que la calumnia recaiga sobre quien lo merece.

10. La evocación, se dice, es una falta de respeto a los muertos, cuyas cenizas no deben ser removidas. ¿Quién dice esto? Los adversarios de los dos campos opuestos que se dan la mano: los incrédulos *que no creen en las almas*, y los que creyendo en *ellas pretenden que no pueden venir, y que sólo el demonio se presenta.*

Cuando la evocación se hace religiosamente y con respeto. Cuando los espíritus son llamados, no por curiosidad, sino por un sentimiento de afecto y de simpatía y con el deseo sincero de instruirse y de hacerse mejores, no se comprende qué sería más irreverente, si llamar a las gentes *después de su muerte o durante su vida*. Pero hay otra respuesta perentoria a esta objeción, esto es, que los espíritus vienen libremente y no obligados; que también vienen espontáneamente sin ser llamados; que manifiestan su satisfacción en comunicarse con los hombres y se quejan a menudo del olvido en que se les deja a veces. Si fueran turbados en su quietud o estuviesen descontentos de nuestro llamamiento, lo dirían o no vendrían. Puesto que son libres, cuando vienen es porque esto les place.

11. Se alega esta otra razón. Las almas, se dice, permanecen en la morada que les ha señalado la justicia de Dios, esto es, en el infierno o en el paraíso. Las que están en el infierno no pueden salir de éste, aunque a los demonios se les deje en libertad. Las que están en el paraíso se hallan ocupadas enteramente en su beatitud. Están muy por encima de los mortales para ocuparse de ellos y muy dichosas para volver a esta tierra de miserias a interesarse por los parientes y amigos que han dejado en ella. ¿Son, pues, como esos ricos que apartan la vista de los pobres por temor de que su miseria no les altere la digestión? Si fuera así, serían poco dignas de la dicha suprema, que vendría a ser el premio del egoísmo. Quedan las que están en el purgatorio. Pero éstas se hallan sufriendo y tienen que pensar en su salvación antes que todo. Así pues, si ni unas ni otras pueden venir, sólo el diablo podrá hacerlo en su lugar. Si no pueden venir, no hay, pues, temor de que se altere su reposo.

12. Pero aquí se presenta otro inconveniente. Si las almas que están en la beatitud no pueden dejar su morada afortunada para venir en socorro de los mortales, ¿por qué invoca la iglesia la asistencia de los santos, que deben gozar de la más grande suma posible de beatitud? ¿Por qué dice a los fieles que les invoquen en las enfermedades, en las aflicciones y para preservarse de las calamidades? ¿Por qué, según ella, los santos, la misma Virgen, vienen a mostrarse a los hombres y a hacer milagros? Dejan, pues, el cielo para venir a la tierra. Si los que están en lo más alto de los cielos pueden dejarle, ¿por qué no podrán hacerlo los que están menos elevados?

13. Que los incrédulos nieguen la manifestación de las almas, se concibe, puesto que no creen en el alma. Pero lo que es extraño es ver a aquellos cuyas creencias se apoyan sobre su existencia y su porvenir, *encarnizarse contra los medios de probar que existe y esforzarse en demostrar que eso es imposible.* Parecía natural, al contrario, que los que tienen más interés en su existencia debiesen acoger con alegría, y como un beneficio de la Providencia, los medios de confundir a los negadores con pruebas irrecusables, puesto que éstos son los que niegan la religión. Deploran sin cesar la invasión de la incredulidad que diezma el redil de los fieles, y cuando el más poderoso medio de combatirla se presenta, lo rechazan con más obstinación que los mismos incrédulos, pues cuando las pruebas rebosan hasta el punto de no dejar ninguna duda, se recurre como argumento supremo a la prohibición de ocuparse de ellas. Y para justificarla, se aduce un artículo de la ley de Moisés en el cual nadie pensaba, y donde se quiere, a la fuerza, ver una aplicación que no existe. Se conceptúa tan feliz este descubrimiento, que no han sabido ver en él una justificación de la doctrina espiritista.

14. Todos los motivos alegados contra las relaciones con los espíritus no pueden resistir un examen serio del encarnizamiento que se despliega. Puede inferirse que esta cuestión presenta un gran interés, pues de no ser así no se insistiría tanto en ella. Al ver esta cruzada de todos los cultos contra las manifestaciones, se diría que *les tienen miedo*. El verdadero motivo podría muy bien ser el temor de que los espíritus, demasiado perspicaces, no viniesen a ilustrar a los hombres sobre los puntos que se quieren dejar en la oscuridad, y a hacerles conocer de fijo lo que hay en el otro mundo y las *verdaderas condiciones para ser en él dichosos o desgraciados*. Por esto, lo mismo que se dice a un niño “no vayas allí, que hay un duende”, se dice a los hombres: "No llaméis a los espíritus, pues son el diablo." Pero sus trabajos tendrá, porque si se prohíbe a los hombres llamar a los espíritus, no se impedirá a los espíritus que vengan a los hombres a sacar la lámpara de debajo del celemín.

El culto que está en la verdad absoluta no tiene que temer nada de la luz, porque la luz hará resaltar la verdad, y el demonio no podrá prevalecer contra ella.

15. Rechazar las comunicaciones de ultratumba es rechazar el poderoso medio de instrucción que resulta de la iniciación en la vida futura, y de los ejemplos que ellas nos suministran. La experiencia nos enseña, además, el bien que se puede hacer a los espíritus imperfectos apartándoles del mal, ayudando a los que sufren a desprenderse de la materia y a mejorarse. Prohibir, pues, dichas comunicaciones es privar a las almas desgraciadas de la asistencia que podemos darles. Las siguientes palabras de un espíritu resumen admirablemente las consecuencias de la evocación practicada con un fin caritativo.

“Cada espíritu doliente y lastimero os contará la causa de su caída, los motivos que le han arrastrado a sucumbir. Os dirá sus esperanzas, sus combates, sus terrores. Os dirá sus remordimientos, sus dolores, sus desesperaciones. Os mostrará a Dios justamente irritado, castigando al culpable con toda la severidad de su justicia. Escuchándoles os conmoveréis y os atormentaréis por vosotros mismos. Siguiéndoles en sus lamentos veréis a Dios no perdiéndole de vista esperando el pecador arrepentido, tendiéndole los brazos tan pronto como traten de adelantar. Veréis los progresos del culpable, a los cuales habréis tenido la dicha y la gloria de haber contribuido, los seguiréis con afán, como el cirujano sigue los progresos de la herida que cura diariamente” (Burdeos, 1861).

SEGUNDA PARTE

EJEMPLOS

CAPITULO I

El tránsito

1. No se excluyen por la confianza en la vida futura los temores del tránsito de esta vida a la otra. Muchos no temen la muerte por el hecho de morirse, lo que temen es el momento de la transición. ¿Se sufre o no se sufre en el tránsito? He aquí lo que les ocupa más, y la importancia de este asunto es tanto mayor cuanto con toda seguridad nadie puede evitarlo. Puede uno dejar de hacer un viaje terrestre, pero aquel camino han de recorrerlo todos, ricos y pobres, y por doloroso que sea, ni la clase social, ni la fortuna, pueden endulzar su amargura.

2. Al ver la calma de ciertas muertes y las terribles convulsiones de la agonía en algunas otras, se puede ya considerar que las sensaciones no son siempre las mismas. Pero, ¿quién puede hacernos una reseña respecto de esto? ¿Quién nos describiría el fenómeno fisiológico de la separación del alma y del cuerpo? ¿Quién nos dirá las impresiones que se sienten en este instante supremo? Sobre este punto, la ciencia y la religión enmudecen.

¿Y por qué? Porque falta a la una y a la otra el conocimiento de las leyes que rigen las relaciones del espíritu y la materia; la una se detiene en el umbral de la vida espiritual; la otra en el de la vida material. El Espiritismo es el lazo de unión entre las dos. Él solo puede referir cómo se opera la transición, y sea por las nociones más positivas que da de la naturaleza del alma, ya sea por lo que informan los que han dejado la envoltura material. El conocimiento del lazo fluídico que une el alma y el cuerpo es la clave de este fenómeno, así como de muchos otros.

3. La materia inerte es insensible, éste es un hecho positivo. Sólo el alma experimenta las sensaciones del placer y del dolor. Durante la vida, cualquier separación de la materia se refleja en el alma, quien recibe por ello una impresión más o menos dolorosa. El alma es la que sufre y no el cuerpo. Éste no es más que el instrumento del dolor, el alma es el paciente.

Después de la muerte, estando el cuerpo separado del alma, puede ser impunemente mutilado, porque nada siente. El alma, cuando está aislada, no sufre por la desorganización de este último. Tiene sus sensaciones propias, cuyo origen no está en la materia tangible.

El periespíritu es la envoltura fluídica del alma, de la cual no se separa ni antes ni después de la muerte, con la que no forma, por expresarlo así, más que uno, porque no puede concebirse el uno sin el otro. Durante la vida, el fluido periespiritual penetra en el cuerpo en todas sus partes y sirve de vehículo a las sensaciones físicas del alma. Por este intermediario obra también el alma sobre el
cuerpo y dirige sus movimientos.

4. La extinción de la vida orgánica causa la separación del alma y del cuerpo por la rotura del lazo fluídico que los une, pero esta separación jamás es brusca. El fluido periespiritual se separa poco a poco de todos los órganos. de modo que la separación no es completa y absoluta sino cuando no queda un solo átomo del periespíritu unido a una molécula del cuerpo. *La sensación dolorosa que el alma experimenta en semejante momento está en razón de la suma de los puntos de contacto que existe entre el cuerpo y el periespíritu, y de la mayor o menor dificultad y lentitud que ofrece la separación.* Es preciso, pues, entender que, según las circunstancias, la muerte puede ser más o menos penosa. Estas diversas circunstancias son las que vamos a examinar.

5. Sentemos, desde luego, como principios los cuatro casos siguientes, que se pueden mirar como las situaciones extremas, entre las cuales hay una multitud de matices:

1.º Si en el momento de la extinción de la vida orgánica estuviese operada completamente la separación del periespíritu, el alma no sentiría absolutamente nada.

2.º Si en este momento la cohesión de los dos elementos está en toda su fuerza, se produce una especie de rasgadura que obra dolorosamente sobre el alma.

3.º Si la cohesión es débil, la separación es fácil y se verifica sin sacudidas.

4.º Si después del cese completo de la vida orgánica existen todavía numerosos puntos de contacto entre el cuerpo y el periespíritu, podrá el alma sentir los efectos de la descomposición del cuerpo hasta que el lazo se rompa enteramente.

De esto resulta que el sufrimiento que acompaña a la muerte está subordinado a la fuerza de adherencia que une el cuerpo al periespíritu. Que todo lo que pueda menguar esta fuerza y favorecer la rapidez de la separación hace el tránsito menos penoso. En fin, que si la separación se opera sin ninguna dificultad, el alma no experimenta ninguna sensación desagradable.

6. En el tránsito de la vida corporal a la vida espiritual se produce también otro fenómeno de una importancia capital: es el de la turbación. En este momento, el alma experimenta un sopor que paraliza momentáneamente sus facultades y neutraliza, en parte al menos, las sensaciones. Está, por expresarlo así, cataleptizada, de modo que casi nunca es testigo consciente del último suspiro. Decimos *casi nunca*, porque hay un caso en que puede tener conciencia de ello, como veremos después. La turbación puede, pues, considerarse como el estado normal en el instante de la muerte. Su duración es indeterminada, varía de algunas horas a algunos años. A medida que se disipa, el alma está en la situación de un hombre que sale de un sueño profundo. Las ideas son confusas, vagas e inciertas. Se ve como al través de una niebla, poco a poco la vista se aclara, la memoria vuelve, y se reconoce.

Pero este despertar varía según los individuos. En unos es tranquilo y experimentan una sensación deliciosa, mientras que en otros está lleno de terror, de ansiedad, y produce el efecto de una terrible pesadilla.

7. El momento del último suspiro no es, pues, el más penoso, porque, ordinariamente, el alma no tiene conciencia de sí misma. Pero antes sufre por la desagregación de la materia durante las convulsiones de la agonía, y después, por las angustias de la turbación. Apresurémonos a declarar que este estado no es general. La intensidad y la duración de este sufrimiento están, como hemos dicho, en razón de la afinidad que existe entre el cuerpo y el periespíritu. Cuanto más grande es esta afinidad, mayor es y más penosos son los esfuerzos del espíritu para separarse de sus lazos. Pero hay personas en las cuales la cohesión es tan débil, que la separación se opera por sí misma y naturalmente. El espíritu se separa del cuerpo como un fruto maduro cae de su tallo. Esto sucede con las muertes tranquilas y de apacible despertar en la otra vida.

8. El estado moral del alma es la causa principal que influye sobre la mayor o menor facilidad de la separación. La afinidad entre el cuerpo y el periespíritu está en razón de la adhesión del espíritu a la materia. Está en su máximum en el hombre cuyas preocupaciones se encuentran todas en la vida y goces materiales, y es casi nula en aquel cuya alma purificada se ha identificado con anticipación con la vida espiritual. Puesto que la lentitud y la dificultad de la separación están en razón del grado de depuración y desmaterialización del alma, depende de cada uno hacer el tránsito más o menos fácil o penoso, agradable o doloroso.

Sentado esto, a la vez como teoría y como resultado de la observación, nos queda por examinar la influencia de la clase de muerte sobre las sensaciones del alma en el último momento.

9. En la muerte natural, la que resulta de la extinción de las fuerzas vitales por la edad o la enfermedad, la separación se opera gradualmente. En el hombre cuya alma está desmaterializada y cuyos pensamientos se han desprendido de las preocupaciones terrestres, la separación es casi completa antes de la muerte real. El cuerpo vive todavía con vida orgánica cuando el alma ha entrado ya en la vida espiritual, y no está ligada al cuerpo sino por un lazo tan débil. que rompe a la última palpitación del corazón. En este estado, el espíritu puede haber recobrado ya su lucidez y ser testigo consciente de la extinción de la vida de su cuerpo, considerándose feliz por haberse librado de él. Para él la turbación es casi nula. Esto no es más que un momento de sueño pacífico, de donde sale con una indecible impresión de dicha y de esperanza.

En el hombre material y sensual, aquel que ha vivido más para el cuerpo que para el espíritu, para quien la vida espiritual es nada, ni siquiera una realidad en su pensamiento, todo ha

contribuido a aflojarlos durante la vida. Al aproximarse la muerte, la separación se hace también por grados continuos. Las convulsiones de la agonía son indicio de la lucha que sostiene el espíritu que, a veces, quiere romper los lazos que le retienen, otras se aferra a su cuerpo, del cual una fuerza irresistible le arranca violentamente, como si dijéramos a pedazos.

10. El espíritu se adhiere tanto más a la vida corporal cuanto no ve nada más allá. Siente que se le escapa y quiere retenerla. En lugar de abandonarse al movimiento que le arrastra, resiste con todas sus fuerzas, pudiendo así prolongar la lucha durante días, semanas y meses enteros. Sin duda en este momento el espíritu no tiene toda su lucidez. La turbación ha comenzado mucho tiempo antes de su muerte, pero por esto no sufre menos, y la vaguedad en que se encuentra, la incertidumbre de lo que vendrá a ser de él, aumentan sus angustias. Llega la muerte, y no se ha acabado todo. La turbación continúa, siente que vive, pero no sabe si es de la vida material o de la vida espiritual. Lucha todavía hasta que las últimas ligaduras del periespíritu se rompen. La muerte ha puesto término a la enfermedad efectiva, pero no ha tenido sus consecuencias. Mientras existen puntos de contacto entre el cuerpo y el periespíritu, el espíritu siente los achaques de aquél, y sufre.

11. Muy diferente es la posición del espíritu desmaterializado, aun en las más crueles enfermedades. Los lazos fluídicos que le unen al cuerpo, siendo muy débiles, se rompen sin ninguna sacudida. Después su confianza en el porvenir, que ha entrevisto ya con el pensamiento, algunas veces también en realidad, le hace mirar la muerte como una libertad y sus males como una prueba. De lo que resulta para él una tranquilidad moral y una resignación que endulzan el sufrimiento. Después de la muerte, rotos estos lazos en el mismo instante, ninguna reacción dolorosa se opera en él. Siente su despertar libre, dispuesto, aliviado de un gran peso, sobre todo contento porque no sufre ya.

12. En la muerte violenta, las condiciones no son exactamente las mismas. Ninguna desagregación parcial ha podido traer una separación anticipada entre el cuerpo y el periespíritu. La vida orgánica, en toda su fuerza, se para repentinamente. La separación del periespíritu no comienza, pues, sino después de la muerte, y en este caso, como en los otros, no puede operarse instantáneamente.

El espíritu, sorprendido, está como aturdido, pero sintiendo que piensa, se cree aún vivo, y esta ilusión dura hasta que se da cuenta de su posición. Este estado intermediario entre la vida corporal y la vida espiritual es uno de los más interesantes para el estudio, porque presenta el singular espectáculo de un espíritu que toma su cuerpo fluídico por su cuerpo material, y que experimenta todas las sensaciones de la vida orgánica. Ofrece una variedad infinita de matices, según el carácter, los conocimientos y el grado de adelanto moral del espíritu. Es de corta duración para aquellos cuya alma está depurada, porque en ellos había un desprendimiento anticipado, y la muerte, incluso la más súbita, no hace más que apresurar su realización. En otros puede prolongarse durante años. Este estado es muy frecuente incluso en los casos de muerte ordinaria, y para algunos no tiene nada que sea penoso, según las cualidades del espíritu. Pero para otros, es una situación terrible. En el suicidio, sobre todo, ésta es la situación más penosa. El cuerpo, reteniendo al periespíritu por todas sus fibras, todas las convulsiones del mismo repercuten en el alma, y por esto siente atroces sufrimientos.

13. El estado del espíritu en el momento de la muerte puede resumirse así: El espíritu sufre tanto más cuanto el desprendimiento del periespíritu es más lento. La prontitud del desprendimiento está en razón del grado de adelanto moral del espíritu. Para el espíritu desmaterializado, cuya conciencia es pura, la muerte es un sueño de algunos instantes, exento de todo sufrimiento, y cuyo despertar está lleno de suavidad.

14. Para trabajar en su depuración, reprimir sus tendencias malas, vencer sus pasiones, *es preciso ver sus ventajas en el porvenir*. Para identificarse con la vida futura, dirigir a ella sus

aspiraciones y preferirla a la vida terrestre, es necesario no sólo creer en aquella, sino comprenderla. Es necesario representársela bajo un aspecto satisfactorio para la razón, en completa concordancia con la lógica, el buen sentido y la idea que uno se forma de la grandeza, de la bondad y de la justicia de Dios. De todas las doctrinas filosóficas, el Espiritismo es la que ejerce, bajo este aspecto, la más poderosa influencia por la fe inquebrantable que da.

El espíritu *formal* no se limita a creer, *cree porque comprende*, y comprende porque se dirige a su entendimiento. La vida futura es una realidad que se descorre sin cesar a su vista. La ve y la toca, por expresarlo así, en todos los instantes. La duda no puede entrar en su alma. La vida corporal, tan limitada, se borra para él ante la vida espiritual, que es la verdadera vida. De ahí el poco caso que hace de las sinuosidades del camino y su resignación en las vicisitudes, de las cuales comprende la causa y la utilidad. Su alma se eleva por las relaciones directas que tiene con el mundo invisible, los lazos fluídicos que le adhieren a la materia se debilitan y así se opera un primer desprendimiento parcial que facilita el tránsito de esta vida a la otra. La turbación inseparable del tránsito dura poco tiempo, porque tan pronto como se ha franqueado el paso se reconoce a sí mismo. Nada le es extraño y se da cuenta de su estado.

15. Ciertamente el Espiritismo no es indispensable para obtener este resultado. Así es que no tiene pretensión de que sólo él puede asegurar la salvación del alma, pero la facilita por los conocimientos que procura, los sentimientos que inspira y las disposiciones en la cuales coloca el espíritu, a quien hace comprender la necesidad de mejorarse. Además, da los medios de facilitar el desprendimiento de otros espíritus en el momento en que dejan la envoltura terrestre, y de abreviar el término de la turbación por la plegaria y la evocación. Por la oración sincera, que es una magnetización espiritual, se provoca una desagregación más pronta del fluido periespiritual, por una evocación dirigida discretamente y con prudencia, y animando con palabras de benevolencia, se saca al espíritu del sopor en que se encuentra y se le ayuda a reconocerse más pronto. Si está sufriendo, se le incita al arrepentimiento, el único que puede abreviar los sufrimientos. (1)

1. Los ejemplos que vamos a citar presentan a los espíritus en las diferentes fases de dicha y de desgracia de la vida espiritual. No hemos ido sólo a buscarlos en los personajes más o menos ilustres de la antigüedad, cuya posición ha podido cambiar considerablemente desde la existencia que se les ha conocido y que por otra parte no ofrecerían pruebas suficientes de autenticidad. Los hemos tomado de las circunstancias más ordinarias de la vida contemporánea, porque son aquellas en que cada uno puede encontrar más similares y de donde se pueden sacar las instrucciones más provechosas por la comparación.

Cuanto más cerca está de nosotros la existencia terrestre de los espíritus, por la posición social, las relaciones o los lazos de parentesco, tanto más interesan, y más fácil es comprobar su identidad. Las posiciones vulgares son las del mayor número, por esto cada uno puede aplicárselas más fácilmente. Las posiciones excepcionales atañen menos porque salen de la esfera de nuestras costumbres. No hemos acudido a las ilustraciones. Si en estos ejemplos se encuentran algunas individualidades conocidas, la mayor parte son completamente oscuras. Nombres retumbantes nada hubieran añadido a la instrucción, y habrían podido herir ciertas susceptibilidades.

No nos dirigimos a los curiosos, a los que son amigos de escándalo, sino a los que quieren instruirse seriamente.

Estos ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito, pero forzados a limitar el número, hemos hecho selección de los que podrían dar más luz sobre el estado del mundo espiritual, ya sea por la situación del espíritu, ya por las explicaciones que podían dar. La mayor parte son inéditos. Sólo algunos se han publicado ya en la *Revue Spirite*. Hemos suprimido de éstos los detalles superfluos, no conservando más que las partes esenciales al fin que nos proponemos aquí, y hemos añadido a ellos las instrucciones complementarias a las cuales han podido dar lugar ulteriormente.

CAPÍTULO II

Espíritus felices

El Sr. Sanson

El Sr. Sanson, antiguo miembro de la Sociedad Espiritista de París, murió el 21 de abril de 1862, después de un año de crueles sufrimientos. Previendo su fin, dirigió al presidente de la sociedad una carta que contenía el párrafo siguiente:

"En el caso de sorpresa por la desagregación de mi alma del cuerpo, tengo el honor de recordaros una súplica que ya os hice hará aproximadamente un año atrás. Ésta es la de evocar mi espíritu lo más pronto posible y lo más a menudo que juzguéis a propósito, a fin de que, miembro bastante inútil de nuestra sociedad durante mi presencia sobre la Tierra, pudiese servirla de alguna utilidad en ultratumba, dándole los medios de estudiar fase por fase en estas evocaciones las diversas circunstancias que siguen a lo que el vulgo llama la muerte, pero que para nosotros, espiritistas, no es más que una transformación, según las miras impenetrables de Dios, pero siempre útil al fin que se propone.

"Además de esta autorización y súplica de hacerme el honor de esta especie de autopsia espiritual, que mi escaso adelanto como espíritu quizás hará estéril, en cuyo caso vuestra prudencia os inclinará naturalmente a no ir más lejos de cierto número de ensayos, me tomo la libertad de rogaros personalmente, así como a todos mis colegas, tengan la bondad de suplicar al Todopoderoso permita a los buenos espíritus me asistan con sus consejos benévolos, en particular San Luis, nuestro presidente espiritual, al objeto de guiarme en la elección y época de otra encarnación. Porque ahora esto ya me ocupa mucho, temo equivocarme sobre mis fuerzas espirituales y pedir a Dios demasiado pronto y presuntuosamente un estado corporal en el cual no pudiese justificar la bondad divina, lo que en lugar de servir para mi adelanto, prolongaría mi situación sobre la Tierra o en otra parte, si desfalleciera en mi prueba."

Para cumplir mejor con su deseo de ser evocado lo más pronto posible después de su fallecimiento, pasamos con algunos miembros de la sociedad a la casa mortuoria, y en presencia del cuerpo tuvo lugar la conversación siguiente, una hora antes de la inhumación. Teníamos en esto un doble objeto: el de cumplir su voluntad postrera y el de observar una vez más la situación del alma en un momento tan inmediato a la muerte, y esto en un hombre eminentemente inteligente e ilustrado, y profundamente penetrado de las verdades espiritistas. Íbamos a probar la influencia de estas creencias sobre el estado del espíritu, recogiendo sus primeras impresiones. Nuestra esperanza no fue vana. El Sr. Sanson describió con perfecta lucidez el instante de la transición. Él se ha visto morir y se ha visto renacer, circunstancia poco común y que dependía de la elevación de su espíritu.

I

Habitación mortuoria. 23 de abril de 1862

1. *Evocación.* Vengo a vuestro llamamiento para cumplir mi promesa.

2. Mi querido Sr. Sanson, tenemos un deber y un placer en evocaros lo más pronto posible después de vuestra muerte, tal como lo deseabais.

R. Es un favor especial de Dios que permite a mi espíritu el poder comunicarse. Os doy las gracias por vuestra buena voluntad, pero estoy débil y *tiemblo*.

3. Sufríais tanto, que pienso podemos preguntaros cómo os encontráis ahora. ¿Os resentís

todavía de vuestros dolores? ¿Qué sensación tenéis, comparando vuestra situación presente con la de hace dos días?

R. Mi situación es muy feliz, porque no siento ninguno de mis antiguos dolores. Estoy regenerado y reparado de nuevo, como decís entre vosotros. La transición de la vida terrestre a la vida de los espíritus, al principio me lo había hecho todo incomprensible, porque permanecemos algunas veces muchos días sin recobrar nuestra lucidez. Pero antes de morir, hice una súplica a Dios para pedirle poder hablar a los que amo, y Dios me ha escuchado.

4. ¿Al cabo de cuánto tiempo habéis recobrado la lucidez de vuestras ideas?

R. Al cabo de ocho horas. Dios, os lo repito. me había dado una señal de su bondad. Me juzgó bastante digno, y nunca podré darle suficientemente las gracias.

5. ¿Estáis bien seguro de que no pertenecéis a nuestro mundo? ¿En qué fundáis vuestra seguridad?

R. ¡Oh, ciertamente! No, no soy de vuestro mundo, pero estaré siempre cerca de vosotros, para protegeros y sosteneros, a fin de predicar la caridad y la abnegación, que fueron los guías de mi vida, y después enseñaré la fe verdadera, la fe espiritista, que debe levantar la creencia del justo y del bueno. Soy fuerte, muy fuerte, transformado, en una palabra. No reconoceríais al viejo enfermizo que debía olvidarlo todo, echando muy lejos de sí el placer y la alegría. Soy espíritu, mi patria es el espacio, y mi porvenir Dios, que irradia en la inmensidad. Bien quisiera hablar a mis hijos, porque les enseñaría lo que todavía no han tenido la voluntad de creer.

6. ¿Qué efecto os hace experimentar la vista de vuestro cuerpo, que está a nuestro lado?

R. ¡Mi cuerpo, pobre e ínfimo despojo, tú debes ir al polvo, y yo conservo el recuerdo de todos los que me estimaban! ¡Miro esta pobre carne, disforme envoltura de mi espíritu, prueba de tantos años! ¡Gracias, pobre cuerpo mío! Tú has purificado mi espíritu, y el sufrimiento, diez veces santo, me ha proporcionado un lugar bien merecido, puesto que encuentro enseguida la facultad de hablaros.

7. ¿Habéis conservado vuestras ideas hasta el último momento?

R. Sí. mi espíritu ha conservado sus facultades. No veía, pero presentía. Toda mi vida se ha descorrido ante mi memoria, y mi último pensamiento, mi última plegaria ha sido el poder hablaros, lo que hago, y luego he pedido a Dios que os proteja, a fin de que el sueño de mi vida se cumpliera.

8. Tuvisteis conciencia del momento en que vuestro cuerpo dio el último suspiro? ¿Qué es lo que os ha pasado en aquel momento? ¿Qué sensación habéis tenido?

R. La vida se rompe, y la vista, o mejor dicho, la vida del espíritu se apaga, se encuentra el vacío, lo desconocido, y llevado no sé por qué efecto, se encuentra uno en un mundo donde todo es alegría y grandeza. No sentía, no me daba cuenta, y sin embargo una dicha inefable me llenaba. No sentía la opresión del dolor.

9. ¿Tenéis conocimiento... (de lo que me propongo leer sobre vuestra tumba)?

Apenas pronunciadas las primeras palabras de la pregunta, el espíritu respondió, antes de dejar concluir. Respondió, además, sin preguntárselo, a una discusión que se había promovido entre los asistentes, sobre la oportunidad de leer esta comunicación en el cementerio, en razón de las personas que podrían no participar de estas opiniones.

R. ¡Oh! Amigo mío, lo sé, porque os vi ayer y os veo hoy. ¡Grande es mi satisfacción!... ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Hablad a fin de que se me comprenda y de que se os estime. Nada temáis, porque se respeta la muerte. Hablad, pues, a fin de que los incrédulos tengan fe. Adiós. ¡Hablad, ánimo, confianza y ojalá que mis hijos pudiesen convertirse a una creencia venerada!...

J. Sanson

Durante la ceremonia del cementerio, dictó las palabras siguientes:

"No os asuste la muerte, amigos míos! Es una etapa para vosotros, si habéis sabido vivir bien. Es una dicha, si habéis merecido dignamente y cumplido bien vuestras pruebas. Os repito: ¡Ánimo y buena voluntad!

"No deis más que una mediana importancia a los bienes de la Tierra, y seréis recompensados. *No se puede gozar demasiado, sin quitar algo del bienestar de los otros* y sin hacerse moralmente un mal inmenso.

"¡Que la Tierra me sea ligera!"

II

Sociedad Espiritista de París, 25 de abril de 1862

1. *Evocación.*

R. Amigos míos. Estoy cerca de vosotros.

2. Hemos tenido un gran placer en la conversación que tuvimos con vos el día de vuestro entierro, y puesto que lo permitís, tendremos, para nuestra instrucción, el mayor gusto en completarla.

R. Estoy preparado a todo, contento de que penséis en mí.

3. Todo lo que puede ilustrarnos sobre el estado del mundo invisible y hacérnoslo comprender, es de alta enseñanza. Porque la idea falsa que se ha formado de aquél es la que conduce muchas veces a la incredulidad. No os sorprendáis, pues, de las preguntas que podamos dirigiros.

R. No me sorprenderé.

4. Habéis descrito con luminosa claridad el pasaje de la vida a la muerte. Habéis dicho que en el momento en que el cuerpo da el último suspiro, la vida se rompe y que la vista del espíritu se apaga. ¿Este momento va acompañado de alguna sensación penosa o dolorosa?

R. Sin duda, porque la vida es una sucesión continua de dolores, y la muerte es el complemento de todos ellos. De ahí un desprendimiento violento, como si el espíritu tuviera que hacer un esfuerzo sobrehumano para escapar de su envoltura, y este esfuerzo es el que absorbe todo nuestro ser y le hace perder el conocimiento de lo que es.

Este caso no es general. La experiencia prueba que muchos espíritus pierden el conocimiento antes de expirar, y que entre aquellos que han llegado a cierto grado de desmaterialización, la separación se efectúa sin esfuerzos.

5. ¿Sabéis si hay espíritus para quienes este momento es más doloroso? ¿Es penoso, por ejemplo, para el materialista, para el que cree que todo acaba en este momento para él?

R. Esto es cierto, porque el espíritu que está preparado olvida el sufrimiento, o más bien se acostumbra a él, y la tranquilidad con la que ve venir la muerte le impide sufrir doblemente, porque sabe lo que le espera. La pena moral es la más fuerte, y su ausencia en el instante de la muerte es un alivio muy grande. Aquel que no cree, se parece al condenado a la pena capital, que en su imaginación se le presenta el cadalso y lo *desconocido*. Hay semejanza entre esta muerte y la del ateo.

6. ¿Hay materialistas lo bastante endurecidos para creer seriamente que en este momento supremo van a ser sumergidos en la nada?

R. Sin duda los hay que hasta la última hora creen en la nada. Pero en el momento de la separación el espíritu vuelve profundamente sobre sí. La duda se apodera de él y le atormenta, porque se pregunta lo que vendrá a ser. Quiere coger algo y no lo alcanza. Sin esta impresión no puede verificarse el desprendimiento del espíritu.

Un espíritu nos dio en otra ocasión el cuadro siguiente del fin del incrédulo:

"Un incrédulo endurecido siente en los últimos momentos las angustias de esas pesadillas terribles en que uno se ve al borde de un precipicio próximo a caer en el abismo. Se hacen inútiles esfuerzos para huir y no puede dar un paso. Quiere apoyarse en alguna parte, buscar un punto de apoyo y se siente deslizarse. Quiere llamar y no puede articular ningún sonido. Entonces es cuando se ve al moribundo retorcerse, crispar las manos y dar gritos ahogados, señales ciertas de que es presa de una pesadilla. En la pesadilla ordinaria, al despertarse sale de la inquietud y se considera uno feliz al reconocer que no ha tenido más que un sueño. Pero 1a pesadilla de la muerte se prolonga a menudo mucho tiempo, y aun años después de la muerte, y lo que hace más penosa todavía la sensación para el espíritu son las tinieblas en que algunas veces está sumergido."

7. Habéis dicho que en el momento de morir no veíais nada, pero que presentíais. Se comprende que no vierais corporalmente, pero antes de que la vida fuese extinguida, ¿entreveíais ya la claridad del mundo de los espíritus?

R. Esto es lo que he dicho anteriormente: el instante de la muerte da la penetración al espíritu. Los ojos no ven, pero el espíritu, que posee una vista mucho más profunda, descubre instantáneamente un mundo desconocido, y apareciendo la verdad repentinamente, le da, *aunque momentáneamente,* una alegría profunda o una pena inexplicable, según el estado de su conciencia y el recuerdo de su vida pasada.

"Se trata del instante que precede al que el espíritu pierde el conocimiento, lo que explica la significación de las palabras «*aunque momentáneamente*», porque las mismas impresiones agradables o penosas se siguen al despertar."

8. ¿Queréis decirnos lo primero que os ha impresionado en el instante en que vuestros ojos se han abierto a la luz? ¿Lo que habéis visto? ¿Queréis pintarnos, si es posible, el aspecto de los hechos que se os han presentado?

R. Cuando he podido volver en mí y ver lo que tenía ante mi vista, estaba como deslumbrado, y no me daba buena cuenta de ello, porque la lucidez no viene instantáneamente. Pero Dios me ha dado una señal profunda de su bondad, ha permitido que recobrase mis facultades. Me he visto rodeado de numerosos y fieles amigos. Todos los espíritus protectores que vienen a asistiros me rodeaban y me sonreían. Una dicha sin igual los animaba, y yo mismo, fuerte, muy ligero, podía sin esfuerzos transportarme a través del espacio. Lo que he visto no tiene nombre en el lenguaje humano.

En lo sucesivo vendré a hablaros más ampliamente de todas mis felicidades, sin excederme, sin embargo, del límite que Dios exige. Sabed que la dicha, tal como la entendéis entre vosotros, es una ficción. Vivid prudentemente, con la santidad, en el espíritu de caridad y amor, y os habréis preparado impresiones que vuestros más grandes poetas no podrían describir.

Los cuentos de hadas están llenos, sin duda, de temas absurdos. ¿Pero no serían en algunos puntos la pintura de lo que pasa en el mundo de los espíritus? ¿La descripción del Sr. Sanson, no parece la de un hombre que dormido en una pobre y oscura cabaña, se despertarse en un palacio espléndido, en medio de una corte brillante?

III

9. ¿Bajo qué aspecto se os han presentado los espíritus? ¿En el de la forma humana?

R. Sí, mi querido amigo, los espíritus nos habían enseñado en la Tierra que conservaban en el otro mundo la forma transitoria que tenían entre vosotros, y esta es la verdad. ¡Pero qué diferencia entre la máquina informe que se arrastra penosamente con su cortejo de pruebas, y la fluidez

maravillosa del cuerpo de los espíritus! La fealdad no existe, porque las facciones pierden la dureza de expresión que forma el carácter distintivo de la raza humana. Dios ha beatificado todos estos cuerpos agraciados, que se mueven con todas las elegancias de la forma. El lenguaje tiene entonaciones inimitables para vosotros, y la mirada tiene la intensidad de una estrella. Procurad, con el pensamiento, ver lo que Dios puede hacer en su omnipotencia, el arquitecto de los arquitectos, y os habréis hecho una débil idea de la forma de los espíritus.

10. ¿Pero cómo os veis? ¿Os reconocéis una forma limitada, circunscrita aunque fluídica? ¿Sentís una cabeza, un tronco, brazos, piernas?

R. El espíritu, habiendo conservado su forma humana, pero divinizada, idealizada, tiene, sin contradicción, todos los miembros de que habláis. Me siento perfectamente las piernas y los dedos, porque podemos, por nuestra voluntad, apareceros o apretaros las manos. Estoy cerca de vosotros y he dado la mano a todos mis amigos, sin que hayan tenido conciencia de esto. Nuestra fluidez puede estar por todas partes sin ocupar el espacio, sin dar ninguna sensación, si este es nuestro deseo. En este momento tenéis las manos cruzadas y yo tengo las mías en las vuestras. Yo os digo: os amo, pero mi cuerpo no ocupa espacio, la luz lo atraviesa y lo que llamaríais un milagro si fuera visible, es para los espíritus la acción continua de todos los instantes.

La vista de los espíritus no tiene relación con la vista humana, lo mismo que su cuerpo no tiene semejanza real, porque todo se cambia en el conjunto y en el fondo. El espíritu, os lo repito, tiene una perspicacia divina que se extiende a todo, puesto que incluso vuestro pensamiento puede adivinar. También puede oportunamente tomar la forma que mejor puede recordarle a vuestra memoria. Pero de hecho el espíritu superior que ha acabado sus pruebas, ama la forma que le ha podido conducir a Dios.

11. Los espíritus no tienen sexo. No obstante. como hace pocos días que todavía erais hombre, ¿tenéis en vuestro nuevo estado más de la naturaleza masculina que de la femenina? ¿Sucede lo mismo con un espíritu que dejó su cuerpo hace tiempo?

R. No nos importa que nuestra naturaleza sea masculina o femenina, los espíritus no se reproducen. Dios los ha creado a su voluntad, y si por sus miras maravillosas ha querido que los espíritus se reencarnen en la Tierra, debió añadir la reproducción de las especies por el varón y la hembra. Pero vosotros lo conocéis sin que haya necesidad de más explicación. Los espíritus no pueden tener sexo.

"Siempre se ha dicho que los espíritus no tienen sexo. Los sexos no son necesarios sino para la reproducción de los cuerpos, de modo que los espíritus, no reproduciéndose, los sexos serían para ellos inútiles. Nuestra pregunta no tenía por objeto acreditar el hecho, sino que en razón de la muerte reciente del Sr. Sanson, queríamos saber si le quedaba impresión de su estado terrestre.

"Los espíritus depurados se dan cuenta perfectamente de su naturaleza, pero entre los espíritus inferiores no desmaterializados, hay muchos de ellos que se creen aún lo que eran en la Tierra, y conservan las mismas pasiones y los mismos deseos. Y ésos se creen todavía hombres o mujeres, he ahí por qué han dicho algunos que los espíritus tienen sexo. Así es que ciertas contradicciones provienen del estado más o menos adelantado de los espíritus que se comunican. El mal no está en los espíritus, sino en los que les interrogan y no se toman el trabajo de profundizar las cuestiones."

12. ¿Qué aspecto os presenta la sesión? ¿Es para vuestra nueva vista lo mismo que os parecía en vuestra vida? ¿Las personas tienen para vos la misma apariencia? ¿Lo veis todo tan claro y detallado?

R. Mucho más claro. porque puedo leer en el pensamiento de todos, y soy muy feliz con la agradable impresión que me deja la buena voluntad de todos los espíritus reunidos. Deseo que el mismo sentido pudiese darse a los hechos, no sólo en París, por la unidad de todos los grupos, sino también en toda Francia, *donde los grupos se dividen y rivalizan seducidos por espíritus enredadores que se complacen en el desorden*, mientras que el Espiritismo debe ser el olvido completo, absoluto del *yo*.

13. Decís que leéis en nuestro pensamiento. ¿ Podríais hacernos comprender cómo se opera esta transformación del pensamiento?

R. Esto no es fácil. Para deciros, explicaros este prodigio singular de la vista de los espíritus, sería necesario abriros todo un arsenal de agentes nuevos y sabríais tanto como nosotros, lo que no puede ser, pues vuestras facultades están limitadas por la materia.

¡Paciencia! Sed buenos y llegaréis a ello. En la actualidad sólo tenéis lo que Dios os concede, pero con la esperanza de progresar continuamente. Más tarde seréis como nosotros. Procurad, pues, morir bien para saber mucho. La curiosidad, que es el estímulo del hombre pensador, os conduce tranquilamente hasta la muerte, reservándoos la satisfacción de todas vuestras curiosidades pasadas, presentes y futuras. Mientras tanto os diré, para responder del modo que puedo a vuestra pregunta, que el aire que os rodea, impalpable como nosotros, lleva el carácter de vuestro pensamiento. El soplo que exhaláis es, por así decirlo, la página escrita de vuestros pensamientos, los que se leen y comentan por los espíritus que os rodean sin cesar. Ellos son los mensajeros de una telegrafía divina que nada deja desapercibido.

La muerte del justo

Enseguida de la primera evocación del Sr. Sanson, hecha en la sociedad de París, un espíritu dio, bajo este título, la comunicación siguiente:

"La muerte del hombre de quien os ocupáis en este momento, ha sido la del justo. Como el día sucede naturalmente al alba, la vida espiritual ha sucedido para él a la vida terrestre, sin sacudidas, sin amargura, y su último suspiro se ha exhalado en un himno de reconocimiento y de amor... ¡Cuán pocos atraviesan así este rudo pasaje! ¡Cuán pocos después de la embriaguez y las esperanzas perdidas de la vida, consiguen la paz del ritmo armonioso de las esferas! Así como el hombre en buena salud, mutilado por una bala, sufre aún el miembro perdido, del mismo modo el hombre que muere sin fe y sin esperanza se destroza y palpita escapándose del cuerpo y lanzándose al espacio, inconsciente de sí mismo.

"Rogad por estas almas perturbadas, rogad por todo aquel que sufre. La caridad no está restringida a la Humanidad visible. Ella socorre y consuela también a los seres que pueblan el espacio. Habéis tenido de ello la prueba palpable por la conversión tan rápida de este espíritu enternecido por las oraciones espiritistas, hechas sobre la tumba del hombre de bien a quien acabáis de preguntar y que desea haceros progresar en la santa senda.[1] El amor no tiene límites, llena el espacio, dando y recibiendo a sus divinos consuelos.

"El mar se extiende en perspectiva infinita. Su último límite parece confundirse con el cielo, y el espíritu se deslumbra con el magnífico espectáculo de estas dos grandezas. Así es que el amor, más profundo que las olas, más infinito que el espacio, debe reuniros a todos, hombres y espíritus, en la misma comunión de caridad, y obrar la admirable fusión de lo que es finito y de lo que es eterno."

Georges

1. Alusión al espíritu de Bernard, quien se manifestó espontáneamente el día de los funerales del Sr. Sanson (véase la *Revista de mayo de 1862, p. 133).*

El Sr. Jobard

Director del museo industrial de Bruselas, nacido en Bissey (Haute-Marne), muerto en Bruselas de un ataque de apoplejía fulminante el 27 de octubre de 1861, a la edad de 60 años

El Sr. Jobard era presidente honorario de la sociedad espiritista de París, la cual se proponía evocarle en la sesión del 8 de noviembre, cuando él se adelantó a este deseo, dando espontáneamente la comunicación siguiente:

"Heme aquí, ya que me ibais a evocar, y puesto que desde luego quiero manifestarme a este médium, por cuyo conducto hasta ahora lo he buscado en vano.

"Voy a contaros mis impresiones en el momento de la separación de mi alma. He sentido un sacudimiento inaudito, me he acordado de repente de mi nacimiento, mi juventud, mi edad madura. Toda mi vida se ha reflejado claramente en mi memoria. No experimentaba más que un deseo piadoso de encontrarme en las regiones reveladas por nuestra querida creencia. Luego, todo este cúmulo de cuestiones se ha aplacado.

"Era libre y mi cuerpo yacía inerte. ¡Ah, mis queridos amigos! ¡Qué placer embriagador el despojarse de la pesadez del cuerpo! ¡Qué arrobamiento causa el abarcar el espacio! No creáis, sin embargo, que de repente sea ya un elegido del Señor, no. Estoy entre los espíritus que, habiendo aprendido un poco, deben todavía aprender mucho. No he tardado en acordarme de vosotros, *mis hermanos de destierro*, y os aseguro que os he cobijado con toda mi simpatía y dirigido todos mis fervientes votos hacia vosotros.

"¿Queréis saber cuáles son los espíritus que me han recibido? ¿Cuáles han sido mis impresiones? Amigos míos, han sido todos aquellos que evocamos, todos los hermanos que han participado de nuestros trabajos. He visto el esplendor, pero no puedo describirlo. Me he dedicado a discernir la verdad en las comunicaciones. Me he preparado a enmendar todas las aserciones erróneas, y a ser, en fin, el defensor de la verdad en el otro mundo, como lo he sido en el vuestro."

Jobard

1. En vuestra vida, nos suplicasteis que os llamáramos cuando dejaseis la Tierra. Nosotros lo hacemos, no solamente para acceder a vuestro deseo, sino, sobre todo, para renovar el testimonio de nuestra muy viva y sincera simpatía, y también en interés de nuestra instrucción, porque, mejor que nadie, estáis en disposición de darnos noticias precisas sobre el mundo en que os encontráis. Nos daréis el mayor gusto si nos complacéis respondiendo a nuestras preguntas.

R. Por ahora, lo que más importa es vuestra instrucción. En cuanto a vuestra simpatía, ya la veo, y no la percibo tan sólo por el sentido auditivo, lo que constituye un gran progreso.

2. Para fijar nuestras ideas y no hablar vagamente, os preguntamos desde luego en qué sitio estáis aquí, y cómo os veríamos si pudiésemos veros.

R. Estoy cerca del médium. Me veríais bajo la apariencia del Jobard que se sentaba a vuestra mesa, porque vuestros ojos mortales, no abiertos, no pueden ver los espíritus sino bajo su apariencia mortal.

3. ¿Tendríais la posibilidad de haceros visible para nosotros, y si no lo podéis, qué es lo que se opone a ello?

R. La disposición que es del todo personal. Un médium vidente me vería, los otros no me ven.

4. Este sitio es el que ocupabais en vuestra vida, cuando asistíais a nuestra sesiones, sitio que os hemos reservado. Los que os han visto en él, deben figurarse veros en el mismo tal como erais entonces. Si no estáis ahí con vuestro cuerpo material, estáis con vuestro cuerpo fluídico, que tiene la misma forma. Si no os vemos con los ojos del cuerpo, os vemos con los del pensamiento. Si

no podéis comunicaros por la palabra, podéis hacerlo por la escritura por medio de un intérprete. Nuestras relaciones, pues. no están de ningún modo interrumpidas por vuestra muerte, y podemos conversar con tanta facilidad y precisión como en otro tiempo. ¿No es verdad que es así?

R. Sí, y lo sabéis desde mucho tiempo. Este sitio lo ocuparé a menudo, y aun sin saberlo vosotros, porque mi espíritu habitará entre vosotros.

Llamamos la atención sobre esta última frase: "Mi espíritu habitará entre vosotros." En la circunstancia presente no es una figura, sino una realidad.

Por el conocimiento que el Espiritismo nos da de la naturaleza de los espíritus, se sabe que un espíritu puede estar entre nosotros, no sólo con el pensamiento, *sino con su persona*, con ayuda de su cuerpo etéreo que hace de aquél una individualidad distinta. Un espíritu puede, pues, habitar entre nosotros después de la muerte, tan bien como cuando vivía su cuerpo, y mejor aún, pues puede ir y volver cuando quiere. Así es que tenemos una porción de comensales invisibles, los unos indiferentes, los otros que nos son adictos por el afecto. A estos últimos es a quienes, sobre todo, se aplica estas palabras: "Habitan entre nosotros" y que puede traducirse así: Nos asisten, nos inspiran y nos protegen.

5. No hace mucho tiempo que estabais sentado en este mismo sitio. ¿Os parecen extrañas las condiciones con las cuales estáis en él ahora? ¿Qué efecto os produce este cambio?

R. Estas condiciones no me parecen extrañas, porque mi espíritu desencarnado goza de una claridad que no deja en la sombra ninguna de las cuestiones que vislumbra.

6.Os acordáis de haberos hallado en este mismo estado antes de vuestra última existencia, y encontráis en él alguna cosa cambiada?

R. Me acuerdo de mis existencias anteriores y encuentro que he mejorado. Veo y me asimilo lo que veo. En tiempo de mis precedentes encarnaciones, mi espíritu perturbado no percibía más que claros terrestres.

7. ¿Os acordáis de vuestra penúltima existencia, de la que precedió al Sr. Jobard?

R. En mi penúltima existencia, era un obrero mecánico, carcomido por la miseria y el deseo de perfeccionar mi trabajo. *He realizado, siendo Jobard, los sueños del pobre obrero,* y alabo a Dios, cuya bondad infinita ha hecho germinar la planta, cuyo germen había colocado en mi cerebro.

8. ¿Os habéis comunicado ya en otra parte?

R. Muy poco me he comunicado todavía. En muchos parajes, otro espíritu ha tomado mi nombre. Algunas veces estaba cerca de él, sin poder hacerlo directamente. Mi muerte es tan reciente, que estoy sujeto aún a ciertas influencias terrestres. Es preciso que haya más perfecta simpatía para que pueda apreciar mi pensamiento. Dentro de poco obraré indistintamente. Ahora no lo puedo todavía, os lo repito. Cuando un hombre algo conocido muere, se le llama en todas partes. Mil espíritus se apresuran a revestir su individualidad, y esto es lo que ha acontecido en cuanto a mí en muchas circunstancias. Os aseguro que después de que se adquiere la libertad, pocos son los espíritus que pueden comunicarse, aunque sea con un médium privilegiado.

9. ¿Veis a los espíritus que están aquí con nosotros?

R. Veo, sobre todo, a *Lázaro* y a Erasto. Después, más alejado, al *Espíritu de Verdad*, cerniéndose en el espacio. Luego una porción de espíritus amigos que os rodean, solícitos y benévolos. Sed dichosos, amigos, porque buenas influencias impiden las calamidades del error.

10. En vuestra vida participabais de la opinión que ha sido emitida sobre la formación de la Tierra por incrustación de cuatro planetas, que se unieron en un solo conjunto ¿Estáis todavía en esta misma creencia?

R. Es un error. Los nuevos descubrimientos geológicos prueban las convulsiones de la Tierra y su formación sucesiva. La Tierra, como los otros planetas, ha tenido su vida propia, y Dios no ha tenido necesidad de este gran desorden, o de esta agregación de planetas. El agua y el fuego son los únicos elementos orgánicos de la Tierra.

11. Pensabais también que los hombres podían entrar en catalepsia durante un tiempo ilimitado, y que el género humano ha sido traído de este modo a la Tierra.

R. Ilusión de mi imaginación, que se iba siempre más allá del objeto. La catalepsia puede ser larga, pero no indeterminada. Tradiciones, leyendas aumentadas por la imaginación oriental. Amigos míos, he sufrido ya mucho repasando las ilusiones con que he alimentado a mi espíritu. No os engañéis con ellas. Había aprendido mucho, y lo puedo afirmar, mi inteligencia, dispuesta a apropiarse estos vastos y diversos estudios. Había conservado de mi última encarnación el amor a lo maravilloso y al conjunto sacado de las imaginaciones populares.

Poco me he ocupado todavía de las cuestiones puramente intelectuales en el sentido en que lo tomáis.

¿Cómo lo podría hacer, deslumbrado, absorto como estoy por el maravilloso espectáculo que me rodea? El lazo del Espiritismo, más poderoso que lo que vosotros, como hombres, podéis concebir, puede sólo atraer mi ser hacia esta Tierra que abandono, no con alegría, lo que sería una impiedad, sino con el profundo reconocimiento de la libertad.

En la suscripción abierta por la sociedad para socorros de los obreros de Lyon, en febrero de 1862, un miembro dio 50 francos, 25 por su propia cuenta y25 en nombre del Sr. Jobard. Este último dictó a este objeto la comunicación siguiente:

“Tengo el mayor placer y reconocimiento porque mis hermanos espiritistas no me han olvidado.

“Gracias al corazón generoso que os ha traído la ofrenda, la misma que yo hubiese dado si hubiera habitado aún vuestro mundo. En éste en que habito ahora no hay necesidad de moneda. Me ha sido, pues, necesario sacar de la bolsa de la amistad, para dar pruebas materiales de que estaba conmovido por el infortunio de mis hermanos de Lyon. Bravos trabajadores que ardientemente cultiváis la viña del Señor, es preciso que creáis que la caridad no es una palabra vana, puesto que pequeños y grandes os han mostrado simpatía y fraternidad. ¡Estáis en la gran vía humanitaria del progreso! ¡Quiera Dios manteneros en ella, para que podáis ser más y más dichosos, los espíritus amigos os sostendrán triunfantes!

“Empiezo a vivir tranquilamente, más pacífico y menos turbado por las evocaciones que como lluvia caían sobre mí. La moda reina también entre los espíritus. Cuando la moda Jobard pase y dé lugar a otra, entraré en la nada del olvido humano. Suplicaré entonces a mis amigos formales, entendiendo por formales aquellos cuya inteligencia no olvida, que me evoquen. Entonces profundizaremos cuestiones tratadas demasiado superficialmente, y vuestro Jobard, transfigurado del todo, podrá seros útil, lo que desea de todo corazón.”

Jobard

Después de los primeros tiempos consagrados a tranquilizar a sus amigos, el Sr. Jobard se ha colocado entre los espíritus que trabajan activamente en la renovación social, esperando su próxima vuelta entre los vivos, para tomar con ellos en la misma una parte más directa.

Desde esta época ha dado a menudo a la sociedad de París, de la que continúa siendo miembro, comunicaciones de una incontestable superioridad, sin desistir de la originalidad y de los graciosos arranques que formaban el fondo de su carácter, y le dan a conocer antes de que haya puesto su firma.

Samuel Philipe

Samuel Philipe era un hombre de bien en toda la acepción de la palabra. Nadie recordaba haberle visto cometer una mala acción, ni haber hecho voluntariamente perjuicio a quien quiera que fuese. De una adhesión sin límites para con sus amigos, se tenía siempre la seguridad de encontrarle dispuesto cuando se trataba de prestar algún servicio, aunque fuese a costa de sus intereses. Penas, fatigas, sacrificios, no le importaban nada con tal de ser útil, y lo hacía naturalmente, sin

ostentación, admirándose de que de esto pudiese hacérsele un mérito. Jamás dejó de hacer lo mismo a los que le habían hecho un mal, y para obligarles, ponía tanto celo como si le hubiesen hecho bien. Cuando tenía negocios con ingratos, expresaba: "No es a mí a quien debe compadecerse, sino más bien a ellos." Aunque muy inteligente y dotado de mucho talento natural, su vida, siempre laboriosa, había sido oscura y sembrada de rudas pruebas. Era una de esas naturalezas elegidas que florecen en la sombra, de quienes el mundo no habla y cuyo resplandor no brilla en la Tierra. Había adquirido en el conocimiento del Espiritismo una fe ardiente en la vida futura y una gran resignación en los males de la vida terrestre. Murió en diciembre de 1862, a la edad de cincuenta años, a consecuencia de una dolorosa enfermedad, sinceramente sentido de su familia y de algunos amigos. Fue evocado muchos meses después de su muerte.

P. ¿Tenéis un recuerdo claro de vuestros últimos instantes en la Tierra?

R. Perfectamente. Este recuerdo me ha venido poco a poco, porque en aquel momento mis ideas estaban todavía confundidas.

P.. ¿Querríais, para nuestra instrucción y el interés que nos inspira vuestra vida ejemplar, describirnos cómo se ha efectuado en vos el pasaje de la vida corporal a la vida espiritual, así como vuestra situación en el mundo de los espíritus?

R. Con mucho gusto. Esta relación no será solamente útil para vosotros, sino que lo será también para mí. Dirigiendo mis pensamientos a la Tierra, la comparación me hace apreciar mejor todavía la bondad del Creador. Vosotros sabéis cuántas tribulaciones envolvieron mi vida terrestre. No tuve jamás falta de valor en la adversidad, ¡gracias a Dios!, y hoy día me felicito de esto. ¡Cuánto hubiera perdido si me hubiese desanimado! Tiemblo sólo al pensar que por mi cobardía, lo que he sufrido hubiera sido sin provecho y tendría que volver a empezar. ¡Oh, amigos míos! Si pudieseis penetraros bien de esta verdad, veríais que en ello va vuestra vida futura. Ciertamente no es comprar esta dicha demasiado cara, pagándola sólo con algunos años de sufrimientos. ¡Si supieseis cuán poca cosa son algunos años en presencia de lo infinito!

Si mi última existencia ha tenido algún mérito a vuestros ojos, no habríais dicho otro tanto de las que la han precedido. Sólo a fuerza de mi trabajo he alcanzado a ser lo que soy ahora. Para borrar los últimos restos de mis faltas anteriores, me ha sido preciso sufrir todavía estas últimas pruebas, que he aceptado voluntariamente. He sacado de la firmeza de mis resoluciones la fuerza de soportarlo sin murmurar. Yo bendigo hoy estas pruebas. Por ellas he roto con el pasado, que no es para mí sino un recuerdo, y puedo en adelante contemplar con legítima satisfacción el camino que he recorrido.

¡Oh, vosotros que me habéis hecho sufrir en la Tierra, que habéis sido duros y malévolos para mí, que me habéis humillado y llenado de amargura, cuya mala fe me ha reducido muchas veces a las más duras privaciones, no solamente os perdono, sino que os doy las gracias!

Queriendo hacer mal, no pensabais que me hacíais tanto bien. Sin embargo, es verdad que a vosotros debo en gran parte la dicha que gozo, porque me habéis dado la ocasión de perdonar y de devolver bien por mal. Dios ha permitido que me salierais al paso para probar mi paciencia, y ejercitarme en la práctica de la caridad más difícil, la del amor a los enemigos.

No os impacientéis por esta digresión. Voy a lo que me pedís.

Aunque sufrí cruelmente en mi última enfermedad, no tuve agonía. La muerte llegó como un sueño, sin luchas ni sacudidas. No teniendo miedo al porvenir, no me aferré a la vida, y por consiguiente, no tuve necesidad de luchar para romper los últimos lazos. La separación se verificó sin esfuerzos, sin dolor y sin que me diese cuenta de ello.

Ignoro cuánto duró este último sueño. pero ha sido corto. El despertar ha sido de una calma

que contrastaba con mi estado precedente. No sentía dolor y . me regocijaba de ello. Quería levantarme y marchar, pero un entorpecimiento que no era nada desagradable y que hasta tenía cierto encanto, me retenía, y yo me abandonaba a él con una especie de deleite sin darme ninguna cuenta de mi situación, y sin pensar que había dejado la Tierra. Lo que me rodeaba me parecía como un sueño. Vi a mi mujer y algunos de mis amigos, de rodillas en la alcoba llorando, y me dije que sin duda me creían muerto. Quise desengañarles, pero no pude articular ninguna palabra, de lo que deduje que soñaba. Lo que me confirmó en esta idea fue que me vi rodeado de muchas personas que apreciaba, muertas desde mucho tiempo, y otras que no reconocí al pronto, y que parecía que me velaban y esperaban que despertase.

Este estado tuvo instantes de lucidez y de somnolencia, durante los cuales recobraba y perdía alternativamente la conciencia de mi *yo*. Poco a poco mis ideas adquirieron más claridad. La luz, que no entreveía sino a través de una niebla, se hizo más brillante. Entonces comencé a reconocerme y comprendí que no pertenecía al mundo terrestre. Si no hubiera conocido el Espiritismo, la ilusión se hubiera, sin duda, prolongado mucho tiempo más.

Mi despojo mortal no estaba todavía enterrado. Lo consideraba con piedad, felicitándome por haberme desembarazado de él. ¡Era tan feliz de ser libre! Respiraba con placer como aquel que sale de una atmósfera nauseabunda. Una indecible sensación de dicha penetraba todo mi ser. La presencia de los que había amado me colmaba de alegría. No estaba nada sorprendido de verles, y esto me parecía muy natural, pero me creía volverles a ver después de un largo viaje. Un hecho me sorprendió, desde luego, y fue que nos comprendíamos sin articular ninguna palabra. Nuestros pensamientos se transmitían por la sola mirada y como por una penetración fluídica.

Sin embargo, no estaba todavía completamente libre de las ideas terrestres. El recuerdo de lo que había sufrido me venía de vez en cuando a la memoria, como para hacerme apreciar mejor mi nueva situación. Había sufrido corporal, pero sobre todo moralmente, había sido presa de la malevolencia, de esas mil perplejidades más penosas quizá que los males reales, porque causan una ansiedad perpetua. Su impresión no se me había borrado enteramente, y a veces me preguntaba si realmente me había desembarazado de ellas. Me parecía oír aún ciertas voces desagradables, sabía las contrariedades que me habían atormentado tan a menudo, y temblaba a pesar mío. Me sondeaba, por expresarlo así, para asegurarme de que no era juguete de un sueño, y cuando hube adquirido la certeza de que todo esto se había acabado, me pareció que me había quitado de encima un peso enorme. Lo que es muy cierto, me decía yo, es que por fin estoy libre de todos los cuidados que hacen un tormento de la vida, y por ello daba gracias a Dios.

Era como un pobre que hereda de repente una gran fortuna: durante algún tiempo duda de la realidad y siente los temores de la necesidad. ¡Oh, si los hombres comprendieran la vida futura ¡Qué fuerza, qué valor daría esta convicción en la adversidad! ¡Qué harían, durante su estancia en la Tierra, para asegurarse de la dicha que Dios reserva a aquellos que han sido dóciles a sus leyes! ¡Verían cuán poco importantes son los goces que envidian al lado de los que desprecian!

P. Ese mundo tan nuevo para vos, y al lado del cual el nuestro tiene tan poca importancia, y quizá los numerosos amigos que habéis vuelto a encontrar en él. ¿os han hecho perder de vista a vuestra familia y a vuestros amigos de la Tierra?

R. Si les hubiera olvidado, sería indigno de la dicha que gozo. Dios no recompensa el egoísmo, sino que, por el contrario, lo castiga. El mundo en que estoy puede hacerme desdeñar la Tierra, pero no los espíritus que están encarnados en ella. Sólo los hombres que se hallan en la prosperidad olvidan a los compañeros de infortunio. Voy a ver muchas veces a los míos, y la buena memoria que de mí conservan me hace feliz. Su pensamiento me atrae, asisto a sus conversaciones, gozo con sus alegrías, sus penas me entristecen, pero no con esa tristeza ansiosa de la vida humana, porque comprendo que no son más que pasajeras y para su bien.

Me causa satisfacción el pensar que un día vendrán a esta morada afortunada donde se desconoce el dolor. Yo me dedico a que se hagan dignas de ella, me esfuerzo en sugerirles buenos

pensamientos, y, sobre todo, la resignación que yo he tenido, conformándome con la voluntad de Dios. Tengo el mayor sentimiento cuando veo que retardan ese momento con su falta de valor, sus murmuraciones, la duda del porvenir, o con alguna acción reprensible. Procuro entonces apartarles del mal camino. Si lo consigo, es una gran dicha para mí, y todos nos regocijamos; si no lo consigo, me digo con sentimiento: "¡Siguen aún en el atraso!", pero me consuelo pensando que no se ha perdido todo irremisiblemente.

El Sr. Van Durst

Antiguo empleado, muerto en Amberes en 1863, a la edad de ochenta años

Poco tiempo después de su muerte, un médium preguntó a su guía espiritual si se le podía evocar, y se le contestó:

"Este espíritu sale lentamente de su turbación. Podría ya responderos, pero la comunicación le costaría mucho trabajo. Os ruego, pues, que esperéis todavía cuatro días, y os responderá. Entonces sabrá ya las buenas intenciones que habéis manifestado respecto a él, y vendrá reconocido y amistosamente."

Cuatro días más tarde el espíritu dictó lo que sigue:

"Amigo mío, mi vida fue de muy poco peso en la balanza de la eternidad. Sin embargo, estoy lejos de ser desgraciado, estoy en la condición humilde, pero relativamente feliz, de aquel que hizo poco mal, sin que por esto me crea perfecto. Si hay gentes felices en una pequeña esfera, yo soy una de ellas. Sólo siento un hecho, y es no haber conocido lo que sabéis ahora; mi turbación hubiera sido menos larga y penosa.

"Gran acontecimiento es, en efecto, vivir y no vivir, ver su cuerpo, estar fuertemente adherido a él, y sin embargo no poder servirse del mismo. Ver a los que se ha amado y sentir extinguirse el pensamiento que nos une a ellos, ¡qué terrible es esto! ¡Oh, qué momento cruel! ¡

Qué momento cuando el aturdimiento os coge y os ahoga! ¡Y un instante después, en tinieblas! ¡Sentir, y después aniquilarse! ¡Se quiere tener la conciencia de su *yo*, y no se puede recobrar! ¡No ser, y sin embargo se siente uno ser, pero se está en una turbación profunda! ¡Y después de un tiempo inapreciable, tiempo de angustias entrecortadas, porque no se tiene la fuerza de sentirlas, después de este tiempo que parece interminable, renacer lentamente a la existencia, despertarse en un nuevo mundo! ¡Basta de cuerpo material, de vida terrestre, de hombres carnales: la vida inmortal ¡Formas ligeras, espíritus que se deslizan por todos lados, que voltean a vuestro alrededor y que no podéis abrazar con vuestra mirada, porque flotan en el infinito! ¡Tener ante sí el espacio y poderlo cruzar con la sola voluntad, comunicar por el pensamiento con todo lo que os rodea!

"Amigo, ¡qué vida nueva! ¡Qué vida brillante! ¡Qué vida de goces...! Salud, ¡oh! Salud, eternidad que me contienes en tu seno... ! ¡Adiós, Tierra que me retuviste tan largo tiempo lejos del elemento natural de mi alma! ¡No, no quiero nada tuyo, porque tú eres la Tierra del destierro y tu mayor dicha no tiene ninguna importancia!

"Pero si hubiera sabido lo que sabéis, ¡cuán fácil y agradable me hubiese sido esta iniciación en la otra vida! Habría sabido antes de morir lo que he debido aprender más tarde, en el momento de la separación, y mi alma se habría desprendido más fácilmente. ¡Estáis en el camino, pero jamás, jamás iréis bastante lejos! Decídselo a mi hijo, pero repetídselo mucho para que crea y se instruya. En este caso, cuando llegue aquí, no estaremos separados.

"Adiós a todos, amigos, adiós, os espero, y mientras estéis en la Tierra, vendré muchas veces a instruirme cerca de vosotros, porque no sé todavía tanto como muchos de los vuestros. Pero yo aprenderé pronto aquí, donde no tengo las trabas que me retenían, y donde no tengo la edad que

debilite mis fuerzas. Aquí se vive a grandes rasgos y se adelanta, porque se ven ante sí horizontes tan bellos, que estamos impacientes por abarcarlos.

"Adiós, os dejo, adiós."

Van Durst

Sixdeniers

Hombre de bien, muerto accidentalmente y conocido del médium en su vida.
Burdeos, 11 de febrero de 1861

P. ¿Podéis darme algunos detalles sobre vuestra muerte?

R. A partir del momento en que me ahogué. sí.

P. ¿Por qué no a partir de antes?

R. Tú los conoces (el médium los conocía, efectivamente).

P. ¿Queréis, pues, describirme vuestras sensaciones después de vuestra muerte?

R. He tardado mucho en reconocerme, pero con la gracia de Dios y la ayuda de los que me rodeaban, cuando la luz se ha hecho, me ha inundado. Por mucho que esperes encontrarás siempre más de lo que creías.

Nada material. Todo hiere los sentidos ocultos, aquello que no alcanza la vista ni la mano, ¿me comprendes? Es una maravilla espiritual que sobrepuja vuestro entendimiento, porque no hay palabras para explicarlo. Esto no puede sentirse más que con el alma.

Mi despertar ha sido muy feliz. La vida es uno de esos sueños que, a pesar de la idea grotesca que se da a esta palabra, no puedo calificar sino de pesadilla.

Figúrate que sueñas, que estás encerrado en un calabozo infecto, que tu cuerpo lo roen gusanos que se introducen hasta la médula de los huesos; que estás suspendido sobre un horno ardiente; que tu boca seca no encuentra ni el aire que la refresque; que tu espíritu, lleno de horror, no ve alrededor suyo más que monstruos preparados a devorarte; figúrate, en fin, todo lo más fantástico, asqueroso y horrible que el sueño pueda crear, y transpórtate repentinamente a un Edén delicioso. Despiértate rodeado de todos los que has amado y llorado; ve a tu alrededor sus caras adoradas sonreírte con alegría; respira los perfumes más suaves, refresca tu seca garganta en la fuente de agua viva; siente cómo tu cuerpo se suspende en el espacio infinito que le lleva y le mece, como lo hace la brisa con la flor que descuella en la cima de un árbol. Siéntete envuelto en el amor de Dios como el niño que nace está envuelto en el amor de su madre, y no tendrás más que una idea imperfecta de esta transición. He procurado explicarte la dicha de la vida que espera al hombre después de la muerte de su cuerpo, pero no he podido. ¿Se explica lo infinito a aquel que tiene los ojos cerrados a la luz, y cuyos miembros no han podido salir jamás del círculo estrecho en que están cerrados? Para explicarte la felicidad eterna, te diría: ¡Ama! Porque sólo el amor puede hacerla presentir, y quien dice amor, dice ausencia de egoísmo.

P. ¿Vuestra situación ha sido dichosa desde vuestra entrada en el mundo de los espíritus?

R. No, he tenido que pagar la deuda del hombre. Mi corazón me había hecho presentir el porvenir del espíritu, pero no tenía fe. He debido expiar mi indiferencia por el Creador, pero su misericordia ha tomado en cuenta el poco bien que había podido hacer, los dolores que había experimentado con resignación a pesar de mi sufrimiento, y su justicia, que tiene una balanza que los hombres no comprenderán jamás. Ha pesado el bien con tanta bondad y amor, que el mal se ha borrado pronto.

P. ¿Queréis darme noticias de vuestra hija? (muerta cuatro o cinco años después de su padre).

R. Está en misión en vuestra Tierra.

P. ¿Es dichosa como criatura? No quiero haceros preguntas indiscretas.

R. Bien lo sé, ¿crees que no veo tu pensamiento como un cuadro ante mis ojos? No, como criatura no es dichosa. Al contrario, todas las miserias de vuestra vida deben alcanzarla; pero debe preconizar con su ejemplo esas grandes virtudes que vosotros tanto encomiáis. Yo la ayudaré porque debo velar por ella, mas no tendrá gran trabajo en superar los obstáculos. *No estará en expiación, sino en misión.* Tranquilízate, pues, respecto de ella, y gracias por tu recuerdo.

En este momento. el médium experimenta dificultad en escribir, y manifiesta:

P. Si es un espíritu que sufre el que me detiene, le suplico se nombre.

R. Una desgraciada.

P. ¿Queréis decirme vuestro nombre?

R. Valeria.

P. ¿Queréis referirme qué es lo que os ha conducido al castigo?

R. No.

P. ¿Os arrepentís de vuestras faltas?

R. Bien lo ves.

P. ¿Quién os ha conducido aquí?

R. Sixdeniers.

P. ¿Con qué fin lo ha hecho?

R. Para que tú me ayudes.

P. ¿Erais vos quien me impedía escribir ahora mismo?

R. Él me ha puesto en su lugar.

P. ¿Qué relación hay entre vosotros?

R. Él me guía.

P. Pedidle que una su plegaria a la nuestra. (Después de la oración, Sixdeniers vuelve a tomar la palabra.)

R. Gracias por ella, tú lo has comprendido, no te olvidaré. Piensa en ella.

P. (A Sixdeniers). Como espíritu, ¿tenéis encargo de guiar a otros espíritus que sufren?

R. No, pero tan pronto como conducimos uno al bien, tomamos otro, sin abandonar por esto a los primeros.

P. ¿Cómo podéis bastar a una vigilancia que debe multiplicarse con los siglos hasta lo infinito?

R. Comprended que los que nosotros hemos guiado, se depuran y progresan. Nos dan menos trabajo, y al mismo tiempo, nos elevamos nosotros mismos, y ascendiendo, nuestras facultades progresan, y nuestro poder irradia en proporción de nuestra pureza.

***Observación.* Los espíritus inferiores están, pues, asistidos por los buenos espíritus, que tienen la misión de guiarles. Esta tarea no es exclusivamente propia de los encarnados, pero éstos deben concurrir a ella porque para ellos es un medio de adelanto.**

Cuando un espíritu inferior se interpone en una buena comunicación, como en el caso presente, sin duda que no lo hace siempre con una buena intención. Pero los buenos espíritus lo permiten, sea como prueba, sea a fin de que aquel a quien se dirige trabaje en su mejoramiento. Su persistencia, es verdad, degenera a veces en obsesión, pero cuanto más tenaz es, tanto más demuestra cuán grande es la necesidad de asistencia. Se hace, pues, un mal en rechazarle. Es preciso mirarle como un pobre que viene a pedir limosna, y referir: "Éste es un espíritu desgraciado que los buenos me envían para que lo eduque. Si lo consigo, tendré la alegría de haber conducido un alma al bien, y de haber abreviado sus sufrimientos."

Esta tarea es a menudo penosa. Sin duda sería más agradable tener siempre buenas comunicaciones y no conversar sino con espíritus de nuestro gusto. Pero buscando nuestra propia satisfacción y rehusando las ocasiones que se nos presentan para hacer bien, no es como se merece la protección de los buenos espíritus.

El Dr. Demeure

Muerto en Albi (Tarn) el 25 de enero de 1865

El Sr. Demeure era un médico homeópata muy distinguido de Albi. Su carácter, tanto como su saber, le había conquistado la estimación y la veneración de sus conciudadanos. Su bondad y su caridad eran inagotables y a pesar de su avanzada edad, ningún trabajo le costaba ir a prestar sus cuidados a los pobres enfermos. El precio de sus visitas era el menor de sus cuidados. Estaba más dispuesto a prestárselos al desgraciado, que a aquel que sabía que podía pagarle, porque decía que éste, a falta suya, podía siempre procurarse otro médico.

Al primero no solamente daba los remedios gratuitamente, sino que a menudo le dejaba con que sufragar las necesidades materiales, lo que es a veces el más útil de los medicamentos. Se puede
afirmar de él que era el cura de Ars de la medicina.

El Sr. Demeure había abrazado con ardor la doctrina espiritista, en la que encontró la clave de los más graves problemas, de los cuales había vanamente pedido la solución a la ciencia y a todas las filosofías. Su espíritu profundo e investigador le hizo inmediatamente comprender toda su importancia. También fue uno de sus más celosos propagadores. Por correspondencia se habían establecido entre nosotros relaciones de viva y mutua simpatía.

Supimos su muerte el 30 de enero, y nuestro primer pensamiento fue el de conversar con él. He aquí la comunicación que nos dio el mismo día:

"Heme aquí. Había prometido, cuando vivía, que después de mi muerte vendría, si me era posible, a dar la mano a mi querido maestro y amigo Allan Kardec.

"La muerte dio a mi alma ese pesado sueño que se llama letargo, pero mi pensamiento velaba. He sacudido esa torpeza funesta, que prolonga la turbación que sigue a la muerte. Me he despertado, y de un salto he hecho el viaje.

"¡Qué feliz soy! No soy viejo ni achacoso. Mi cuerpo no era más que un disfraz sobrepuesto. Soy joven y hermoso, con esa eterna juventud de los espíritus, sin pliegues que arruguen las facciones, sin cabellos que encanezcan con el tiempo. Soy ligero como el ave que atraviesa de un vuelo rápido el horizonte de vuestro cielo nebuloso, y admiro, contemplo, bendigo, amo y me inclino, átomo, ante la grandeza, la sabiduría, la ciencia de nuestro Creador, ante las maravillas que me rodean.

"Soy dichoso, ¡estoy en la gloria! ¡Oh! ¿Quién podrá jamás revelar las espléndidas hermosuras de la Tierra de los elegidos, los cielos, los mundos, los soles, su misión en el gran concurso de la armonía universal? ¡Pues bien! yo probaré, maestro mío, voy a hacer de ello el estudio, vendré a depositaros el homenaje de mis trabajos de espíritu, que os dedico por adelantado. Hasta luego."

Demeure

Las dos comunicaciones siguientes, dadas el 1 y el 2 de febrero, son relativas a la enfermedad de que estoy atacado en este momento. Aunque sean personales, las reproducimos porque prueban que el Sr. Demeure es tan bueno en espíritu como lo era siendo hombre.

"Mi buen amigo, tened confianza en nosotros y buen ánimo. Esta crisis, aunque fatigosa y dolorosa, no será duradera, y con los tratamientos prescritos podréis, según vuestros deseos, completar la obra que ha sido el objeto principal de vuestra existencia. No obstante, estoy siempre a vuestro lado con el Espíritu de Verdad, quien me permite tomar en su nombre la palabra como el último de vuestros amigos que ha venido entre los espíritus. Me hacen los honores de la bienvenida. Querido maestro, ¡qué feliz soy de haber muerto a tiempo para estar con ellos en este momento! Si hubiese muerto más pronto, quizás os hubiera podido evitar esta crisis que no preveía. Hacía muy poco tiempo que estaba desencarnado para ocuparme de otro asunto más que de lo espiritual. Pero ahora os velará, querido maestro, vuestro hermano y amigo que está contento de ser espíritu para poder estar a vuestro lado, y cuidaros en vuestra enfermedad. Conocéis el proverbio: «Ayúdate, y el

cielo te ayudará.» Ayudad, pues. a los buenos espíritus en los cuidados que os tienen, conformándoos estrictamente con sus prescripciones.

"Hace aquí demasiado calor. Ese carbón os es nocivo. Mientras estéis enfermo, no lo encendáis. Contribuye a aumentar vuestra opresión. Los gases que de él se desprenden son deletéreos.

"Vuestro amigo."

Demeure

"Soy yo, Demeure, el amigo de Kardec. Vengo a manifestarle que estaba cerca de él en el acto del accidente que ha tenido, y que pudo ser funesto sin una intervención eficaz, a la que he tenido la suerte de concurrir. Según mis observaciones y las noticias que he tomado de buena fuente, es evidente para mí que cuanto más pronto se verifique su desencarnación más pronto podrá reencarnarse para poder acabar su obra. Sin embargo, le es preciso dar, antes de partir, la última mano a las obras que deben completar la teoría doctrinal, de la cual es el iniciador, y se hace culpable de homicidio voluntario contribuyendo, por exceso de trabajo, a lo defectuoso de su organización que le amenaza de una repentina partida para nuestros mundos. No debe temerse señalarle toda la verdad, para que esté sobre aviso y siga literalmente nuestras prescripciones."

Demeure

La comunicación siguiente fue obtenida en Montauban el 26 de enero, al día siguiente de su muerte, en el círculo de los amigos espiritistas que había en aquella ciudad.

"Antonio Demeure. No he muerto para vosotros, mis buenos amigos, sino para aquellos que no conocen esta santa doctrina que reúne a los que se han amado en esta Tierra, y han tenido los mismos pensamientos de amor y de caridad.

"Soy feliz, más feliz de lo que podía esperar, porque gozo de una lucidez rara entre los espíritus separados de la materia hace tan poco tiempo. Tened valor, amigos míos, estaré a menudo cerca de vosotros, y no dejaré de instruiros sobre muchas materias que ignoramos cuando estamos sujetos a nuestra pobre materia, que nos oculta tantas magnificencias y tantos goces. Rogad por los que están privados de esta dicha, porque no saben el mal que se hacen a sí mismos.

"No continuaré hoy mucho tiempo, pero os diré que no me encuentro del todo extraño en este mundo de los invisibles. Me parece que lo he habitado siempre. Soy feliz, porque veo a mis amigos y puedo comunicarme con ellos todas las veces que lo deseo.

"No lloréis, amigos míos. Me haríais sentir el haberos conocido. Dejad obrar al tiempo , y Dios os conducirá a esta morada en que debemos todos encontramos reunidos. Buenas noches, amigos míos, que Dios os consuele. Estoy aquí, cerca de vosotros."

Demeure

Otra carta de Montauban contiene el relato siguiente:

"Ocultamos a la Sra. G..., médium vidente y sonámbula muy lúcida, la muerte del Sr. Demeure, para no afectar su extrema sensibilidad, y el buen doctor, comprendiendo sin duda nuestras miras, había evitado manifestarse a ella. El l0 de febrero último, estábamos reunidos a invitación de nuestros guías, que decían querían aliviar a la Sra. G... de una torcedura de pie, de la cual sufría cruelmente desde la víspera. Nada más sabíamos y estábamos lejos de pensar en la sorpresa que nos preparaban. Apenas estuvo esta señora en estado de sonambulismo, dio gritos desgarradores, señalando el pie. He aquí lo que pasó:

"La Sra. G... veía un espíritu encorvado sobre su pierna, ocultando sus facciones. Hacía

fricciones, y como si hiciera maceraciones, ejerciendo de tiempo en tiempo en la parte enferma una tracción longitudinal, absolutamente como habría podido hacerlo un médico. La operación era tan dolorosa, que la paciente se abandonaba a veces a los gritos más espantosos y a grandes convulsiones. Pero la crisis no fue de mucha duración. Al cabo de diez minutos, toda señal de torcedura había desaparecido; ninguna hinchazón, el pie había tomado su apariencia normal. La Sra. G... estaba curada.

"Sin embargo, el espíritu permanecía siempre oculto del médium, y persistía en no mostrar sus facciones. Casi se le conocía el ademán de escaparse, cuando nuestra enferma, que pocos minutos antes no podía dar un paso, de un salto se puso en medio de la habitación para coger y apretar la mano de su doctor espiritual. Sin embargo, el espíritu había también desviado su cabeza, abandonando sólo la mano en la suya. En este momento, la Sra. G... dio un grito y cayó desmayada sobre el pavimento: acababa de reconocer al Sr.Demeure en el espíritu que la había curado. Durante el síncope recibía cuidados solícitos de muchos espíritus simpáticos. En fin, habiendo reaparecido la lucidez sonambúlica, habló con los espíritus, cambiando con ellos apretones de manos, particularmente con el espíritu del doctor, que correspondía a sus muestras de afecto, comunicándole un fluido reparador."

Esta escena, ¿no es acaso tierna y conmovedora? ¿Y no se creería ver a todos estos personajes representando su papel como si estuvieran en la vida humana? ¿No es ésta una prueba entre mil de que los espíritus son seres muy reales, teniendo un cuerpo y obrando como lo hacían en la Tierra? Éramos felices de volver a encontrar a nuestro amigo espiritualizado con su buen corazón y su delicada solicitud. Había sido durante su vida el médico del médium. Conocía su extremada sensibilidad, y la había tratado como a su propia hija. Esta prueba de identidad dada a los que el espíritu amaba, ¿no es interesante y muy oportuna para que la vida futura se mire bajo un aspecto más consolador?

Observación. **La situación del Sr. Demeure como espíritu es la que podía hacer presentir su vida tan digna y tan útilmente empleada. Pero otro hecho no menos instructivo resalta de estas comunicaciones: ésta es la actividad que despliega casi inmediatamente después de su muerte para ser útil.**

Por su alta inteligencia y sus cualidades morales, pertenece al orden de los espíritus muy avanzados. Es dichoso. pero su dicha no está en la inacción. Hacía algunos días que curaba a los enfermos como médico, y apenas desprendido, se apresura a cuidarlos como espíritu. ¿Qué se gana, pues, con estar en el otro mundo, dirán ciertas personas, si no se goza en el descanso? A esto les preguntaremos a su vez: ¿Creéis que no es nada el no tener los cuidados, ni las necesidades, ni los achaques de la vida, el ser libre y poder recorrer sin fatigarse el espacio, con la rapidez del pensamiento, ir a ver a sus amigos a todas horas a cualquier distancia que se encuentren? Y añadamos que cuando estéis en el otro mundo, nadie os forzará a trabajar. Podréis estar en una ociosa beatitud tanto tiempo como os plazca, pero os cansaréis pronto de este reposo egoísta, y seréis los primeros en pedir una ocupación.

Entonces se os responderá: Si os fastidia la ociosidad, procurad buscar vosotros mismos el modo de ocuparos en algo: las ocasiones de hacerse útil no faltan, tanto en el mundo de los espíritus como entre los hombres.

Así es que la actividad espiritual no se impone. Es una necesidad, una satisfacción para los espíritus que buscan las ocupaciones en relación con sus gustos y sus aptitudes, y eligen con preferencia las que pueden ayudar a su adelanto.

La Sra. Wollis

Viuda de Foulon

La Sra. de Foulon, muerta en Antibes el 3 de febrero de 1865, había vivido mucho tiempo en El Havre, donde adquirió reputación como pintora muy hábil en miniatura. Su notable capacidad no

le sirvió por de pronto sino para distraerse como aficionada, pero, más tarde, cuando vinieron días malos, supo hacer de su facultad un precioso recurso. La amenidad de su carácter, sus cualidades privadas, que sólo pueden apreciar los que sabían su vida íntima en toda su extensión, le habían conquistado el aprecio y el amor de todos los que la conocían.

Como todos aquellos en quienes el sentimiento del bien es innato, no hacía de ello ostentación, ni tan sólo lo sabía. Si hay alguno en quien el egoísmo no haya hecho ninguna mella, sin duda es una de tantos. Puede ser que jamás el sentimiento de la abnegación personal fuese llevado más lejos. Siempre dispuesta a sacrificar su reposo, su salud, sus intereses por aquellos a quienes podía ser útil, su vida no fue más que una larga serie de sacrificios, así como fue desde su juventud una larga serie de rudas y crueles pruebas. ante las cuales el valor y perseverancia no le han faltado jamás. Pero su vista. fatigada por un trabajo minucioso. Disminuía de día en día. Algún tiempo más. Y la ceguera, muy adelantada va, hubiera sido completa.

Cuando la Sra. Foulon tuvo conocimiento de la doctrina espiritista, fue para ella como una chispa luminosa. Le parecía que un velo se levantaba mostrando alguna cuestión que no le era del todo desconocida, pero de la que no tenía más que una vaga intuición. Así es que la estudió con ardor, pero al mismo tiempo con aquella lucidez de espíritu, con aquella exactitud de apreciación que era propia de su alta inteligencia. Es necesario conocer todas las tribulaciones de su vida, tribulaciones que tenían siempre por móvil no ella misma, sino los seres que le eran queridos, para comprender todos los consuelos que adquirió de esta sublime revelación que le daba una fe inquebrantable en el porvenir y le mostraba la pequeñez de la existencia terrestre.

Su muerte fue digna de su vida. La vio venir sin ningún temor, pues era para ella la libertad de los lazos terrestres, que debía abrirla esa bienaventurada vida espiritual con la cual se había identificado por el estudio del Espiritismo. Ha muerto en calma, porque tenía la conciencia de haber cumplido la misión que había aceptado viniendo a la Tierra, de haber llenado escrupulosamente sus deberes de esposa y madre de familia, porque durante su vida había también abjurado todo resentimiento contra aquellos que se portaron mal con ella y que la habían pagado con ingratitud, porque les había vuelto siempre bien por mal. Y ha dejado esta vida perdonándoles, dejándolo todo a la bondad y a la justicia de Dios. Ha muerto, en fin, con la serenidad que da una conciencia pura, y la certeza de estar menos separada de sus hijos que durante la vida corporal, puesto que podrá en adelante estar con ellos en espíritu en cualquier punto del globo que se encuentren, ayudarles con sus consejos y envolverles con su protección.

Desde que supimos la muerte de la Sra. Foulon, nuestro primer deseo fue conversar con ella. Las relaciones de amistad y de simpatía que la doctrina espiritista había hecho nacer entre nosotros explican algunas de sus palabras v la familiaridad de su lenguaje.

I

París, 6 de febrero, tres días después de su muerte

"Estaba segura de que tendríais el pensamiento de evocarme luego de mi libertad, y estaba preparada a responderos, porque no he conocido turbación. Sólo los que tienen miedo se hallan envueltos en sus espesas tinieblas.

"¡Pues bien! Amigo mío, ahora soy dichosa. Estos pobres ojos que se habían debilitado y que no me dejaban sino el recuerdo de los prismas que habían matizado mi juventud con sus diferentes resplandores, se han abierto aquí y han vuelto a encontrar los espléndidos horizontes que idealizan, en sus vagas reproducciones, algunos de vuestros grandes artistas, pero cuya realidad majestuosa, severa, llena de encantos, tiene impresa la más completa realidad.

"No hace más que tres días que he muerto y siento que soy artista. Mis inspiraciones hacia

lo ideal de la hermosura en el arte no eran sino la intuición de una facultad que había estudiado y adquirido en otras existencias y que se ha desenvuelto en mi última. ¡Pero qué tengo que hacer para reproducir una obra maestra digna de la gran escena que impresiona al espíritu al llegar a la región de la luz! ¡Pinceles! ¡Pinceles! Y probaré al mundo que el arte espiritista es el coronamiento del arte pagano, del arte cristiano que peligra, y que sólo al Espiritismo está reservada la gloria de hacerle revivir con todo su brillo sobre vuestro mundo.

"Basta para el artista. Vamos a la amiga. ¿Por qué, mi buena amiga (la Sra. de Allan Kardec), os afectáis así por mi muerte? Sobre todo sabiendo las decepciones y las amarguras de mi vida. Al contrario, debíais regocijaros al ver que ahora no he de beber en la copa amarga de los dolores terrestres que he vaciado hasta las heces. Creedme. Los muertos son más felices que los vivos, y llorarlos es dudar de la verdad del Espiritismo. Me volveréis a ver, estad segura de ello. He partido la primera, porque mi tarea ahí estaba concluida. Cada uno tiene que llenar la suya en la Tierra, y cuando la vuestra haya terminado, vendréis a descansar un poco a mi lado, para volver a empezar, si es preciso, puesto que no está en la naturaleza el permanecer inactivo. Cada uno tiene sus tendencias y obedece a ellas. Ésta es una ley suprema que prueba la potencia del libre albedrío. Además, buena amiga, indulgencia y caridad: todos tenemos necesidad de éstas recíprocamente, sea en el mundo visible. sea en el mundo invisible. Con esta divisa todo va bien.

"No me diríais que me detuviese. ¡Sabéis que hablo demasiado por la primera vez! Os dejo, pues, para volver a mi excelente amigo Kardec. Quiero darle las gracias por las afectuosas palabras que ha tenido a bien dirigir a la amiga que le ha precedido en la tumba. Porque ha faltado poco para partir juntos al mundo en que me encuentro, mi buen amigo. (Alusión a la enfermedad que habla el Dr. Demeure) ¿Qué habría dicho la compañera y muy amada de vuestros días, si los buenos espíritus no hubieran mediado en ello? Entonces sí que hubiera llorado y gemido, y lo comprendo. Pero también es necesario que vele para que no os expongáis de nuevo al peligro antes de haber acabado vuestro trabajo de iniciación espiritista. Sin esto corréis riesgo de llegar demasiado pronto entre nosotros, y de no ver, como Moisés, la tierra prometida sino de lejos. Estad sobre aviso. Os lo previene una amiga.

"Ahora, me marcho. Voy al lado de mis hijos. Después a ver, más allá de los mares, si mi oveja viajera ha llegado por fin a puerto, o si es juguete de la tempestad. (Una de sus hijas que habitaba en América). Que los buenos espíritus la protejan. Con este propósito voy a reunirme con ellos. Volveré a hablaros, porque soy una habladora infatigable, ya lo recordaréis. Hasta la vuelta, pues, mis buenos y queridos amigos. Hasta luego."

Viuda Foulon

II

8 de febrero de 1865

P. Querida Mme. Foulon, estoy muy contento por la comunicación que habéis dado para mí el otro día y con vuestra promesa de continuar nuestras conversaciones. Os he reconocido perfectamente en la comunicación. Habláis en ella de cosas ignoradas del médium, y que sólo pueden ser vuestras. Después, vuestro afectuoso lenguaje en cuanto a mí es el de vuestra alma cariñosa. Pero hay en él una seguridad, un aplomo, una firmeza que no os conocía en vuestra vida. Sabéis que sobre esto me he permitido más de una amonestación en ciertas circunstancias.

R. Es verdad, pero desde que me vi gravemente enferma, he recobrado mi firmeza de espíritu, perdida por las penas y las vicisitudes que me habían a veces hecho tímida durante la vida.

Me he dicho: tú eres espiritista. Olvida la tierra. Prepárate a la transformación de tu ser, y ve, por el pensamiento, el sendero luminoso que debe seguir tu alma al dejar tu cuerpo, y que la conducirá dichosa y libre a las esferas celestes en que tú debes vivir en adelante.

Me diréis que era un poco presuntuoso por mi parte contar con la dicha perfecta al dejar la Tierra. Pero había sufrido tanto, que tuve que expiar mis faltas de esta existencia y de las precedentes. Esta intuición no me engañó, y ella es la que me dio el valor, la calma y la firmeza de los últimos instantes. Esta firmeza se ha aumentado naturalmente cuando después de mi libertad he visto mis esperanzas realizadas.

P. ¿Queréis describirnos ahora vuestro tránsito, vuestro despertar y vuestras primeras impresiones?

R. He sufrido, pero mi espíritu ha sido más fuerte que el sufrimiento material que le hacía sentir el desprendimiento. Me he encontrado, *después del último suspiro*, como en síncope, sin tener ninguna conciencia de mi estado ni pensar en nada y en una vaga somnolencia que no era ni el sueño del cuerpo, ni el despertar del alma. He permanecido bastante tiempo así. Después, como si saliese de un largo desmayo, me he despertado poco a poco en medio de hermanos que no conocía. Me prodigaban sus cuidados y sus caricias, me mostraban un punto en el espacio que parecía una estrella brillante, y me han dicho: "Allí es a donde vas a ir con nosotros. Tú no perteneces a la Tierra." Entonces he recobrado la memoria. Me he apoyado en ellos, y como un grupo gracioso que se lanza a las esferas desconocidas, pero con la certidumbre de encontrar allí la dicha, hemos subido, subido, y la estrella se engrandecía. Era un mundo feliz, un mundo superior, donde vuestra buena amiga va a encontrar por fin el descanso. Quiero decir, el descanso debido a las fatigas corporales que he sufrido y a las vicisitudes de la vida terrestre. Pero no la indolencia del espíritu, porque la actividad del espíritu es un goce.

P. ¿Es decir, que habéis dejado definitivamente la Tierra?

R. Tengo aún en ella muchos seres que me son queridos para dejarla definitivamente. Volveré a ella, pues, en espíritu, porque tengo que cumplir una misión al lado de mis hijos. Bien sabéis, por otra parte, que ningún obstáculo se opone a que los espíritus que habitan en los mundos superiores a la Tierra vengan a visitarla.

P. La situación en que estáis parece debe debilitar vuestras relaciones con aquellos que habéis dejado aquí.

R. No, amigo mío: El amor une las almas. Creedme, se puede estar en la Tierra más cerca de los que han alcanzado la perfección que de aquellos que la inferioridad y el egoísmo hace dar vueltas alrededor de la esfera terrestre. La caridad y el amor son dos motores de una atracción poderosa. Es el lazo que cimenta la unión de las almas, enlazadas la una a la otra, y la continúa a pesar de la distancia y de los lugares. No hay distancia sino para los cuerpos materiales. No la hay para los espíritus.

P. ¿Qué idea os formáis ahora de mis trabajos concernientes al Espiritismo?

R. Encuentro que tenéis cargo de almas y que es penoso de llevar. Pero veo el fin y sé que lo alcanzaréis. Os ayudaré, si puede ser, con mis consejos de espíritu para que podáis superar las dificultades que os serán suscitadas, comprometiéndoos a propósito a tomar ciertas medidas propias para activar en vuestra vida el movimiento renovador a que se dirige el Espiritismo. Vuestro amigo Demeure, unido al Espíritu de Verdad, os será un auxilio más útil todavía. Es más sabio y lúcido que yo. Pero como sé que la asistencia de los buenos espíritus os fortifica y sostiene en vuestra obra, creed que la mía os la ofrezco siempre y por todas partes.

P. Se podría deducir de algunas de vuestras palabras que no prestaréis una cooperación personal muy activa a la obra del Espiritismo.

R. Os engañáis. Pero veo tantos otros espíritus más capaces que yo para tratar esta importante cuestión, que un sentimiento invencible de timidez me impide, por el momento, responderos según vuestros deseos. Puede ser que esto suceda, y entonces tendré más ánimo y atrevimiento, pero es preciso que antes lo conozca mejor. No hace más que cuatro días que he muerto. Estoy aún bajo la impresión del encanto, del deslumbramiento que me rodea. Amigo mío, ¿no lo comprendéis? No soy capaz de expresar las nuevas sensaciones que experimento. He debido obligarme para volver en mí de la fascinación que ejercen sobre mi ser las maravillas que admiro. No puedo hacer otra cosa sino bendecir y adorar a Dios en sus obras. Pero esta situación pasará. Los espíritus me aseguran que pronto estaré acostumbrada a todas estas magnificencias, y que podré entonces con mi lucidez de espíritu tratar todas las cuestiones relativas a la renovación terrestre. Además de esto debéis considerar que en este momento, sobre todo, tengo una familia que consolar.

Adiós y hasta luego. Vuestra buena amiga que os ama y os amará siempre, maestro mío, porque sois vos a quien he debido el único consuelo perdurable y verdadero que he conocido en la Tierra.

Viuda de Foulon

III

La comunicación siguiente la dio para sus hijos el 9 de febrero:

"Hijos míos muy amados. Dios me ha separado de vosotros. Pero la recompensa que se ha dignado concederme es muy grande en comparación con lo poco que he hecho en la Tierra. Sed resignados, mis buenos hijos a la voluntad del Altísimo. Sacad de todo aquello que ha permitido que recibierais la fuerza para soportar las pruebas de la vida. Tened siempre en vuestro corazón la firmeza de esta creencia, que ha facilitado tanto mi pasaje de la vida terrestre a la vida que dos espera, al salir de este atrasado mundo. Dios ha extendido sobre mí, después de mi muerte, su inagotable bondad, como quiso hacerlo cuando estaba en la Tierra. Dadle las gracias por todos los beneficios que os conceda. Bendecidle, hijos míos, bendecidle siempre y en todos los instantes. No perdáis jamás de vista el fin que se os ha indicado ni el camino que debéis seguir: pensad en el empleo que debéis hacer del tiempo que Dios os concede en la Tierra. Seréis en ella dichosos, mis muy amados, dichosos los unos por los otros, si la unión reina entre vosotros. Dichosos por vuestros hijos, si los educáis en el buen camino que Dios ha permitido revelaros.

"¡Oh!, si no podéis verme, sabed bien que el lazo que nos unía ahí en la Tierra no está roto por la muerte del cuerpo, porque no era la envoltura la que nos unía, sino el espíritu. Por esta razón, amados míos, podré mediante la bondad del Todopoderoso guiaros todavía y daros ánimo en vuestro camino para volvernos a unir más tarde.

"Id, hijos míos. Cultivad con el mismo amor esta sublime creencia. Hermosos días os están reservados a los que creéis. Ya se os ha dicho, pero yo no debía verlos en la Tierra. Más, desde lo alto, contemplaré los templos venturosos, prometidos por Dios bueno, justo y misericordioso.

"No lloréis, hijos míos. Que estas conversaciones fortifiquen vuestra fe, vuestro amor a Dios, que tantos dones ha derramado sobre vosotros, quien ha enviado tantas veces socorros a vuestra madre. Rogadle siempre. La oración fortifica. Conformaos con las instrucciones que yo seguía tan ardientemente durante la vida que Dios os conceda.

"Volveré a vosotros, hijos míos. Pero es preciso que sostenga a mi pobre hija, que tanta necesidad tiene de mí. Adiós, hasta luego. Creed en la bondad del Todopoderoso. Le ruego por vosotros. Hasta la vista."

Observación. **Cualquier espiritista formal e ilustrado deducirá fácilmente de estas comunicaciones las enseñanzas que resultan de ellas. No llamaremos, pues, la atención sino sobre dos puntos. El primero es que este ejemplo nos demuestra la posibilidad de no encarnarse en la Tierra, y de pasar de aquí a un mundo superior, sin estar por esto separado de los seres amados que se dejan en ella. Aquellos, pues, que temen la reencarnación a causa de las miserias de la vida, pueden librarse de la misma haciendo lo que es necesario, esto es, trabajando en su mejoramiento, así como aquel que no quiere vegetar en las clases inferiores, debe instruirse y trabajar para ascender un grado.**

El segundo punto es la confirmación de la verdad de que, después de la muerte, estamos menos separados de los seres que nos son queridos que durante la vida. La Sra. Foulon, retenida por la edad y los achaques en una pequeña ciudad del Mediodía, no tenía a su lado más que una parte de su familia.

La mayor parte de sus hijos y de sus amigos estaban lejos de ella. Obstáculos materiales se oponían a que pudiese verles tan a menudo como unos y otros hubiesen deseado. La gran distancia hacía también que la correspondencia fuese rara y difícil para algunos. Apenas se desembarazó de su envoltura, corre ligera al lado de cada uno, salva las distancias sin fatiga, con la rapidez de la electricidad, les ve, asiste a sus reuniones íntimas, les rodea con su protección, y puede por la mediumnidad conversar con ellos en todos los instantes, como cuando vivía, ¡Y decir que a este consolador pensamiento hay gentes que prefieren la idea de una separación indefinida!

Un médico ruso

El Sr. P... era un médico de Moscú, tan distinguido por sus eminentes cualidades morales como por su saber. La persona que le evocó le conocía tan sólo por su reputación, y no había tenido con él más que relaciones indirectas. La comunicación original estaba en idioma ruso.

P. (Después de la evocación). ¿Estáis aquí?

R. Sí. El día de mi muerte os perseguía con mi presencia, pero habéis resistido a todas mis tentativas para haceros escribir. Había oído vuestras palabras sobre mí: esto me hizo conoceros, y entonces, para seros útil, tuve el deseo de entablar conversación con vos.

P. ¿Por qué, siendo tan bueno, habéis sufrido tanto?

R. Esto era una de las bondades del Señor, que quería que sintiera doblemente el precio de mi libertad, y hacerme adelantar todo lo más posible en la Tierra.

P. ¿La idea de la muerte os ha causado terror?

R. No. Tenía mucha fe en Dios y me sirvió en este caso.

P. ¿La separación ha sido dolorosa?

R. No. Lo que llamáis el último momento, no es nada. No he sentido más que un ligero crujido, y después me he considerado muy feliz, viéndome desembarazado de mi miserable envoltura.

P. ¿Qué ha sucedido entonces?

R. He tenido la dicha de ver una porción de amigos que me salían al encuentro, dándome la bienvenida, especialmente aquellos a quienes tuve la fortuna de ayudar.

P. ¿Qué región habitáis? ¿Estáis en un planeta?

R. Todo lo que no es mundo, es lo que vosotros llamáis el espacio, en el cual estoy. Pero, ¡qué grados en esta inmensidad de la cual el hombre no puede formarse una idea! ¡Qué gradación en esta escala de Jacob que va de la tierra al cielo, esto es, del envilecimiento de la encarnación en un mundo inferior como el vuestro, hasta la purificación completa del alma! A donde estoy no se llega sino en virtud de muchas pruebas, lo que significa muchas encarnaciones.

P. ¿Según esto, debéis haber tenido muchas existencias?

R. ¿Cómo podría ser de otra manera? Nada es excepcional en el orden inmutable establecido por Dios. La recompensa no puede venir sino después de la victoria conseguida en la lucha. Y cuando la recompensa es grande, es de toda necesidad que la lucha lo sea también. Pero la vida humana es tan corta, que la lucha no es real sino por intervalos, y estos intervalos son las diferentes existencias sucesivas. Así pues, si yo estoy en uno de los escalones más elevados, he alcanzado esta

dicha por una serie de luchas en las que Dios ha permitido que obtuviese algunas veces la victoria.

P. ¿En qué consiste vuestra dicha?

R. Esto es más difícil de hacéroslo comprender. La dicha que gozo es un contento extremo de mí mismo, no de mis méritos, esto sería orgullo, y el orgullo es cualidad de los espíritus atrasados, sino un contento saturado, por decíroslo así, del amor de Dios, en el reconocimiento de su bondad infinita. Es la alegría profunda de ver lo bueno. el bien. De decirme: tal vez he contribuido al mejoramiento de algunos de los que se han elevado hacia el Señor. Está uno como identificado con el bienestar. Es una especie de fusión del espíritu y de la bondad divina. Se tiene el don de ver los espíritus más purificados, comprenderles en sus misiones, y saber que llegaremos a eso mismo también. Se entrevé en el infinito inconmensurable las regiones tan resplandecientes del fuego divino, que uno se deslumbra contemplándolas aunque a través del velo que las cubre todavía. ¿Pero qué os digo? ¿Comprendéis mis palabras? ¿Este fuego de que os hablo, creéis que sea semejante al sol, por ejemplo? No, no. Es una cosa indecible para el hombre, porque las palabras no expresan más que los objetos, las cosas físicas o metafísicas de que se tiene conocimiento, por la memoria o la intuición del alma, mientras que, no pudiendo tener la memoria de lo desconocido absoluto, no hay términos que puedan darle la percepción de ello. Pero sabedlo: es ya una inmensa dicha el pensar que uno se pueda elevar indefinidamente.

P. Habéis tenido la bondad de decirme que queréis serme útil, os ruego que me digáis en qué.

R. Puedo ayudaros en vuestros desfallecimientos, sosteneros en vuestras debilidades, consolaros en vuestras penas. Si vuestra fe, quebrantada por alguna sacudida que os turbe, vacila, llamadme. Dios me dará palabras para que le recordéis y volváis a él. Si os sentís dispuesto a sucumbir bajo el peso de inclinaciones que reconozcáis vos mismo que son culpables, llamadme: os ayudaré a llevar vuestra cruz, como en otro tiempo ayudaron a Jesús a llevar la suya, la que debía proclamaros tan altamente la verdad, la caridad. Si flaqueáis bajo el peso de vuestras penas, si la desesperación se apodera de vos, llamadme. Vendré a sacaros de ese abismo, hablándoos de espíritu a espíritu, recordándoos los deberes que se os han impuesto, no por consideraciones sociales y materiales, sino por el amor que sentiréis en mí, amor que Dios ha puesto en mi ser para transmitirse a los que pueda salvar.

Sin duda tenéis amigos en la Tierra. Éstos quizá participan de vuestros dolores, y puede ser también que os hayan salvado. En las penas vais a encontrarlos, a manifestarles vuestros desconsuelos y vuestras lágrimas, y a cambio de esta señal de afecto, os dan sus consejos, su apoyo, sus caricias. Pues bien, ¿ no pensáis acaso que un amigo de aquí puede también ser bueno? ¿No es un consuelo poder decirse: Cuando muera, mis amigos de la Tierra estarán a mi cabecera rogando y llorando por mí, pero mis amigos del espacio estarán en el umbral de la vida, y vendrán sonriendo a conducirme al sitio que haya merecido por mis virtudes?

P. ¿Por qué he merecido la protección que queréis dispensarme?

R. He aquí por qué os tengo afecto desde el día de mi muerte. Os he visto espiritista, buen médium, y sincero adepto. Entre los que he dejado en la Tierra, vos sois a quien he visto más pronto a oírme. Desde entonces resolví contribuir a haceros adelantar, en vuestro interés, sin duda, pero más aún en interés de todos los que estáis llamados a educar en la verdad. Y a lo veis, Dios os quiere lo bastante para haceros misionero. A vuestro alrededor, todos, poco a poco, participan de vuestras creencias. Los más rebeldes, cuando menos, os escuchan, y un día les veréis creyentes. No os canséis. Marchad siempre, a pesar de las piedras que encontréis en el camino. Tomadme por báculo.

P. No me atrevo a creer que merezca tan gran favor.

R. Sin duda estáis lejos de la perfección. Pero vuestro ardor en propagar las sanas doctrinas,

en sostener la fe de los que os escuchan, en predicar la caridad, la bondad y la benevolencia, aun cuando se porten mal con vos, la resistencia que hacéis a vuestros instintos de cólera que podríais satisfacer tan fácilmente contra los que os afligen o desconocen vuestras intenciones, vienen felizmente a neutralizar lo que tenéis de malo. Y sabedlo, el perdón es un poderoso contrapeso.

Dios os colma de sus gracias por la facultad que os da, y sólo a vos corresponde el aumentarla con vuestros esfuerzos, a fin de trabajar eficazmente en la salvación del prójimo. Voy a dejaros, pero contad conmigo. Procurad moderar vuestras ideas terrestres y vivir más a menudo con vuestros amigos de aquí.

P...

Bernardin

Burdeos, abril de 1 862

"Soy un espíritu olvidado desde hace muchos siglos. He vivido en la Tierra en la miseria y el oprobio. He trabajado sin descanso para llevar cada día a mi familia un pedazo de pan insuficiente. Pero amaba a mi verdadero dueño, y cuando el que me cargaba en la Tierra aumentaba el peso de mi dolor, decía: Dios mío, dadme la fuerza de soportar este peso sin quejarme. Expiaba, amigos míos, pero al salir de esta ruda prueba, el Señor me ha recibido en la paz, y mis fervientes votos han sido para reuniros a todos a mi alrededor, mis queridos hijos y hermanos, para deciros: Por muy alto que elevéis su precio, la dicha que os espera está aún mucho más alta.

"No tenía estado. Hijo de una numerosa familia, he servido a quien podía ayudarme a soportar mi vida. Nacido en una época en que la servidumbre era cruel, he soportado todas las injusticias, todos los vasallajes. todas las cargas que querían imponerme los subalternos del Señor. He visto a mi mujer ultrajada, a mis hijas arrebatadas y después abandonadas sin que me pudiera quejar. He visto llevar a mis hijos a las guerras de pillaje y de crímenes, ahorcados por faltas que no habían cometido. ¡Si supieseis, pobres amigos, lo que he sufrido en mi bastante larga existencia! Pero esperaba, esperaba la dicha que no está en la Tierra, y el Señor me la ha concedido. Así pues, a todos, hermanos míos, os encargo valor, paciencia y resignación.

"Hijo mío, tú puedes conservar lo que te he dado. Es una enseñanza práctica. Al que predica, le escuchan mejor cuando puede decir. «He sufrido más que vosotros y he sufrido sin quejarme.»"

P. ¿En qué época vivíais?

R. De 1400 a 1460.

P. ¿Habéis tenido otra existencia después?

R. Sí, he vivido también entre vosotros como misionero, sí, misionero de la fe. Pero de la verdadera, de la pura, de la que sale de Dios, y no de la que los hombres han hecho.

P. ¿Ahora, como espíritu, tenéis todavía ocupaciones?

R. ¿Podríais creer que los espíritus permanezcan inactivos? La inacción, la inutilidad, sería para ellos un suplicio. Mi misión es la de guiar centros de obreros al Espiritismo. Inspiro a éstos buenos pensamientos, y me esfuerzo en neutralizar los que los malos espíritus desean sugerirles.

Bernardin

La condesa Paula

Esta era una mujer joven, bella, rica, de un ilustre nacimiento según el mundo, y además un modelo cumplido de todas las buenas cualidades del corazón y del espíritu. Murió a los treinta y seis años, en 1851. Era una de esas personas cuya oración fúnebre se resume en todas las bocas con

estas palabras: ¿Por qué se lleva Dios a tales personas tan pronto de la Tierra? ¡Venturosos aquellos que de este modo hacen bendecir su memoria! Era buena, dulce e indulgente para con todo el mundo. Siempre dispuesta a excusar o atenuar el mal en lugar de envenenarlo. Jamás la maledicencia manchó sus labios. Sin ceño ni fiereza, trataba a sus inferiores con la benevolencia que nada tenía de baja familiaridad, sin manifestarles ni altivez ni protección humillante. Comprendiendo que las gentes que viven de su trabajo no son rentistas, y tienen necesidad de su jornal, ya sea por su estado, ya para vivir, jamás aplazó el pago de un salario. La idea de que alguno pudiera sufrir por su falta de pago, hubiera sido para ella un remordimiento de conciencia. No era de esas personas que encuentran siempre dinero para satisfacer sus caprichos y no tienen nunca para pagar lo que deben. No comprendía que fuese de gran tono para un rico tener deudas, y se hubiera humillado si se hubiese podido decir que sus abastecedores le hacían adelantos. Así es que a su muerte sólo hubo llantos, sin ninguna reclamación.

Su caridad era inagotable, pero no esa caridad oficial que se hace en público. En ella era la caridad del corazón y no la de la apariencia. Sólo Dios sabe las lágrimas que secó y las desesperaciones que calmó, porque sus buenas acciones sólo tenían por testigos al Todopoderoso y a los desgraciados a quienes asistía. Sobre todo sabía descubrir esos infortunios ocultos, que son los más punzantes, y socorrerlos con la delicadeza que eleva la moral en lugar de rebajarla.

Su posición y las altas funciones que ejercía su marido, le obligaban a un tren de vida del que no podía prescindir. Pero satisfaciendo las exigencias de su posición sin mezquindad, había establecido un orden que, evitando los despilfarros ruinosos y los gastos superfluos, le permitía tener bastante con la mitad de lo que hubiera costado a otros, sin que por esto hubieran brillado más.

Así es como podía sacar de su fortuna una parte mayor para los necesitados. Había separado de la misma un capital importante, cuyos intereses estaban destinados a este objeto sagrado para ella, y consideraba que tenía eso de menos para los gastos de su casa. De esta manera encontraba el medio de conciliar sus deberes para con la sociedad y para con la desgracia.[2]

2. Se puede decir que esta señora era el vivo modelo de la mujer benéfica, trazado en *El Evangelio según el Espiritismo*, cap. XIII.

Evocada doce años después de su muerte por uno de sus parientes iniciado en el Espiritismo, dio la comunicación siguiente, en respuesta a diversas preguntas que se le dirigían.[3]

3. Extractamos de esta comunicación, cuyo original está en lengua alemana, las partes instructivas para el objeto que nos ocupa, suprimiendo lo que es de interés de la familia.

"Tenéis razón, amigo mío, de pensar que soy dichosa. Lo soy, en efecto más de lo que pueda expresarse, y no obstante, estoy lejos todavía del último escalón. Estaba, sin embargo, entre los felices de la tierra, porque no me acuerdo de haber sentido pena real. Juventud, salud, fortuna, homenajes, tenía todo lo que constituye la felicidad entre vosotros, pero, ¿qué es esta dicha al lado de la grandeza que se goza aquí? ¿Qué son vuestras fiestas más espléndidas en que se ostentan los más ricos adornos, al lado de estas asambleas de espíritus resplandeciendo con una brillantez que vuestra vista no podría soportar, y que es el patrimonio de la pureza? ¿Qué son vuestros palacios y vuestros salones dorados al lado de las moradas aéreas, de los vastos campos del espacio matizados de colores, que harían palidecer al arco iris? ¿Qué son vuestros paseos a pasos contados en vuestros parques, al lado de esas correrías a través de la inmensidad, más rápidas que el relámpago? ¿Qué son vuestros horizontes limitados y nebulosos al lado del espectáculo grandioso de los mundos, moviéndose en el Universo sin límites bajo la poderosa mano del Altísimo? ¡Qué tristes y chillones son vuestros conciertos más melodiosos, al lado de esta suave armonía que hace vibrar los fluidos

del éter y todas las fibras del alma! ¡Qué tristes e insípidas son vuestras mayores alegrías, al lado de la inefable sensación de dicha que penetra incesantemente todo nuestro ser como un efluvio benéfico, sin mezcla de ninguna inquietud, de ningún sufrimiento! Aquí todo respira amor, confianza, sinceridad. Por todas partes amigos, en ninguna parte envidiosos y celosos. Tal es el mundo en que estoy, amigo mío, y a donde llegaréis infaliblemente, siguiendo el camino recto.

"No obstante, se cansaría uno pronto de una ventura uniforme. No creáis que nuestro mundo esté exento de peripecias. No es un concierto perpetuo, ni una fiesta sin fin, ni una beata contemplación durante la eternidad, no. Es el movimiento, la vida y la actividad. Las ocupaciones, aunque exentas de fatigas, tienen una incesante variedad de aspectos y de emociones por los mil incidentes de que están salpicadas. Cada uno tiene su misión que cumplir, sus protegidos a quienes asistir, amigos en 1a Tierra a quienes visitar, rodajes de 1a Naturaleza que dirigir, almas en sufrimiento que consolar. Se va, se viene, no de una calle a la otra, sino de un mundo al otro: Se congregan y se separan para congregarse otra vez. Se citan en un punto, se comunican lo que ha hecho cada uno. Se felicitan de los resultados obtenidos. Se conciertan y asisten recíprocamente en los casos difíciles, en fin, os aseguro que nadie tiene motivo de aburrirse un instante.

"En este momento la Tierra nos preocupa mucho. ¡Qué movimiento entre los espíritus! ¡Qué numerosas cohortes afluyen a ella para concurrir a su transformación! Se diría que una nube de trabajadores ocupados en desmontar un bosque a las órdenes de jefes experimentados, derriban los unos los viejos árboles con el hacha y arrancan sus profundas raíces. Los otros desmontan. Éstos labran y siembran y aquéllos edifican la nueva ciudad sobre las ruinas carcomidas del viejo mundo. Mientras tanto los jefes se reúnen, tienen consejo y envían mensajeros a dar ordenes en todas direcciones. La Tierra debe ser regenerada en un tiempo dado: es preciso que los designios de la Providencia se cumplan. Por esto cada uno acude a la obra. No creáis que sea simple espectadora de este gran trabajo: me avergonzaría de permanecer inactiva cuando todo el mundo trabaja. Una importante misión me está confiada y me esfuerzo en cumplirla lo mejor que puedo.

"No he llegado al lugar en que estoy sin luchas en la vida espiritual, persuadida de que mi última existencia, por meritoria que os parezca, no hubiera bastado para conseguirlo. Durante muchas existencias he pasado por las pruebas del trabajo y de la miseria, que había voluntariamente elegido para fortificar y purificar mi alma. He tenido la dicha de salir victoriosa de ellas, pero quedaba una que vencer, la más peligrosa de todas: la de la fortuna y del bienestar material, un bienestar sin mezcla de amargura: ahí estaba el peligro. Antes de intentarla, he querido sentirme bastante fuerte para no sucumbir. Dios tuvo cuenta de mis buenas intenciones, y me hizo la gracia de sostenerme. Muchos otros espíritus, seducidos por las apariencias, se apresuran a elegirla.

Demasiado débiles, por desgracia, para arrostrar el peligro. las seducciones triunfan de su inexperiencia.

"Trabajadores, he estado en vuestras filas. Yo, la noble dama, como vosotros, he ganado mi pan con el sudor de mi frente. He sufrido las privaciones, he soportado intemperies, y esto fue lo que desarrolló las fuerzas viriles de mi alma. Sin eso hubiera probablemente caído en mi última prueba, lo que me hubiera hecho retroceder mucho. Como yo, tendréis también a vuestra vez la prueba de la fortuna, pero no os apresuréis a pedirla demasiado pronto. Y vosotros que sois ricos, tened siempre presente que la verdadera fortuna, la fortuna imperecedera, no está en la Tierra, y comprended a qué precio podéis merecer los beneficios del Todopoderoso."

En la tierra condesa de ***

Juan Reynaud

Sociedad Espiritista de Paris. Comunicación espontánea

"Amigos míos, ¡qué magnífica es esta nueva vida! ¡Semejante a un torrente luminoso, lo infinito arrastra en su curso inmenso a las almas embriagadas! Después de la ruptura de los lazos carnales, mis ojos han abrazado los nuevos horizontes que me rodean, gozo de las espléndidas maravillas de lo infinito. He pasado de las sombras de la materia a la aurora resplandeciente que anuncia al Todopoderoso. Me he salvado, no por el mérito de mis obras, sino por el conocimiento del principio eterno que me ha hecho evitar los lunares, impresos por la ignorancia a la pobre Humanidad. Mi muerte ha sido bendecida, mis biógrafos la considerarán prematura. ¡Ciegos! Hallarán a faltar algunos escritos nacidos del polvo, y no comprenderán cuán útil es a la santa causa del Espiritismo el ruido que se hace alrededor de mi tumba a medio cerrar. Mi obra estaba acabada, mis predecesores van a la carrera, había alcanzado ese punto culminante en que el hombre da lo mejor que tiene y en que no hace sino volver a empezar. Mi muerte despierta la atención de los hombres de letras, y la conduce a mi obra capital, que atañe a la gran cuestión espiritista que dicen desconocer, y que pronto los unirá. ¡Gloria a Dios! Ayudado por los espíritus superiores que protegen la nueva doctrina, voy a ser uno de los que marquen vuestra ruta."

Juan Reynaud

París, reunión de familia. Otra comunicación espontánea

El espíritu responde a una reflexión hecha sobre su muerte, inesperada en una edad poco avanzada, y que sorprendió a muchas personas:

"¿Quién os ha dicho que mi muerte no es un beneficio para el Espiritismo, para su porvenir, para sus consecuencias? ¿Habéis observado, amigo mío, la marcha que sigue el progreso, la ruta que toma la fe espiritista? Dios ha dado desde luego pruebas materiales: movimientos de las mesas, golpes y toda clase de fenómenos. Esto era para llamar la atención. Era un divertido prefacio. Son necesarias al hombre pruebas palpables para creer. ¡Ahora es otra cosa! Después de los hechos materiales. Dios habla a la inteligencia, al buen sentido, a la fría razón. Éstos no son juegos de fuerza, sino cosas racionales que deben convencer y unir hasta a los incrédulos y a los más tercos. Y esto no es todavía más que el principio. Observad bien lo que os digo: toda una serie de hechos inteligentes, irrefutables, van a seguirse, aumentándose también el número, ya tan grande, de los adeptos de la fe espiritista. Dios va a ocuparse de las inteligencias escogidas, de las eminencias del espíritu, del talento y del saber. Esto será un rayo luminoso que se extenderá por toda la Tierra como un fluido magnético irresistible, y empujará a los más pertinaces a la investigación de lo infinito, al estudio de esta admirable ciencia que nos enseña máximas tan sublimes. Todos se agruparán a vuestro alrededor, y haciendo abstracción del diploma del genio que les fue dado, se harán humildes y pequeños para aprender y convencerse. Después, más tarde, cuando estén bien instruidos y bien convencidos, se servirán de su autoridad y de la notoriedad de su nombre para ir todavía más lejos y alcanzar los últimos límites del fin que todos os habéis propuesto: la regeneración de la especie humana por el conocimiento razonado y profundo de las existencias pasadas y futuras. He ahí mi sincera opinión sobre el estado actual del Espiritismo."

Burdeos

Evocación. Vengo con gusto a vuestro llamamiento, señora. Sí, tenéis razón, la turbación espiritista, por decirlo así, no ha existido para mí (*esto respondía al pensamiento del médium*): desterrado voluntariamente en vuestra tierra, donde yo tenía que echar la primera simiente formal de las grandes verdades que envuelven al mundo en este momento, he tenido siempre la conciencia de la patria, y me he hallado pronto en medio de mis hermanos.

P. Os doy las gracias por habernos hecho el favor de venir. Pero no hubiera creído que mi deseo de conversar con vos tuviese influencia alguna. Debe necesariamente haber una diferencia tan grande entre nosotros, que sólo lo pienso con respeto.

R. Gracias por ese buen pensamiento, querida mía. Pero debéis saber también que cualquier distancia que las pruebas acabadas más o menos pronto, más o menos felizmente, pudiesen establecer entre nosotros, hay siempre un lazo poderoso que nos une: la simpatía. Y este lazo lo habéis unido más con vuestro pensamiento constante.

P. Aunque muchos espíritus hayan explicado sus primeras sensaciones al despertar, ¿seréis lo bastante bueno para decirme lo que habéis sentido, reconociéndoos, y cómo se ha verificado la separación de vuestro espíritu y de vuestro cuerpo?

R. Como para todos. He conocido que se acercaba el momento de la libertad. Pero más feliz que muchos, no me ha causado angustia, porque sabía de esto los resultados, aunque fueron más grandes de lo que pensaba. El cuerpo es una traba de las facultades intelectuales, y cualesquiera que sean las luces que se hayan conservado, están siempre más o menos ahogadas por el contacto de la materia. ¡Me he dormido esperando un despertar dichoso! ¡El sueño fue corto, la admiración inmensa! Los esplendores celestes descorridos a mis miradas brillaban con toda su hermosura. Mi vista maravillada se hundía en las inmensidades de estos mundos, de los cuales había afirmado la existencia y la habitabilidad: era un espejismo que me revelaba y me confirmaba la verdad de mis sentimientos. El hombre, por seguro que se crea cuando habla, tiene a menudo en el fondo de su corazón momentos de duda, de incertidumbre. Desconfía, si no de la verdad que muchas veces proclama, sí al menos de los medios imperfectos que emplea para demostrarla. Convencido de la verdad que quería hacer admitir, he tenido que combatir frecuentemente contra mí mismo, contra el desaliento de ver, de tocar, por decirlo así, la verdad, y no poder hacerla palpable a los que tendrían tanta necesidad de creer en ella, para marchar con seguridad en la vía que han de seguir.

P. ¿En vuestra vida profesabais el Espiritismo?

R. Entre profesar y practicar hay una gran diferencia. Muchas gentes profesan una doctrina que no la practican: yo practicaba y no profesaba. De la misma manera que todo hombre que sigue las leyes de Cristo es cristiano, aunque lo ignore, de la misma manera todo hombre puede ser espiritista si cree en su alma inmortal, en sus muchas existencias, en su marcha progresiva incesante, en las pruebas terrestres, abluciones necesarias para purificarse. Yo creía en ello: era, pues, espiritista. He comprendido el estado errante, este lazo intermediario entre las encarnaciones, este purgatorio donde el espíritu culpable se despoja de sus vestidos manchados, para volver a vestir una nueva ropa. Donde el espíritu en progreso *teje* con cuidado el traje que va a llevar de nuevo y que quiere conservar puro. He comprendido, os lo he dicho, y sin profesar, he continuado practicando.

***Observación*. Estas tres comunicaciones se obtuvieron por tres médiums diferentes, completamente ajenos los unos a los otros. En la analogía de los pensamientos, en la forma del lenguaje, se puede admitir al menos la presunción de la identidad. La expresión : *teje con cuidado el traje que va a llevar de nuevo*, es una figura encantadora, que pinta el cuidado con que el espíritu en progreso prepara la nueva existencia que debe hacerle progresar todavía. Los espíritus atrasados toman menos precauciones y hacen algunas veces elecciones desgraciadas que les fuerzan a volver a empezar.**

Antonio Costeau

Miembro de la Sociedad Espiritista de París, sepultado el 12 de septiembre de 1863, en el cementerio de Montmartre, en la fosa común. Era un hombre de corazón que el Espiritismo condujo a Dios. Su fe en el porvenir era completa, sincera y profunda. Simple obrero empedrador, practicaba la caridad en pensamientos, en palabras y en acciones, según sus débiles recursos,

porque encontraba también el medio de asistir a los que tenían menos que él.

Si la Sociedad no costeó los gastos de una fosa particular, fue porque había a la sazón una aplicación más útil de los fondos, pues estos gastos son para los vivos una vana satisfacción de amor propio, y los espiritistas saben que la fosa común es una puerta que conduce al cielo, tan bien como puede hacerlo el más suntuoso mausoleo.

El Sr. Canu, secretario de la Sociedad, en otro tiempo profundo materialista, pronunció sobre su tumba el discurso siguiente:

"Querido hermano Costeau: hace apenas algunos años, muchos de nosotros, y lo confieso, yo el primero, no habríamos visto ante esta tumba abierta más que el fin de las miserias humanas, y después, la nada, la horrible nada: esto es, ninguna alma para merecer o expiar, y consecuentemente, ningún Dios para recompensar, castigar o perdonar. Hoy, gracias a nuestra divina doctrina, vemos en ella el fin de las pruebas. Y para vos, querido hermano, de quien volvemos a la tierra el despojo mortal, el triunfo de vuestros trabajos y el principio de las recompensas que os han merecido vuestro valor, vuestra resignación, vuestra caridad, en una palabra, vuestras virtudes, y por encima de todo, la glorificación de un Dios sabio, todopoderoso, justo y bueno. Llevad, pues, querido hermano, nuestras acciones de gracias a los pies del Eterno, que ha tenido a bien disipar alrededor nuestro las tinieblas del error y de la incredulidad. Porque, hace poco tiempo todavía, habríamos dicho en esta circunstancia, la frente ceñuda y el desaliento en el corazón: «Adiós, amigo, para siempre.» Hoy os decimos con la frente alta y radiante de esperanza, el corazón lleno de valor y de amor: «Querido hermano, hasta luego, y rogad por nosotros.» (4)

4. Para más detalles y los otros discursos, véase la *Revista Espiritista* de octubre de 1868. p. 279.

Uno de los médiums de la Sociedad obtuvo sobre la misma fosa, aún no cerrada, la comunicación siguiente, de la cual todos los asistentes, incluso los sepultureros, escucharon la lectura, descubierta la cabeza y con profunda emoción. Era, en efecto, un espectáculo nuevo y pasmoso oír las palabras de un muerto, recogidas en el mismo seno de la tumba:

"Gracias, amigos, gracias. Mi tumba no está todavía cerrada, y sin embargo, un segundo más, y la tierra va a cubrir mis restos. Pero, lo sabéis. Bajo este polvo no quedará mi alma enterrada, va a cernerse en el espacio para subir hasta Dios!

"Por lo tanto, ¡qué consolador es poderse decir todavía, a pesar de tener la envoltura destrozada!: ¡Oh! ¡No, no estoy muerto, vivo con la verdadera vida, con la vida eterna!

"El entierro del pobre no lleva gran séquito. Las orgullosas manifestaciones no tienen lugar sobre su tumba, y sin embargo, creedme, amigos, *el gentío inmenso no falta aquí*, y buenos espíritus han seguido con vosotros y con estas mujeres piadosas el cuerpo de aquel que está ahí echado. Todos, al menos, creéis y amáis al buen Dios!

"¡Oh! ¡Ciertamente, no morimos porque el cuerpo se descomponga, esposa muy amada! Y en adelante estaré siempre cerca de ti, para consolarte y ayudarte a soportar la prueba. La vida será ruda para ti, pero con la idea de la eternidad y lleno tu corazón del amor de Dios, ¡qué ligeros se te harán tus sufrimientos!

"Parientes que rodeáis a mi muy amada compañera, amadla, respetadla, sed para ella hermanos. No olvidéis que os debéis todos asistencia en la Tierra, si queréis entrar en la morada del Señor.

"Y vosotros, espiritistas, hermanos, amigos, gracias por haber venido a darme el adiós hasta esta morada de polvo y de barro. Pero ya sabéis que mi alma vive inmortal, y que irá algunas veces a pediros oraciones, que no me serán rehusadas, para ayudarme a marchar en esta vía magnífica que me abristeis durante mi vida.

"Adiós a todos los que estáis aquí, podremos volvernos a ver en otra parte. Las almas me llaman a su cita. Adiós, rogad por las que sufren.

"Hasta la vista."

Costeau

Tres días más tarde, el espíritu del Sr. Costeau, evocado en un grupo particular, dictó lo que sigue por conducto de otro médium:

"La muerte es la vida. No hago más que repetir lo que se ha dicho, pero para vosotros no hay otra expresión que ésta, a pesar de lo que declaran los materialistas, los que quieren ser ciegos. ¡Oh! Amigos míos, ¡qué aparición más bella en la Tierra que la de ver flotar las banderas del Espiritismo! ¡Ciencia inmensa de la cual apenas habéis leído las primeras palabras! ¡Qué claridades trae ella a los hombres de buena voluntad, a los que han quebrantado las terribles cadenas del orgullo, para enarbolar altamente su creencia en Dios! Rogad, hermanos, dad gracias por todos los beneficios. ¡Pobre Humanidad! ¡Si le fuere permitido comprender!... Pero no, no ha llegado todavía el tiempo en que la misericordia del Señor deba extenderse sobre todos los hombres, a fin de que reconozcan su voluntad y se sometan a ella.

"Por medio de tus rayos luminosos, ciencia bendita, ellos llegarán y te comprenderán. Tu calor benéfico reanimará sus corazones con el fuego divino que infunde la fe y los consuelos. Bajo tus rayos vivificantes, el amo y el *obrero* llegarán a confundirse y harán uno sólo, porque comprenderán la caridad fraternal predicada por el divino Mesías.

"¡Oh! Hermanos míos, pensad en la dicha inmensa que poseéis de haber sido los primeros iniciados en la obra regeneradora.

¡Honor a vosotros, amigos! Continuad, y como yo, un día, viniendo a la patria de los espíritus, diréis: *La muerte es la vida*, o mejor, es un sueño, una especie de pesadilla que dura el espacio de un minuto, y de donde se sale para verse rodeado de amigos que os felicitan y son felices en tenderos los brazos. Mi dicha ha sido tan grande que no podía comprender que Dios me concediese tantas gracias por haber hecho tan poco. Me parecía soñar, y como algunas veces me ha ocurrido soñar que estaba muerto, he tenido miedo por un instante de verme obligado a volver a este desgraciado cuerpo, pero no tardé en darme cuenta de la realidad, y di gracias a Dios. Bendecía al maestro que había sabido tan bien despertar en mí los deberes del hombre que piensa en la vida futura. Sí, yo le bendecía y le daba las gracias, porque *El Libro de los Espíritus* había despertado en mi alma el fervor amoroso hacia el Creador.

"Gracias, mis buenos amigos, por haberme atraído hacia vosotros. Decid a nuestros hermanos que estoy a menudo en compañía de vuestro amigo Sanson. Hasta la vista. ¡Ánimo! La victoria os espera. ¡Dichosos aquellos que habrán tomado parte en el combate!"

Desde entonces, el Sr Costeau se ha manifestado muchas veces, ya a la Sociedad, ya a otras reuniones, donde ha dado siempre pruebas de esa elevación de pensamientos que caracteriza a los espíritus avanzados.

La Srta. Emma

Fue ésta una joven que murió a consecuencia de un accidente causado por el fuego, y después de crueles sufrimientos. Alguien se propuso pedir su evocación a la Sociedad Espiritista de París, cuando se presentó espontáneamente el 31 de julio de 1863, poco tiempo después de su muerte.

"Heme aquí, pues, todavía en el teatro del mundo, a mí, que me creía enterrada para siempre con mi velo de inocencia y de juventud. El fuego de la Tierra me salvaba del fuego del infierno.

Así pensaba en mi fe católica. Y si no me atrevía a entrever los esplendores del paraíso, mi alma trémula se refugiaba en la expiación del purgatorio, y rogaba, sufría y lloraba. Pero, ¿quién dio a, mi debilidad la fuerza de soportar mis angustias? ¿Quién, en las largas noches de insomnio y de fiebre dolorosa, se inclinaba sobre mi cabecera de mártir? ¿Quién refrescaba mis labios ardientes? Erais vos, mi ángel guardián, cuya blanca aureola me rodeaba, erais vosotros también, queridos espíritus amigos, que veníais a decir a mi oído palabras de esperanza y de amor.

"La llama que consumió mi débil cuerpo me despojó del afecto a lo que pasa, *también morí viviendo de la verdadera vida*. No conocí la turbación, y entré serena y recogida en el día radiante que envuelve a los que, después de haber sufrido mucho, han esperado un poco. Mi madre, mi querida madre, fue la última vibración terrestre que resonó en mi alma. ¡Cómo me complacería que fuese espiritista!

"Me he desprendido del árbol terrestre como un fruto maduro antes del tiempo. Tan sólo rozóme el demonio del orgullo, que punza a las almas de las desgraciadas arrastradas por brillantes triunfos y la embriaguez de la juventud. Yo bendigo la llama, que era una expiación. Semejante a esas ligeras nubecillas blancas del otoño, floto arrastrada en la corriente luminosa. No son estrellas de diamantes las que brillan en mi frente, sino las estrellas de oro del buen Dios."

Emma

En otro centro, en El Havre, el mismo espíritu dio también espontáneamente la comunicación siguiente, el 30 de julio de 1863.

"Los que sufren en la Tierra son recompensados en la otra vida. Dios está lleno de justicia y de misericordia para los que sufren aquí abajo. Concede dicha tan pura, felicidad tan perfecta, que no se debieran temer ni los sufrimientos, ni la muerte, si a las pobres criaturas humanas les fuera posible sondear los misteriosos designios de nuestro Creador.

"Pero la Tierra es un lugar de pruebas, a menudo muy grandes, a veces sembradas de dolores muy punzantes. Resignaos a todo, si ellas os alcanzan, resignaos a todas ante la bondad suprema de Dios, que es Todopoderoso. Si os da una carga pesada para que la llevéis, si os llama a Él después de grandes sufrimientos, veréis en la otra vida, en la vida feliz, de cuán poca importancia son estos dolores y estas penas de la Tierra, cuando juzguéis de la recompensa que Dios os reserva, si vuestro corazón no ha pronunciado ninguna queja, ningún murmullo. Muy joven he dejado la Tierra. Dios ha querido perdonarme y darme la vida de los que han respetado sus voluntades. Adorad siempre a Dios, amadle con todo vuestro corazón. Rogadle sobre todo, rogadle firmemente: ese es vuestro sostén allá en la Tierra, vuestra esperanza, vuestra salvación."

Emma

El Dr. Vignal

Antiguo miembro de la Sociedad de París, muerto el 27 de marzo de 1865. La víspera de su entierro, un sonámbulo muy lúcido que ve muy bien los espíritus, a quien se rogó se transportase cerca del expresado doctor y dijese si le veía, respondió:

"Veo un cadáver en el cual se verifica un trabajo extraordinario; se diría una masa que se agita, y como algo que hace esfuerzos para desprenderse de ella, pero le cuesta trabajo vencer la resistencia. No distingo forma de espíritu bien determinada."

Fue evocado en la Sociedad de París el 31 de marzo.

P. Querido Sr. Vignal. todos vuestros antiguos colegas de la Sociedad de París os han conservado el mejor recuerdo, y yo en particular el de las excelentes relaciones que no han cesado entre nosotros. Llamándoos, tenemos desde luego por objeto daros un testimonio de simpatía, y

seremos muy felices si queréis o podéis comunicaros con nosotros.

R. Querido amigo y digno maestro, vuestro buen recuerdo y vuestra simpatía me son muy gratos. Si puedo venir a vosotros en el día de hoy y asistir libre y desprendido a esta reunión de todos nuestros buenos amigos y hermanos espiritistas, lo debo a vuestro buen pensamiento y a la asistencia de vuestras oraciones. Como decía con exactitud mi joven secretario, estaba impaciente por comunicarme. Desde el principio de esta reunión he empleado todas mis fuerzas espirituales en dominar este deseo. Vuestras conversaciones y las importantes cuestiones que habéis sacado a colación me interesan vivamente, han hecho mi espera menos penosa. Perdonad, querido amigo, pero mi reconocimiento desea manifestarse.

P. ¿Queréis decirnos, desde luego, cómo os encontráis en el mundo de los espíritus? ¿Queréis, al mismo tiempo, describirnos el trabajo de la separación, vuestras sensaciones en ese momento, y decirnos al cabo de cuánto tiempo os habéis reconocido?

R. Soy tan dichoso como se puede serlo cuando se ven confirmados plenamente todos los pensamientos secretos que se pueden haber emitido sobre una doctrina consoladora y reparadora. ¡Soy feliz! Sí, lo soy, porque ahora veo sin ningún obstáculo desenvolverse ante mí el porvenir de la ciencia y de la filosofía espiritista.

Pero apartemos por hoy estas digresiones inoportunas. Vendré otra vez a hablaros sobre este objeto, sabiendo que mi presencia os proporcionará tanto placer como yo mismo siento en visitaros.

El desprendimiento ha sido rápido, más rápido de lo que podía esperar de mi escaso mérito. Con vuestro concurso he sido ayudado poderosamente, y vuestro sonámbulo os ha dado una idea bastante clara del fenómeno de la separación como para que insista en ello. Ésta era una especie de oscilación discontinua, una especie de arrastramiento en dos sentidos opuestos. El espíritu ha triunfado, puesto que estoy aquí. No he dejado completamente el cuerpo hasta el momento en que ha sido colocado en tierra. Entonces os he vuelto a ver.

P. ¿Qué pensáis del oficio divino que se celebró en vuestros funerales? He considerado un deber asistir a ellos. En aquel momento, ¿estabais bastante desprendido para verlo? Y las oraciones que os he dicho (no ostensiblemente, bien entendido), ¿han llegado hasta vos?

R. Sí. Como os he dicho, vuestra asistencia, en cierto modo, lo ha hecho todo, y he venido hacia vos, abandonando completamente mi vieja crisálida. Las cuestiones materiales me mueven poco, ya lo sabéis. No pensaba sino en el alma y en Dios.

P. ¿Os acordáis que a petición vuestra, hace cinco años, en el mes de febrero de 1860, hicimos un estudio sobre vos mismo estando todavía vivo?[5] En aquel momento vuestro espíritu se desprendió para venir a conversar con nosotros. ¿Queréis describirnos en lo posible la diferencia que existe entre vuestro desprendimiento actual y el de entonces?

5. Véase la *Revista Espiritista* de París del mes de marzo de 1860.

R. Sí, ciertamente me acuerdo de eso, ¡pero qué diferencia entre mi estado de entonces y el de hoy! Entonces la materia me estrechaba todavía con su red inflexible, quería descartarme de una manera más absoluta, y no podía. Hoy soy libre, un vasto campo, el de lo desconocido, se abre ante mí, y espero, con vuestra ayuda y la de los buenos espíritus, a los cuales me recomiendo, avanzar y penetrarme lo más rápidamente posible de los sentimientos que es preciso experimentar y de los actos que es preciso cumplir, para cruzar el sendero de la prueba y merecer el mundo de las recompensas. ¡Qué majestad! ¡Qué grandeza! Es casi un sentimiento de espanto el que domina cuando, débiles como somos, queremos fijarnos en las sublimes claridades.

P. En otra ocasión tendremos el mayor gusto en continuar esta conversación, cuando tengáis a bien venir entre nosotros.

R. He contestado sucintamente y sin orden a vuestras diversas preguntas. No pidáis demasiado incluso a vuestro fiel discípulo. No estoy enteramente libre. Hablaros siempre sería mi

mayor placer. Mi guía modera mi entusiasmo, y he podido apreciar lo bastante su bondad y su justicia para dejar de someterme enteramente a su decisión, por más que sienta que me interrumpan.

Me consuelo cuando pienso que podré venir a menudo de incógnito a asistir a vuestras reuniones. Algunas veces os hablaré, os amo y quiero probároslo. Pero otros espíritus más adelantados que yo reclaman la preferencia, y debo retirarme ante ellos, que han querido permitir a mi espíritu la mayor expansión al cúmulo de ideas que tenía reunidas.

Os dejo, amigos, y os debo estar doblemente agradecido, no sólo a los espiritistas que me habéis llamado, sino también a este espíritu que ha tenido la bondad de permitir que ocupara su puesto, y que en su vida llevaba el nombre ilustre de Pascal.

El que fue y será siempre el más apasionado de vuestros adeptos.

Dr. Vignal

Víctor Lebufle

Joven práctico, perteneciente al puerto de El Havre, muerto a la edad de veinte años. Habitaba con su madre, modesta revendedora, a la cual dedicaba los cuidados más tiernos y más afectuosos, y la sostenía con el producto de su rudo trabajo. Jamás se le vio frecuentar las tabernas, ni entregarse a los excesos tan frecuentes en su profesión, porque no quería distraer la menor parte de su ganancia del piadoso uso a que la consagraba. Todo el tiempo que no estaba ocupado en su oficio, lo dedicaba a su madre para evitarle cansancio. Atacado desde largo tiempo por la enfermedad, de la cual conocía que debía morir, ocultaba sus sufrimientos por miedo de causarle inquietud y de que no quisiese encargarse ella misma de sus ocupaciones. Era preciso que este joven tuviese un gran fondo de cualidades naturales, y gran fuerza de voluntad, para resistir, en la edad de las pasiones, a las perniciosas tentaciones del centro en que vivía. Era de una piedad sincera, y su muerte ha sido edificante.

La víspera de ella exigió de su madre que fuese a descansar un poco, diciéndole que él también tenía necesidad de dormir. Aquélla tuvo entonces una visión. Se encontraba, según dice, en una *gran oscuridad*. Después vio un punto luminoso que se engrandecía poco a poco y la habitación se encontró iluminada por una brillante claridad, de la cual se destacó la figura de su hijo, radiante y elevándose en el espacio infinito. Comprendió que su fin estaba próximo. En efecto, al día siguiente su alma bella había dejado la tierra, mientras sus labios murmuraban una oración.

Una familia espiritista que conocía su admirable conducta y se interesaba por su madre que quedaba sola, había tenido la intención de evocarle poco tiempo después de su muerte. Pero se manifestó espontáneamente, dando la comunicación siguiente:

"Deseáis saber lo que soy ahora: muy dichoso, ¡oh! ¡Muy dichoso! No contéis para nada los sufrimientos y las angustias, porque son origen de bendiciones y de felicidad más allá de la tumba. ¡La dicha! No comprendéis lo que esta palabra significa. Las felicidades de la Tierra están tan distantes de lo que sentimos cuando volvemos hacia el Señor con una conciencia pura, con la confianza volvemos del servidor que ha cumplido bien su deber, y que espera, lleno de alegría, la aprobación de aquel que lo es todo.

"¡Oh! Amigos míos, la vida es penosa y difícil si no miráis el fin. Pero, os lo digo en verdad, cuando vengáis entre nosotros, si vuestra vida ha sido según la ley de Dios, seréis recompensados mucho más de los sufrimientos y de los méritos que creéis haber ganado para el cielo. Sed buenos, sed caritativos, con esa caridad desconocida por muchos de entre los hombres, que se llama benevolencia. Socorred a vuestros semejantes. Haced por ellos lo que se hiciese por vosotros mismos. Porque ignoráis la miseria íntima y conocéis la vuestra. Socorred a mi madre, mi pobre madre, mi único recuerdo de la Tierra. Debe sufrir otras pruebas y es necesario que llegue al cielo.

"Adiós, voy a ella."

Víctor

El guía del médium:

"Los sufrimientos que se tienen durante una encarnación terrestre, no siempre son un castigo. Los espíritus que por la voluntad de Dios vienen a cumplir una misión en la Tierra, como el que acaba de comunicarse a vosotros, son felices cuando sufren los males que para otros serían una expiación. Durante el sueño van a refrescar su espíritu cerca del Altísimo, y Éste les da la fuerza para soportarlo todo para su mayor gloria. La misión de este espíritu, en su última existencia, no era una misión brillante. Pero aunque haya sido oscura, no por eso ha tenido menos mérito, porque no podía ser estimulado por el orgullo. Tenía desde luego que cumplir un deber de reconocimiento hacia la que fue su madre. Debía enseguida demostrar que en los malos centros pueden encontrarse almas puras, de sentimientos nobles y elevados, y que con la voluntad se puede resistir a todas las tentaciones. Ésta es una prueba de que las cualidades tienen una causa anterior, y su ejemplo no habrá sido estéril."

La Sra. Anais Gourdon

Joven, notable por la dulzura de su carácter y por la más eminentes cualidades morales, murió en noviembre de 1860. Pertenecía a una familia de trabajadores en las minas de carbón de las cercanías de Saint Etienne, circunstancia importante para apreciar su posición como espíritu.

Evocación.

R. Aquí estoy.

P. Vuestro esposo y vuestro padre me han pedido que os llamara. Estarían muy satisfechos si obtuviesen una comunicación vuestra.

R. Me alegro mucho de poderla dar.

P. ¿Por qué habéis sido arrebatada tan joven al afecto de vuestra familia?

R. Porque terminaba mis pruebas terrestres.

P. ¿Los vais a ver algunas veces?

R. ¡Oh! Estoy a menudo a su lado.

P. ¿Sois feliz como espíritu?

R. Soy feliz, espero, aguardo, amo. Los cielos no me causan terror, y aguardo con confianza y amor que las blancas alas me empujen.

P. ¿Qué entendéis por blancas alas?

R. Entiendo venir a ser espíritu puro, y resplandecer como los mensajeros celestes que me deslumbran.

Las alas de los ángeles, arcángeles y serafines, que son espíritus puros, no son evidentemente sino un atributo imaginado por los hombres, para pintar la rapidez con que se transportan, porque su naturaleza etérea no necesita de ningún sostenimiento para recorrer los espacios.

Pueden, sin embargo, aparecer a los hombres con este accesorio, para responder a su pensamiento, como otros espíritus toman la apariencia que tenían en la Tierra para hacerse reconocer.

P. ¿Vuestros parientes pueden hacer algo que os sea agradable?

R. Pueden estos seres queridos no entristecerme con su pesar, pues saben que no me he perdido para ellos, que mi pensamiento les sea dulce, ligero y perfumado de su recuerdo. He pasado como una flor, y nada triste debe quedar de mi rápido pasaje.

P. ¿En qué consiste que vuestro lenguaje es tan poético y tan poco en relación con la posición que teníais en la Tierra?

R. Mi alma es la que habla. Sí, tenía conocimientos adquiridos, y muchas veces permite

Dios que espíritus inteligentes se encarnen entre los hombres más rudos para hacerles presentir las delicadezas que alcanzarán y comprenderán más tarde.

Sin esta explicación tan lógica y tan conforme con la solicitud de Dios por sus criaturas, con dificultad nos daríamos cuenta de lo que desde luego podría aparecer como una anomalía. En efecto, ¿qué circunstancia es más encantadora y poética que el lenguaje del espíritu de esta joven, educada en medio de los más rudos trabajos? El contraste se ve muchas veces. Con un fin opuesto se encarnan espíritus inferiores entre los hombres más adelantados y, para su propio adelanto, Dios les pone en contacto con un mundo ilustrado, y algunas veces, para servir de prueba a este mismo mundo. ¿Qué otra filosofía puede resolver tales problemas?

Mauricio Goutran

Era hijo único, muerto a los dieciocho años de una afección de pecho. Inteligencia rara, razón precoz, gran amor al estudio, carácter dulce, amable y simpático, poseía todas las cualidades que dan las más legítimas esperanzas de un brillante porvenir. Sus estudios habían terminado muy pronto con el mayor éxito, y trabajaba para la escuela politécnica. Su muerte fue para sus padres la causa de uno de esos dolores que dejan señales profundas y tanto más penosas cuanto que, habiendo sido siempre de una salud delicada, atribuían su fin prematuro al trabajo a que le habían dedicado y se lo vituperaban.

"¿Para qué -decían- le sirve ahora todo lo que ha aprendido? Mejor hubiera sido que se hubiese quedado siendo ignorante, porque no tenía necesidad de eso para vivir, y sin duda estaría todavía entre nosotros, y hubiera sido el consuelo de nuestra vejez." Si hubiesen conocido el Espiritismo, sin duda razonarían de otra manera. Más tarde encontraron en él el verdadero consuelo. La comunicación siguiente la dio su hijo a uno de sus amigos, algunos meses después de su muerte.

P. Mi querido Mauricio, el tierno cariño que teníais por vuestros padres hace que no dude de vuestro deseo en consolarles, si podéis hacerlo. La pena, mejor dicho, la desesperación en que vuestra muerte les ha sumido, altera visiblemente su salud y les tiene disgustados de la vida. Algunas buenas palabras vuestras podrán, sin duda, hacer renacer su esperanza.

R. Mi antiguo amigo, aguardaba con impaciencia la ocasión que me ofrecéis de comunicarme. El dolor de mis padre me aflige, pero se calmará cuando tengan la certeza de que no me han perdido. Es preciso que os ocupéis en convencerles de esta verdad; seguramente lo conseguiréis.

Era necesario este acontecimiento para conducirles a una creencia que hará su dicha, porque les impedirá murmurar contra los secretos de la Providencia. Mi padre, ya lo sabéis, era muy escéptico en cuanto a la vida futura. *Dios ha permitido que tuviera esta aflicción para sacarle de su error.*

Nos volveremos a encontrar aquí, en este mundo, donde no se conocen las penas de la vida material y a donde les he precedido. Pero decidles que la satisfacción de volverme a ver les será rehusada como castigo por su falta de confianza en la bondad de Dios. No se me permitirá tampoco el comunicarme con ellos mientras estén en la Tierra. La desesperación es una rebelión contra la voluntad del Todopoderoso, que siempre es castigada con *la prolongación de la causa que ha ocasionado esta desesperación*, hasta tanto que al fin uno se somete a ella. La desesperación es un verdadero suicidio, porque mina las fuerzas del cuerpo, y aquel que abrevia sus días con el pensamiento de escapar más pronto al dolor , se prepara las más crueles decepciones. Por el contrario, para conservar las fuerzas del cuerpo, es preciso el trabajo que ayuda a sobrellevar el peso de las pruebas.

Mis buenos padres, a vosotros es a quienes me dirijo. Desde que dejé mi despojo mortal, no

he cesado de estar a vuestro lado más a menudo que cuando vivía en la Tierra. Consolaos, pues, porque no estoy muerto. Estoy más vivo que vosotros. Sólo murió mi cuerpo, pero mi espíritu vive siempre. Es libre, feliz y está al abrigo de las enfermedades, de los achaques y del dolor. En lugar de afligiros, regocijaos de tenerme en un lugar exento de penalidades y de lágrimas, donde el corazón está embriagado de una alegría pura.

¡Oh! Amigos míos, no compadezcáis a los que mueren prematuramente. Es una gracia que Dios les concede para ahorrarles las tribulaciones de la vida. Mi existencia no debía prolongarse mucho más tiempo esta vez en la Tierra. Adquirí en ésta aquella fuerza que debía prepararme para cumplir más tarde una misión más importante. Si hubiera vivido muchos años, ¿sabéis a qué peligros, a qué seducciones me hubiese expuesto? ¿Sabéis que no siendo todavía bastante fuerte para resistir, hubiera sucumbido? ¡Esto podía ser para mí un atraso de muchos siglos! ¿Por qué, pues, sentir lo que me es ventajoso? Un dolor inconsolable, en este caso, acusaría falta de fe, y no podría ser legitimada sino por la creencia en la nada. ¡Oh! Sí, son dignos de compasión los que tienen esa desesperada creencia, porque para ellos no hay consuelo posible. Los seres que les son queridos están perdidos sin remedio, ¡la tumba se ha llevado su última esperanza!

P. ¿Vuestra muerte ha sido dolorosa?

R. No, amigo mío, lo único que he sufrido antes de morir es la enfermedad que me aquejaba. Pero *este sufrimiento disminuía a medida que el último momento se acercaba*. Después me dormí sin pensar en la muerte. Soñé, ¡oh!, un sueño delicioso. Soñaba que estaba curado. No sufría, respiraba con libertad y con deleite un aire embalsamado y fortificante. Era transportado a través del espacio por una fuerza desconocida. Una luz brillante resplandecía a mi alrededor, pero sin fatigar mi vista. Vi a mi abuelo: no tenía la figura descarnada, sino un aire de frescura y de juventud. Me tendió los brazos y me apretó con efusión sobre su corazón. Una porción de personas, que sonreían, le acompañaban. Todos me acogían con bondad y benevolencia, me parecía reconocerlas, era feliz viéndolas y todos intercambiamos palabras y testimonios de amistad. Pues bien, lo que creía ser un sueño era la realidad: no debía despertarme más en la Tierra, me había despertado en el mundo de los espíritus.

P. ¿Vuestra enfermedad no tendría por causa vuestra demasiada asiduidad en el estudio?

R. ¡Oh, persuadíos de que no! El tiempo que debía vivir en la Tierra estaba determinadoy nada podía retenerme en ella. Mi espíritu, en sus momentos de separación, lo sabía muy bien, y se gozaba pensando en su próxima libertad. Pero el tiempo que he pasado ahí lo he aprovechado, y ahora me felicito por no haberlo perdido. Los estudios serios que hice han fortificado mi alma y aumentado mis conocimientos. Es otro tanto aprendido, y si no he podido aplicarlo en mi corta morada entre vosotros, lo aplicaré más tarde con más fruto.

Adiós, querido amigo, voy al lado de mis padres para prepararles a recibir esta comunicación.

Mauricio

CAPÍTULO III

Espíritus de mediana condición

José Bré
El hombre honrado según Dios o según los hombres

Muerto en 1840, evocado en Burdeos por su nieta en 1862

1. Querido abuelo, ¿queréis decirme cómo estáis en el mundo de los espíritus y darme algunos detalles instructivos para nuestro adelanto?

R. Todo lo que tú quieras, mi querida hija. Expío mi falta de fe, pero la bondad de Dios es grande, y toma en cuenta las circunstancias. Sufro, no como podrías entenderlo, sino por el sentimiento que tengo de no haber empleado bien mi tiempo en la Tierra.

2. ¿Cómo no lo habéis empleado bien, si habéis vivido siempre como hombre honrado?

R. Sí, desde el punto de vista de los hombres, pero hay un abismo entre *el hombre honrado ante los hombres y el hombre honrado ante Dios*. Quieres instruirte, hija mía. Trataré de hacerte conocer la diferencia.

Entre vosotros se tiene a un hombre como honrado cuando respeta las leyes de su país, respeto elástico para muchos. Cuando no hace mal a su prójimo, quitándole ostensiblemente lo suyo. Pero le quita a menudo sin ningún reparo su honor y su dicha, desde el momento en que el código o la opinión pública no pueden alcanzar al culpable hipócrita. Cuando se ha grabado en la lápida de la tumba la retahíla de virtudes que se ensalzan, se cree haber pagado una deuda a la Humanidad. ¡Qué horror! No basta para ser honrado ante Dios dejar de infringir las leyes de los hombres. Es preciso ante todo no haber quebrantado las leyes divinas.

El hombre honrado ante Dios es aquel que, lleno de abnegación y de amor, consagra su vida al bien, al progreso de sus semejantes. Aquel que, marchando al fin que se propone, es activo en la vida para cumplir la tarea material que se le ha impuesto, porque no debe olvidar que sólo es un servidor al cual el amo le pedirá un día cuenta del empleo de su tiempo. Activo hasta el fin, porque debe predicar con el ejemplo el amor del Señor y del prójimo. El hombre honrado ante Dios debe evitar con cuidado esas palabras mordaces, veneno escondido entre flores, que destruyen las reputaciones y a menudo mata al hombre moral cubriéndole con el ridículo. El hombre honrado ante Dios debe tener siempre el corazón firme contra el menor átomo de orgullo, de envidia, de ambición. Debe ser paciente y dulce con los que le atacan. Debe perdonar de todo corazón, sin esfuerzos y sobre todo sin ostentación, a cualquiera que le haya ofendido. Debe amar a su Creador en todas sus criaturas. Debe, en fin, poner en práctica este resumen tan conciso y tan grande de los deberes del hombre. Amar a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo.

He ahí, mi querida hija, casi explicado lo que debe ser el hombre honrado ante Dios. Pues bien, ¿he hecho yo esto? No, he faltado a muchas de esas condiciones, lo confieso sin avergonzarme. No he tenido la actividad que el hombre debe tener. El olvido del Señor me ha arrastrado a otros olvidos que, no por no caer bajo la ley humana, dejan de ser prevaricaciones a la ley de Dios. He sufrido bastante por eso cuando lo he reconocido, y por esta razón me anima hoy la consoladora esperanza en la bondad de Dios, que ve mi arrepentimiento. Decidlo, querida hija, repetidlo a los que tienen la conciencia cargada. Que cubran sus faltas a fuerza de buenas obras, y la misericordia divina se detendrá en la superficie. Sus ojos paternales encontrarán las expiaciones y su mano poderosa borrará las faltas.

La Sra. Elena Michel

Joven de veinticinco años, muerta súbitamente en algunos minutos, en su habitación, sin sufrimiento y sin causa conocida. Era rica, un poco frívola, y a consecuencia de la ligereza de su carácter se ocupaba más de las bagatelas de la vida que de las cuestiones serias. A pesar de esto, su corazón era bueno. Era dulce, benévola y caritativa.

Evocada, tres días después de su muerte, por personas que la habían conocido, se expresó así:

"No sé dónde estoy... ¡Qué turbación me cerca!... Me habéis llamado, y vengo... No comprendo por qué no estoy en mi casa... Se me llora como si estuviera ausente, y no puedo hacerme reconocer de todos ellos... Mi cuerpo no me pertenece, y sin embargo, lo siento frío, helado... Quiero dejarlo y estoy como sujeta. Vuelvo a él siempre. Soy dos personas... ¡Oh! ¿Cuándo comprenderé lo que me pasa? Es preciso que vuelva allá... ¿Qué sería de mi otro yo, estando ausente? ... Adiós."

El sentimiento de la dualidad, que no está aún destruido por una separación completa, es aquí evidente. Carácter poco serio, su posición de fortuna, permitiéndole satisfacer sus caprichos, debió favorecer sus tendencias a la ligereza. No es, pues, de extrañar que su desprendimiento haya sido poco rápido, y que tres días después de su muerte se sintiese todavía ligada a su envoltura corporal. Pero como no había en ella ningún vicio grave, y como en el fondo era buena, esta situación no tenía nada que fuese penoso y no duró mucho tiempo. Evocada nuevamente algunos días después, sus ideas habían cambiado bastante. He aquí lo que dijo:

"Gracias por haber orado por mí. Reconozco la bondad de Dios, que me ha evitado los sufrimientos y el temor del momento de separarse mi espíritu de mi cuerpo. A mi pobre madre le costará mucho resignarse, pero será auxiliada, y lo que a sus ojos es una terrible desgracia, era indispensable a fin de que las cosas del cielo viniesen a ser para ella lo que deben ser: todo. Yo estaré a su lado hasta el fin de su prueba terrestre, y le ayudaré a soportarla. No soy desgraciada, pero tengo todavía mucho que hacer para adelantar hacia la mansión de la bienaventuranza. Rogaré a Dios me permita volver a esta Tierra, porque tengo que reparar el tiempo que he perdido en esta existencia. Que la fe os sostenga, amigos míos. Tened confianza en la eficacia de la plegaria cuando sale verdaderamente del corazón. Dios es bueno."

P. ¿Habéis estado mucho tiempo sin reconoceros?

R. He comprendido mi muerte el mismo día en que habéis rogado por mí.

P. Este estado de turbación, ¿era de sufrimiento?

R. No, no sufría, creía soñar y esperaba despertarme. Mi vida no estuvo exenta de dolores, pero todo ser encarnado en la Tierra debe sufrir. Me he resignado a la voluntad de Dios, y me lo ha tomado en cuenta. Os estoy muy agradecida por las oraciones que me han ayudado a reconocerme. Gracias, volveré siempre con placer. Adiós.

Elena

El marqués de Saint-Paul

Muerto en 1860, evocado a petición de su hermana, miembro de la sociedad de París, el16 de mayo de 1861

1. Evocación.

R. Heme aquí.

2. Vuestra señora hermana nos ha pedido que os evoquemos, pues aunque es médium, no está todavía lo bastante formada para estar segura de sí misma.

R. Trataré de responder lo mejor que pueda.

3. Desea saber, en primer lugar, si sois dichoso.

R. Estoy errante, y este estado transitorio no trae jamás ni la felicidad ni el castigo absoluto.

4. ¿,Habéis estado mucho tiempo sin reconoceros?

R. He permanecido bastante tiempo en turbación. Y no he salido de ésta sino para bendecir la piedad de los que no me olvidaban y rogaban por mí.

P. ¿Podéis apreciar la duración de esa turbación?

R. No.

5. ¿Cuáles son los parientes que habéis reconocido primero?

R. He reconocido a mis padres, quienes me han recibido al despertar, y me han iniciado en la nueva vida.

6. ¿De qué proviene que al fin de vuestra enfermedad parecía que conversabais con los que habéis amado en la Tierra?

R. Porque tuve, antes de morir, la revelación del mundo que, iba a habitar. Era vidente antes de morir y mis ojos se han velado en el pasaje de la separación definitiva del cuerpo, porque los lazos carnales eran todavía muy vigorosos.

7. ¿En qué consiste que vuestros recuerdos de la infancia os venían, al parecer, con preferencia?

R. Porque el principio y el fin de la vida están más en contacto que el medio.

P. ¿Cómo entendéis esto?

R. Que los moribundos se acuerdan y ven, *como un espejismo de consuelo*, sus primeros y más puros años.

Probablemente por un motivo providencial semejante, los ancianos, a medida que se acercan al término de la vida, tienen algunas veces un recuerdo preciso de los menores detalles de sus primeros años.

8. ¿Por qué, hablando de vuestro cuerpo, hablabais siempre en tercera persona?

R. Porque era vidente, como os he dicho, y conocía claramente las diferencias que existen entre lo físico y lo moral. Estas diferencias, ligadas entre sí por el fluido de vida, son muy marcadas a los ojos de los moribundos videntes lúcidos.

Es una particularidad singular que ha presentado la muerte de este caballero. En sus últimos momento decía siempre: "Tiene sed, es preciso darle de beber, tiene frío, es preciso calentarle, sufre en tal paraje, etc." Y cuando se le decía: "Pero sois vos quien tiene sed", respondía: "No, es él."

Aquí se dibujan perfectamente las dos existencias. El *yo* pensante está en el espíritu y no en el cuerpo, el espíritu, en parte separado ya, considera su cuerpo como otra individualidad que no era *él* propiamente hablando. Era, pues, a su cuerpo a quien debía darse de beber y no a su espíritu. Este fenómeno se observa también entre ciertos sonámbulos.

9. Lo que habéis dicho acerca de vuestro estado errante, y del tiempo que ha durado vuestra turbación, da a entender que no sois dichoso, y sin embargo, vuestras cualidades deberían hacer suponer lo contrario. Hay, por otra parte, espíritus errantes que son dichosos, como los hay desgraciados.

R. Estoy en un estado transitorio. Las virtudes humanas adquieren aquí su verdadero precio. Sin duda mi estado es mil veces preferible al de la encarnación terrestre, pero he llevado siempre en mí las aspiraciones del verdadero bien y de lo verdaderamente bello. Mi alma sólo quedará saciada cuando vuele a los pies de su Creador.

El Sr. Cardon

Médico

El Sr. Cardon había pasado una parte de su vida en la marina mercante en calidad de médico de un buque dedicado a la pesca de la ballena, adquiriendo en él costumbres e ideas un poco materiales. Retirado en la aldea de J..., ejercía en ella la modesta profesión de médico de la comarca. Desde algún tiempo tenía la certeza de que estaba atacado de una hipertrofia del corazón, y sabiendo que esta enfermedad es incurable, la idea de la muerte le ocasionaba una gran melancolía, que nada podía distraer.

Unos días antes predijo el día fijo de su muerte. Cuando se vio cerca de morir, reunió alrededor suyo a su familia para darle su último adiós. Su mujer, su madre, sus tres hijos y otros parientes estaban alrededor de su lecho. En el momento en que su mujer trató de levantarle, cayó desplomado, se puso de un azul lívido, sus ojos se cerraron, y se le creyó muerto. Su mujer se colocó ante él para ocultar este espectáculo a sus hijos. Después de algunos minutos volvió a abrir los ojos. Su cara, por decirlo así, iluminada, tomó una expresión de radiante beatitud, y exclamó: "¡Oh, hijos míos, qué belleza! ¡Qué sublimidad! ¡Oh, la muerte! ¡Qué beneficio! ¡Qué cosa tan dulce! Estaba muerto y he sentido mi alma elevarse muy alto, muy alto. Pero Dios me ha permitido volver para deciros: No temáis la muerte, ella es la libertad... ¡Qué no pueda pintaros la magnificencia de lo que he visto, y las impresiones de que me he sentido penetrado! Pero no podríais comprenderlo... ¡Oh, hijos míos, conducíos siempre de modo que merezcáis esta inefable felicidad, reservada a los hombres de bien. Vivid según la caridad. Si tenéis alguna cosa, dad una parte a aquellos a quienes falta lo necesario... Mi querida esposa, te dejo en una posición que no es feliz. Se nos debe dinero, pero te suplico no atormentes a los que nos deben. Si deben, aguarda que queden en paz, y a los que no puedan pagarte, haz el sacrificio de perdonarles la deuda: Dios te recompensará. Tú, hijo mío, trabaja para sostener a tu madre. Sé siempre honrado, y guárdate de hacer nada que pueda deshonrar a nuestra familia. Toma nuestra cruz que proviene de mi madre. No la dejes, y que ella te recuerde siempre mis últimos consejos... Hijos míos, ayudaos y sosteneos mutuamente. Que la buena armonía reine entre vosotros. No seáis ni vanos ni orgullosos. Perdonad a vuestros enemigos si queréis que Dios os perdone... Después, habiendo hecho acercar a sus hijos extendió sus manos hacia ellos, y añadió: "Hijos míos, yo os bendigo." Y sus ojos se cerraron, esta vez para siempre. Pero su rostro conservó una expresión tan imponente, que hasta el momento de enterrarle un gentío numeroso fue a contemplarle con admiración."

Habiéndonos sido transmitidos por un amigo de la familia estos interesantes detalles, hemos creído que esta evocación sería instructiva para todos, y al mismo tiempo útil al espíritu.

1. *Evocación.*

R. Estoy al lado vuestro.

2. Se nos ha referido vuestros últimos instantes, que nos han llenado de admiración. ¿Querríais ser lo bastante bueno para describirnos, mejor que no lo habéis hecho, lo que habéis visto en el intervalo de lo que se podría llamar vuestras dos muertes?

R. ¡Lo que he visto!... ¿Podríais comprenderlo? Yo no lo se, porque no podría encontrar expresiones capaces de hacer comprensible lo que he podido ver durante los pocos instantes en que me ha sido posible dejar mi despojo mortal.

3. ¿Os dais razón de dónde habéis estado? ¿Es lejos de la Tierra, en otro planeta o en el espacio?

R. El espíritu no conoce el valor de las distancias tales como vosotros lo consideráis. Conducido por no sé qué agente maravilloso, he visto el esplendor de un cielo como sólo nuestros sueños podrían realizarlo. Esta correría a través del infinito se hizo tan rápidamente, que no puedo precisar los instantes empleados por mi espíritu.

4. ¿Actualmente gozáis de la dicha que habéis entrevisto?

R. No. Mucho desearía poder gozar de ella, pero Dios no me puede recompensar así. Me he rebelado muy a menudo contra los pensamientos benditos que dictaba mi corazón, y la muerte me parecía una injusticia. Médico incrédulo, tomé en el arte de curar una aversión contra la segunda naturaleza, que es nuestro movimiento inteligente y divino. La inmortalidad del alma era una ficción propia para seducir las naturalezas poco elevadas. Sin embargo, el vacío me espantaba, porque he maldecido muchas veces este agente misterioso que hiere sin tregua ni descanso. La filosofía me había extraviado sin hacerme comprender toda la grandeza del Eterno, que sabe repartir el dolor y la alegría para la enseñanza de la Humanidad.

5. ¿Cuando ocurrió vuestra verdadera muerte, os reconocisteis al momento?

R. No. Me reconocí durante la transición que mi espíritu sufrió para recorrer los lugares etéreos. Pero después de la muerte real, no. Han sido precisos algunos días para reconocerme.

Dios me había concedido una gracia. Voy a deciros la razón.

Mi incredulidad primera no existía. Antes de mi muerte creí, porque después de haber sondeado científicamente la materia que me echaba a perder, no había encontrado, al cabo de razones terrestres, más que la razón divina. Ella me había inspirado, consolado, y mi ánimo era más fuerte que el dolor. Bendecía lo que había maldecido. El fin me parecía la libertad. ¡El pensamiento de Dios es grande como el mundo! ¡Oh! Qué supremo consuelo es la oración que da ternuras inefables. Es el elemento más seguro de nuestra naturaleza inmaterial. Por ella he comprendido, he creído firmemente, soberanamente, y por esto Dios, escuchando mis oraciones benditas, ha tenido a bien recompensarme antes de acabar mi encarnación.

6. ¿Se podría decir que estabais muerto la vez primera?

R. Sí y no. El espíritu, habiendo dejado el cuerpo, naturalmente la carne se extinguía. Pero al tomar otra vez posesión de mi morada terrestre, la vida volvió al cuerpo que había sufrido una transición, un sueño.

7. ¿En ese momento, sentíais los lazos que os retenían a vuestro cuerpo?

R. Sin duda. El espíritu tiene un lazo difícil de quebrantar. Le es preciso el último estremecimiento de la carne para entrar en su vida natural.

8. . ¿Cómo es que en vuestra muerte aparente, y durante algunos minutos, haya podido vuestro espíritu separarse instantáneamente y sin turbación, mientras que la muerte real fue seguida de una turbación de muchos días? Parece que en el primer caso los lazos entre el alma y el cuerpo, subsistiendo más que en el segundo, el desprendimiento debía ser más lento, y lo contrario es lo que ha tenido lugar.

R. Habéis hecho muchas veces la evocación de un espíritu encarnado, y habéis recibido de éste respuestas reales: yo estaba en la posición de estos espíritus. Dios me llamaba, y sus servidores me dijeron: "Ven..." He obedecido, y doy gracias a Dios por el favor especial que tuvo a bien hacerme. Pude ver lo infinito de su grandeza y darme cuenta de ésta. Gracias a vos, Señor, que antes de la muerte real me habéis permitido enseñar a los míos para que tengan buenas y justas encarnaciones.

9 ¿De dónde sacabais las buenas y hermosas palabras que dijisteis a vuestra familia cuando volvisteis a la vida?

R. Eran el reflejo de lo que había visto y oído. Los buenos espíritus inspiraban mi voz y animaban mi rostro.

l0. ¿Qué impresión creéis que ha hecho vuestra revelación a los asistentes, y a vuestros hijos en particular?

R. Grande, profunda. La muerte no engaña. Los hijos, por ingratos que pudiesen ser, se inclinan ante la encarnación que se va. Si se podía escudriñar el corazón de los hijos al lado de una tumba entreabierta, no se verían palpitar sino sentimientos verdaderos, movidos profundamente por la mano secreta de los espíritus, que dicen a todos los pensamientos: Temblad, si estáis en la duda: la muerte es la reparación, la justicia de Dios. y, os lo aseguro, a pesar de los incrédulos, mis amigos y mi familia creerán en las palabras que mi voz pronunció antes de morir. Era el intérprete de otro mundo.

11. Habéis dicho que no disfrutáis de la dicha que habéis entrevisto. ¿Consiste eso en que sois desgraciado?

R. No, puesto que creía antes de morir, y esto en mi alma y mi conciencia. El deber oprime en la Tierra, pero reanima para el porvenir espiritista. Observad que Dios tomó en cuenta mis ruegos y mi creencia absoluta en Él. Estoy en el camino de la perfección, y llegaré al fin que me ha sido permitido entrever. Orad, amigos míos, por este mundo invisible que preside a vuestros destinos. Este cambio fraternal es caritativo. Es una palanca poderosa que pone en comunicación los espíritus de todos los mundos.

12. ¿Tenéis que dirigir algunas palabras a vuestra mujer y a vuestros hijos?

R. Suplico a todos los míos crean en Dios poderoso, justo, inmutable, en la oración que consuela y alivia. En la caridad, que es el acto más puro de la encarnación humana. Que se acuerden que se puede dar poco. El óbolo del pobre es el más meritorio ante Dios, que sabe que un pobre da mucho, dando poco. Es preciso que el rico dé mucho y a menudo para merecer tanto como él.

R. El porvenir es la caridad, la benevolencia en todas las acciones. Esto es, creer que todos los espíritus son hermanos, no haciendo nunca caso de vanidades pueriles.

Familia mía muy amada, tendrás pruebas rudas. Pero sabe tomarlas valerosamente, pensando que Dios las ve.

Decid muchas veces esta oración:

"Dios de amor y de bondad, que das todo y siempre, concédenos esta fuerza que no retrocede ante ninguna pena. Hacednos buenos, dulces y caritativos. Pequeños por la fortuna, grandes por el corazón. Que nuestro espíritu sea espiritista en la Tierra para mejor comprenderos y amaros.

"Que vuestro nombre, ¡oh, Dios mío!, emblema de la libertad, sea el fin consolador de todos los oprimidos, de todos los que tienen necesidad de amar, de perdonar y de creer."

Cardon

Eric Stanislas

Comunicación espontánea: Sociedad de París, agosto de 1868

"¡Cuántas veces las emociones sentidas vivamente por ardientes corazones nos proporcionan felicidad! ¡Oh, dulces pensamientos que venís a abrir una vía de salvación a todo lo que vive, a todo lo que respira material y espiritualmente! ¡Que vuestro bálsamo salvador no cese de derramarse a torrentes sobre vosotros y sobre nosotros! ¡Qué palabras escoger para traducir la dicha que experimentan todos vuestros hermanos de ultratumba, en la contemplación del puro amor que os une a todos!

"¡Oh, hermanos!, ¡cuánto bien por todas partes, cuántos dulces sentimientos elevados y sencillos como vosotros, como vuestra doctrina, estáis llamados a sembrar sobre la larga vía que

tenéis aún que recorrer! ¡Pero también cuánto de todo esto os será recompensado aun antes del momento en que tendréis derecho para ello!

"He asistido a toda esta reunión, he escuchado, he oído, he comprendido y voy a tratar a mi vez de cumplir mi deber e instruir a la clase de espíritus imperfectos.

"Escuchad: estaba lejos de ser dichoso. Sumergido en la inmensidad, el infinito mis sufrimientos eran tanto más vivos, cuanto que no podía darme de ellos una cuenta exacta. ¡Dios sea bendito! Me ha permitido venir a un santuario al que no pueden *impunemente* acercarse los malos. Amigos, ¡cuán agradecido os estoy, cuántas fuerzas he tomado entre vosotros!

"¡Oh!, hombres de bien, reuníos a menudo. Instruid, porque no podéis saber cuántos frutos dan todas las reuniones serias tenéis entre vosotros. Los espíritus que todavía han de aprender muchas cosas, los que permanecen voluntariamente inactivos, perezosos y olvidados de sus deberes, pueden encontrarse, sea por una circunstancia fortuita o de otra manera, entre vosotros, heridos por un choque terrible. Pueden, y es lo que acontece muchas veces, replegarse sobre sí mismos, reconocerse, entrever el fin que se ha de alcanzar y, fuertes con el ejemplo que les dais, buscar los medios que pueden hacerles salir del estado penoso en que se encuentran. Me hago, con gran satisfacción mía, el intérprete de las almas que sufren, porque a los hombres de corazón es a quienes me dirijo, y sé que no seré rechazado.

"Tened la bondad, repito, ¡oh!, hombres generosos, de recibir la expresión de mi reconocimiento particular y el de todos nuestros amigos a quienes habéis hecho, puede que sin pensarlo, tanto bien."

Eric Stanislas

El guía del médium:

"Hijos míos, éste es un espíritu que ha sido muy infeliz porque estuvo mucho tiempo extraviado. Ahora, comprendiendo sus faltas, y arrepintiéndose por fin, ha vuelto sus miradas hacia Dios, a quien había desconocido. Su posición no es la de dicha, pero aspira a ella y no sufre. Dios le ha permitido venir a escuchar, y después ir a una esfera inferior a instruir y hacer adelantar a los espíritus que, como él, han quebrantado las leyes del Eterno. La reparación es lo que se le ha pedido. En adelante conquistará la felicidad, porque tiene voluntad para ello."

La Sra. Ana Velleville

Joven, muerta a los treinta y cinco años después de una larga y cruel enfermedad. De mucha viveza espiritual, dotada de una rara inteligencia, de gran rectitud y de eminentes cualidades morales, esposa y madre de familia apasionada, tenía además una fuerza de carácter poco común, y un talento fecundo en recursos que no la tenía jamás desprevenida en las circunstancias más críticas de la vida. Sin rencor hacia aquellos de quienes tenía más por qué quejarse, estaba siempre dispuesta a prestarles cualquier servicio, si llegaba la ocasión. Habiendo tenido con ella una amistad íntima desde largos años, hemos podido seguir todas las fases de su existencia y todas las peripecias de su fin.

Un accidente ocasionó la terrible enfermedad que debía llevársela y que la retuvo tres años en su lecho, presa de los más atroces sufrimientos, que soportó hasta el último momento con un valor heroico y en medio de los cuales su alegría natural no la abandonó. Creía firmemente en el alma y en la vida futura, pero se ocupaba muy poco de ello. Todos sus pensamientos se dirigían hacia la vida presente, a la cual valoraba mucho, sin tener, sin embargo, miedo a la muerte, y sin buscar los goces materiales. Porque su vida era muy sencilla, y se olvidaba sin dificultad de aquello que no podía procurarse. Pero tenía instint1vamente el gusto del bien y de lo bello, que sabía

encontrar hasta en las cosas más insignificantes. Quería vivir, menos para ella que para sus hijos, para quienes sabía que era necesaria. Por esto se aferraba a la vida. Conocía el Espiritismo sin haberlo estudiado a fondo. Hasta se interesaba por él, y sin embargo, no llegó a fijar sus pensamientos sobre el porvenir. Era para ella una idea verdadera, pero que no dejaba ninguna impresión profunda en su espíritu. El bien que hacía era el resultado de un sentimiento natural, espontáneo, y no inspirado por el pensamiento de una recompensa o de penas futuras.

Desde hacía mucho tiempo, su estado era ya desesperado, y se contaba verla marchar de un momento a otro. Ella misma no se hacía muchas ilusiones. Un día que su marido estaba ausente, se sintió desfallecer, y comprendió que su hora había llegado. Su vista se había velado, la turbación se apoderaba de ella y sentía todas las angustias de la separación. No obstante, le causaba mucha pena morir antes de que volviese su marido. Haciendo sobre sí misma un esfuerzo supremo, se dijo: "¡No, no quiero morir!" Sintió entonces renacer la vida y recobró el pleno uso de sus facultades. Cuando su marido volvió le dijo: "Iba a morir, pero he querido esperar a que estuvieses cerca de mí, porque tenía todavía que hacerte muchas recomendaciones." La lucha entre la vida y la muerte se prolongó así durante tres meses, que no fueron más que una larga y dolorosa agonía.

Evocación, al día siguiente de su muerte.

R. Mis buenos amigos, gracias porque os ocupáis de mí. Por lo demás, habéis sido para mí como buenos parientes. Pues bien, regocijaos, porque soy dichosa. Tranquilizad a mi pobre marido y velad sobre mis hijos. He ido junto a ellos enseguida.

P. Parece que la turbación no ha sido larga, puesto que nos habéis contestado con lucidez.

R. Amigos míos. ¡he sufrido tanto y sabíais que sufría con resignación! Y bien, mi prueba está terminada. Deciros que estoy completamente desprendida, no. Pero no sufro, y para mí es un alivio muy grande. Por esta vez estoy radicalmente curada, os lo aseguro. Pero tengo necesidad de que se me ayude con el socorro de las oraciones, a fin de venir desde luego a trabajar con vosotros.

P. ¿Cuál ha podido ser la causa de vuestros largos sufrimientos?

R. Pasado terrible, amigo mío.

P. ¿Podéis decirnos cuál ha sido este pasado?

R. ¡Oh, dejad que lo olvide un poco!. ¡Lo he pagado tan caro...!

Un mes después de su muerte.

P. Ahora que debéis estar completamente desprendida y que os reconocéis mejor, tendríamos el mayor gusto en tener con vos una conversación más explícita. ¿Podríais decirnos cuál ha sido la causa de vuestra larga agonía?

¿Por qué habéis estado durante tres meses entre la vida y la muerte?

R. Gracias, mis buenos amigos, por vuestro recuerdo y por vuestras buenas oraciones. ¡Cuán saludables me son y cuánto han contribuido a mi desprendimiento! Todavía tengo necesidad de que me ayudéis. Continuad rogando por mí. Vosotros comprendéis la oración. Las que decís no son fórmulas venales como tantos otros que no se dan cuenta del efecto que produce una buena plegaria.

¡He sufrido mucho, pero mis sufrimientos se me han tomado muy en cuenta, y me es permitido ir a menudo hacia mis queridos hijos, que había dejado con tanto sentimiento!

Yo misma he prolongado mis sufrimientos. Mi ardiente deseo de vivir para mis hijos hacía que me aferrase en cierto modo a la materia, y al contrario que los otros, me aferraba y no quería abandonar este desgraciado cuerpo, con el cual era preciso romper y que, sin embargo, era para mí el instrumento de tantos tormentos. He ahí la verdadera causa de mi larga agonía. Mi enfermedad, los sufrimientos que he tenido: expiación del pasado, una deuda menos.

¡Ay de mí, mis buenos amigos! Si os hubiera escuchado, ¡qué inmenso cambio en mi vida presente! ¡Qué mitigación habría sentido en mis últimos instantes y cuán fácil hubiera sido esta

separación, si en lugar de contrariarla me hubiera entregado con confianza a la voluntad de Dios, a la corriente que me arrastraba! ¡Pero en lugar de dirigir mis miradas hacia el porvenir que me esperaba, no veía más que el presente que iba a dejar!

Cuando vuelva a la Tierra seré espiritista, os lo aseguro. ¡Qué ciencia tan inmensa! Asisto muy a menudo a vuestras reuniones y a las instrucciones que se os dan. Si hubiera podido comprender cuando estaba en la Tierra, mis sufrimientos se hubieran mitigado mucho. Pero la hora no había llegado. Hoy comprendo la bondad de Dios y su justicia. Pero no estoy aún lo bastante adelantada para que deje de ocuparme de las cosas de la vida. Mis hijos sobre todo, me unen todavía a ella, no para contemplarles, sino para velar por ellos y procurar que sigan la ruta que el Espiritismo traza en este momento. Sí, mis buenos amigos, tengo aún graves preocupaciones. Una sobre todo, porque el porvenir de mis hijos depende de ella.

P. ¿Podéis darnos algunas explicaciones sobre el pasado que deploráis?

R. ¡Ay de mí, mis buenos amigos, estoy dispuesta a hacer mi confesión! Había desconocido el sufrimiento. Había visto morir a mi madre sin haber tenido piedad de ella. La había tratado de enferma imaginaria. No viéndola jamás en cama, sospechaba que no sufría, y reía de sus sufrimientos. He ahí como Dios castiga.

Seis meses después de su muerte.

P. Ahora que ha pasado un tiempo lo bastante largo desde que habéis dejado vuestra envoltura terrestre, ¿queréis describirnos vuestra situación y vuestras ocupaciones en el mundo de los espíritus?

R. Durante mi vida terrestre, era lo que se llama generalmente una mujer de bien, pero ante todo amaba mi bienestar. Compasiva por naturaleza, puede que no hubiera sido capaz de un sacrificio penoso para aliviar un infortunio. Hoy todo ha cambiado. Soy siempre el yo, pero el *yo* de otro tiempo ha sufrido modificaciones. He adquirido, veo que no hay clases ni otras condiciones, sino el mérito personal en el mundo de los invisibles, donde un padre caritativo y bueno está sobre el rico orgulloso que le humillaba con su limosna. Velo especialmente por la clase de los afligidos, por los tormentos de familia, la pérdida de parientes o de fortuna: tengo por misión el consolarles y animarles, y soy feliz en hacerlo.

Ana

Una importante cuestión se deduce de los hechos expresados, a saber.

¿Una persona puede, por un esfuerzo de su voluntad, retardar el momento de la separación del alma y del cuerpo?.

Respuesta del espíritu de San Luis:

"Resuelta esta cuestión de una manera afirmativa y sin restricción, podría dar lugar a falsas consecuencias. Seguramente, un espíritu encarnado puede, en ciertas circunstancias, prolongar la existencia corporal para terminar instrucciones indispensables o que él las crea tales. Esto puede permitírsele, como en el caso de que tratamos, y se tienen de ello diferentes ejemplos. Estas prolongaciones de la vida en todo caso no podrían ser de mucha duración, porque no puede permitirse al hombre invertir el orden de las leyes de la Naturaleza ni provocar una vuelta real a la vida, cuando ésta ha llegado a su término. Esto no es sino una prorrogación momentánea. Sin embargo, de la posibilidad del hecho no deberá deducirse de ello que pueda ser general, ni creer que dependa de cada uno prolongar así su existencia. *Como prueba para el espíritu*, o en interés de una misión que concluir, los órganos gastados pueden recibir un suplemento de fluido vital que les permita añadir algunos instantes a la manifestación material del pensamiento. Los casos semejantes son excepciones y no la regla. Es necesario no ver tampoco en este hecho una derogación de Dios en la inmutabilidad de sus leyes, sino una consecuencia del libre albedrío del alma humana, que en

el último instante tiene conciencia de la misión de que ha estado encargada, y quisiera, a pesar de la muerte, cumplir lo que no ha podido acabar. Puede ser también algunas veces una especie de castigo impuesto al espíritu que duda del porvenir, concediéndole una prolongación de vitalidad, por la cual sufre necesariamente."

San Luis

Podríamos también maravillarnos de la rapidez del desprendimiento de este espíritu, teniendo en cuenta su adhesión a la vida corporal. Pero es preciso considerar que esta adhesión no tenía nada de sensual ni de material. Tenía incluso su parte moral, puesto que era movida por el interés de sus hijos menores. Era, además, un espíritu adelantado en inteligencia y moralidad. Un grado más, y hubiera estado con los espíritus muy felices. No tenía, pues, en los lazos periespirituales la tenacidad que resulta de la identificación con la materia. Se puede decir que la vida, debilitada por una larga enfermedad, no dependía más que de algunos hilos. Hilos que quería impedir que se rompiesen. No obstante, fue castigada su resistencia por la prolongación de sus sufrimientos, que dependían de la naturaleza de la enfermedad y de la dificultad del desprendimiento, y de esto ha resultado que, después de la libertad, la perturbación fue de corta duración.

Un hecho igualmente importante se deduce de esta evocación, así como de la mayor parte de las que han tenido lugar en diversas épocas más o menos distantes de la muerte, esto es, el cambio que se verifica gradualmente en las ideas del espíritu, y del cual se puede seguir el progreso. En dicho espíritu se traducen, no por mejores sentimientos, sino por una apreciación más sana de las cosas. El progreso del alma en la vida espiritual es, pues, un hecho acreditado por la experiencia. La vida corporal es la que pone en práctica este progreso. Es la prueba de sus resoluciones y el crisol donde se depura.

Desde el instante en que el alma progresa después de la muerte, su suerte no puede fijarse irrevocablemente, porque la fijación definitiva de la suerte es, como hemos dicho en otra parte, la negación del progreso. Las dos cosas no pueden existir simultáneamente. Queda lo que tiene la sanción de los hechos y de la razón.

CAPÍTULO IV

Espíritus en sufrimientos

El castigo

Exposición general del estado de los culpables a su entrada en el mundo de los espíritus, dictada a la Sociedad Espiritista de París en octubre de l860.

"Los espíritus malos, egoístas y endurecidos, están, después de la muerte, entregados a una duda cruel sobre su destino presente y futuro. Miran a su alrededor, no ven al principio ningún objeto sobre el que puedan ejercerse sus fechorías, y la desesperación se apodera de ellos, porque el aislamiento y la inacción son intolerables para los malos espíritus: no se elevan hacia los lugares habitados por los espíritus puros. Consideran lo que les rodea, e impresionados al instante por el abatimiento de los espíritus débiles y castigados, se adhieren a ellos como a una presa, y les recuerdan sus pasadas faltas, que ponen sin cesar en acción por sus gestos irrisorios. No bastándoles esta burla, se sumergen en la Tierra como buitres hambrientos, buscan entre los hombres el alma más accesible a sus tentaciones, se apoderan de ella, exaltan su concupiscencia, procuran apagar su fe en Dios, y cuando, en fin, dueños de su conciencia, consideran su presa asegurada, extienden sobre todo lo que rodea a su víctima el fatal contagio.

"El espíritu malo, cuando puede ejercer su ira, es casi feliz. No sufre sino en los momentos en que no puede obrar y en los que el bien triunfa sobre el mal.

"Sin embargo, los siglos corren. El espíritu malo siente de repente que las tinieblas le invaden, su círculo de acción se estrecha, su conciencia, sorda hasta entonces, le hace sentir las puntas aceradas del arrepentimiento. Inactivo, llevado por el torbellino, corre al azar sintiendo, como dice la escritura, erizársele de espanto los cabellos. Pronto se hace un gran vacío a su alrededor. El momento de su expiación ha llegado, la encarnación se le presenta amenazadora. Ve como en espejismo las pruebas terribles que le aguardan. Quisiera retroceder, adelanta, y precipitado en el ancho abismo de la vida, divaga espantado hasta que el velo de la ignorancia cae sobre sus ojos. Vive, obra, aún es culpable. Siente en él no sé qué recuerdos que le inquietan, presentimientos que le hacen temblar, pero no retrocede en la vía del mal. Cargado de violencias y de crímenes, va a morir. Extendido en el suelo o sobre su cama, ¡qué importa! El hombre culpable siente, bajo su aparente inmovilidad, removerse y vivir un mundo de sensaciones olvidadas. Bajo sus párpados cerrados ve apuntar una luz, oye sonidos extraños. Su alma, que va a dejar su cuerpo, se agita impaciente, mientras que sus manos crispadas tratan de agarrarse a las sábanas. Quisiera hablar, quisiera gritar a los que le rodean: *Retenedme, veo el castigo*. No lo consigue: la muerte se fija sobre sus labios descoloridos, y los asistentes exclaman: ¡Descansa en paz!

"No obstante, lo oye todo. Gira alrededor de su cuerpo, que no quiere abandonar. Una fuerza secreta le atrae. Lo ve y reconoce todo. Desatinado, se lanza en el espacio, donde quiere ocultarse. ¡No puede retroceder! ¡No tiene reposo! Otros espíritus le vuelven el mal que ha hecho, y castigado, burlado, confuso a su vez, camina y caminará al azar, hasta que la divina luz se deslice

en su endurecimiento y le ilumine para mostrarle el Dios de justicia, el Dios triunfante del mal, que no podrá aplacar sino a fuerza de gemidos y de expiaciones."

George

Jamás se ha trazado un cuadro más elocuente, más terrible y más verdadero de la suerte del malo. ¿Qué necesidad hay, pues, de recurrir a la fantasmagoría de las llamas y de los tormentos físicos?

Novel

El espíritu se dirige al médium, que le había conocido en su vida

"Voy a contarte lo que he sufrido al morir. Mi espíritu, retenido en mi cuerpo por lazos materiales, tuvo gran trabajo en desprenderse de aquél, lo cual fue una primera ruda agonía. La vida que dejé a los veinticuatro años era todavía tan fuerte en mí, que no creía en su pérdida. Buscaba mi cuerpo, y estaba sorprendido y espantado de verme perdido en medio de esta multitud de sombras. En fin, la conciencia de mi estado y la revelación de las faltas que había cometido en todas mis encarnaciones se me presentaron de repente. Una luz implacable iluminó los más secretos pliegues de mi alma, que se sintió *desnuda*, y después sobrecogida por una vergüenza abrumadora. Trataba de escaparme de ella, interesándome en los objetos nuevos, *aunque conocidos*, que me rodeaban. Los espíritus radiantes, flotando en el éter, me daban la idea de una dicha a la que no podía aspirar. Formas sombrías y desoladas, las más sumergidas en una triste desesperación, las otras irónicas o furiosas, se deslizaban a mi alrededor y sobre la Tierra, a la cual permanecía adherido.

"Veía agitarse a los humanos, cuya ignorancia envidiaba. Un orden de sensaciones desconocidas o *vueltas a encontrar* me invadieron a la vez. Arrastrado como por una fuerza irresistible, procurando huir de este dolor encarnizado, salvaba las distancias, los elementos, los obstáculos materiales, sin que las hermosuras de la Naturaleza ni los esplendores celestes pudiesen calmar un instante la amargura de mi conciencia, ni el espanto que me causaba la revelación de la eternidad. Un mortal puede presentir los tormentos materiales por los temblores de la carne. Pero vuestros frágiles dolores, endulzados por la esperanza, templados por las distracciones, muertos por el olvido, no podrán jamás haceros comprender las angustias de un alma que sufre sin tregua, sin esperanza, sin arrepentimiento. He pasado un tiempo del cual no puedo apreciar la duración, envidiando a los elegidos cuyo esplendor entreveía, detestando a los malos espíritus que me perseguían con sus burlas, menospreciando a los humanos, de quienes veía las torpezas, pasando de un profundo abatimiento a una rebelión insensata.

"En fin, tú me has llamado, y por vez primera, un sentimiento dulce y tierno me calmó. Escuchando las enseñanzas que te dan tus guías, la verdad me ha penetrado. He orado, y Dios, oyéndome, se me ha revelado por su clemencia, como se me había revelado por su justicia."

Novel

Augusto Michel

El Havre, marzo de 1863

Éste era un joven rico, amigo de tratarse bien, y que gozaba amplia y exclusivamente de la vida material. Aunque inteligente, la indiferencia por las cuestiones serias era el fondo de su carácter. Sin maldad, antes bueno que malo, era amado por sus compañeros de placer y buscado en

la alta sociedad por sus cualidades de hombre de mundo. Sin haber hecho mal, no había hecho bien. Murió a consecuencia de la caída de su carruaje en el paseo. Evocado algunos días después de su muerte por un médium que le conocía indirectamente, dio sucesivamente las comunicaciones siguientes:

8 de marzo de 1863. "Estoy apenas separado de mi cuerpo, así es que difícilmente puedo hablaros. La terrible caída que ha hecho morir a mi cuerpo pone a mi espíritu en gran perturbación. Temo por lo que va a ser de mí, y esta incertidumbre es cruel. El horrible sufrimiento que mi cuerpo ha experimentado no es nada, comparándolo a la turbación en que estoy. Orad para que Dios me perdone. ¡Oh, qué dolor! ¡Oh, gracias, Dios mío! ¡Qué dolor! Adiós."

18 de marzo. "Yo vine a vos pero no pude hablaros sino muy difícilmente. Aun en este momento no puedo comunicarme sino con trabajo. Sois el único médium a quien puedo pedir oraciones para que la bondad de Dios me saque de la turbación en que estoy. ¿Por qué sufro aún, cuando mi cuerpo no sufre? ¿Por qué este dolor horrible, esta terrible angustia, *existe siempre*? ¡Orad, oh, orad para que Dios me conceda el reposo!... ¡Oh, qué cruel incertidumbre! Estoy aún adherido a mi cuerpo. Difícilmente veo en dónde puedo estar. Mi cuerpo está allá..., ¿y por qué estoy allí siempre? Venid a orar *sobre él*, para que pueda separarme de esta opresión cruel. Dios tendrá a bien perdonarme. Así lo espero. Veo los espíritus que están cerca de vos y por ellos puedo hablaros. Orad por mí."

6 de abril. "Soy yo que vengo a vos para pediros oréis por mí. Sería preciso que vinierais *al lugar donde yace mi cuerpo*, a rogar al Todopoderoso para que calme mis sufrimientos. ¡Sufro! ¡Oh,
sufro! Id a ese lugar, es necesario, y dirigid al Señor una plegaria para que me conceda el perdón. Veo que podré estar más tranquilo. Pero vuelvo sin cesar hacia el paraje donde se ha colocado *lo que ha sido mi yo*."

El médium, no dándose cuenta de la insistencia del espíritu que le pedía fuese a orar sobre su tumba, había descuidado hacerlo. Sin embargo, fue a ella más tarde, y recibió la comunicación siguiente:

11 de mayo. "Os esperaba. Aguardaba el momento en que vendríais al lugar donde mi espíritu parece enclavado en su envoltura, a implorar al Dios de las misericordias para que su bondad calme mis sufrimientos. Podéis hacerme bien con vuestras oraciones. No os canséis, os lo suplico. Veo cuán opuesta ha sido mi vida a lo que debía ser, veo las faltas que he cometido. He sido un ser inútil en el mundo. No he hecho ningún buen empleo de mis facultades, mi fortuna no ha servido sino para satisfacer mis pasiones, mis gustos, mi lujo y mi vanidad, no he pensado más que en los goces del cuerpo y no en mi alma. ¿Descenderá sobre mí la misericordia de Dios, pobre espíritu que sufro aún por mis faltas terrestres? Rogad para que me perdone, y para que sea librado de los dolores que siento aún. Os doy gracias por haber venido a orar por mí."

8 de junio. "Puedo hablaros, y doy gracias a Dios por haberlo permitido. He visto mis faltas y espero que Dios me perdonara. Seguid siempre vuestro camino según la creencia que os anima, porque os reserva para más adelante un descanso que no tengo todavía. Gracias por vuestras oraciones. Hasta la vista."

La insistencia del espíritu en que fuese a orar sobre su tumba es una particularidad notable, pero que tiene su razón de ser, si se considera cuán tenaces eran los lazos que le retenían a su cuerpo, y cuán larga y difícil era la separación, a consecuencia de la materialidad de su existencia. Se comprende que, acercándose al cuerpo, la oración podía ejercer una especie de acción magnética más poderosa para ayudar al desprendimiento. El uso casi general de orar junto al cuerpo de los difuntos, ¿no provendría de la intuición inconsciente que se tiene de este efecto? La eficacia de la

oración en este caso tendrá un resultado a la vez moral y material.

Pesares de un mimado

Burdeos, 19 de abril de 1862

30 de julio. "Ahora soy menos desgraciado, porque no siento la cadena que me sujetaba a mi cuerpo. Por fin soy libre, pero me falta la expiación: es necesario que repare el tiempo perdido, sí, no quiero que mis sufrimientos se prolonguen. Espero que Dios verá mi sincero arrepentimiento y tendrá a bien concederme su perdón. Os suplico que roguéis aún por mí.

"¡Hombres, hermanos míos! ¡Viví sólo para mí y ahora lo sufro y expío! Que Dios os haga la gracia de que podáis evitar los tormentos que me destrozan. Marchad por el ancho camino del Señor y rogad por mí, porque abusé de los bienes de la Tierra que Dios concede a sus criaturas.

"Aquel que sacrifica a los instintos brutales la inteligencia y los buenos sentimientos que Dios ha puesto en él, se asemeja al animal que maltrata muchas veces. El hombre debe usar con sobriedad de los bienes de que es depositario. Debe habituarse a no vivir sino en vista de la eternidad que le aguarda, y en consecuencia, perder la pasión desmedida por los goces materiales. Su alimento no debe tener otro fin más que su vitalidad. Su lujo debe subordinarse a las necesidades estrictas de su posición. Sus gustos, sus inclinaciones naturales, también deben ser regidos por la más fría razón, sin que se materialice, en lugar de depurarse. Las pasiones humanas son un lazo estrecho que se hunde en las carnes. No le apretéis, pues. Vivid, pero no os tratéis con mucho mimo. ¡No sabéis lo que cuesta esto cuando se vuelve a la patria común! Las pasiones terrestres os despojan antes de dejaros, y llegáis al Señor desnudos, enteramente desnudos. ¡Ah!, cubríos de obras buenas. Ellas os ayudarán a salvar el espacio que os separa de la eternidad. Manto brillante ocultará vuestras torpezas humanas. Envolveos de caridad y de amor, vestidos divinos que no se pierden."

Instrucción del guía del médium:

"Este espíritu está en buen camino, puesto que el arrepentimiento añade consejos para ponerse en guardia contra los peligros de la ruta que ha seguido. Reconocer sus defectos es ya un mérito y un paso dado hacia el bien, por esto su situación, sin ser dichosa, no es la de un espíritu que sufre. Se arrepiente. Le queda la reparación, que cumplirá en otra existencia de prueba. Pero antes de llegar a ella, ¿sabéis cuál es la situación de estos hombres de vida enteramente sensual, que no han dado a su espíritu otra actividad que la de inventar sin cesar nuevos goces? La influencia de la materia les sigue más allá de la tumba, y la muerte no pone un término a sus apetitos, que su vista, tan limitada como en la Tierra, busca en vano los medios de satisfacer. Como nunca buscó el alimento espiritual, su alma está errante en el espacio, sin objeto, sin esperanza, presa de la ansiedad del hombre que no tiene ante sí más que la perspectiva de un desierto sin límites. La nulidad de sus ocupaciones intelectuales durante la vida del cuerpo trae naturalmente la nulidad del trabajo del espíritu después de la muerte. No pudiendo satisfacer el cuerpo, no le queda nada por satisfacer al espíritu. De ahí un mortal fastidio del cual no ven el término, y preferirían la nada. Pero la nada no existe. Han podido matar el cuerpo, pero no pueden matar el espíritu. Es preciso, pues, que vivan en esos tormentos morales, hasta que vencidos por el cansancio se decidan a elevar su mirada hacia Dios."

Lisbeth

Burdeos, 13 de febrero de 1863

Un espíritu que sufre se inscribe bajo el nombre de Lisbeth.

1. ¿Queréis darnos algunos detalles sobre vuestra situación y la causa de vuestros sufrimientos?

R. Sé humilde de corazón, sumiso a la voluntad de Dios, paciente en las pruebas, caritativo para el pobre, alentador del débil, ardiente de corazón para todos los sufrimientos, y no sufrirás los tormentos que yo sufro.

2. Si las faltas opuestas a las cualidades que manifestáis os han arrastrado, parece que las debéis sentir. ¿Os alivia, acaso, vuestro arrepentimiento?

R. No, el arrepentimiento es estéril cuando no es más que la consecuencia del sufrimiento. El arrepentimiento productivo es aquel que tiene por base el sentimiento de haber ofendido a Dios y el ardiente deseo de reparar. Desgraciadamente no estoy todavía en este estado. Encomendadme a las oraciones de todos los que se consagran a los sufrimientos. Tengo necesidad de ellas.

Ésta es una gran verdad: el sufrimiento arranca a veces un grito de arrepentimiento, pero no es la expresión sincera del pesar del espíritu por haber hecho mal, porque si el espíritu no sufriese estaría dispuesto a volver a empezar sus faltas. He ahí por qué el arrepentimiento no trae siempre la libertad inmediata del espíritu. Dispone a ella, esto es todo, pero le es necesario probar la sinceridad y la solidez de sus resoluciones por nuevas pruebas, que son la reparación del mal que ha hecho. Si se meditan con cuidado todos los ejemplos que citamos, se encontrará en las palabras, incluso de los espíritus más inferiores, serios objetos de instrucción, porqué nos inician en los detalles más íntimos de la vida espiritual. Mientras que el hombre superficial no verá en estos ejemplos más que relaciones más o menos pintorescas, el hombre formal y reflexivo encontrará en ellos una fuente abundante de estudios.

3. Haré lo que deseáis. ¿Queréis darme algunos detalles sobre vuestra última existencia? Puede resultar de ésta una enseñanza útil para nosotros, y de este modo haréis vuestro arrepentimiento productivo.

(El espíritu manifiesta gran indecisión en responder a esta pregunta, y a algunas de las siguientes.)

R. Nací en una condición muy elevada. Tenía todo lo que los hombres miran como la fuente de la felicidad. Rica, he sido egoísta; bella, he sido coqueta, indiferente y mentirosa; noble, he sido ambiciosa. He confundido con mi poder a los que se prosternaban ante mí, y también pisoteaba a los que se ponían bajo mis pies, sin pensar que la justicia del Señor aniquila del mismo modo, tarde o temprano, las frentes más erguidas.

4. ¿En qué época vivíais?

R. Hace ciento cincuenta años, en Prusia.

5. ¿Desde este tiempo no habéis hecho ningún progreso como espíritu?

R. No, la materia se rebela siempre. Tú no puedes comprender la influencia que aún ejerce, a pesar de la separación del cuerpo y del espíritu. El orgullo le enlaza con cadenas de metal cuyos anillos le aprietan más y más alrededor del miserable que le abandona su corazón. ¡El orgullo! ¡Esta hidra de cien cabezas siempre renaciente, que sabe modular sus silbidos envenenados de tal modo, que se les toma por una música celeste! ¡El orgullo! ¡Este demonio múltiple que se doblega a todas las aberraciones de vuestro espíritu, que se oculta en los pliegues de vuestro corazón, penetra en vuestras venas, os envuelve, os absorbe y os arrastra consigo a las tinieblas del infierno eterno!... ¡Sí, eterno!

El espíritu declara que no ha hecho ningún progreso, sin duda porque su situación es siempre penosa. Pero la manera como describe el orgullo y deplora sus consecuencias, es incontestablemente un progreso, porque de seguro que ni en su vida, ni poco después de su muerte, habría podido raciocinar así.

Comprende el mal, lo que ya es algo. El valor y la voluntad de evitarlo le vendrán después.

6. Dios es muy bueno para que condene a sus criaturas a penas eternas, esperad en su

misericordia.

R. ¡Puede haber en ello un término, se dice, pero no sé dónde! ¡Lo busco desde hace mucho tiempo y no veo más que sufrimiento eterno! ¡Siempre sufriendo, siempre!

7. ¿Cómo habéis venido aquí hoy?

R. Un espíritu, que me sigue muchas veces, me ha conducido aquí.

P. ¿Desde cuándo veis a este espíritu?

R. No hace mucho.

P. ¿Y desde cuándo os dais cuenta de las faltas que habéis cometido?

(Después de una larga reflexión.)

R. Sí, tienes razón. Entonces fue cuando le vi.

8. ¿No comprendéis ahora la relación que hay entre vuestro arrepentimiento y la ayuda visible que os presta vuestro espíritu protector? Ved como origen de este apoyo el amor de Dios, y como fin su perdón y su misericordia infinita.

R. ¡Oh! ¡Cuánto lo desearía!

P. Creo poder prometéroslo en el nombre sagrado de aquel que no ha sido jamás sordo a la voz de sus hijos afligidos. Llamadle desde el fondo de vuestro arrepentimiento. Él os oirá.

R. No puedo, tengo miedo.

9. Oremos juntos, Él nos oirá.

(Después de la oración.)

P. ¿Estas aún ahí?

R. Sí, ¡gracias! ¡No me olvides!

10. Venid aquí a inscribiros todos los días.

R. Sí, sí, volveré siempre.

El guía del médium.

"No olvides jamás las enseñanzas que adquieres en los sufrimientos de tus protegidos, y sobre todo en las causas de estos sufrimientos. Que sirvan a todos de enseñanza para preservaros de los mismos peligros y de los mismos castigos.

"Purificad vuestros corazones, sed humildes, amaos, ayudaos y que vuestro corazón reconocido no olvide jamás la fuente de todas las gracias, fuente inagotable donde cada uno de vosotros puede beber con abundancia. Fuente de agua viva que apaga la sed y nutre a la vez. Fuente de vida y de dicha eternas. Id a ella, mis muy amados, bebed con fe, echad vuestras redes, y saldrán de las olas cenagosas cargadas de bendiciones. Dad parte a vuestros hermanos, advirtiéndoles los peligros que pueden encontrar. Derramad las bendiciones del Señor. Ellas renacen sin cesar, cuanto más las vertáis alrededor de vosotros, más se multiplicarán. Las tenéis en vuestras manos, porque diciendo a vuestros hermanos «allí están los escollos, seguidnos para evitarlos, *imitadnos, nosotros os damos el ejemplo*», derramaréis las bendiciones del Señor sobre los que os escuchen.

"Benditos sean vuestros esfuerzos, mis muy amados. El Señor ama los corazones puros. Mereced su amor."

San Paulino

El príncipe Ourán

Burdeos, 1862

Un espíritu que sufre se presenta bajo el nombre de *Ourán*, antes príncipe ruso.

P. ¿Queréis darnos algunos detalles sobre vuestra situación?

R. ¡Oh! ¡Bienaventurados los humildes de corazón, porque el reino de los cielos les pertenece! Rogad por mí. ¡Bienaventurados son aquellos que, humildes de corazón, eligen para

pasar sus pruebas una posición modesta! ¡Vosotros no sabéis, vosotros todos a quienes devora la envidia, a qué estado se ve reducido uno de los que llamáis los dichosos de la tierra! ¡No sabéis las ascuas ardientes que amontona sobre su cabeza! ¡No sabéis los sacrificios que impone la riqueza, cuando se quiere aprovechar ésta para la salvación eterna! ¡Que el Señor me permita a mí, el orgulloso déspota, venir a expiar entre los que he atropellado con mi tiranía, los crímenes que el orgullo me ha hecho cometer! ¡Orgullo! Repetid continuamente esta palabra, para no olvidar jamás que es la fuente de todos los sufrimientos que nos abruman.

Sí, abusé del poder y del favor de que gozaba, fui duro y cruel para mis inferiores, que debían doblegarse a todos mis caprichos, satisfacer todas mis depravaciones. Gozaba de nobleza, honores y fortuna, y he sucumbido bajo el peso que había tomado, superior a mis fuerzas.

Los espíritus que sucumben generalmente afirman que tenían una carga superior a sus fuerzas. Éste es un medio de excusarse a sus propios ojos, y un resto de orgullo: no quieren haber faltado por su culpa.

Dios no da a nadie más carga de la que se puede llevar, ni pide a nadie más de lo que puede dar. No exige que el árbol naciente tenga los frutos de aquel que está en toda su lozanía. Dios da a los espíritus la libertad, y lo que les falta es la voluntad, y la voluntad depende de ellos solos. Con la voluntad no hay inclinaciones viciosas que no se puedan vencer, pero *cuando uno se complace en una inclinación, es natural que no se hagan esfuerzos para vencerla*. Es preciso, pues, no culpar sino a sí mismo de las consecuencias que resulten.

P. Tenéis la conciencia de vuestras faltas, lo cual ya es el primer paso hacia vuestro mejoramiento.

R. Esta conciencia es también un sufrimiento. Para muchos espíritus el sufrimiento es un efecto casi material, porque con tendencias afines aún a la materialidad de su última existencia, no perciben las sensaciones morales. Mi espíritu está separado de la materia, y el sentimiento moral ha aumentado, con todo, lo que las sensaciones que se creen físicas tenían de horrible.

P. ¿Entrevéis un término a vuestros sufrimientos?

R. Sé que no serán eternos. El término no lo entreveo todavía, porque me es necesario antes volver a empezar la prueba.

P. ¿Esperáis volver a empezar pronto?

R. No lo sé aún.

P. ¿Tenéis el recuerdo de vuestros antecedentes? Os lo pregunto con un fin instructivo.

R. Sí, tus guías están aquí y ellos saben lo que te conviene. Viví en tiempo de Marco Aurelio. Entonces, poderoso también, sucumbí al orgullo, causa de todas las caídas. Después de estar errante siglos enteros, quise ensayar una vida oscura. Pobre estudiante, mendigué mi pan, pero el orgullo no me abandonaba; el espíritu adquirió ciencia, pero no virtud. Sabio y ambicioso, vendí mi alma al mejor postor, sirviendo a todas las venganzas y a todos los odios. Me reconocía culpable, pero la sed de honores, de riquezas, ahogaba los gritos de mi conciencia. La expiación fue también larga y cruel. En fin, quise en mi última encarnación volver a comenzar una vida de lujo y de poder. Pensando dominar los escollos, no hice caso de los avisos. Orgullo que de nuevo me condujo a fiarme de mi propio juicio antes que del de los amigos protectores que no cesan de velar sobre nosotros. Tú sabes el resultado de esta última tentativa.

Hoy comprendo ya, y espero en la misericordia del Señor. Pongo a sus pies mi orgullo abatido, y le pido eche sobre mis espaldas la más pesada carga de humildad, y ayudado de su gracia, su peso me parecerá ligero. Orad conmigo y para mí. Rogad también para que este demonio de fuego no devore en vosotros los instintos que os elevan hacia Dios. Hermanos en sufrimiento, que mi ejemplo os sirva, y no olvidéis nunca que el orgullo es el mayor enemigo de la dicha, porque de él dimanan todos los males que atacan a la Humanidad y la persiguen hasta las regiones celestes.

El guía del médium:

"Tú has concebido dudas sobre este espíritu, porque su lenguaje no te parece conforme con

su estado de sufrimiento que acusa su inferioridad. No temas, has recibido una instrucción formal. Aunque sufra este espíritu, es lo bastante elevado en inteligencia para hablar como lo ha hecho. No le falta más que la humildad, sin la cual ningún espíritu puede llegar a Dios. Esta humildad la ha adquirido ahora, y esperamos que con perseverancia saldrá triunfante de una nueva prueba.

"Nuestro padre celeste, lleno de justicia en su sabiduría, toma en cuenta los esfuerzos que hace el hombre para dominar sus malos instintos. Cada victoria conseguida sobre vosotros mismos es un peldaño salvado de esta escala, de la cual un extremo se apoya en vuestra Tierra y el otro se detiene a los pies del juez supremo. Subidlos, pues, con ánimo resuelto. Son suaves para los que tienen la voluntad fuerte.

"Mirad siempre a lo alto para animaros, porque, ¡desgraciado de aquel que se detiene y vuelve la cabeza! En este caso se desvanece, el vacío que le rodea le espanta, se encuentra sin fuerzas, y se pregunta: ¿Para qué me sirve adelantar más? ¡He hecho tan poco camino! No, amigos míos, no volváis la cabeza. El orgullo está encarnado en el hombre. Pues bien, emplead este orgullo en daros fuerza y valor para acabar vuestra ascensión. Empleadlo en dominar vuestras debilidades, y subid a la cima de la montaña eterna."

Pascal Lavich

El Havre, 9 de agosto de 1863

Este espíritu se comunicó espontáneamente al médium, sin que éste le hubiese conocido en su vida, ni siquiera de nombre.

"Creo en la bondad de Dios, que se servirá tener misericordia de mi pobre espíritu. ¡He sufrido mucho, mucho!... Mi cuerpo pereció en el mar. Mi espíritu estaba siempre adherido a mi cuerpo, y largo tiempo estuvo errante sobre las olas..."

La comunicación fue interrumpida, prosiguiéndola el espíritu al día siguiente:

"...Ha tenido a bien permitir que las oraciones de los que dejé en la Tierra me saquen del estado de perturbación y de incertidumbre en que mi espíritu estaba sumergido. Me han esperado mucho tiempo y pudieron encontrar mi cuerpo. Ahora descansa, y mi espíritu, separado con trabajo, ve las faltas cometidas, la prueba consumada. Dios juzga con justicia, y su bondad se extiende sobre los arrepentidos.

"Sí, mucho tiempo mi espíritu estuvo errante con mi cuerpo, porque tenía que expiar. Seguid el camino derecho, si queréis que Dios permita que se separe pronto vuestro espíritu de su envoltura. Vivid en su amor, orad, y la muerte, tan terrible para algunos, será suave para vosotros, puesto que sabéis la vida que os aguarda. Sucumbí en el mar, y me esperaron mucho tiempo. El no poder apartarme de mi cuerpo era para mí una terrible prueba, por esto tengo necesidad de vuestras oraciones, de vosotros que estáis en la creencia que salva, de vosotros que podéis rogar a Dios por mí como se debe. Me arrepiento y espero que tendrá a bien perdonarme. El cuerpo que se encontró el 6 de agosto era el de un pobre marinero. Era el mío, que pereció hace mucho tiempo. ¡Rogad por mí!"

P. ¿Dónde os han encontrado?

R. Cerca de vosotros.

El *Diario de El Havre* del 11 de agosto de 1863 contenía el artículo siguiente, del cual no pudo tener conocimiento el médium:

"Hemos anunciado que se había encontrado el 6 de este mes el tronco de un cadáver entre Bleville y la Héve. La cabeza, los brazos y medio cuerpo había desaparecido. Sin embargo, su identidad pudo justificarse por el calzado, todavía sujeto a los pies. Así es que se ha reconocido que era el cuerpo del pescador Lavich, que pereció el 11 de diciembre a bordo del buque *Alerta*,

destruido delante de Trouville por un golpe de mar. Lavich tenía cuarenta y nueve años, y había nacido en Calais. La viuda del difunto ha probado la identidad."

El 12 de agosto, cuando se hablaba de este acontecimiento en el círculo donde este espíritu se había presentado por primera vez, se comunicó de nuevo espontáneamente:

"Os aseguro que soy Pascal Lavich, y tengo necesidad de vuestras oraciones. Podéis hacerme bien, porque la prueba que he sufrido ha sido terrible. La separación de mi espíritu del cuerpo no se hizo sino cuando reconocí mis faltas, y después no se apartaba de él por completo, sino que le seguía en el mar que le había tragado. Rogad, pues, a Dios que me perdone, rogadle que me dé reposo. Rogadle, os lo suplico, ¡Que este terrible fin de una existencia terrestre desgraciada sea para vosotros una enseñanza muy grande. Debéis pensar en la vida futura y no dejar de pedir a Dios su misericordia. Rogad por mí, tengo necesidad de que Dios tenga piedad de mí."

Pascal Lavich

Fernando Bertin

Un médium, habitante en El Havre, evocó el espíritu de una persona que le era conocida. Este espíritu respondió:

"Quiero comunicarme, pero no puedo vencer el obstáculo que hay entre nosotros. Me veo obligado a dejar que se os acerquen esos desgraciados que sufren."

Recibió entonces espontáneamente la comunicación siguiente:

"¡Estoy en un horroroso abismo! Ayudadme... ¡Oh, Dios mío! ¿Quién alargará una mano caritativa al desgraciado que ha sido tragado por el mar?... La noche es tan negra, que tengo miedo... Por todas partes el murmullo de las olas, y ninguna palabra amiga para consolarme y ayudarme en ese momento supremo, ¡porque esta noche profunda es la muerte con todo su horror! ¡Yo no quiero morir!... ¡Oh, Dios mío! ¡Esto no es la muerte que ha de venir, es la muerte pasada!...

"Estoy separado de los que amo para siempre... Veo mi cuerpo, y lo que experimentaba ahora mismo no era más que el recuerdo de la horrible angustia de la separación... Tened piedad de mí, vosotros que conocéis mis sufrimientos. ¡Rogad por mí, porque no podré resistir, como he resistido esta noche fatal, con todos los tormentos de la agonía!... Sin embargo, ése es mi castigo, lo presiento... ¡Rogad, os lo suplico!...

"¡Oh! El mar... El frío.... ¡Voy a ser tragado!... Socorro... Tened, pues, piedad, ¡no me rechacéis!... ¡Nos salvaremos bien dos a dos sobre este resto! ... ¡Oh! ¡Me sofoco!... Las olas van a tragarme, y los míos no tendrán el triste consuelo de volverme a ver... Pero no, veo que mi cuerpo no es azotado por las olas...

"Las oraciones de mi madre serán oídas... ¡Mi pobre madre! Si pudiera figurarse a su hijo tan miserable como lo está en realidad, oraría mejor, pero cree que la causa de mi muerte ha santificado el pasado. ¡Me llora mártir, y no desgraciado y castigado! ¡Oh! Vosotros que lo sabéis, ¿no tendréis piedad de mí? ¿No rogaréis?"

El nombre de Fernando Bertin, enteramente desconocido del médium, no le recordó nada, y se creyó que sin duda sería el espíritu de algún desgraciado náufrago que venía a manifestársele espontáneamente, como le había acontecido muchas veces.

Un poco más tarde supo que, en efecto, era el nombre de una de las víctimas de un gran desastre marítimo que había tenido lugar el 2 de diciembre de 1863. La comunicación se dio el 8 del mismo mes, seis días después de la catástrofe. El individuo había perecido, haciendo tentativas inauditas para salvar la tripulación y en el momento en que creía asegurada su salvación.

Este individuo no tenía con el médium ningún lazo de parentesco, ni tampoco de conocimiento. ¿Por qué, pues, se ha manifestado a él antes que a ningún miembro de su familia? Es porque los espíritus no encuentran en todos las condiciones fluídicas necesarias para este efecto. Además, en la turbación en que estaba no tenía la libertad de elección: fue conducido instintivamente y por atracción hacia este médium, dotado, por lo

que parece, de una aptitud especial para las comunicaciones espontáneas de este género. Sin duda presentía también que encontraría allí una simpatía particular como otros la habían hallado en semejantes circunstancias. Su familia, ajena al Espiritismo, quizás antipática a esta creencia, no hubiera acogido su revelación como este médium podía hacerlo.

Aunque la muerte ocurrió algunos días antes, el espíritu sufría aún todas sus angustias. Es evidente que no se daba ninguna cuenta de su situación. Se creía todavía vivo, luchando contra las olas, y no obstante, hablaba de su cuerpo como si estuviese separado de éste. Pide socorro, dice que no quiere morir, y un instante después habla de la causa de su muerte, que reconoce ser un castigo. Todo esto denota la confusión de las ideas que sigue casi siempre a las muertes violentas.

Dos meses más tarde, el 2 de febrero de 1864, se comunicó de nuevo espontáneamente al mismo médium, y le dictó lo que sigue:

"La piedad que habéis tenido por mis sufrimientos tan horribles, me ha aliviado. Comprendo la *esperanza*, entreveo el perdón, pero después del castigo de la falta cometida, sufro todavía, y si Dios permite que durante algunos momentos entrevea el fin de mi desgracia, sólo a las oraciones de las almas caritativas, conmovidas por mi situación, debo este alivio. ¡Oh, esperanza, rayo del cielo, qué bendita eres cuando te siento nacer en mi alma!... Pero, ¡ay de mí! El abismo se abre, el terror y el sufrimiento hacen que se borre este recuerdo de misericordia... ¡La noche, siempre la noche! ...

"El agua, el ruido de las olas que tragaron mi cuerpo no son más que una débil imagen del horror que rodea a mi pobre espíritu. Estoy más calmado cuando puedo estar al lado vuestro, porque de la misma manera que alivia un terrible secreto depositado en el seno de un amigo a aquel que estaba oprimido por él, así también vuestra piedad, motivada por la confidencia de mi miseria, calma mi mal y da descanso a mi espíritu...

"Vuestras oraciones me hacen mucho bien. No me las rehuséis. No quiero volver a tener el horrible sueño, que se hace realidad cuando lo veo... Tomad el lápiz más a menudo, ¡me hace tanto bien comunicarme con vos!"

Algunos días después, a este mismo espíritu, habiendo sido evocado en una reunión espiritista de París, se le dirigieron las preguntas siguientes, a las cuales respondió en una misma y sola comunicación y por otro médium.

P: ¿Quién os ha conducido a manifestaros espontáneamente al primer médium a quien os habéis comunicado? ¿Cuánto tiempo hacía que estabais muerto cuando os habéis manifestado? Cuando os comunicasteis, ¿estabais incierto de si aún estabais muerto o vivo, y sentíais todas las angustias de una muerte terrible? ¿Ahora os dais mejor cuenta de vuestra situación? Habéis dicho positivamente que vuestra muerte era una expiación, ¿queréis decirnos la causa de ésta? Esto será una instrucción para nosotros y un alivio para vos. Por vuestra confesión sincera atraeréis la misericordia de Dios, que nosotros solicitaremos con nuestras oraciones.

R. Parece imposible, a primera vista, que una criatura pudiese sufrir tan cruelmente. ¡Dios mío! ¡Qué penoso es el verse constantemente en medio de las olas furiosas, y sentir sin cesar esta amargura, este frío glacial que me invade y oprime el pecho!

¿Pero a qué viene entreteneros siempre con tales espectáculos? ¿No debo empezar por obedecer a las leyes del reconocimiento dando las gracias a todos vosotros, que tomáis tal interés por mis tormentos? Preguntáis si me he comunicado mucho tiempo después de mi muerte. No puedo responder con facilidad. ¡Pensad y considerad en qué horrible situación estoy todavía! Sin embargo, me han conducido al médium, según creo, por una voluntad ajena a la mía y me es imposible darme razón de ello, *me servía de su brazo con la misma facilidad que me sirvo del vuestro en este momento, persuadido de que me pertenece*. Ahora mismo siento aún que es un goce

muy grande, así como un alivio particular que, ¡ay de mí!, pronto cesará. Pero, ¡oh Dios mío! ¿Tendré que hacer una confesión? ¿Tendré la fuerza para ello?

(Después de alentársele mucho, el espíritu añadió:)

"¡He sido muy culpable! Lo que más pena me causa es que se crea que soy un mártir. Lejos de esto... en la existencia precedente hice meter en sacos y echar al mar muchas víctimas... ¡Orad por mí!"

Fernando Bertin

Instrucción de san Luis sobre esta comunicación:

"Esta confesión será para este espíritu causa de gran alivio. ¡Sí, ha sido muy culpable! Pero la existencia que acaba de dejar ha sido horrorosa. Era amado y estimado de sus jefes. Éste es el fruto de su arrepentimiento y de las buenas resoluciones que había tomado antes de volver a venir a la Tierra, donde quiso ser humano tanto como fue cruel.

"La abnegación de que hizo prueba tenía un fin reparador, pero le era necesario rescatar faltas pasadas por medio de su última expiación, la de la muerte cruel que ha sufrido. Él mismo quiso purificarse sufriendo los tormentos que hizo experimentar a los otros, y observad que una idea le persigue: el sentimiento de ver que se le mira como un mártir. Creed que se le tendrá en cuenta este sentimiento de humildad. Para en adelante ha dejado la vía expiatoria para entrar en la rehabilitación. Con vuestras oraciones podéis sostenerle y hacerle marchar con paso más firme y más seguro."

Francisco Riquier

Francisco Riquier, hombre muy conocido, era un viejo avaro y solterón. Murió en C... en 1857, dejando a sus colaterales una fortuna bastante considerable, Allá en sus tiempos fue el amante de una dama que después olvidó por completo, hasta olvidar si pertenecía o no a este mundo.

En 1862, la hija de esta señora, que padecía catalepsias seguidas de un sueño magnético espontáneo, y que además era muy buena médium escribiente, vio en una de sus crisis al Sr. Riquier, quien decía quería dirigirse a su madre. Pasados algunos días, como se presentara espontáneamente manifestando deseos de hablar a esta señora, se entabló con él la conversación siguiente:

P. ¿Qué queréis de nosotros?

R. ¡Mi dinero, que me han quitado los miserables para repartírselo! Han vendido mis granjas, mis casas, todo para repartírselo. Han dilapidado mis bienes como si no fuesen míos. Haced que se me haga justicia, porque a mí no me escuchan y no quiero ver tales infamias. ¡Comentan que era un usurero y guardan mi dinero! ¿Por qué no me lo devuelven, si creen que fue mal adquirido?

P. Pero estáis muerto, buen hombre, no tenéis necesidad de dinero. Pedid a Dios que os conceda una nueva existencia pobre para expiar la avaricia de la última.

R. No, yo no podría vivir otra vez, puesto que vivo en la actualidad.

La pregunta siguiente fue hecha con el fin de conducirle a la realidad.

P. ¿Sufrís?

R. ¡Oh! Sí, sufro tormentos peores que la enfermedad más cruel, porque mi alma es la que sufre estos tormentos. Tengo siempre presente la iniquidad de mi vida, que ha sido un objeto de escándalo para muchos. Sé bien que soy un miserable indigno de piedad, pero sufro tanto, que es

preciso que me ayudéis a salir de este estado terrible.

P. Nosotros oraremos por vos.

R. ¡Gracias! Orad para que olvide mis riquezas terrestres. Sin esto no podría jamás arrepentirme. Adiós y gracias.

Francisco Riquier (calle de la Caridad. n.º 14)

Es bastante curioso ver a este espíritu dar las señas de su casa como si estuviera todavía vivo. La señora, que las ignoraba, se apresuró a comprobarlas, y quedó muy sorprendida al ver que la casa indicada era justamente la última que aquel había habitado. De esta suerte, después de cinco años aún no se creía muerto, y se encontraba todavía en la ansiedad, terrible para un avaro, de ver sus bienes divididos entre sus herederos. La evocación, provocada sin duda por algún buen espíritu, ha tenido por efecto hacerle comprender su situación y disponerle al arrepentimiento.

Clara

Sociedad de París, 1861

El espíritu que ha dictado las comunicaciones siguientes es el de una mujer, que el médium había conocido en su vida, y cuya conducta y carácter justifican bastante los tormentos que sufre. Sobre todo estaba dominada por un sentimiento de egoísmo y de personalidad que se refleja en la tercera comunicación, y por su pretensión en querer que el médium no se ocupe más qué de ella. Estas comunicaciones se han obtenido en diversas épocas. Las tres últimas denotan un progreso apreciable en las disposiciones del espíritu, gracias a los cuidados del médium, que había emprendido su educación moral.

1. "Heme aquí, yo, la desgraciada Clara. ¿Qué quieres que te enseñe? La resignación y la esperanza sólo son palabras para aquel que sabe que, innumerables como las arenas de las playas, sus sufrimientos durarán interminable sucesión de siglos. ¿Puedo endulzarlos, dices tú?. ¡Qué palabra tan vaga! ¿Dónde está el valor y la esperanza para eso? Procura, pues, con tu cerebro limitado, poder comprender lo que es un día que no acaba jamás. ¿Es acaso un día, un año, un siglo? ¿Qué sé yo lo que es? Las horas no lo dividen, las estaciones no lo varían: eterno y lento, como el agua que destila gota a gota de una roca, este día execrado, este día maldito, pesa sobre mí como una capa de plomo... ¡Yo sufro!... Sólo veo a mi alrededor sombras silenciosas e indiferentes... ¡Yo sufro!

"Sin embargo, yo sé que por encima de esta miseria reina Dios, el Padre, el Señor, aquel hacia quien todo se dirige. Quiero pensar en Él, quiero implorarle. Hago esfuerzos y estoy como un lisiado que se arrastra a lo largo del camino. No sé qué poder me atrae hacia ti. Puede que en ti encuentre mi salvación. Me despido un poco más tranquila y animada, como un viejo temblando de frío a quien reanima un rayo de sol. Mi alma helada toma nueva vida acercándome a ti."

2. "Mi desgracia aumenta todos los días, aumenta a medida que el conocimiento de la eternidad se desenvuelve ante mí. ¡Oh, miseria! ¡Cuánto os maldigo, horas culpables, horas de egoísmo y de olvido, en que desconociendo toda caridad, toda abnegación, no pensaba más que en mi bienestar! ¡Malditas seáis, humanas comodidades! ¡Vanas preocupaciones de intereses materiales! ¡Malditas seáis vosotras que me habéis cegado y perdido! Estoy roída por la incesante pena del tiempo transcurrido.

"¿Qué quieres que te diga a ti que me escuchas? Vela sin cesar por ti, ama a los otros más que a ti mismo, no te rezagues en los caminos del bienestar, no engordes tu cuerpo a costa de tu alma, vela, como decía el Salvador a sus discípulos. No me des gracias por estos consejos, *mi*

espíritu los concibe, mi corazón no los ha escuchado jamás. Como un perro zurrado, el miedo me hace arrastrar, pero no conozco todavía al amor libre. ¡Su divina aurora tarda mucho en levantarse! ¡Ruega por mi alma escuálida y miserable!"

3. "Vengo en busca tuya hasta encontrarte, puesto que me olvidáis ¿Crees acaso que las oraciones aisladas y el recuerdo de nombre pueden bastar para el alivio de mi pena? No, cien veces no. Rujo de dolor. Errante, sin reposo, sin asilo, sin esperanza, sintiendo el eterno aguijón del castigo hundirse en mi alma sublevada.

"Río cuando oigo vuestras quejas, cuando os veo abatidos. ¡Qué son vuestras pálidas miserias! ¡Qué vuestras lágrimas! ¡Qué vuestros tormentos que el sueño mitiga! ¿Duermo yo acaso? Quiero, ¿entiendes?, quiero que, dejando tus disertaciones filosóficas, te ocupes de mí, que hagas que los otros se ocupen también.

"No encuentro palabras para pintar la angustia de este tiempo que corre, sin que las horas marquen sus períodos. Apenas veo un débil rayo de esperanza, y esta esperanza eres tú quien me la das, no me abandones."

4. *El espíritu de san Luis*:

"Este cuadro es muy verdadero, porque en él nada se exagera. Puede que se pregunte qué hizo esa mujer para ser tan desdichada ¿Cometió algún crimen horrible? ¿Robó, asesinó? No, no ha hecho nada que haya merecido castigo de la justicia de los hombres. Se ocupaba, al contrario, en lo que 1lamáis la felicidad terrestre: hermosura, fortuna, placeres, adulaciones, todo le sonreía, nada le faltaba, y no se podía menos de decir al verla: ¡Qué feliz mujer!, y se envidiaba su suerte. ¿Qué ha hecho, decís? Fue egoísta. Todo lo tenía, excepto un buen corazón. Si no violó la ley de los hombres, ha violado la ley de Dios, porque ha desconocido la caridad, la primera de las virtudes. No amó a nadie sino a sí misma. Ahora nadie la ama. No dio nada, nada se le da. Está aislada, desamparada, abandonada, perdida en el espacio, donde nadie piensa en ella. Nadie se ocupa de ella. Esto es lo que constituye su suplicio. Como sólo procuró los goces mundanos, y hoy esos goces no existen, el vacío se ha formado a su alrededor. Sólo ve la nada, y la nada le parece la eternidad. No sufre tormentos físicos, los diablos no vienen a atormentarla, pero esto no es necesario: se atormenta a sí misma, y sufre mucho más, porque los diablos serían también seres que pensarían en ella. El egoísmo hizo su alegría en la Tierra. El mismo egoísmo la persigue, y ahora es el gusano que le roe el corazón. Es su verdadero demonio."

San Luis

5. "Os hablaré de la diferencia notable que existe entre 1a moral divina y la moral humana. La primera asiste a la mujer adúltera en su abandono, y asegura a los pecadores: «Arrepentíos, y el reino de los cielos se os abrirá.» La moral divina, en fin, acepta todo arrepentimiento y todas las faltas confesadas, mientras que la moral humana rechaza éstas y admite, sonriendo, los pecados ocultos que -dice-, son medio perdonados. En la una la gracia del perdón, en la otra la hipocresía. ¡Elegid, espíritus ávidos de verdad! Elegid entre los cielos abiertos al arrepentimiento, y la tolerancia que admite el alma que no molesta su egoísmo y sus falsas conveniencias, pero que rechaza la pasión y los sollozos por las faltas confesadas a la luz del día. Arrepentíos vosotros, todos los que pecáis, renunciad al mal, pero, sobre todo, renunciad a la hipocresía, que sufre su fealdad con la máscara risueña y engañosa de las mutuas conveniencias."

6. "Ahora estoy tranquila, y resignada a la expiación de las faltas que he cometido. El alma está en mí y no fuera de mí. Yo soy, pues, la que debo cambiar, y no los hechos exteriores. Llevamos en nosotros nuestro cielo y nuestro infierno. Y nuestras faltas, grabadas en la conciencia, salen sin detenerse en el día de la resurrección, y entonces somos nuestros propios jueces, puesto

que el estado de nuestra alma nos eleva o nos precipita.

"Me explicaré: un espíritu manchado y *abrumado* por sus faltas no puede concebir ni desear una elevación que no podría soportar. Creedlo, así como las diferentes especies de seres viven cada una en la esfera que le es propia, del mismo modo los espíritus, según el grado de su adelanto, se mueven en el centro de sus facultades. No conciben otro sino cuando el progreso, instrumento de la lenta transformación de las almas, les saca de sus pensamientos rastreros y les hace despojar de la crisálida del pecado, a fin de que puedan revolotear, antes de lanzarse rápidos como flechas hacia Dios, que viene a ser el fin único y deseado. ¡Ay de mí! Me arrastro todavía, pero no aborrezco y concibo la inefable dicha del amor divino. Ruega, pues, siempre por mí, que espero y aguardo."

En la comunicación siguiente, Clara habla de su marido, de quien había tenido que sufrir mucho en su vida, y de la posición en la que se encuentra hoy en el mundo de los espíritus. Este cuadro, que no había podido acabar por sí misma, fue completado por el guía espiritual del médium.

7. "Vengo a ti después de tanto tiempo que me tienes olvidada, pero he adquirido la paciencia y no he perdido la esperanza. Tú quieres saber cuál es la situación del pobre Félix. Está errante en las tinieblas, siendo presa de la profunda desnudez de su alma. Su ser superficial y ligero, manchado por el placer, ha ignorado siempre el amor y la amistad. La pasión no le ha iluminado todavía con sus luces sombrías. Comparo su estado presente al de un niño incapaz para los actos de la vida y privado del socorro de los que le asisten. Félix anda errante y espantado en este mundo extraño, donde todo resplandece con el esplendor de Dios, a quien ha negado."

El guía del médium:

8. "Clara no puede continuar el análisis de los sufrimientos de su marido *sin sentirlos también*. Voy a hablar por ella.

"Félix, que era superficial tanto en las ideas como en los sentimientos, Violento porque era débil, disoluto porque era frío, ha vuelto a entrar en el mundo de los espíritus, desnudo de moral como lo era en el físico. *Entrando en la vida terrestre, nada ha adquirido, y por consiguiente, tiene que empezarlo todo*. Como un hombre que se despierta de un largo sueño, y que reconoce cuán vana era la agitación de sus nervios, este pobre ser, saliendo de la turbación, reconocerá que vivió de quimeras que fascinaron su existencia. Maldecirá el materialismo, que le ha hecho abrazar el vacío, cuando creía estrechar una realidad. Maldecirá el positivismo, que hacía que llamase desvaríos a las ideas de una vida futura; a las aspiraciones, locuras; y a la creencia en Dios, debilidad. El desgraciado, despertándose, verá que estos nombres de que ha hecho burla eran la fórmula de lo verdadero, y que al revés de la fábula, la caza de la presa ha sido menos provechosa que la de la sombra."

Georges

Estudios sobre la comunicación de Clara.

Estas comunicaciones son instructivas, sobre todo porque nos demuestran una de las cuestiones más corrientes de la vida: el egoísmo. No se ven en ella los grandes crímenes que espantan aun a los hombres perversos, sino la condición de una porción de gentes que viven en el mundo, honrados y buscados, porque tienen un cierto barniz y que no caen bajo la vindicta de las leyes sociales. Estos no son tampoco, en el mundo de los espíritus, castigos excepcionales cuyo cuadro hace temblar, sino una situación sencilla, natural, consecuencia de su manera de vivir y del estado de su alma. El aislamiento, el abandono: he ahí el castigo de aquel que no ha vivido más que para sí. Clara era, como se ha visto, un espíritu muy inteligente, pero un corazón seco. En la Tierra, su posición social, su fortuna, sus ventajas físicas le atraían homenajes que lisonjeaban su vanidad, y esto le bastaba. Allí no encuentra sino indiferencia, y el vacío se hace a su alrededor, castigo más punzante que el dolor, porque mortifica, pues el dolor inspira piedad, compasión. Además, éste es un medio de atraerse las miradas, de hacer que se ocupen de ella para que se interesen por su suerte.

La sexta comunicación encierra una idea enteramente verdadera respecto a la obstinación de ciertos espíritus en el mal. Se sorprende uno de ver que son insensibles al pensamiento, al mismo espectáculo de la dicha

que gozan los buenos espíritus. Puede decirse que están exactamente en la posición de los hombres degradados que se complacen en el fango y en las alegrías groseras y sensuales. Allí estos hombres están en cierto modo en su centro. No conciben los goces delicados, prefieren sus harapos manchados a los vestidos elegantes y brillantes, porque se hallan más a gusto con los suyos. Prefieren sus fiestas báquicas a los placeres de la buena sociedad. Se han identificado de tal manera con este género de vida, que para ellos ha venido a ser una segunda naturaleza. Se creen también incapaces de elevarse sobre su esfera, y por esto permanecen en ella, hasta que una transformación de su ser haya abierto su inteligencia, desenvolviendo su sentido moral, y les haya hecho accesibles a sensaciones más delicadas.

Estos espíritus, cuando están desencarnados, no pueden instantáneamente adquirir la delicadeza del sentimiento, y durante un tiempo más o menos largo ocuparán lo más bajo del mundo espiritual, como han ocupado lo más bajo del mundo corporal. Permanecerán en él tanto tiempo cuanto sean rebeldes al progreso. Pero a la larga, con la experiencia, las tribulaciones y las miserias de encarnaciones sucesivas, llega un momento en que conciben alguna cosa mejor que la que tienen. sus aspiraciones se elevan. Comienzan a comprender lo que les falta y entonces es cuando hacen esfuerzos para adquirirlo y elevarse. Una vez va en esta vía, marchan con rapidez, porque han probado una satisfacción que les parece muy superior, y comparándola con las sensaciones groseras, acaban éstas por inspirarles repugnancia.

A san Luis:

P. ¿Qué debe entenderse por las tinieblas en que están sumergidas ciertas almas que sufren? ¿Serán las mismas de que habla con tanta frecuencia la escritura?

R. Las tinieblas de que se trata son en realidad las designadas por Jesús y los profetas, hablando del castigo de los malos. Pero esto no debe entenderse más que como una figura destinada a afectar los sentidos materiales de sus contemporáneos, que no hubieran podido comprender el castigo de una manera espiritual.

Ciertos espíritus están sumergidos en las tinieblas. Pero es preciso entender por eso una verdadera noche del alma, comparada a la oscuridad en que está sumergida la inteligencia del idiota. No es una locura del alma, sino una inconsciencia de sí misma y de lo que le rodea, que se presenta lo mismo a la vista que en ausencia de la luz material. Es, especialmente, el castigo de los que han dudado del destino de su ser: han creído en la nada, y la apariencia de esta nada viene a hacer su suplicio, hasta que el alma, vuelta en sí, venga a romper con energía la red de enervación moral de que se halla dominada. De la misma manera que un hombre agitado por un sueño penoso lucha en un momento dado con toda la potencia de sus facultades contra los terrores por los que se ha dejado dominar desde un principio. Esta reducción momentánea del alma a una nada ficticia, con el sentimiento de su existencia, es un sufrimiento más cruel de lo que podría imaginarse, en razón de la apariencia de reposo a que está sujeta. Este reposo forzado, esta nulidad de su ser, esta incertidumbre, es lo que forma su suplicio. El castigo más terrible es el fastidio de que está abrumada, porque nada percibe a su alrededor, ni objetos ni seres. Para el alma, éstas son las verdaderas tinieblas.

San Luis

Clara:

"Heme aquí, Puedo responder también a la citada pregunta sobre las tinieblas, porque he errado y sufrido largo tiempo en esos limbos, donde todo son sollozos y miserias. Sí, las tinieblas visibles de que habla la escritura existen, y los desgraciados que, habiendo terminado sus pruebas terrestres, dejan la vida, ignorantes o culpables, son sumergidos en la fría región, ignorantes de sí mismos y de sus destinos. Creen en la eternidad de su situación, balbucean todavía las palabras de la vida que les han seducido, se admiran y se espantan de su gran soledad.

"Son tinieblas estos lugares vacíos y poblados, estos espacios, a donde van a parar dolientes espíritus, errantes y pálidos, sin consuelo, sin afecciones, sin ningún socorro. ¿A quién se dirigirán? Sienten por un lado la eternidad que pesa sobre ellos, y tiemblan y lloran los mezquinos intereses que miden sus horas. Por otra parte, echan de menos la noche en que, sucediendo al día, pasaban

muchas veces sus cuidados en un sueño feliz. Las tinieblas son para los espíritus la ignorancia, el vacío y el horror a lo desconocido... No puedo continuar..."

Se ha dado también de esta oscuridad la explicación siguiente:

"El periespíritu posee por su naturaleza una propiedad luminosa, que se desarrolla bajo el dominio de la actividad y de las cualidades del alma. Podría decirse que estas cualidades son, en cuanto al fluido periespiritual, lo que la frotación es respecto del fósforo. El brillo de la luz está en razón de la pureza del espíritu. Las menores imperfecciones morales la oscurecen y la debilitan. La luz que irradia de un espíritu es tanto más viva cuanto éste está más adelantado. Siendo el espíritu en cierto modo su *porta-luz*, ve más o menos, según la intensidad de la luz que produce, de donde dimana que los que no la producen están en la oscuridad."

Esta teoría es enteramente exacta en cuanto a irradiación del fluido luminoso por los espíritus superiores, lo que la observación ha confirmado, pero no parece ser la verdadera causa, o al menos la única, del fenómeno de que se trata.

Teniendo en cuenta:

1. º Que todos los espíritus inferiores no están en las tinieblas.

2. º Que el mismo espíritu puede encontrarse alternativamente en la oscuridad.

3. º Que la luz es un castigo para ciertos espíritus muy imperfectos.

Si la oscuridad en que están sumergidos ciertos espíritus fuera inherentes a su personalidad, sería *permanente y general* para todos los espíritus malos, lo que no es así, puesto que espíritus más perversos ven perfectamente, mientras que otros a quienes no se puede calificar de perversos, están temporalmente en profundas tinieblas. Todo prueba, pues, que, además de la que le es propia, los espíritus reciben igualmente una luz exterior que les falta según las circunstancias, de donde debe concluirse que esta oscuridad depende de una causa o voluntad extraña, y que constituye un castigo para casos especiales determinados por la soberana justicia.

A san Luis:

P. ¿De dónde proviene que la educación moral de los espíritus desencarnados es más fácil que la de los encarnados? Las relaciones establecidas por el Espiritismo entre los hombres y los espíritus han dado lugar a observar que estos últimos se enmiendan con más rapidez bajo la influencia de consejos saludables que los que están encarnados, según se ve por las curas de obsesiones.

R. El encarnado, por su misma naturaleza, está en un estado de lucha incesante, en razón a los elementos contrarios de que está compuesto y que deben conducirle a su fin providencial obrando uno sobre otro. La materia sufre fácilmente la dominación de un fluido exterior. Si el alma no obra con toda la potencia moral de que es capaz, se deja dominar por el intermediario de su cuerpo, y sigue el impulso de las influencias perversas de que está rodeada. Esto sucede con una facilidad tanto más grande cuanto los invisibles que la estrechan atacan con preferencia las partes más vulnerables, esto es, las tendencias hacia la pasión dominante.

Todo eso se produce de distinta manera en el espíritu desencarnado. Es verdad que está todavía bajo una influencia semimaterial, pero este estado no es nada comparable con el del encamado. El respeto humano, tan preponderante en el hombre, es nulo para él, y este pensamiento no podía apremiarle a resistir mucho tiempo a las razones que su propio interés le muestra como buenas. Puede luchar, y generalmente lo hace, con más violencia que el encarnado, porque es más libre. Pero ninguna mira mezquina de interés personal ni posición social viene a poner trabas a su discernimiento. Lucha por amor al mal, pero adquiere pronto el sentimiento de su impotencia frente a la superioridad moral que le domina. El espejismo de un porvenir mejor tiene más acceso en él, porque se halla en la misma vía en que debe cumplirse, y esta perspectiva no se borra por el torbellino de los placeres humanos. En una palabra, como no está bajo la influencia de la carne, su conversión es más fácil, cuando sobre todo ha adquirido cierto desarrollo por las pruebas que ha sufrido.

Un espíritu enteramente primitivo sería poco accesible al raciocinio, pero es muy diferente en aquel que tiene la experiencia de la vida. Por otra parte, tanto en el encarnado como en el

desencarnado debe actuarse sobre el alma, sobre el sentimiento. Toda acción material puede suspender momentáneamente los sufrimientos del hombre vicioso. Pero no puede destruir el principio mórbido que reside en el alma. *Cualquier acto que no tienda a mejorar el alma, no puede apartarla del mal.*

San Luis

CAPÍTULO V

Suicidas

El suicida de la Samaritana

El 7 de abril de 1858, alrededor de las siete de la noche, un hombre de unos cincuenta años, vestido decentemente, se presentó en el establecimiento de la Samaritana, en París, y se hizo preparar un baño. Sorprendiéndose el mozo de servicio de que, después de un intervalo de dos horas, dicho individuo no llamase, se decidió a entrar en su gabinete para ver si estaba indispuesto. Entonces fue testigo de un horrible espectáculo: aquel desgraciado se había cortado la garganta con una navaja de afeitar, y toda su sangre se había mezclado con el agua del baño. No habiéndose podido justificar la identidad, fue conducido el cadáver a la Morgue.

El espíritu de este hombre, evocado en la sociedad de París seis días después de su muerte, dio las respuestas siguientes:

1. *Evocación.*

Respuesta del guía del médium:

R. Espera... está ahí.

2. ¿Dónde estáis ahora?

R. No lo sé.... Decidme dónde estoy.

3. Estáis en una reunión de personas que se ocupan de estudios espiritistas, y que os son benévolas.

R. Decidme si vivo... Me ahogo en el ataúd.

Su alma, aunque separada del cuerpo, se encuentra todavía sumergida completamente en esto que podría llamarse el torbellino de la materia corporal. Existen aún en él ideas terrestres, no se cree muerto.

4. ¿Quién os ha incitado a venir a nosotros?

R. Me he sentido aliviado.

5. ¿Qué motivo os ha conducido a suicidaros?

R. ¿Estoy muerto?.. No..., habito mi cuerpo... ¡No sabéis cuánto sufro!... Me ahogo... ¡Haced que una mano compasiva ponga término a mi existencia!

6. ¿Por qué no habéis dejado ninguna señal que pudiese haceros reconocer?

R. Estoy abandonado, *he huido del sufrimiento para encontrar el tormento*.

7. ¿Tenéis ahora los mismos motivos para permanecer desconocido?

R. Sí, no pongáis un hierro ardiente en la herida que echa sangre.

8. ¿Querríais decirnos vuestro nombre, vuestra edad, vuestra profesión, vuestro domicilio?

R. No... de ninguna manera.

9. ¿Tenéis familia, mujer, hijos?

R. Estaba abandonado, ningún ser me amaba.

10. ¿Qué habéis hecho para no ser amado de nadie?

R. ¡Cuántos lo son como yo!... Un hombre puede estar abandonado en medio de su familia cuando ningún corazón le ama.

11. En el momento de ejecutar vuestro suicidio, ¿no habéis vacilado?

R. Tenía sed de la muerte... Esperaba el descanso.

12. ¿Cómo es que el pensamiento del porvenir no os ha hecho renunciar a vuestro proyecto?
R. No creía en él, estaba sin esperanza. El porvenir es la esperanza.

13. ¿Qué reflexiones habéis hecho en el momento en que habéis sentido que la vida se os extinguía?
R. No he reflexionado, he sentido..., pero mi vida no se ha extinguido..., mi alma está ligada a mi cuerpo... *Siento los gusanos que me roen.*
14. ¿Qué sensación habéis tenido en el momento en que la muerte se ha consumado?
R. ¿Se ha consumado efectivamente?
15. El momento en que la vida se os extinguía, ¿ha sido doloroso?
R. Menos doloroso que después. Sólo el cuerpo ha sufrido.
Al espíritu de san Luis:
16. ¿Qué entiende el espíritu, diciendo que el momento de la muerte ha sido menos doloroso que después?
R. El espíritu se descargaba de un peso que le abrumaba, sentía la voluptuosidad del dolor.
17. ¿Este estado es siempre la consecuencia del suicidio?
R. Sí, el espíritu del suicida está ligado a su cuerpo hasta el término de su vida. La muerte natural es la emancipación de la vida, en tanto que el suicida la rompe por completo.
18. ¿Este estado es el mismo en cualquier muerte accidental independiente de la voluntad, y que abrevia la duración natural de la vida?
R. No... ¿Qué entendéis por suicidio? El espíritu no es culpable sino de sus obras.

Esta duda de la muerte es muy común en las personas fallecidas de poco tiempo, y sobre todo en aquellos que durante su vida no han elevado su alma sobre la materia. Es un fenómeno raro, desde luego, pero que se explica muy naturalmente.

Si a un individuo puesto en sonambulismo por vez primera se le pregunta si duerme, responde casi siempre *no*, y su respuesta es lógica. El interrogador es el que hace mal la pregunta, sirviéndose de un término impropio. La idea del sueño, en nuestro lenguaje usual. está ligada a la suspensión de todas nuestras facultades sensitivas, pero el sonámbulo que piensa, que ve, que siente, y que tiene conciencia de su libertad moral, no cree dormir, y, en efecto, no duerme en la acepción vulgar de la palabra. Por esto responde *no*, hasta que esté familiarizado con esta nueva manera de entender el hecho.

Lo mismo sucede en el hombre que acaba de morir. Para él la muerte es el aniquilamiento del ser, pero, como el sonámbulo, ve, siente, habla. Luego para él no está muerto, y lo afirma hasta que haya adquirido la intuición de su nuevo estado.

Esta ilusión es siempre más o menos penosa, porque nunca es completa y deja al espíritu cierta ansiedad. En el expresado ejemplo, es un verdadero suplicio por la sensación de los gusanos que roen el cuerpo, y por su duración, que debe ser la que habría tenido la vida de este hombre si no la hubiera abreviado. Este estado es frecuente en los suicidas, pero no se presenta siempre en condiciones idénticas. Varía, sobre todo en duración, en intensidad, según las circunstancias agravantes o atenuantes de la falta. La sensación de los gusanos y de la descomposición del cuerpo no es tampoco especial de los suicidas. Es frecuente en aquellos que han vivido más de la vida material que de la vida espiritual. En principio no hay falta inmune, pero no hay regla uniforme y absoluta en el modo y forma del castigo.

El padre y el quinto

Al principio de la guerra de Italia, en 1859, un negociante de París, padre de familia, que disfrutaba de la estimación general de todos sus vecinos, tenía un hijo que tenía que ser soldado. Encontrándose, por su posición , en la imposibilidad de librarle del servicio, tuvo la idea de suicidarse a fin de eximirle como hijo único de viuda. Fue evocado un año después en la Sociedad

de París, a petición de una persona que le había conocido y que deseaba saber de su suerte en el mundo de los espíritus.

A san Luis:

P. ¿Queréis manifestarnos si podemos hacer la evocación del hombre de quien se acaba de hablar?

R. Sí, tendrá mucho gusto en ello, porque se sentirá un poco aliviado.

1. *Evocación*.

R. ¡Oh! ¡Gracias! Sufro mucho, pero... es justo. Sin embargo, me perdonará.

El espíritu escribió con gran dificultad. Los caracteres eran irregulares y mal formados. Después de la palabra pero se detuvo, trató en vano de escribir, y no hizo más que algunos rasgos indescifrables y puntos. Es evidente que no pudo escribir la palabra Dios.

2. Llenad el espacio que acabáis de dejar.

R. Soy indigno de hacerlo.

3. Decís que sufrís. Sin duda habéis hecho mal en suicidaros, pero el motivo que os ha conducido a este acto, ¿no os ha merecido alguna indulgencia?

R. Mi castigo será menos largo, pero la acción no es por esto menos mala.

4. ¿Podríais describirnos el castigo que sufrís?

R. Sufro doblemente en mi alma y en mi cuerpo. Sufro en este último, aunque no lo poseo, como el amputado sufre en el miembro ya separado.

5. ¿Vuestra acción ha tenido por único motivo vuestro hijo, y no habéis sido inducido por ninguna otra causa?

R. Sólo el amor paterno me ha guiado, pero me ha guiado mal, y en consideración a esa causa, mi pena será abreviada.

6. ¿Prevéis el término de vuestros sufrimientos?

R. No sé el término, pero tengo la seguridad de que existe, lo cual es un alivio para mí.

7. Ahora mismo no habéis podido escribir el nombre de *Dios*. Hemos visto, sin embargo, espíritus que sufrían mucho escribiéndolo. ¿Forma esto parte de vuestro castigo?

R. Lo podré con grandes esfuerzos de arrepentimiento.

8. Pues bien, haced grandes esfuerzos y procurad escribirlo. Estamos convencidos de que si lo conseguís, os será de alivio.

El espíritu acaba por escribir en caracteres irregulares, temblones y muy gruesos: "Dios es muy bueno."

9. Estamos muy contentos con que hayáis venido a nuestro llamamiento, y rogaremos a Dios por vos a fin de alcanzar su misericordia.

R. Sí, si me hacéis el favor...

A san Luis:

10. ¿Queréis darnos vuestra apreciación personal sobre el acto del espíritu que acabamos de evocar?

R. Este espíritu sufre justamente, porque no ha tenido confianza en Dios, lo cual es una falta siempre punible. El castigo sería terrible y muy largo si no tuviese en su favor un motivo laudable, que era el de impedir a su hijo que fuese a buscar la muerte.

Dios, que ve el fondo de los corazones y que es justo. no le castiga sino según sus obras.

Observaciones. Desde luego, este suicidio parece excusable, porque puede ser considerado como un acto de abnegación. Lo es, en efecto, pero no lo es completamente. Como explica el espíritu de san Luis, este hombre no tuvo confianza en Dios. Puede que por su acción haya impedido que su hijo cumpliera su destino. No es seguro que su hijo hubiese de morir en la guerra,

y quizás esta carrera debía presentarle la ocasión de hacer algo útil para su adelanto.

Su intención era buena, sin duda, y también se le ha tenido en cuenta. La intención atenúa el mal y merece indulgencia, pero no impide que el mal sea mal. Sin esto, a favor del pensamiento, podrían excusarse todas las maldades y también se podría matar bajo el pretexto de hacer un servicio. Una madre que matase a su hijo en la creencia de que le envía derecho al cielo, ¿dejaría de estar en error porque lo hiciera con buena intención? Con este sistema se justificarían todos los crímenes que el fanatismo ciego hizo cometer en las guerras de religión.

Es un principio que el hombre no tiene derecho a disponer de su vida, porque se le ha dado con la mira *de los deberes que debe cumplir en la Tierra*. Así es que no debe abreviarla voluntariamente bajo ningún pretexto. Como tiene su libre albedrío, nadie puede impedírselo, pero sufre siempre las consecuencias. El suicidio más severamente castigado es aquel que se ejecuta en un acto de desesperación y con la idea de librarse de las miserias de la vida. Siendo semejantes penalidades a la vez pruebas y expiaciones, sustraerse a ellas equivale a retroceder ante la tarea que se había aceptado, y ante la misión que se debía cumplir.

El suicidio no consiste solamente en el acto voluntario que produce la muerte instantánea. Consiste también en todo aquello que se hace con conocimiento de causa para precipitar la extinción de las fuerzas vitales.

No se puede asimilar con el suicidio la abnegación de aquel que se expone a una muerte inminente por salvar a sus semejantes. En primer lugar porque no hay en este caso ninguna intención premeditada de sustraerse a la vida, y, en segundo, porque no hay peligro del cual la Providencia no pueda sacarnos, si la hora de dejar la Tierra no nos ha llegado. La muerte, si tiene lugar en tales circunstancias, es un sacrificio meritorio, porque es una abnegación en provecho de otro (*El Evangelio según el Espiritismo*. cap. V. n.º 23 y ss.).

Francisco Simón Louvet

Del Havre

La comunicación siguiente fue dada espontáneamente en una reunión espiritista en El Havre, el 12 de febrero de 1863.

"¡Tened piedad de un pobre miserable que sufre hace mucho tiempo los más crueles tormentos! ¡Oh! ¡El vacío..., el espacio..., caigo, caigo, socorro!.... ¡Dios mío, tuve una vida tan miserable!... Era un pobre diablo, sufrí a menudo el hambre en mi vejez, por esto me entregaba a la bebida y me. avergonzaba y disgustaba de todo... He querido morir, y me he arrojado... ¡Oh! Dios mío, ¡qué momento!... ¿Por qué, pues, tener deseo de acabar cuando estaba tan cerca del término? ¡Rogad! Para que no vea siempre *este vacío debajo de mí* ... ¡Voy a destrozarme contra estas piedras!...

"Os lo suplico a vosotros, que tenéis conocimiento de las miserias de los que no están en la Tierra. A vosotros me dirijo, aunque no me conozcáis, porque sufro tanto... ¿Por qué queréis pruebas? Sufro, ¿no es esto bastante? Si tuviese hambre en lugar de este sufrimiento más terrible pero invisible para vosotros, no vacilaríais en aliviarme dándome un pedazo de pan. Os pido que oréis por mí... No puedo permanecer más tiempo... Preguntad a uno de estos felices que están aquí y sabréis quién era yo. Rogad por mí."

Francisco S. Louvet

El guía del médium:

"El que acaba de dirigirse a ti, hijo mío, es un pobre desgraciado que tenía una prueba de miseria en la Tierra, pero el disgusto le dominó. Le ha faltado el valor, y el infortunado, en lugar de mirar a lo alto, como debía hacerlo, se entregó a la embriaguez, descendió a los últimos límites de la desesperación, y puso un término a su triste prueba, arrojándose de la torre de Francisco I el 22 de julio de 1857. Tened piedad de su pobre alma, que no es adelantada, pero que tiene, sin embargo, bastante conocimiento de la vida futura para sufrir y desear una nueva prueba. Rogad a Dios le conceda esta gracia, y haréis una buena obra."

Habiéndose hecho investigaciones, se encontró en el *Diario del Havre* del 22 de julio de 1557, un artículo cuyo extracto es el siguiente:

"Ayer a las cuatro, los que paseaban en el muelle fueron impresionados dolorosamente por un horrible accidente: un hombre se arrojó de la torre y se destrozó contra las piedras. Es un viejo barquero, cuyas inclinaciones a la embriaguez le han conducido al suicidio. Se llama Francisco Víctor Simón Louvet. Su cuerpo fue trasladado a la casa de una de sus hijas, calle de la Cordería. Tenía setenta y siete años de edad."

¡Seis años hace que este hombre murió y se ve siempre cayendo de la torre, yendo a destrozarse contra las piedras. Se espanta del vacío que tiene debajo de sí, se encuentra en los terrores de la caída... ¡y hace seis años! ¿Cuánto durará esto? No sabe nada, y esta incertidumbre aumenta sus angustias.

¿No equivale esto al infierno y sus llamas? ¿Quién ha revelado esos castigos? ¿Se los ha inventado? No, los mismos que los sufren son los que vienen a describirlos, como otros describen sus goces. Muchas veces lo hacen espontáneamente, sin que se piense en ellos, lo que excluye la idea de que somos juguete de nuestra propia imaginación.

Una madre y su hijo

En el mes de marzo de 1865, M.C., negociante en una pequeña ciudad cerca de París, tenía en su casa a su hijo de veintiún años de edad, gravemente enfermo. Este joven, sintiendose a punto de expirar, llamó a su madre y tuvo todavía la fuerza de abrazarla. Ésta, derramando abundantes lágrimas, le dijo: "Ve, hijo mío, precédeme, no tardaré en seguirte." Al mismo tiempo salió ocultando la cabeza entre sus manos.

Las personas que se encontraban presentes a esta triste escena consideraron las palabras de la Sra. C... como una sencilla explosión de dolor que el tiempo y la razón debían aplacar. Sin embargo, habiendo sucumbido el enfermo, se la buscó por toda la casa, y se la encontró colgada en un granero. El entierro de la madre se hizo al mismo tiempo que el de su hijo.

Evocación al hijo muchos días después del acontecimiento.

P. ¿Tenéis noticia de la muerte de vuestra madre, que se ha suicidado, sucumbiendo a la desesperación que le ha causado vuestra pérdida?

R. Sí, y sin la pena que me ha causado el cumplimiento de su fatal resolución, sería enteramente dichoso. ¡Pobre y excelente madre! No ha podido soportar la prueba de esta separación momentánea, y ha tomado, por estar reunida a su hijo que amaba tanto, el camino que de él debía alejarla, ¡ay de mí!, por mucho tiempo. ¡Ha retardado así indefinidamente esta reunión, *que habría sido tan pronta* si la sumisión a la voluntad del Señor hubiera llenado su alma y si se hubiese resignado humilde y arrepentida ante la prueba que debía sufrir y la expiación que iba a purificarla!

¡Orad! ¡Oh! ¡Orad por ella!... y sobre todo, ¡no la imitéis, madres que os enternecéis con el triste relato de su muerte! No creáis que amaba más que otras a este hijo que era su alegría y su orgullo. No, no amaba más, pero le ha faltado el valor y la resignación. Madres que me escucháis, cuando veáis que la agonía cubre los ojos apagados de vuestros hijos, acordaos que, como Cristo, suben la cima del calvario desde donde deben elevarse a la gloria eterna.

Benjamín C...

Evocación de la madre.

R. ¡Quiero ver a mi hijo! ¿Tenéis el poder de devolvérmelo?... ¡Crueles!... ¡Me lo han quitado para llevarle a la luz y me han dejado en las tinieblas!... ¡Lo quiero, lo quiero... me pertenece!... ¿Acaso no es nada el amor maternal?.. ¡Qué! Haberle llevado nueve meses en mi seno, haber alimentado su carne con mi carne, su sangre con mi sangre. Haber guiado sus primeros pasos. Haberle enseñado a balbucear el nombre sagrado de Dios y el dulce nombre de madre. Haber hecho de él un hombre lleno de actividad, de inteligencia, de honradez, de rectitud, de amor filial y perderle cuando realizaba las esperanzas que de él había concebido, cuando un brillante porvenir se abría ante él. No, Dios no es justo, éste no es el Dios de las madres. No comprende su desesperación y su dolor..., ¡y cuando me doy la muerte para no dejar a mi hijo, me es arrebatado de nuevo!... ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Dónde estás?

P. ¡Pobre madre! Participamos de vuestro dolor, pero habéis tomado un triste medio para estar reunida con vuestro hijo. El suicidio es un crimen a los ojos de Dios, y debierais haber pensado que castiga toda infracción a sus leyes. La privación de la vista de vuestro hijo es vuestro castigo.

R. No, yo creía que Dios era mejor que los hombres. No creía en su infierno, sino en la reunión eterna de las almas que se amaron como nos amamos. Me he engañado... ¡Dios no es justo y bueno, puesto que no ha comprendido la inmensidad de mi dolor y de mi amor!... ¡Oh! ¡Quién me volverá a mi hijo! ¿Lo he perdido para siempre? ¡Piedad!, ¡piedad, Dios mío!

P. Veamos, calmad vuestra desesperación. Pensad que si hay modo de volver a ver a vuestro hijo no es blasfemando de Dios como lo hacéis. En lugar de hacéroslo favorable, os atraéis mayor severidad.

R. Ellos me han dicho que no lo volvería a ver. He comprendido que lo han llevado al paraíso. ¿Y yo estoy en el infierno?..., ¿el infierno de las madres?... Existe, sí, demasiado lo veo.

P. Vuestro hijo no está perdido para siempre, creedme, lo volveréis a ver, ciertamente, pero es preciso merecerlo con vuestra sumisión a la voluntad de Dios. Mientras que rebelándoos podéis retardar este momento indefinidamente. Escuchadme, Dios es infinitamente bueno, pero es infinitamente justo. No castiga jamás sin causa, y si os ha impuesto grandes dolores en la Tierra, es porque los habéis merecido.

La muerte de vuestro hijo era una prueba para vuestra resignación. Desgraciadamente, habéis sucumbido a ella en vuestra vida, y he ahí que después de vuestra muerte sucumbís de nuevo. ¿Cómo queréis que Dios recompense a sus hijos rebeldes? Pero Él no es inexorable, acoge siempre el arrepentimiento del culpable. Si aceptando sin murmurar y con humildad la prueba que os enviaba por esta separación momentánea hubieseis esperado con paciencia que tuviera a bien llevaros de la Tierra, a vuestra entrada en el mundo en que estáis hubieseis visto inmediatamente a vuestro hijo venir a recibiros y a tenderos los brazos. Habríais tenido la alegría de verle radiante después de este tiempo de ausencia. Lo que hicisteis, y lo que hacéis en este momento, pone entre él y vos una barrera.

No creáis que esté perdido en las profundidades del espacio, no, está más cerca de vos de lo que creéis, pero un velo impenetrable le oculta a vuestra vista. Él os ve, os ama siempre, y gime por la triste situación en que os ha hundido vuestra falta de confianza en Dios. Pide fervorosamente el momento afortunado en que le será permitido mostrarse a vos. Sólo de vos depende apresurar o retardar este momento. Rogad a Dios y decid conmigo:

"Dios mío, perdonadme el haber dudado de vuestra justicia y de vuestra bondad. Si me habéis castigado, reconozco que lo he merecido. Dignaos aceptar mi arrepentimiento y mi sumisión a vuestra santa voluntad."

R. ¡Qué luz de esperanza acabáis de hacer brillar en mi alma! Es un resplandor en la noche

que me cerca. Gracias, voy a orar. Adiós.

C...

La muerte, aun por cl suicidio, no ha producido en este espíritu la ilusión de creerse también vivo. Tiene perfecta conciencia de su estado, aunque en otros el castigo consiste en esta misma ilusión, en los lazos que les unen a su cuerpo.

Esta mujer ha querido dejar la Tierra para seguir a su hijo en el mundo en que había entrado. Era preciso que supiera que estaba en ese mundo, para ser castigada, no encontrándole en él. Su castigo es precisamente el saber que no vive corporalmente, y en el conocimiento que tiene de su situación. Así es que cada falta es castigada por las circunstancias que la acompañan, y no hay castigos uniformes y constantes por las faltas del mismo género.

Doble suicidio por amor y por deber

Un diario del 13 de junio de 1862 contenía el hecho siguiente: "La Srta. Palmira, modista, que vivía con sus padres, estaba dotada de un exterior encantador, al que reunía el más amable carácter. Así es que tenía muchos pretendientes. Entre los aspirantes a su mano había distinguido al Sr. B..., que sentía por ella una viva pasión. Aunque ella también le amaba mucho, creyó, sin embargo, que debía, por respeto filial, ceder a los deseos de sus padres, casándose con el Sr. D..., cuya posición social les parecía más ventajosa que la de su rival.

"Los Srs. B... y D... eran amigos íntimos. Aunque no tenían entre sí ninguna relación de interés, no cesaron de verse. El amor mutuo de B... y de Palmira, esposa ya del Sr. D..., no se había debilitado en modo alguno. Como se esforzaban en comprimirlo, se aumentaba en razón de la misma violencia que se hacían. Para tratar de extinguirlo, B. .. tomó el partido de casarse. Contrajo matrimonio con una joven que poseía eminentes cualidades, e hizo todo lo posible para amarla, pero no tardó en apercibirse de que este medio heroico era impotente para curarle. Sin embargo, durante cuatro años, ni B... ni la Sra. de D... faltaron a sus deberes. Lo que tuvieron que sufrir no podría expresarse, porque D... , que estimaba verdaderamente a su amigo, le atraía siempre a su casa, y cuando quería marcharse, le obligaba a permanecer en ella.

"Los dos amantes, aproximados un día por una circunstancia fortuita que no habían buscado, se comunicaron el estado de su alma, y concordaron en el pensamiento de que la muerte era el único remedio de los males que sentían. Resolvieron matarse juntos, y poner su proyecto en ejecución al día siguiente, debiendo estar el Sr. D... ausente de su domicilio una gran parte del día. Después de haber hecho sus últimos preparativos, escribieron una larga y tierna carta explicando la causa de su muerte, que se daban por no faltar a sus deberes. Terminaba con una petición de perdón, y la súplica de que fuesen reunidos en la misma tumba.

"Cuando el Sr. D... entró, los encontró asfixiados. Respetó su último deseo, y quiso que en el cementerio no estuviesen separados."

Habiéndose propuesto este hecho a la Sociedad de París como objeto de estudio, contestó un espíritu:

"Los dos amantes que se han suicidado no pueden aún responderos. Los veo, están sumergidos en la turbación y espantados por el soplo de la eternidad. Las consecuencias morales de su falta les castigarán durante *emigraciones sucesivas*, en las que sus almas desunidas se buscarán sin cesar, y sufrirán el doble suplicio del presentimiento y del deseo. Cumplida la expiación, se reunirán para siempre en el seno del eterno amor. Dentro de ocho días, en vuestra próxima sesión, podréis evocarles. Vendrán, pero no se verán, una noche profunda oculta por largo tiempo al uno del
otro."

Evocación de la mujer.

1. ¿Veis a vuestro amante por el cual os habéis suicidado?

R. Yo no veo nada, ni tampoco a los espíritus que van conmigo de una parte a otra en la morada donde estoy. ¡Qué noche!, ¡qué noche!, y ¡qué espeso velo sobre mi rostro!

2. ¿Qué sensación habéis experimentado, cuando os despertasteis después de vuestra muerte?

R. ¡Extraña, tenía frío y quemaba! ¡Corría hielo por mis venas y tenía fuego en mi frente! ¡Cosa rara, mezcla inaudita! ¡El hielo y el fuego parecían oprimirme! Pensaba que iba a sucumbir por segunda vez.

3. ¿Sentís algún dolor físico?

R. Todo mi sufrimiento está *aquí*, *aquí*.

P. ¿Qué queréis decir, cuando referís *aquí*, *aquí*? J

R. *Aquí*, en mi cerebro. *Aquí*, en mi corazón.

Es probable que si se hubiera podido ver al espíritu, se le habría visto llevar la mano a su frente y a su corazón.

4. ¿Creéis que estaréis siempre en esta situación?

R. ¡Oh! ¡Siempre, siempre! Oigo algunas veces risas infernales, voces espantosas, como si aullaran, diciendo estas palabras: ¡Siempre así!

5. ¡Pues bien! Podemos afirmaros con toda seguridad que no siempre estaréis así. Arrepintiéndoos, obtendréis vuestro perdón.

R. ¿Qué habéis dicho? No entiendo.

6. Os repito que vuestros sufrimientos tendrán un término, que podréis abreviar con vuestro arrepentimiento, y os ayudaremos a ello por medio de la oración.

R. No he oído más que una palabra y vagos sonidos. Esta palabra es *¡gracia!* ¿Acaso me queréis hablar de gracia? ¡Habéis hablado de gracia, sin duda es el alma que pasa por mi lado, pobre criatura que llora y espera!

Una señora de la Sociedad dijo que acababa de dirigir una súplica por esta infortunada y que sin duda es esto lo que la ha afectado, que había, en efecto, mentalmente implorado por ella la *gracia* de Dios.

7. Decís que estáis en las tinieblas, ¿acaso no nos veis?

R. Me es permitido oír algunas de las palabras que pronunciáis, pero no veo nada más que un crespón negro en cuyo fondo se dibuja, a ciertas horas, una cabeza que llora.

8. Si no véis a vuestro amante, ¿deberéis sentir su presencia, puesto que está a vuestro lado?

R. ¡Ah! No me habléis de él, debo olvidarle por ahora, si quiero que se borre la imagen que veo trazada en el crespón.

9. ¿Qué imagen es esa?

R. La de un hombre que sufre y cuya existencia moral en la Tierra ha muerto para mucho tiempo.

Leyendo este relato, se dispone uno enseguida a encontrar en este suicidio circunstancias atenuantes, y hasta a considerarlo como un acto heroico, puesto que fue provocado por el sentimiento del deber. Se ve que ha sido juzgado de otra manera, y que la pena de los culpables será larga y terrible por haberse procurado voluntariamente la muerte, a fin de huir de la lucha. La intención de no faltar a su deber era honrosa sin duda, y les será tomada en cuenta más tarde, pero

el verdadero mérito hubiera consistido en vencer los grandes impulsos del corazón, mientras que hicieron como el desertor que se esconde en el momento del peligro.

La pena de los dos culpables consistirá, como se ve, en buscarse mucho tiempo sin encontrarse, *sea en el mundo de los espíritus*, *sea en otras encarnaciones terrestres*. La pena se agrava momentáneamente con la idea de que su estado presente debe durar siempre. Este pensamiento, formando parte del castigo, ha sido causa de que no se les permitiese oír las palabras de esperanza que se les dirigieron. A aquellos que encuentran esta pena muy terrible y muy larga, sobre todo si no debe cesar sino después de muchas encarnaciones, les diremos que su duración no es absoluta, y que dependerá de la manera como soporten sus pruebas, pudiéndoles ayudar con la oración. Serán, como todos los espíritus culpables, árbitros de su propio destino. Sin embargo. ¿no vale más esto que la condenación eterna, sin esperanza, a la cual son irrevocablemente condenados, según la doctrina de la iglesia, que los considera de tal modo destinados para siempre al infierno, que les rehúsa las últimas oraciones, sin duda como inútiles?

Luis y la costurera de botines

Hace siete u ocho meses, el llamado Luis G... , zapatero, cortejaba a Victorina R..., costurera de botines, con la cual debía casarse muy próximamente, pues las proclamas estaban publicándose. En estas circunstancias, los jóvenes se consideraban como definitivamente unidos, y por medida de economía, el zapatero iba cada día a comer a casa de su futura.

Un día que Luis fue, como de costumbre, a cenar a casa de la costurera, sobrevino alguna disputa por una bagatela. Ambos se obstinaron de tal modo y llegó el asunto a tal estado, que Luis dejó la mesa y partió jurando no volver más.

Al día siguiente, el zapatero fue a pedir perdón. La noche es buena consejera, como se sabe, pero la obrera, quizá prejuzgando, según la escena de la víspera, lo que podría acontecer cuando no habría tiempo de desdecirse, rehusó reconciliarse. Ni las protestas, ni las lágrimas, ni la desesperación, pudieron ablandarla. Muchos días pasaron desde que riñeron. Esperando Luis que su amante sería más tratable, quiso dar el último paso. Llegó, pues, y llamó de modo que se le conociera, pero no le abrieron. Entonces el pobre desahuciado reiteró las súplicas, hizo nuevas protestas sin que lograra la entrada, pero nada pudo conmover a la implacable pretendida. "¡Adiós, pues, malvada! -exclamó el pobre mozo-, ¡adiós para siempre! ¡Procurad encontrar un marido que os ame tanto como yo!" Al mismo tiempo, la joven oye una especie de gemido ahogado, después un ruido de un cuerpo que caía resbalando al lado de su puerta, quedando todo en silencio. Entonces creyó que Luis se había sentado en el suelo esperando que saliera, pero se propuso no salir hasta que él se marchara.

Apenas había pasado un cuarto de hora de esta escena, cuando un vecino, que pasaba con luz por el descanso de la escalera, lanzó una exclamación y pidió socorro. Al momento llegaron los vecinos, y Victorina abrió también su puerta. Un grito de horror profirió al ver tendido en el suelo a su prometido, pálido e inanimado. Todos se apresuraron a socorrerle, pero todo era inútil, había dejado de existir. El desgraciado joven había hundido su cuchilla en la región del corazón, y el hierro había quedado en la herida.

Sociedad Espírita de París, agosto de 1858.

Al espíritu de san Luis.

1. La joven, causa involuntaria de la muerte de su amante, en este caso, ¿incurre en responsabilidad?

R. Sí, porque no le amaba.

2. Para prevenir una desgracia, ¿debía casarse a pesar de su repugnancia?

R. Ella buscaba una ocasión para separarse de él. Hizo al principio lo que hubiera hecho más

tarde.

3. ¿De modo que su culpabilidad consiste en haber fomentado en él sentimientos en los cuales no tomaba parte, sentimientos que fueron la causa de la muerte del joven?

R. Sí, esto es.

4. ¿Su responsabilidad, en este caso, debe ser proporcionada a su falta, ésta no debe ser tan grande como si se hubiera provocado voluntariamente la muerte?

R. Evidentemente.

5. ¿El suicidio de Luis encuentra una excusa en el extravío en que le había puesto la obstinación de Victorina?

R. Sí, porque su suicidio que proviene del amor es menos criminal a los ojos de Dios que el suicidio del hombre que quiere librarse de la vida por un motivo de cobardía.

Al espíritu de Luis G..., habiendo sido evocado, se le dirigieron las preguntas siguientes:

1. ¿Qué pensáis de la acción que habéis cometido?

R. Victorina es una ingrata, hice mal en matarme por ella, porque no lo merecía.

2. ¿No os amaba?

R. No, lo creyó al pronto, se hizo la ilusión. La escena que presenció le abrió los ojos, entonces se alegró y tomó este pretexto para desembarazarse de mí.

3. Y vos, ¿la amabais sinceramente?

R. Tenía pasión por ella, y nada más. Así lo creo, pues si la hubiera amado con un amor puro, no le hubiese causado ningún disgusto. Si ella hubiera sabido que queríais realmente mataros, habría persistido en su negativa?

R. No lo sé, no lo creo, porque no es mala, pero hubiera sido desgraciada. Para ella incluso es mejor que los acontecimientos hayan sucedido de este modo.

5. ¿Al llegar a su puerta, teníais intención de mataros en caso de una negativa?

R. No, no pensaba en ello, no creía que fuese tan obstinada. Sucedió que, cuando vi su obstinación, un vértigo me dominó.

6. Parece que no sentís vuestro suicidio sino porque Victorina no lo merecía. ¿Es éste el único sentimiento que experimentáis?

R. En este momento, sí. Estoy aún completamente turbado, me parece estar en la puerta, pero siento otro estado que no puedo definir.

7. ¿Lo comprenderéis más tarde?

R. Sí, cuando haya salido de la turbación... He obrado muy mal, debía haberla dejado en paz. He sido débil y pago la pena. Ya veis, la pasión ciega al hombre y le hace hacer muchas tonterías.

Las comprende cuando ya no hay tiempo.

8. Decís que pagáis la pena. ¿Qué pena es la que sufrís?

R. Hice mal en abreviar mi vida. No podía hacerlo, debía soportarlo todo primero que acabar antes de tiempo, y además, soy desgraciado, sufro. Siempre es ella la que me hace sufrir. Me parece estar aún allí, a su puerta. ¡Ingrata! No me habléis más de ella, no quiero recordarla. Me hace mucho daño. Adiós.

Otra vez vemos en esto una nueva prueba de la justicia distributiva que preside al castigo de los culpables, según el grado de su responsabilidad.

En la circunstancia presente, la primera falta está en la joven que había fomentado en Luis un amor que ella no tenía y se burlaba de él. Ella tendrá, pues, la mayor parte de la responsabilidad. En cuanto al joven, también es castigado por el sufrimiento que tiene, pero su pena es ligera, porque no ha hecho más que ceder a un movimiento irreflexivo y a un momento de exaltación, en lugar de la fría premeditación de los que se suicidan para sustraerse a las pruebas de la vida.

Un ateo

M.J. B.D... era un hombre de instrucción, pero imbuido hasta el último grado en las ideas materialistas. No creía en Dios ni en su alma. Fue evocado dos años después de su muerte en la Sociedad de París, a petición de uno de sus parientes.

1. *Evocación.*

R. Sufro, soy réprobo.

2. Se nos ha rogado que os llamásemos de parte de vuestros parientes que desean conocer vuestra suerte. ¿Queréis expresarnos si nuestra evocación os es agradable o penosa?

R. Penosa.

3. ¿Vuestra muerte ha sido voluntaria?

R. Sí.

El espíritu escribe con dificultad. La escritura es muy grande, irregular, convulsiva y casi ilegible. Al principio demuestra cólera, rompe el lápiz y desgarra el papel.

4. Tened más calma, todos rogaremos a Dios por vos.

R. Me veo forzado a creer en Dios.

5. ¿Qué motivo os condujo a vuestra destrucción?

R. Fastidio de la vida sin esperanza.

Se concibe el suicidio cuando se vive sin esperanza. Se quiere evitar la desgracia a todo precio. Con el Espiritismo, el porvenir se desarrolla y la esperanza se legitima. El suicidio no tiene, pues, objeto. Al contrario, se reconoce que por este medio se evita un mal para caer en otro que es cien veces peor. He aquí por qué el Espiritismo ha arrancado tantas víctimas a la muerte voluntaria. Los que se esfuerzan en acreditar con sofismas científicos, *y a pretensión de tener la razón de su parte*, la idea desconsoladora, origen de tantos males y crímenes, de que todo acaba con la vida, son muy culpables. Serán responsables, no sólo de sus propios errores, sino de todos los males de que habrán sido causa.

6. Quisisteis evadiros de las vicisitudes de la vida, ¿habéis ganado en ello algo? ¿Sois más feliz ahora?

R. ¿Por qué no existe la nada?

7. ¿Queréis tener la bondad de describirnos vuestra situación lo mejor que podáis?

R. *Sufro cuando me veo obligado a creer todo lo que* negaba. Mi alma está como en ascuas, atormentada horriblemente.

8. ¿De dónde sacasteis las ideas materialistas que teníais en vuestra vida?

R. En otra existencia había sido malo, y mi espíritu estaba condenado a sufrir los tormentos de la duda, durante mi vida, bajo cuyos impulsos me suicidé.

Hay aquí todo un orden de ideas. Se pregunta uno muchas veces cómo puede haber materialistas, puesto que habiendo ya pasado por el mundo espiritual deberían tener de él la intuición. Pero, precisamente, esta intuición se niega a ciertos espíritus que han conservado su orgullo, y no se arrepintieron de sus faltas. Su prueba consiste en adquirir, durante la vida corporal, *y por su propia razón*, la prueba de la existencia de Dios y de la vida futura, que tienen incesantemente a la vista, pero con frecuencia la presunción de no admitir nada fuera de sus conocimientos domina todavía, y sufren la pena hasta que, vencido su orgullo, se rinden por fin a la evidencia.

9. ¿Cuando os ahogasteis, qué pensabais que vendría a ser de vos? ¿Qué reflexiones hicisteis en aquel momento?

R. Ninguna, era la nada para mí. He visto después que, no habiendo sufrido toda mi condena, tenía aún que sufrir mucho más.

10. ¿Estáis ahora bien convencido de la existencia de Dios, del alma y de la vida futura?

R. ¡Demasiado me atormenta esta idea!

11. ¿Habéis vuelto a ver a vuestro hermano?

R. ¡Oh! No.

12. ¿Por qué?

R. ¿Por qué queréis que unamos nuestros tormentos? Nos separamos en la desgracia, nos uniremos en la felicidad.

13. ¿Tendríais placer de volver a ver a vuestro hermano? ¿Podríamos llamarle para que viniera a vuestro lado?

R. No, no, estoy demasiado bajo.

14. ¿Por qué no queréis que le llamemos?

R. Porque tampoco es feliz.

15. ¿Acaso teméis su presencia? ¡Quizá podría haceros bien!

R. No, más tarde.

16. ¿Deseáis expresar algo a vuestros parientes?

R. Que recen por mí.

17. Parece que en la sociedad que frecuentabais, algunas personas participan de las opiniones que teníais en vuestra vida. ¿Tendréis que informarles algo con este objeto?

R. Ah, ¡desgraciados! ¡Ojalá creyesen en otra vida! Ésta es la mayor felicidad que puedo desearles. Si pudieran comprender mi triste situación, mucho les haría reflexionar.

Evocación del hermano del precedente, que profesaba las mismas ideas, pero que no se había suicidado. Aunque desgraciado, tiene más calma. Su escritura es clara y legible.

18. *Evocación.*

R. ¡Si el cuadro de nuestros sufrimientos pudiera serviros de lección útil y persuadiros de que existe otra vida donde se expían las faltas, la incredulidad!

19. ¿Os veis recíprocamente con vuestro hermano, a quien acabamos de llamar?

R. No, huye de mí.

Podría preguntarse cómo pueden los espíritus huir en el mundo espiritual, donde no existen obstáculos materiales ni retiros ocultos a la vista. Todo es relativo en ese mundo, y en conexión con la naturaleza fluídica de los seres que lo habitan. Sólo los espíritus superiores tienen percepciones indefinidas. En los espíritus inferiores son limitadas, y para ellos, los obstáculos fluídicos hacen el efecto de los obstáculos materiales.

Los espíritus se ocultan los unos de los otros por un efecto de su voluntad, que obra sobre su envoltura periespiritual y los fluidos ambientes. Pero la Providencia, que vela sobre cada uno individualmente como sobre sus hijos, les concede o rehúsa esta facultad en virtud de las disposiciones morales de cada uno, y según las circunstancias es un castigo o una recompensa.

20. Toda vez que estáis más tranquilo que él, ¿podríais darnos una descripción más precisa de vuestros sufrimientos?

R. Cuando en la Tierra os veis obligados a confesar vuestros defectos, ¿no sufre vuestro amor propio y vuestro orgullo? ¿No se rebela vuestro espíritu al veros humillados ante aquel que os demuestra que estáis en el error? Pues bien. ¿Qué creéis que sufre el espíritu que, durante una existencia, ha vivido persuadido de que nada existe después de él, que tiene razón contra todos? Cuando de repente se encuentra en frente de la verdad resplandeciente, se aniquila, se humilla. A esto se agregan los remordimientos de haber podido olvidar por tanto tiempo la existencia de un Dios tan bueno, tan indulgente. Su estado es insoportable, no encuentra calma ni reposo. No encontrará tranquilidad hasta el momento en que la gracia santa, esto es, el amor de Dios, le conmueva, porque el orgullo se apodera de tal modo de nuestro pobre espíritu, que le envuelve

enteramente, y le falta aún mucho tiempo para deshacerse de ese hábito fatal. Sólo la oración de nuestros hermanos puede ayudarnos a deshacernos de él.

21. ¿Queréis hablar de vuestros hermanos encarnados o de los espíritus?

R. De los unos y los otros.

22. Mientras que nos comunicábamos con vuestro hermano, una persona aquí presente ha rogado por él. ¿Esta oración, le ha sido útil?

R. No se perderá... Si ahora rechaza la gracia, ésta le volverá cuando esté en estado de poder recurrir a esta divina *panacea*.

Vemos aquí otro género de castigo, pero que no es el mismo en todos los incrédulos. Independientemente del sufrimiento, hay la precisión, para este espíritu, de reconocer las verdades de que había renegado en su vida. Sus ideas actuales denotan cierto progreso, comparativamente a otros espíritus que persisten en la negación de Dios. Esto ya es algo, y un principio de humildad el convenir en que se ha equivocado. Es más probable que, en su próxima encarnación, la incredulidad habrá hecho lugar al sentimiento *innato* de la fe.

Habiéndose transmitido el resultado de estas dos evocaciones a la persona que las había solicitado, recibimos de esta última la contestación siguiente:

"Caballero, no os podéis figurar cuánto bien me han hecho las evocaciones de mi suegro y de mi tío. Los hemos reconocido enteramente. La escritura del primero, sobre todo, tiene una analogía admirable con la que tenía en su vida. Tanto más que durante los últimos meses que ha pasado con nosotros era sobarbada e indescifrable. Se encuentra en dicha escritura la misma forma de los palos de la rúbrica y de ciertas letras. En cuanto a las palabras, a las expresiones y al estilo, es todavía más notable. Para nosotros la analogía es perfecta excepto que se halla más ilustrado acerca de Dios, el alma y la eternidad que negaba tan formalmente en otro tiempo. Estamos, pues, enteramente convencidos de su identidad. Dios será glorificado por nuestra creencia más firme en el Espiritismo, y nuestros hermanos, espíritus y encarnados, vendrán a ser mejores.

"La identidad de su hermano es menos evidente. Con la diferencia inmensa del ateo al creyente, hemos reconocido su carácter, su estilo, su giro en las frases. Una palabra sobre todo nos ha sorprendido, es la de *panacea*; ésta era su palabra de costumbre, la decía y la repetía a todos a cada instante.

"He comunicado estas dos evocaciones a muchas personas, que se han quedado pasmadas de su veracidad. Pero los incrédulos, los que tienen las opiniones de mis dos parientes, hubieran querido respuestas aún más categóricas: que M. D..., por ejemplo, precisase el paraje donde ha sido enterrado, aquel en que se ha ahogado, de qué manera fue recogido su cadáver. Para satisfacerles y convencerles, ¿no podríais evocarle de nuevo? En este caso, ¿tendréis la bondad de dirigirles las preguntas siguientes?: ¿Dónde y cómo ejecutó su suicidio?, ¿cuánto tiempo permaneció bajo el agua?, ¿en qué sitio fue enterrado?, ¿de qué manera, civil o religiosa, se procedió a su inhumación?, etc.

"Os suplico tengáis a bien hacer que se conteste categóricamente a estas preguntas, que son esenciales para los que dudan todavía. Estoy persuadido del bien inmenso que eso produciría. Hago de modo que mi carta os llegue mañana viernes, a fin de que podáis hacer esta evocación en la sesión de la Sociedad, que debe tener lugar dicho día... etc."

Hemos reproducido esta carta a causa del hecho de identidad que acredita. Nosotros añadimos aquí la respuesta que hemos dado, para instrucción de las personas que no están familiarizadas con las comunicaciones de ultratumba.

"...Las preguntas que deseáis que dirijamos de nuevo al espíritu de vuestro suegro son sin duda dictadas con la laudable intención de convencer incrédulos, porque en ellas no vemos en vos ningún sentimiento de duda ni de curiosidad. Pero un conocimiento más perfecto de la ciencia

espiritista os hubiera convencido de que eran superfluas. En primer lugar, me suplicáis que haga responder categóricamente a vuestro pariente: ¿ignoráis, sin duda, que no podemos gobernar a los espíritus a nuestro gusto? Responden cuando quieren, como quieren y a menudo como pueden. Su libertad de acción es todavía más grande que en su vida y tienen más medios de evitar la presión moral que se quisiera ejercer sobre ellos.

"Las mejores pruebas de identidad son las que dan espontánea y voluntariamente, o que nacen de las circunstancias y casi siempre es inútil provocarlas. Vuestro pariente ha probado su identidad de una manera irrecusable según vos. Es, pues, más que probable que rehusaría responder a preguntas que justamente pueden considerarse como superfluas y hechas con la idea de satisfacer la curiosidad de personas que le son indiferentes.

"Podría responder, como han hecho muchas veces otros espíritus en semejante caso: «¿Para qué preguntarme cuestiones que sabéis?» Añadiré también que en el estado de turbación y de sufrimiento en que se encuentra, deben serle más penosas las investigaciones de este género. Es exactamente igual que si se quisiese obligar a un enfermo, que apenas puede pensar y hablar, a contar los detalles de su vida. Esto sería seguramente faltar a los miramientos que se deben a su situación.

"En cuanto al resultado que esperáis, estad persuadido de que sería nulo. Las pruebas de identidad que se han suministrado tienen mayor valor, por lo mismo que son espontáneas, y nada podría sospecharse sobre el modo como se dieron. Si los incrédulos no están satisfechos de ellas, quizá lo estarían menos por medio de preguntas preparadas que podrían dar lugar a sospechas de connivencia. Hay gentes a quienes nada puede convencer. Verían con sus propios ojos a vuestro pariente en persona, y se creerían juguete de una alucinación.

"Me resta dirigiros aún dos palabras, sobre la súplica que hacéis de que se haga esta evocación el mismo día en que recibiera vuestra carta. Las evocaciones no se hacen así, con el talismán. Los espíritus no responden siempre a nuestro llamamiento. Es preciso para esto que lo puedan o que lo quieran. Es necesario, además, un médium que les convenga, y que tenga la aptitud especial indispensable, que este médium esté disponible en un momento dado, que el centro sea simpático al espíritu, etc., circunstancias todas de las que no se puede jamás responder, y que importa conocer, tratándose de hacer las cosas con la formalidad necesaria."

El Sr. Felicien

Era un hombre rico, instruido, poeta espiritual, de buen carácter, servicial, ameno y de mucha honradez. Falsas especulaciones habían comprometido su fortuna. No permitiéndole su edad restablecerla, cedió al desaliento y se suicidó en diciembre de 1864, ahorcándose en su alcoba. No era ni materialista ni ateo, sino un hombre de un talante un poco ligero, que se ocupaba muy poco de la vida futura. Habiéndole conocido íntimamente, y teniendo simpatía por su persona, le evocamos cuatro meses después de su muerte.

Evocación.

R. Echo de menos la Tierra. Tuve en ella decepciones, pero menores que aquí. Soñaba maravillas y estoy muy lejos de la idealidad real que tenía. El mundo de los espíritus es una confusión, y para hacerlo soportable, sería necesario escoger mucho. ¡No quiero volver más a él! ¡Qué ejemplos de costumbres espiritistas se podrían hacer aquí! Balzac debiera continuar su tarea, que sería ruda. Pero no le he visto. ¿Dónde se encuentran, pues, estos grandes espíritus que tanto azotaron los vicios de la Humanidad?. Deberían, como yo, permanecer aquí algún tiempo, antes de ir a las regiones más elevadas. Es un pandemonium curioso que me gusta observar y me quedo en él.

Aunque el espíritu declara que se encuentra en una sociedad de mucha mezcla, y por consecuencia de espíritus inferiores, nos sorprendió su lenguaje en razón a su género de muerte, a la cual no hacía ninguna ilusión, aunque por otra parte se veía el reflejo de su carácter. Esto nos dejaba algunas dudas sobre su identidad.

P. ¿Queréis referirnos, os lo suplico, cómo habéis muerto?

R. ¿Cómo he muerto? Por la muerte que he elegido, ella me ha gustado. He meditado bastante tiempo sobre la que debía elegir para librarme de la vida. Y a fe mía confieso que no he ganado gran cosa, si se exceptúa que me he librado de mis cuidados materiales, mas para encontrarlos más graves, más penosos en mi situación de espíritu, cuyo fin no preveo.

Al guía del médium:

P. ¿Es verdaderamente el espíritu de M. Felicien quien ha contestado? Ese lenguaje casi indiferente nos sorprende en un suicida.

R. Sí, pero por un sentimiento perdonable en su situación y que comprenderéis, no quería revelar su género de muerte al médium. Por esto mismo, buscando rodeos, concluyó por confesarlo obligado por vuestra pregunta directa, por lo que se halla muy afectado. Sufre mucho por haberse dado la muerte, y aparta tanto como puede todo lo que le recuerda ese fin funesto.

Al espíritu:

P. Vuestra muerte me afectó tanto más cuanto que preveía las tristes consecuencias para vos, y en razón, sobre todo, de la estimación y cariño que os teníamos. Personalmente, no he olvidado cuán bueno y servicial habéis sido para mí. Tendría la mayor felicidad en acreditaros mi reconocimiento, si puede haber algo que os sea útil.

R. Sin embargo, no podía evitar de otro modo lo embarazoso de mi situación material. Ahora sólo tengo necesidad de oraciones. Orad, sobre todo, para que se me libre de los horribles compañeros que me rodean, que me atormentan con sus risas, sus gritos y sus burlas infernales. Me llaman cobarde y tienen razón, cobardía es dejar la vida. *Ya veis, van cuatro veces que sucumbo a esta prueba*. ¡Sin embargo, mucho me había prometido no flaquear!... ¡Fatalidad!... ¡Ah!, orad. ¡Qué suplicio es el mío! ¡soy muy desgraciado! Haréis más por mí rogando que no he hecho por vos cuando estaba en la Tierra, pero la prueba a la cual he faltado tan a menudo, se presenta ante mí con rasgos indelebles. *Es preciso que la sufra nuevamente en un tiempo dado*. ¿Tendré bastante fuerza? ¡Ah! ¡Tantas veces volver a empezar la vida! ¡Luchar tanto tiempo y verme arrastrado por los acontecimientos a sucumbir a mi pesar, es desesperante, incluso aquí! Para esto tengo necesidad de fuerza. La oración la da, se dice: orad por mí, también yo quiero orar.

Este caso particular de suicidio, aunque ejecutado en circunstancias muy vulgares, se presenta, no obstante, bajo una fase especial. Nos muestra un espíritu que ha sucumbido muchas veces a esta prueba, que se renueva en cada existencia, *y se renovará mientras no tenga la fuerza de resistirla ella*. Es la confirmación el principio de que cuando el objeto de mejorar, para el cual nos hemos encarnado, no se alcanza, hemos sufrido sin provecho. Porque debemos volver a empezar hasta que salgamos victoriosos de la lucha.

Al espíritu del Sr. Felicien:

Os suplico que escuchéis lo que voy a exponeros, y tened a bien meditar mis palabras. Lo que llamáis fatalidad no es otro hecho que vuestra propia debilidad, porque no hay fatalidad. De no ser así, el hombre no sería responsable de sus actos. El hombre es siempre libre, y éste es su más bello privilegio. Dios no ha querido hacer de él una máquina que obrase y obedeciese a ciegas. Si esta libertad le hace falible, le hace también perfectible, y sólo por la perfección llega a la dicha suprema.

Su orgullo le conduce a acusar al destino de sus desgracias en la Tierra, cuando lo más a menudo son efecto de su incuria. Vos sois de esto un ejemplo patente. En vuestra última existencia

teníais todo lo que era preciso para ser feliz según el mundo: ingenio, talento, fortuna, consideración merecida. No teníais vicios ruinosos, y sí cualidades estimables. ¿Cómo fue que vuestra situación se encontrara tan radicalmente comprometida?

Únicamente por vuestra imprevisión. Convenid en que si hubieseis obrado con más prudencia, si hubieseis sabido contentaros con la buena parte que teníais, en lugar de querer aumentarla sin necesidad, no habríais arruinado. No hubo, pues, fatalidad, puesto que podíais evitar lo que ha acontecido.

Vuestra prueba consistía en un encadenamiento de circunstancias que debían daros, *no la necesidad, sino la tentación del suicidio*. Desgraciadamente para vos, a pesar de vuestro talento y vuestra instrucción, no habéis sabido dominar estas circunstancias y pagáis la pena de vuestra debilidad. Esta prueba, como lo presentís con razón, debe renovarse todavía. En vuestra próxima existencia estaréis expuesto a acontecimientos que provocarán de nuevo el pensamiento del suicidio, y lo mismo será hasta que hayáis triunfado.

Lejos de acusar a la suerte de lo que es vuestra propia obra, admirad la bondad de Dios, que en lugar de condenaros irremisiblemente por vuestra falta primera, os ofrece sin cesar los medios de repararla. Sufriréis, pues, no eternamente, sino tanto tiempo como tardéis en reparar. De vos depende el tomar en el estado de espíritu resoluciones tan enérgicas, que expreséis a Dios un arrepentimiento sincero, que solicitéis con gran insistencia el apoyo de los buenos espíritus y llegaréis a la Tierra escudado contra todas las tentaciones. Una vez obtenida vuestra victoria, marcharéis en la vía de la felicidad con tanta más rapidez cuanto vuestro adelanto es ya muy grande bajo otros aspectos. Falta, sin embargo, que deis un paso más. Nosotros os ayudaremos con nuestras oraciones, pero éstas serían impotentes si no nos secundaseis con vuestros esfuerzos.

R. Gracias, ¡oh!, gracias por vuestras buenas exortaciones. Tenía mucha necesidad de las mismas, porque soy más desgraciado *de lo que quería dar a entender*. Voy a ponerlas en practica, os lo aseguro, y a prepararme para mi próxima encarnación, en la que haré de modo que no sucumba. Deseo salir pronto de este grosero centro donde estoy relegado.

Felicien

Antonio Bell

Contador en un banco del Canadá, se suicidó el 28 de febrero de 1865. Uno de nuestros corresponsales, médico y farmacéutico en la misma ciudad, nos ha dado sobre dicho Bell las noticias siguientes:

"Conocía a Bell desde más de veinte años. Era un hombre inofensivo y padre de una numerosa familia. Hace algún tiempo se imaginó que había comprado un veneno en mi casa, y que se había servido de él envenenando a alguno. Muchas veces vino a suplicarme le dijese en que época se lo había vendido, y se entregaba entonces a delirios terribles. Perdía el sueño, se acusaba y se golpeaba el pecho.

"Su familia estaba en una ansiedad continua, desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la mañana en que iba al banco, donde llevaba sus libros de una manera muy regular, sin cometer jamás un solo error. Acostumbraba a declarar que un ser que sentía en él le hacía llevar su contabilidad con orden y regularidad. En el momento en que parecía estar convencido de lo absurdo de sus pensamientos, exclamaba: No, no, me queréis engañar..., *yo me acuerdo...*, es verdad."

Antonio Bell fue evocado en París, el 17 de abril de 1865, a petición de su amigo.

1. *Evocación.*

R. ¿Qué queréis de mí? ¿Hacerme sufrir un interrogatorio? Es inútil, lo confesaré todo.

2. Está lejos de nuestro pensamiento querer atormentaros con indiscretas preguntas. Deseamos solamente saber cuál es vuestra situación en el mundo en que estáis, y si podemos seros útil.

R. ¡Ah! ¡Si lo pudieseis, os lo agradecería infinitamente! ¡Tengo horror por mi crimen, y soy muy desgraciado!

3. Nuestras oraciones endulzarán vuestras penas, así lo esperamos. Por otra parte parece que estáis en buenas condiciones, el arrepentimiento está en vos, y éste es ya un principio de rehabilitación. Dios, que es infinitamente misericordioso. tiene siempre piedad del pecador arrepentido. Orad con nosotros.

Se pronunció la oración por los suicidas que se encuentra en *El Evangelio según El Espiritismo*.

P. ¿Quisierais manifestarnos ahora de qué crimen os reconocéis culpable'? Esa confesión, hecha con humildad, se os tomará en cuenta.

R. Dejad que os dé primero las gracias por la esperanza que acabáis de hacer nacer en mi corazón. ¡Ay de mí! Hace ya mucho tiempo que vivía en una ciudad, cuyas murallas bañaba el mar del Mediodía. Amaba a una hermosa joven que correspondía a mi amor, pero yo era pobre y fui rechazado por su familia. Ella me anunció que iba a casarse con el hijo de un negociante cuyo comercio se extendía más allá de los dos mares, y fui despedido. Loco de dolor, resolví quitarme la vida después de haber satisfecho mi venganza asesinando a mi aborrecido rival. Sin embargo, los medios violentos me repugnaban. Temblaba a la idea de este crimen, pero mis celos me dominaron. La víspera del día en que mi amada debía ser suya, murió envenenado por mis manos, encontrando este medio más fácil. Así se explican aquellas reminiscencias del pasado. Sí, yo he vivido ya, y es preciso que vuelva a vivir todavía... ¡Oh! Dios mío, tened piedad de mi debilidad y de mis lágrimas.

4. Deploramos esta desgracia que ha retardado vuestro adelanto y os compadecemos sinceramente, pero, puesto que os arrepentís, Dios tendrá piedad. Os suplico que refiráis si pusisteis en ejecución vuestro proyecto de suicidio.

R. No, confieso con vergüenza que la esperanza vino a mi corazón. Quería gozar del precio de mi crimen, pero mis remordimientos me hicieron traición. Expié en el último suplicio este momento de extravío: fui ahorcado.

5. ¿Teníais conciencia de esta mala acción en vuestra última existencia?

R. En los últimos años de mi vida solamente, y he aquí cómo. Era bueno por naturaleza. Después de haber estado sometido, como todos los espíritus homicidas, al tormento de la vista continua de mi víctima que me perseguía como un vivo remordimiento, me libré de ella muchos años después por mis oraciones y mi arrepentimiento. Volví a empezar otra vez la vida última, y la atravesé pacífico y tímido. Tenía en mí una vaga intuición de mi debilidad innata y de mi falta anterior, de la cual había conservado el recuerdo latente. Pero un espíritu obsesor y vengativo, que no es otro sino el padre de mi víctima, no tuvo gran trabajo en apoderarse de mí, y en hacer revivir en mi corazón, como en un espejo mágico, los recuerdos del pasado.

Influido sucesivamente por él y por el guía que me protegía, unas veces era el envenenador y otras el padre de familia que ganaba el pan de sus hijos con su trabajo. Fascinado por este demonio obsesor, me empujó al suicidio. Soy muy culpable, es verdad, pero menos, sin embargo, que si yo mismo lo hubiese resuelto. Los suicidas de mi categoría, que son demasiado débiles para resistir a los espíritus obsesores, son menos culpables y menos castigados que los que se quitan la vida por la sola acción de su libre albedrío.

Rogad conmigo por el espíritu que me ha influido tan fatalmente, a fin de que abdique sus sentimientos de venganza, y rogad por mí a fin de que adquiera la fuerza y la energía necesarias para no faltar a la prueba de suicidio por libre voluntad, *a la cual seré sometido, según me explican, en mi próxima encarnación*.

Al guía del médium:

6. ¿Un espíritu obsesor puede realmente empujar al suicidio?

R. Seguramente, porque la obsesión, que por sí misma es un género de prueba, puede revestir todas las formas, pero esto no es una excusa. El hombre siempre tiene libre albedrío, y en consecuencia, es libre de ceder o de resistir a las sugestiones a que está expuesto. Cuando sucumbe, es siempre por su voluntad. El espíritu tiene razón, por otra parte, cuando expresa que aquel que hace el mal por instigación de otro es menos reprensible y menos castigado que cuando lo comete por su propio impulso, pero no es inocente, porque desde el instante en que se deja apartar del camino derecho, es porque el bien no está fuertemente arraigado en él.

7. ¿Cómo es que, a pesar de la oración y del arrepentimiento que habían libertado a este espíritu del tormento que sentía por la vista de su víctima, haya sido aún perseguido por la venganza del espíritu obsesor en su última encarnación?

R. El arrepentimiento, ya lo sabéis, no es más que *el preliminar indispensable de la rehabilitación*, pero no basta para librar al culpable de toda pena. Dios no se contenta con promesas, es necesario probar con actos la solidez de la vuelta al bien. Por esto el espíritu está sometido a nuevas pruebas que la fortifican, al mismo tiempo que le hacen adquirir un mérito más cuando sale victorioso. Es el blanco de las persecuciones de los malos espíritus, *hasta que éstos le consideran bastante fuerte para resistirlas*. Entonces le dejan en descanso, porque saben que sus tentativas serían inútiles.

Estos dos últimos ejemplos nos demuestran la misma prueba renovándose en cada encarnación tanto tiempo como se sucumbe en ella. Antonio Bell nos manifiesta además el hecho, no menos instructivo, de un hombre perseguido por el recuerdo de un crimen cometido en una existencia anterior, como un remordimiento y una advertencia. Vemos por esto que todas las existencias son solidarias entre sí. La justicia y la bondad de Dios resplandecen en la facultad que deja al hombre de mejorarse gradualmente sin cerrarle jamás la puerta del rescate de sus faltas. El culpable es castigado por su misma falta, y el castigo, en lugar de ser una venganza de Dios, es el medio empleado para hacerle progresar.

CAPÍTULO VI

Criminales arrepentidos

Verger

Asesino del arzobispo de Paris

El 3 de enero de 1857, Mn. Sibour, arzobispo de París, al salir de la iglesia de Saint Etienne du Mont. fue herido mortalmente por un joven sacerdote llamado Verger. El culpable fue condenado a muerte y ejecutado el 30 de enero. Hasta el último instante no manifestó ni sentimiento, ni arrepentimiento, ni sensibilidad.

Evocado el mismo día de su ejecución, dio las respuestas siguientes:

1. Evocación.

R. Todavía estoy retenido en mi cuerpo.

2. ¿Vuestra alma, no está enteramente separada de vuestro cuerpo?

R. No..., tengo miedo..., no sé... Esperad a que me reconozca..., yo no estoy muerto, ¿no es eso?

3. Os arrepentís de lo que habéis hecho?

R. Hice mal en matar, pero fui empujado por mi carácter, que no podía sufrir las humillaciones... Me evocaréis otra vez.

4. ¿Por qué queréis iros ya?

R. Tendría demasiado miedo si le viera, temería que no hiciese otro tanto conmigo.

5. Pero no tenéis nada que temer, puesto que vuestra alma está separada de vuestro cuerpo. Desterrad cualquier inquietud, no hay razón para ello.

R. ¡Qué queréis! ¿Acaso sois siempre dueños de vuestras impresiones?... No sé dónde estoy... Estoy loco.

6. Debéis procurar tranquilizaros.

R. No puedo, porque estoy loco... ¡Esperad!... Voy a recobrar toda mi lucidez.

7. Si oraseis, la oración podría ayudaros a coordinar vuestras ideas.

R. Temo.... no me atrevo a orar.

8. Orad. ¡La misericordia de Dios es grande! Vamos a orar con vos.

R. Sí, la misericordia de Dios es infinita, lo he creído siempre.

9. ¿Conocéis ahora mejor vuestra situación?

R. Esto es tan extraordinario, que no puedo todavía darme cuenta.

10. ¿Veis a vuestra víctima?

R. Me parece oír una voz que se parece a la suya, y que me dice: no te quiero... ¡Pero es un efecto de mi imaginación! Estoy loco, os lo manifiesto, porque veo mi propio cuerpo en un lado y mi cabeza en el otro..., y sin embargo, me parece que vivo, pero en el espacio, entre la Tierra y esto que llamáis cielo..., siento aún la fría cuchilla que cae sobre mi cuello... Pero es el miedo que tengo de morir.... me parece que veo cierto número de espíritus alrededor de mí, me miran compasivamente..., me hablan..., pero no les comprendo.

11 . ¿Entre estos espíritus, hay uno cuya presencia os humilla a causa de vuestro crimen?

R. Os aseguro que no hay más que uno a quien tema, es el que yo he herido.

12. ¿Os acordáis de vuestras existencias anteriores?

R. No, estoy en la vaguedad... creo soñar... otra vez, es preciso que me reconozca.

Tres días más tarde:

13. ¿Os reconocéis mejor ahora?

R. Sé ahora que no soy de ese mundo, y no lo siento. Tengo pesar de lo que he hecho, pero mi espíritu es más libre. Sé mejor que hay una serie de existencias que nos dan los conocimientos útiles para ser perfectos tanto como la criatura puede serlo.

14. ¿Sois castigado por el crimen que habéis cometido?

R. Sí, tengo sentimiento por lo que he hecho y sufro por ello.

15. ¿De qué manera sois castigado?

R. Soy castigado porque reconozco mi falta y pido perdón a Dios. Soy castigado por la conciencia de mi falta de fe en Dios, y porque sé ahora que no debemos cortar los días de nuestros hermanos. Soy castigado por el remordimiento de haber retardado mi adelanto, yendo por un camino falso, y no habiendo escuchado el grito de mi conciencia que me decía que matando no llegaría a mi objeto. Pero me dejé dominar por el orgullo y los celos, me he engañado y me arrepiento, porque el hombre debe siempre hacer esfuerzos para sujetar sus malas pasiones, y yo no los hice.

16. ¿Qué sensación experimentáis cuando os evocamos?

R. Placer y miedo, porque no soy malo.

17. ¿En qué consisten ese placer y ese miedo?

R. Un placer en conversar con los hombres y poder en parte reparar mi falta confesándola. Un miedo que no podría definir, una especie de vergüenza de haber sido asesino.

18. ¿Querríais ser reencarnado en esta Tierra?

R. Sí, lo pido y deseo encontrarme constantemente expuesto a que me maten y temer que así suceda.

Habiendo sido evocado Mn. Sibour, dijo que perdonaba a su matador y rogaba porque volviese al bien. Añadió que aunque presente, no se había mostrado a él por no aumentar su sufrimiento. El temor de verle, que era una señal de remordimiento, era ya un castigo.

P. ¿El hombre que comete un asesinato sabe, eligiendo su existencia, que acabará siendo un asesino?

R. No, sabe que eligiendo una vida de lucha, hay *exposición* para él de matar a uno de sus semejantes, pero ignora si lo hará, porque hay casi siempre lucha en él.

La situación de Verger en el momento de su muerte es la de casi todos aquellos que perecen de muerte violenta. Operándose la separación del alma de una manera brusca, están como aturdidos. y no saben si están muertos o vivos. Se le ha ahorrado la vista del arzobispo porque no era necesaria para excitar en él el remordimiento, mientras que otros, al contrario, están incesantemente perseguidos por las miradas de sus víctimas.

A lo enorme de su crimen. Verger añadió el no haberse arrepentido antes de morir. Estaba, pues, en todas las condiciones exigidas para incurrir en la condenación eterna. Sin embargo, apenas ha dejado la Tierra, el arrepentimiento penetra en su alma, repudia su pasado y pide sinceramente repararlo. No ha sido el exceso de los sufrimientos lo que le ha inducido a ello, pues no ha tenido tiempo de sufrir. Es, pues, el solo grito de su conciencia, que no había escuchado durante su vida, y que oye ahora. ¿Por qué, pues, no se le tomaría esto en cuenta? ¿Por qué en el intervalo de algunos días, lo que le hubiera librado del infierno, no le podría librar después? ¿Por qué Dios, que hubiera sido misericordioso antes de la muerte, no tendría piedad algunas horas más tarde?

Podría uno sorprenderse de la rapidez del cambio que se opera, a veces, en las ideas de un criminal endurecido hasta el último momento, y a quien basta para hacerle comprender la iniquidad de su conducta el pasaje a la otra vida. Este efecto está lejos de ser general. Sin esto no habría malos espíritus. El arrepentimiento es a menudo muy tardío, y en consecuencia, también la pena es más prolongada.

La obstinación en el mal durante la vida proviene, a veces, del orgullo que rehúsa doblegarse y confesar sus culpas. Además, el hombre está bajo la influencia de la materia, que echa un velo sobre sus percepciones espirituales y le fascina. Caído este velo, una luz súbita le ilumina y se encuentra como *desilusionado*. La rápida vuelta a mejores sentimientos siempre es indicio de un cierto progreso moral cumplido, que no pide más que una

circunstancia favorable para manifestarse, mientras que aquel que persiste en el mal más o menos tiempo. después de la muerte es incontestablemente un espíritu más atrasado, en quien el instinto material ahogó el germen del bien y a quien le faltan aún nuevas pruebas para enmendarse.

Lemaire

Condenado a la pena de muerte por el Tribunal de Aisne, y ejecutado el 31 de diciembre de 1857. Evocado el 29 de enero de1858

1. *Evocación.*
R. Aquí estoy.
2. ¿Qué sentimiento experimentáis a nuestra vista?
R. La vergüenza.
3. ¿Habéis conservado vuestro conocimiento hasta el último momento?
R. Sí.
4. ¿Inmediatamente después de vuestra ejecución, tuvisteis conocimiento de vuestra nueva existencia?
R. Estaba hundido en una turbación inmensa de la cual no he salido todavía. Sentí un dolor intenso y me pareció que mi corazón lo sufría. Vi rodar no se qué al pie del cadalso, vi correr sangre y mi dolor por esto fue más agudo.
P. ¿Era un dolor puramente físico, análogo al que causaría una herida grave, por la amputación de un miembro, por ejemplo?
R. No, figuraos un remordimiento, un gran dolor moral.
P. ¿Cuándo habéis empezado a sentir ese dolor?
R. Desde que fui libre.
5. ¿El dolor físico causado por el suplicio era sentido por el cuerpo o por el espíritu?
R. El dolor moral estaba en mi espíritu. El cuerpo sintió el dolor físico, *pero el espíritu, separado, se resiente de él todavía.*
6. ¿Habéis visto vuestro cuerpo mutilado?
R. Vi no se qué de informe que me parecía no haber dejado. Sin embargo, me sentía por completo, era yo mismo.
P. ¿Qué impresión os ha causado esta vista?
R. Sentía demasiado mi dolor, *estaba abismado en él.*

7. ¿Es verdad que el cuerpo vive todavía algunos instantes después de la decapitación, y que el ajusticiado tiene conciencia de sus ideas?
R. El espíritu se retira poco a poco. Cuanto más le atan los lazos de la materia, menos pronta es la separación.

8. Se comenta que se ha observado en la cara de ciertos ajusticiados la expresión de cólera y ciertos movimientos como si quisieran hablar. ¿Esto es efecto de una contracción nerviosa o de un acto de la voluntad?
R. De la voluntad, porque el espíritu no se había todavía separado.
9. ¿Cuál es el primer sentimiento que habéis experimentado al entrar en vuestra nueva existencia?
R. Un intolerable sufrimiento, una especie de remordimiento punzante cuya causa ignoraba.
10. ¿Os habéis encontrado reunido con vuestros cómplices, ejecutados al mismo tiempo que vos?
R. Para nuestra desgracia, nuestra vista es un suplicio continuo. Cada uno de nosotros echa

la culpa al otro de su crimen.

11. ¿,Encontráis a vuestras víctimas?

R. Las veo..., son felices..., su mirada me persigue... La siento que se hunde hasta el fondo de mi ser: en vano quiero evitarla.

P. ¿Qué sentimiento experimentáis a su vista?

R. La vergüenza y el remordimiento. *A pesar de haberles arrebatado de vuestro mundo con mis propias manos, continúo aborreciéndoles.*

P. ¿Qué sentimiento experimentan a vuestra vista?

R. La piedad.

12. ¿Tienen odio y deseo de venganza?

R. No, sus votos llaman sobre mí la expiación. *No podéis conocer qué horrible suplicio es deberlo todo a quien se aborrece.*

13. ¿Echáis de menos la vida terrestre?

R. No echo de menos sino mis crímenes. Si el acontecimiento estuviese aún en mis manos, no sucumbiría.

14. ¿La inclinación al mal estaba en vuestra naturaleza, o bien habéis sido arrastrado por el centro donde habéis vivido?

R. La inclinación al crimen estaba en mi naturaleza, porque no era más que un espíritu inferior. He querido elevarme pronto, pero pedí más de lo que mis fuerzas permitían. Me creí fuerte. elegí una prueba ruda, y cedí a las tentaciones del mal.

15. ¿Si hubierais recibido buenos principios de educación , habríais podido apartaros de la vía criminal?

R. Sí, pero elegí la situación en que nací.

P. ¿ Habríais podido haceros un hombre de bien?

R. Un hombre débil incapaz tanto del bien como del mal. Podía corregir el mal de mi naturaleza durante mi existencia, pero no podía elevarme hasta hacer el bien.

16. ¿En vuestra vida creíais en Dios?

R. No.

P. Se comenta, sin embargo, que en el momento de morir os habéis arrepentido, ¿esto es verdad?

R. He creído en un Dios vengador..., he tenido miedo de su justicia.

P. ¿En este momento, vuestro arrepentimiento es más sincero?

R. ¡Ay de mí! Veo lo que he hecho.

P. ¿Qué pensáis de Dios ahora?

R. Le siento y no le comprendo.

17. ¿Encontráis justo el castigo que os ha sido impuesto en la Tierra?

R. Sí.

18. ¿Esperáis obtener el perdón de vuestros crímenes?

R. No sé.

P. ¿Cómo esperáis rescatarlos?

R. Por nuevas pruebas, pero me parece que la eternidad está entre ellas y yo.

19. ¿Dónde estáis ahora?

R. Estoy en mi sufrimiento.

P. Os preguntamos en qué lugar estáis.
R. Cerca del médium.

20. Puesto que estáis aquí, si pudiésemos veros, ¿bajo qué forma nos apareceríais?
R. Bajo mi forma corporal, con la cabeza separada del tronco.
P. ¿Podríais aparecérosnos?
R. No, dejadme.

21 . ¿Querríais explicarnos cómo os evadisteis de la cárcel del Montdidier?
R. No sé..., mi sufrimiento es tan grande, que no tengo sino el recuerdo del crimen... Dejadme.
22. ¿Podríamos dar algún alivio a vuestros sufrimientos?
R. Haced votos para que llegue la expiación.

Benoist

Burdeos, marzo de 1862

Un espíritu se presenta espontáneamente al médium bajo el nombre de Benoist. Afirma haber muerto en 1704 y padecer horribles sufrimientos.
1. ¿Quién erais en vuestra vida?
R. Monje sin fe.
2. ¿La falta de creencia es vuestra única falta?
R. Basta para arrastrar a las otras.
3. ¿Podéis darnos algunos detalles sobre vuestra vida? La sinceridad de vuestras confesiones se os tomará en cuenta.
R. Sin fortuna y perezoso, tomé las órdenes, no por vocación, sino por tener una carrera. Inteligente, me creé una posición. Influyente, abusé del poder. Vicioso, arrastré en los desórdenes a los que tenía misión de salvar. Duro, perseguí a los que yo creía que vituperaban mis excesos. Los *in pace* se han llenado con mis cuidados. El hambre torturó a muchas víctimas. Bajo la violencia se sofocaron a menudo sus gritos. Después he expiado, he sufrido todos los tormentos del infierno. Mis víctimas atizan el fuego que me devora. La lujuria y el hambre no satisfechas me persiguen, la sed irrita mis ardientes labios sin caer jamás en ellos una gota refrescante: todos los elementos se encarnizan conmigo. Orad por mí.
4. ¿Las oraciones que se dicen por los difuntos, os deben ser atribuidas como a los otros?
R. ¿Creéis que sean muy edificantes? *Tienen para mí el valor de las que yo aparentaba decir*. No he cumplido mi tarea, y por tanto no encuentro mi salario.
5. ¿No os habéis jamás arrepentido?
R. Hace mucho tiempo, pero *no ha sido sino después del sufrimiento*. Como fui sordo a los gritos de las víctimas inocentes, el Señor se hace sordo a mis gritos. ¡Justicia!
6. Reconocéis la justicia del Señor, entregaos a su bondad y llamadle en vuestra ayuda.
R. ¡Los demonios gritan más fuerte que yo! Los gritos se ahogan en mi garganta, llenan mi boca de pez ardiente... Lo he hecho, gran...
(El espíritu no puede escribir la palabra Dios.)
7. ¿No estáis, pues, todavía lo bastante separado de las ideas terrestres para comprender que los tormentos que sufrís son del todo morales?
R. Los sufro, los siento, veo mis verdugos. Todos tienen una figura conocida, todos tienen un nombre que resuena en mi cerebro.

8. ¿Qué es lo que pudo empujaros a todas esas infamias?

R. Los vicios de que estaba imbuido, la brutalidad de las pasiones.

9. ¿No habéis implorado jamás la asistencia de los buenos espíritus para ayudaros a salir de esta situación?

R. No veo más que los demonios del infierno.

10. ¿Teníais miedo a éstos en vuestra vida?

R. No, nada de eso. La nada era mi fe. Los placeres a cualquier precio, mi culto. Las divinidades del infierno no me han abandonado, ¡les he consagrado mi vida, no me dejarán!

11. ¿No entrevéis un término a vuestros sufrimientos?

R. Lo infinito no tiene término.

12. Dios es infinito en su misericordia, todo puede tener un fin cuando Él lo quiere.

R. ¡Si pudiese quererlo!

13. ¿Por qué habéis venido a inscribiros aquí?

R. No se cómo, pero he querido hablar, como si quisiera gritar para aliviarme.

14. ¿Vuestros demonios no os impiden escribir?

R. No, pero están ante mí, me oyen. por esto no quisiera acabar.

15. ¿Es la primera vez que escribís así?

R. Sí.

P. ¿Sabíais que los espíritus pudiesen acercarse de este modo a los hombres?

R. No.

P. ¿Cómo, pues, habéis podido comprenderlo?

R. No lo sé.

16. ¿Qué habéis experimentado para venir cerca de mí?

R. Un adormecimiento en mis terrores.

17. ¿Cómo os habéis dado cuenta de que estabais aquí?

R. Como cuando uno se despierta.

18. ¿Cómo habéis hecho para poneros en relación conmigo?

R. No comprendo, ¿no lo has sentido tú mismo?

19. No se trata de mí, sino de vos. Procurad daros cuenta de lo que hacéis en este momento en que yo escribo.

R. Tú eres mi pensamiento, he ahí todo.

20. ¿No habéis, pues, tenido la voluntad de hacerme escribir?

R. No, soy yo quien escribo, tú piensas por mí.

21. Procurad daros cuenta de esto. Los buenos espíritus que os rodean os ayudarán en ello.

R. No, los ángeles no vienen al infierno. ¿Tú no estás solo?

P. Ved a vuestro alrededor.

R. Siento que se me ayuda a pensar en ti..., tu mano me obedece..., no te toco, y te tengo..., no comprendo.

22. Pedid asistencia a vuestros protectores, vamos a orar juntos.

R. ¿Quieres dejarme? Quédate conmigo, van a cogerme. Te lo suplico. ¡quédate, quédate!

23. No puedo permanecer más tiempo. Venid todos los días, oraremos juntos, y los buenos espíritus os ayudarán.

R. Sí, quisiera mi gracia. Pedid por mí, yo no puedo.

El guía del médium:

Ánimo. hijo mío, te será concedido lo que tú pides, pero la expiación está todavía lejos de terminarse. Las atrocidades que ha cometido no tienen número ni nombre, y es tanto más culpable cuanta más inteligencia, instrucción y luz para guiarse tenía. Ha faltado, pues, con conocimiento de

causa. También sus sufrimientos son terribles, pero con el socorro y el ejemplo de la oración se endulzarán, porque verá en ésta el término posible, y la esperanza le sostendrá. Dios le ve en el camino del arrepentimiento, y le ha hecho la gracia de *poder comunicarse, a fin de que sea animado y sostenido*. Piensa, pues, muchas veces en él. Nosotros te lo dejamos para fortificarle en las buenas resoluciones que podrá tomar, ayudado de tus consejos. Al arrepentimiento sucederá en él el deseo de la reparación. Entonces es cuando él mismo pedirá una nueva existencia en la Tierra para practicar el bien en lugar del mal que ha hecho, y cuando Dios estará satisfecho y le verá bien fortalecido, le hará entrever las divinas claridades que le conducirán al puerto de salvación, y le recibirá en su seno como al hijo pródigo. Ten confianza, te ayudaremos a cumplir tu obra.

Paulino

Hemos colocado a este espíritu entre los criminales, si bien no ha sido castigado por la justicia humana, porque el crimen consiste en los actos y no en la pena impuesta por los hombres. Lo mismo hemos hecho con el siguiente.

El espíritu de Castelnaudary

En una casita cerca de Castelnaudary tenían lugar ruidos extraños y diversas manifestaciones, que la hacían considerar como frecuentada por algunos malos genios. Por este motivo fue exorcizada sin resultado alguno en 1848. El propietario, M.D..., habiendo querido habitarla, murió repentinamente algunos años después. Su hijo, que quiso habitarla enseguida, recibió un día, entrando en una habitación, un fuerte bofetón dado por una mano desconocida. Como se hallaba enteramente solo, no pudo dudar de que el bofetón viniera de algún origen oculto, por lo que resolvió dejarla definitivamente. Hay una tradición en el país, según la cual debía de haberse cometido un gran crimen en aquella casa.

El espíritu que dio el bofetón, habiendo sido evocado en la Sociedad de París en 1859, se manifestó con señales violentas. Todos los esfuerzos para calmarle fueron impotentes. Interrogado san Luis con este objeto, respondió:

R. Es un espíritu de la peor especie, un verdadero monstruo. Le hemos hecho venir, pero no hemos podido obligarle a escribir, a pesar de cuanto se le ha dicho. Tiene su libre albedrío, y el desgraciado hace de él un triste uso.

P. ¿Este espíritu es susceptible de mejora?

R. ¿Por qué no? *¿No lo son todos*, tanto éste como los demás? Es preciso, sin embargo, contar con las dificultades, pero por perverso que sea, volviéndole bien por mal acabará por conmoverse. Que se ruegue desde luego y que se le evoque dentro de un mes, y podréis juzgar el cambio que se habrá operado en él.

Evocado el espíritu nuevamente más tarde, se mostró más tratable, después poco a poco sumiso y arrepentido. De las explicaciones dadas por él, por otros espíritus, resulta que en 1608 habitaba la referida casa, donde había asesinado a su hermano por sospechas de celosa rivalidad, hiriéndole en la garganta mientras dormía, y algunos años después mató también a la que tomó por mujer después de la muerte de su hermano.

Murió en 1659 a la edad de 80 años, sin que se le persiguiera por estos asesinatos, de los que se hacía poco caso en aquellos tiempos de confusión. Después de su muerte no dejó de hacer mal y provocó muchos accidentes ocurridos en aquella casa. Un médium vidente, que asistió a la primera evocación, le vio en el momento en que se le quiso hacer escribir. Sacudía fuertemente el brazo del médium; su aspecto era espantoso, estaba vestido con una camisa cubierta de sangre y tenía un puñal en la mano.

Al espíritu de san Luis:

1. ¿Queréis describirnos el género de suplicio de ese espíritu?

R. Es atroz para él. Fue condenado a morar en la casa en que el crimen se cometió, sin poder dirigir su pensamiento sobre otro asunto sino sobre ese crimen, que siempre tiene ante sus ojos, y se cree condenado eternamente en el tormento. Se ve constantemente en el momento en que cometió su crimen. No puede tener ningún otro recuerdo ni comunicarse con otro espíritu. No puede estar más que en esa casa, y si está en el espacio, se halla en las tinieblas y en la soledad.

2. ¿Qué medio podríamos adoptar para hacerle desocupar la casa?

R. Si uno quiere desembarazarse de las obsesiones de semejantes espíritus, es fácil: orando por ellos, y esto es lo que no siempre se hace. Se prefiere asustarles con las fórmulas del exorcismo, que les divierten mucho.

3. Dando a personas interesadas la idea de rogar por él y haciéndolo nosotros mismos, ¿se le haría desocupar?

R. Sí, pero notad que he dicho orar, y no *hacer orar*.

4. Hace dos siglos que está en esta situación. ¿Aprecia él este tiempo, como lo hubiera hecho en su vida, esto es, el tiempo le parece tan largo o menos largo que si viviese?

R. Le parece más largo, *el sueño no existe para él*.

5. Se nos ha dicho que para los espíritus el tiempo no existe, y que para ellos un siglo es un punto en la eternidad. ¿Acaso no sucede lo mismo para todos?

R. No ciertamente, eso es para los espíritus que han llegado a un grado muy elevado de adelanto. Pero para los espíritus inferiores, el tiempo es algunas veces muy largo, sobre todo cuando sufren.

6. ¿Cuál era la procedencia de este espíritu antes de su encarnación?

R. Había tenido una existencia en las poblaciones más feroces y más salvajes, y anteriormente aún, vino de un planeta inferior a la Tierra.

7. Este espíritu es castigado muy severamente por el crimen cometido. Si vivió en poblaciones bárbaras, pudo cometer actos no menos atroces que el último. ¿Fue castigado del mismo modo por ellos?

R. Fue menos castigado, porque como era más ignorante, comprendía menos lo que hacía.

8. El estado en que se encuentra este espíritu, ¿es el de los seres vulgarmente llamados *condenados*?

R. Precisamente, los hay mucho más horribles todavía. Los sufrimientos están lejos de ser los mismos para todos, incluso para crímenes semejantes, porque varían según cl culpable es más o menos *accesible* al arrepentimiento. Para éste, la casa en que cometió su crimen es un infierno. Otros lo tienen en sí mismos, por las pasiones que les atormentan y que no pueden dominar.

9. Este espíritu, a pesar de su inferioridad, siente los buenos efectos de la oración. Hemos visto lo mismo en otros espíritus igualmente perversos y de naturaleza muy brutal. ¿Cómo es que espíritus más ilustrados, de una inteligencia más desarrollada, demuestran una ausencia completa de buenos sentimientos, que se ríen de todo lo que hay de más sagrado, en una palabra, que nada les conmueve, y que su cinismo no tiene ninguna tregua?

R. La oración sólo produce efecto en favor del espíritu que se arrepiente. Con aquel que seducido por el orgullo se rebela contra Dios y persiste en sus extravíos e incluso los exagera, como lo hacen los espíritus desgraciados, la oración no puede nada, y no podrá nada hasta el día en que una luz de arrepentimiento los envuelva. La ineficacia de la oración es también para ellos un castigo. No alivia más que a aquellos que no están del todo endurecidos.

10. Cuando se ve a un espíritu inaccesible a los buenos efectos de la oración, ¿es ésta una

razón para abstenerse de rogar por él?

R. No, sin duda, porque tarde o temprano podrá triunfar de su endurecimiento, y hacer germinar en él pensamientos saludables.

Lo mismo puede referirse de ciertos enfermos, sobre los cuales no obran los remedios sino a largo plazo. El efecto de éstos no es apreciable por el momento. Al contrario, sobre otros obran prontamente. Si nos penetramos de la verdad de que todos los espíritus son perfectibles y de que ninguno está eterna y fatalmente destinado al mal, se comprenderá que tarde o temprano, la oración hará su efecto, y que la que parece ineficaz al principio, no deposita menos gérmenes saludables que predisponen al espíritu al bien, si no le toca inmediatamente. Así, pues, obraríamos mal si por no conseguirlo al instante nos desanimásemos.

11. Si este espíritu reencarnase, ¿en qué categoría de individuos se encontraría?

R. Eso dependerá de él y del arrepentimiento que experimentará.

(Muchas conversaciones con este espíritu produjeron en él un cambio notable en su estado moral. He aquí algunas de sus respuestas:)

Al espíritu:

12. ¿Por qué no pudisteis escribir la primera vez que os llamamos?

R. No lo quería.

P. ¿Por qué no lo queríais?

R. Ignorancia y embrutecimiento.

13. ¿Podéis dejar ahora, cuando lo queréis, la casa de Castelnaudary?

R. Se me permite dejarla, porque me aprovecho de vuestros consejos.

P. ¿Experimentáis por esto alivio?

R. Empiezo a esperar.

14. Si pudiésemos veros, ¿bajo qué apariencia os veríamos?

R. Me veríais en camisa sin puñal.

P. ¿Por qué no tenéis vuestro puñal? ¿Qué habéis hecho de él?

R. Lo maldigo. Dios me ha ahorrado su vista.

15. ¿Si M.D..., hijo (el que recibió el bofetón) volviese a la le haríais daño?

R. No. porque estoy arrepentido.

P. ¿Y si os insultase?

R. ¡Oh! ¡No me preguntéis eso! No podría dominarme, sería superior a mis fuerzas..., porque no soy más que un miserable.

16. ¿Entrevéis el fin de vuestras penas?

R. ¡Oh! Todavía no. Es ya mucho más de lo que merezco el saber, gracias a vuestra intercesión, que no durarán siempre.

17. ¿Queréis describirnos la situación en que estabais antes de que os hayamos llamado por vez primera? ¿Comprendéis que os preguntamos esto para tener un medio de seros útil y no por un motivo de curiosidad?

R. Os lo he dicho, no tenía conciencia de nada en el mundo sino de mi crimen, y no podía dejar la casa en que lo cometí más que para elevarme en el espacio, donde todo a mi alrededor estaba solitario y oscuro. No podría daros una idea, ni he comprendido jamás nada. Desde el momento en que me elevaba en el espacio, todo era negro y vacío para mí, no sabía lo que me pasaba. Hoy experimento muchos más remordimientos y no estoy obligado a permanecer en esa casa fatal. Se me permite errar por la Tierra y procurar ilustrarme con mis observaciones, mas en este caso comprendo mejor la enormidad de mis maldades, y si sufro menos por un lado, por el otro aumentan mis tormentos con los remordimientos, pero al menos tengo una esperanza.

18. Si debieseis volver a tomar una existencia corporal, ¿cuál eligiríais?

R. Todavía no he pensado ni reflexionado lo bastante para saberlo.

19. ¿Durante vuestro largo aislamiento, y se puede decir vuestra cautividad habéis tenido remordimiento?

R. Ni el menor, y por esto sufrí tanto tiempo. Cuando empecé a experimentarlos fue cuando, sin yo saberlo, se provocaron las circunstancias que motivaron mi evocación, a la cual debo el principio de mi libertad. Gracias, pues, a vosotros, que habéis tenido piedad de mí y me habéis ilustrado.

En efecto, hemos visto a los avaros sufrir a la vista del oro, que para ellos era una verdadera quimera. A los orgullosos, atormentados por la envidia de los honores que se hacían a los otros sin hacer caso de ellos. A los hombres que gobernaron en la Tierra, humillados por el poder invisible que les obligaba a obedecer, y por la presencia de sus subordinados que ya no se doblaban ante ellos. A los ateos, sufrir las agonías de la incertidumbre, encontrándose en un aislamiento absoluto en medio de la inmensidad, sin encontrar ningún ser que pudiera ilustrarles. En cl mundo de los espíritus, si bien hay goces para todas las virtudes, también hay castigos para todas las faltas, y aquellas a las que no alcanza la ley de los hombres, son azotadas por la ley de Dios.

Por lo demás, es notable que las mismas faltas, aunque cometidas en condiciones idénticas, son castigadas con penas muy diferentes, según el grado de adelanto del espíritu. A los espíritus más atrasados y en una naturaleza brutal, como el que nos ocupa, se les imponen penas en cierto modo más materiales que morales, mientras que sucede lo contrario en aquellos cuya inteligencia y sensibilidad estén en mayor desarrollo. A los primeros les conviene un castigo apropiado a la rudeza de su envoltura, para hacerles comprender los inconvenientes de su posición, inspirándoles el deseo de salir de ella. Así es que sólo la vergüenza, por ejemplo, que les haría poca o ninguna impresión a sus ojos, será intolerable para los demás.

En este código penal divino, la prudencia, la bondad y la previsión de Dios para sus criaturas se revelan hasta en las cuestiones más pequeñas. Todo es proporcional, todo está combinado con admirable solicitud para facilitar a los culpables los medios de rehabilitarse. Se les toman en cuenta las menores aspiraciones del alma. Según los dogmas de las penas eternas, por el contrario, en el infierno se confunden los pequeños con los grandes culpables, los que faltaron una sola vez, los que fueron cien veces reincidentes endurecidos, y los arrepentidos. Todo está calculado para retenerlos en el fondo del abismo. No se les ofrece ninguna tabla de salvación, una sola falta puede precipitar en él para siempre jamás, sin que se tome en cuenta el bien que se ha hecho. ¿De qué parte están la verdadera justicia y la verdadera bondad?

Así pues, esta evocación no ha sido casual. Como debía ser útil para este desgraciado, los espíritus que velaban por él, viendo que empezaba a comprender sus enormes crímenes, han juzgado el momento oportuno para proporcionarle un eficaz socorro aprovechando todas las circunstancias propicias. Este es un hecho que vemos repetirse muchas veces.

Con este motivo se nos ha preguntado lo que hubiera sido de él si no se le hubiese podido evocar, lo mismo que de los demás espíritus que, encontrándose en igual caso, tampoco pueden ser evocados o que nadie piensa en ellos. A lo que hemos contestado que los caminos de Dios para la salvación de sus criaturas son innumerables. La evocación es uno de los medios para acudir en su socorro, pero ciertamente no es el único, y Dios no relega a nadie al olvido. Ademas, las oraciones colectivas deben tener su influencia sobre los espíritus accesibles al arrepentimiento.

Dios no podía subordinar la suerte de los espíritus en sufrimiento a los conocimientos y a la buena voluntad de los hombres. Desde que éstos pudieron establecer y regularizar sus relaciones con el mundo invisible, uno de los primeros resultados del Espiritismo fue enseñarles los servicios que con el auxilio de estas relaciones, podían prestar a sus hermanos desencarnados. Dios quiso, por este medio, probarles la solidaridad que existe entre todos los seres del Universo y darnos una ley natural que sirviera de base al principio de la fraternidad.

Abriendo este nuevo campo al ejercicio de la caridad, les enseña el lado verdaderamente útil y formal de las evocaciones, desviadas hasta entonces de su objeto providencial por la ignorancia y la superstición. Así pues, a los espíritus en sufrimiento en ninguna época les ha faltado socorro, y si las evocaciones les abren un nuevo camino para su salvación, quizá los encarnados ganan en ello mucho más, porque para ellos son nuevas ocasiones para hacer bien, instruyéndose al propio tiempo sobre el verdadero estado de la vida futura.

Jacobo Latour

Asesino condenado por la Audiencia de Foix y ejecutado en septiembre de 1864

En una reunión espiritista íntima de siete u ocho personas, que tuvo lugar en Bruselas el 13 de septiembre de 1864, y a la cual asistimos, se suplicó a una señora, médium, tuviese la bondad de escribir. No habiéndose hecho ninguna evocación especial, trazó con agitación extraordinaria, en letras muy grandes, y después de haber roto violentamente el papel, estas palabras:

"¡Yo me arrepiento! ¡Yo me arrepiento!"

Latour

Sorprendidos de esta comunicación inesperada, que nadie había provocado, porque ninguno pensaba en este desgraciado, la muerte del cual ignoraban la mayor parte de los asistentes, se le dirigieron algunas palabras de conmiseración y de aliento. Después se le hizo esta pregunta:

¿Qué motivo ha podido obligaros a venir entre nosotros antes que a otra parte, puesto que no os hemos llamado?

La médium, que lo era también parlante, responde de viva voz:

"He visto que erais almas compasivas y que tendríais piedad de mí, mientras que otros me evocan más por curiosidad que por verdadera caridad, o bien se alejan de mí con horror."

Entonces comenzó una escena indescriptible que no duró menos de media hora. La médium unía a las palabras los gestos y la expresión de la fisonomía, y era evidente que el espíritu se identificó con su persona. Algunas veces fueron tan desgarradores sus acentos de desesperación, pintó sus angustias y sus sufrimientos con un tono tan lastimoso, sus súplicas fueron tan vehementes, que todos los asistentes nos conmovimos profundamente.

También los hubo que estaban espantados de la sobreexcitación de la médium, pero pensamos que un espíritu que se arrepiente y que implora la piedad no ofrecía ningún peligro. Si tomó sus órganos, fue para pintar mejor su situación e interesar más en su suerte, pero no como los espíritus obsesores y posesores, con la idea de apoderarse de ella para dominarla. Eso se le permitió, sin duda, por su propio interés, y puede ser también para la instrucción de las personas presentes.

El espíritu exclamó:

"¡Oh sí, piedad! Tengo mucha necesidad de ella, porque no sabéis lo que sufro!..., ¡no, no lo sabéis, no podéis comprenderlo..., es horrible!... ¡La guillotina! ¿Qué es al lado de lo que sufro ahora? Es nada, es un instante. ¡Pero este fuego que me devora es peor, es una muerte continua, es un sufrimiento que no deja tregua ni descanso..., que no tiene fin!

"y mis víctimas que están ahí, a mi alrededor..., que me enseñan sus heridas..., que me persiguen con sus miradas!... ¡Están ahí, ante mí..., las veo todas... Sí, todas, no puedo evitarlas!... ¡Y este mar de sangre!..., ¡y este oro manchado de sangre..., todo está ahí! Siempre ante mí... ¿Sentís el olor de la sangre? ¡Sangre, siempre sangre! ... ¡Están ahí esas pobres víctimas, me ruegan..., y yo sin piedad hiero..., hiero!... ¡Hiero siempre!... La sangre me embriaga.

"Creía que después de mi muerte todo estaría acabado, por esto arrostré el suplicio. ¡Insulté a Dios, le renegué!...Y he ahí que, cuando me creía aniquilado para siempre, un despertar terrible tiene lugar en mí!... ¡Oh! ¡Sí, terrible!... Estoy rodeado de cadáveres, de figuras amenazadoras..., camino sobre sangre... ¡Creía estar muerto, y vivo!... ¡Esto es horroroso! ¡Esto es terrible! ¡Más espantoso que todos los suplicios de la Tierra!

"¡Oh! ¡Si todos los hombres pudiesen saber lo que hay más allá de la vida! ¡Sabrían lo que cuesta hacer mal, no habría asesinos ni malhechores! ¡Quisiera que todos los asesinos pudiesen ver lo que veo y lo que sufro!... ¡Oh, no habría ninguno..., es demasiado horrible sufrir lo que sufro!

"¡Bien sé que lo he merecido!, ¡oh, Dios mío! ¿Por qué no tuve piedad de mis víctimas y rechacé sus manos suplicantes cuando me pedían que no las matase? ¡Sí, yo he sido cruel, las he

matado cobardemente por poseer su oro!... He sido impío, os he renegado, he blasfemado vuestro santo nombre... *He querido abismarme, y por esto quería persuadirme de que no existíais...* ¡Oh, Dios mío! ¡Soy un gran criminal! Lo comprendo ahora. ¿Pero no tendréis piedad de mí?... ¡Sois Dios, esto es, la bondad. la misericordia!

¡Sois todopoderoso!

"¡Piedad, Señor! ¡Oh, piedad! ¡Piedad! Os lo suplico, no seáis inflexible, libertadme de esta vista odiosa, de estas imágenes horribles..., de esta sangre..., de mis víctimas, *cuyas miradas me penetran hasta el corazón como puñaladas*.

"Vosotros que estáis aquí, que me escucháis, sois buenas almas, almas caritativas. Sí, lo veo, tendréis piedad de mí. ¿no es verdad? Rogaréis por mí... ¡Oh! ¡Os lo suplico! No me rechacéis. Pediréis a Dios que quite de mi vista este horrible espectáculo. Os escuchará porque sois buenos. Os lo suplico, no me rechacéis como yo he rechazado a los otros... ¡Rogad por mí!"

Los asistentes, conmovidos por sus pesares, le dirigieron palabras de aliento y de consuelo:

"Dios -se le dijo-, no es inflexible, lo que pide al culpable es un arrepentimiento sincero y el deseo de reparar el mal que ha hecho. Puesto que vuestro corazón no está endurecido y le pedís perdón por vuestros crímenes, extenderá sobre vos su misericordia si perseveráis en vuestras buenas resoluciones para reparar el mal que habéis hecho. No podéis, sin duda, devolver a vuestras víctimas la vida que les quitasteis, pero si pedís con fervor, Dios os concederá encontraros con ellas en una nueva existencia, donde podréis demostrarles tanta adhesión como cruel habéis sido. Y cuando juz-
gará la reparación suficiente, entraréis en su gracia.

"La duración de vuestro castigo está de este modo en vuestras manos. Depende de vos abreviarlo. Nosotros os prometemos ayudaros con nuestras oraciones, y llamar sobre vos la asistencia de buenos espíritus. Vamos a decir a vuestra intención la oración contenida en *El Evangelio según el Espiritismo*, por los espíritus en sufrimiento y arrepentidos. No diremos la que se reza por los malos espíritus, porque desde luego que os arrepentís, que imploráis a Dios y renunciáis a hacer mal. No sois, a nuestros ojos, sino un espíritu desgraciado y no malo."

Dicha esta oración, y después de algunos instantes de calma, el espíritu continuó:

"¡Gracias, Dios mío!... ¡Oh, gracias! Habéis tenido piedad de mí, estas horribles imágenes se alejan... No me abandonéis..., enviadme vuestros buenos espíritus para sostenerme... Gracias."

Después de esta escena, quedó la médium, durante algún tiempo, quebrantada y sin fuerzas, y sus miembros sumamente cansados. Tuvo el recuerdo, desde luego confuso, de lo que acababa de pasar. Después, poco a poco se acordó de algunas de las palabras que pronunció y que decía a pesar suyo. Sabía que no era ella quien hablaba.

Al día siguiente, en una nueva reunión, se manifestó el espíritu, y empezó, durante algunos minutos solamente, la escena de la víspera, con la misma gesticulación expresiva, pero menos violenta. Después escribió valiéndose de la misma médium, con agitación febril, las palabras siguientes:

"Gracias por vuestras oraciones, ya se ha producido en mí una mejora sensible. He rogado a Dios con todo fervor, que ha permitido que, por un momento, mis sufrimientos fuesen aliviados, pero veré aún a mis víctimas... ¡Están ahí!... ¡Están ahí!... ¿Veis esta sangre?..."

La oración de la víspera fue repetida y el espíritu continúa, dirigiéndose a la médium.

"Os pido perdón por haberme apoderado de vos. Gracias por el alivio que dais a mis sufrimientos, perdón por todo el mal que os he ocasionado, pero tengo necesidad de manifestarme, vos sola podéis...

"¡Gracias, gracias! Siento un pequeño alivio, pero me falta mucho para llegar al fin de mis pruebas. Pronto volverán a venir mis víctimas. He ahí el castigo, lo he merecido, Dios mío, pero sed indulgente.

"Vosotros todos, orad por mí, tened piedad de mí."

Latour

Un miembro de la Sociedad Espiritista de París, que oró por este desgraciado espíritu y le evocó, obtuvo en diferentes intervalos las comunicaciones siguientes:

I

Fui evocado casi después de mi muerte, y no pude comunicarme enseguida, pero muchos espíritus ligeros han tomado mi nombre y mi puesto. Me he aprovechado de la presencia en Bruselas del Presidente de la sociedad de París, y con el permiso de los espíritus superiores, me he comunicado.

Iré a comunicarme a la Sociedad, y haré revelaciones que serán un principio de reparación de mis faltas, y podrán servir de enseñanza a todos los criminales, que leerán y que retlexionarán sobre el relato de mis sufrimientos.

Los discursos sobre las penas del infierno hacen poco efecto en el espíritu de los culpables, que no creen en todas esas imágenes, espantosas sólo para los niños y los hombres débiles. Pero un gran malhechor no es un espíritu pusilánime, y el miedo a los gendarmes obra más sobre él que la relación de los tormentos del infierno. He ahí por que todos los que me leerán serán sensibles a mis palabras, a mis sufrimientos, que no son suposiciones. No hay un solo sacerdote que pueda afirmar: "He visto lo que digo, he presenciado los tormentos de los condenados." Pero cuando expreso: "He aquí lo qué ocurrió después de la muerte de mi cuerpo. Mirad cuál fue mi desengaño, reconociendo que no estaba muerto, como lo esperaba, y que lo que creí como fin de mis sufrimientos era el principio de tormentos imposible de describir." Entonces más de uno se detendrá al borde del precipicio donde iba a caer, y cada uno de los desgraciados que yo detenga de este modo en la pendiente del crimen servirá para que yo rescate una de mis faltas. Así es como el bien triunfa sobre el mal, y como la bondad de Dios se manifiesta por todas partes tanto en la Tierra como en el espacio.

Se me ha permitido librarme de la vista de mis víctimas, que son ahora mis verdugos, a fin de comunicarme con vos, pero al dejaros las volveré a ver, y sólo esta idea me hace sufrir tanto que no podría explicároslo. Soy feliz cuando se me evoca, porque entonces dejo mi infierno por algunos instantes. Rogad siempre por mi, rogad al Señor para que me libre de la vista de mis víctimas.

¡Sí, oremos juntos, la oración hace tanto bien!... Estoy más aliviado. No siento tanto la pesadez de la carga que me abruma. Veo un rayo de esperanza que luce en mis ojos, y, lleno de arrepentimiento, exclamo: ¡Bendita sea la mano de Dios, que su voluntad sea hecha!

II

P. En lugar de pedir a Dios que os libre de la vista de vuestras víctimas, os invito a orar conmigo para pedirle la fuerza de soportar este tormento expiatorio.

R. Hubiera preferido librarme de la vista de mis víctimas. ¡Si supierais lo que sufro! El hombre más insensible se conmovería si pudiese ver impresos como fuego en mi rostro los sufrimientos de mi alma. Haré lo que me aconsejáis. Comprendo que éste es un medio un poco más rápido de expiar mis faltas. Es como una operación dolorosa, que debe dar la salud a mi cuerpo muy enfermo.

¡Ah! ¡Si pudieran verme los culpables de la Tierra, cuán asustados estarían de las consecuencias de sus crímenes, que ocultos a los ojos de los hombres, son vistos por los espíritus! ¡Cuán fatal es la ignorancia a tantas pobres gentes!

¡Qué responsabilidad asumen los que niegan la instrucción a las clases pobres de la sociedad! ¡Creen que con los gendarmes y la policía pueden prevenir los crímenes! ¡En qué error están!

III

Los sufrimientos que experimento son horribles, pero con vuestras oraciones me siento asistido por buenos espíritus, que me dicen que espere. Comprendo la eficacia del remedio heroico que me habéis aconsejado, y ruego al Señor me conceda la fuerza de soportar esta dura expiación. Puedo decir que es igual al mal que hice. No trato de excusar mis crímenes, pero al menos, mis víctimas recibieron la recompensa que les esperaba después del terror y del dolor que les causara el crimen cometido con ellas, particularmente las que habían terminado su prueba terrestre.

Pero desde mi vuelta al mundo de los espíritus, excepto los muy cortos momentos en que me he comunicado, no ceso de sufrir los dolores del infierno.

Los sacerdotes, a pesar del cuadro espantoso de las penas que experimentan los réprobos, no tienen sino una idea muy débil de los verdaderos sufrimientos que la justicia de Dios impone a sus hijos que han violado la ley de amor y caridad. ¿Cómo puede creerse que un alma, esto es. un ser que no es material, pueda sufrir al contacto del fuego material? Esto es absurdo, y he ahí por qué tantos criminales se ríen de esas pinturas fantásticas del infierno. ¿Pero sucede lo mismo con el dolor moral que sufre el condenado después de la muerte física?

Rogad para que la desesperación no se apodere de mí.

IV

Os doy las gracias porque me hacéis entrever el fin, fin glorioso al cual sé que llegaré cuando me haya purificado. Sufro mucho, y sin embargo, me parece que mis sufrimientos disminuyen. No puedo creer que, en el mundo de los espíritus, el dolor disminuya porque uno se habitúe a él poco a poco. No. Comprendo que vuestras buenas oraciones han aumentado mis fuerzas, y *si mis, dolores son los mismos, siendo mi fuerza más grande, sufro menos*.

Mi pensamiento se dirige sobre mi última existencia, sobre las faltas que hubiera evitado, si hubiese sabido orar. Comprendo hoy la eficacia de la oración, comprendo la fuerza de esas mujeres honradas y piadosas, débiles según la carne, pero fuertes por su fe. Comprendo este misterio que no comprenden los falsos sabios de la Tierra. ¡Oración! Esta sola palabra excita la risa de los espíritus fuertes. Los oigo en el mundo de los espíritus, y cuando el velo que la verdad se desgarre para ellos, vendrán a prosternarse a su vez a los pies del Eterno que han desconocido, y se consideran felices en humillarse para que sean absueltos de sus pecados y de sus maldades. ¡Comprenderán la virtud de la oración!

¡Orar es amar, amar es orar! Entonces amarán al Señor y le dirigirán sus oraciones de amor y de reconocimiento, y, regenerados por el sufrimiento, porque deberán sufrir, rogarán, como yo, para tener la fuerza de expiar y de sufrir, y cuando habrán cesado de sufrir, rogarán para dar gracias al Señor del perdón que han merecido por su sumisión y su resignación. Oremos, hermano, para fortificarme más...

¡Oh! Gracias, hermano, por tu caridad, porque estoy perdonado. Dios me libra de la vista de mis víctimas. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Bendito seas durante la eternidad por la gracia que me concedes! ¡Oh! ¡Dios mío! Siento la enormidad de mis crímenes, y me humillo ante vuestra omnipotencia. ¡Señor! Os amo con todo mi corazón y os pido la gracia de permitirme, cuando vuestra voluntad me envíe a sufrir en la Tierra nuevas pruebas, que baje a ella, mísero de paz y de caridad, a enseñar a

los niños a pronunciar vuestro nombre con respeto. Os pido el poder enseñarles a amaros a Vos, el padre de todas las criaturas. ¡Oh! ¡Gracias, Dios mío! Soy un espíritu arrepentido, y mi arrepentimiento es sincero. Os amo tanto como mi corazón tan impuro puede comprender este sentimiento, pura emanación de vuestra divinidad. Hermano, roguemos, porque mi corazón rebosa de reconocimiento. Soy libre, he roto mis hierros, no soy un réprobo. Soy un espíritu en sufrimiento, pero arrepentido, y desearía que mi ejemplo pudiese retener en el umbral del crimen todas esas manos criminales que veo preparadas a levantarse. ¡Oh! Deteneos, hermanos, deteneos, porque los tormentos que os preparáis serán atroces. No creáis que el Señor se deje siempre ablandar tan pronto por la oración de sus hijos. Son siglos de tormento los que os esperan.

Latour

El guía del médium:

Tú declaras que no comprendes las palabras del espíritu. Considera su emoción y su reconocimiento hacia el Señor. No cree poder expresarlo y manifestarlo mejor que tratando de detener a todos esos criminales que ve y que tú no puedes ver. Quisiera que sus palabras llegasen hasta ellos, y lo que no te ha dicho, porque lo ignora todavía, es que le será permitido comenzar misiones reparadoras. Irá cerca de sus cómplices a inspirarles el deseo de arrepentirse, y a introducir en sus corazones el germen del remordimiento. Algunas veces se ven personas en la Tierra que se creían honradas ponerse a los pies de un sacerdote acusándose de un crimen. Es el remordimiento que les dicta la confesión de su falta. Y si se levantara el velo que te separa del mundo invisible, verías muchas veces un espíritu que fue el cómplice o el instigador del crimen venir, como lo hará Jacobo Latour, a tratar de reparar su falta, inspirando el remordimiento al espíritu encarnado.

Tu guía protector

El médium de Bruselas que tuvo la primera comunicación de Latour, recibió más tarde la siguiente:

"No temáis nada de mí. Estoy más tranquilo, pero, a pesar de ello, sufro todavía. Dios ha tenido piedad de mí, porque ha visto mi arrepentimiento. *Ahora sufro por este arrepentimiento, que me demuestra la enormidad de mis faltas*.

"Si en la vida hubiera sido bien dirigido, no habría hecho todo el mal que he hecho, pero mis instintos no fueron reprimidos, y obedecí a ellos no habiendo conocido ningún freno. Si todos los hombres pensasen más en Dios, o al menos si todos los hombres creyeran en Él, no se cometerían semejantes maldades.

"Pero la justicia de los hombres es mal entendida. Por una falta, a veces ligera, se encierra a un hombre en un presidio, que siempre es un lugar de perdición y de perversión. Sale de él completamente perdido por los malos consejos y los malos ejemplos que ha tenido. Sin embargo, si su naturaleza es lo bastante buena y bastante fuerte para resistir al mal ejemplo, al salir del presidio todas las puertas se le cierran, todos le retiran la protección, todos los corazones honrados le rechazan. ¿Qué le queda? El menosprecio y la miseria, el abandono, la desesperación. Si siente en él buenas resoluciones para volver al bien, la miseria le empuja a todo. Entonces también él desprecia a su semejante, lo aborrece y pierde del todo la conciencia del bien y del mal, puesto que se ve rechazado, a pesar de haber tomado la resolución de ser hombre de bien. ¡Para procurarse lo necesario roba, mata a veces, después... le guillotinan!

"Dios mío, en el momento en que mis alucinaciones van a volverme, siento vuestra mano que se extiende hacia mí, siento vuestra bondad que me envuelve y me protege. ¡Gracias, Dios mío! En mi próxima existencia emplearé mi inteligencia, mi bien, en socorrer a los desgraciados que han sucumbido, y en preservarles de la caída.

"Gracias a vosotros, que no repugnáis comunicaros conmigo. No temáis, veis que no soy malo. Cuando penséis en mí, no os representéis el retrato que de mí habéis visto, sino representados una pobre alma desolada que os da gracias por vuestra indulgencia.

"Adiós. Evocadme todavía, y rogad a Dios por mí."

Latour

Estudio sobre el espíritu de Jacobo Latour

No puede negarse el fondo y la más alta importancia de algunas de las palabras de esta comunicación, ofreciendo además uno de los aspectos del mundo de los espíritus en castigo, sobre el cual, sin embargo se entrevé la misericordia de Dios. La alegoría mitológica de las Euménides no es tan ridícula como se cree, y los demonios, verdugos oficiales del mundo invisible, que las reemplazan en la creencia moderna, son menos racionales con sus cuernos y sus garfios que esas víctimas que sirven ellas mismas para castigo del culpable.

Admitiendo la identidad de este espíritu, quizás alguno se sorprenda por el cambio repentino de su estado moral. Esto mismo lo hemos hecho notar en otra ocasión, pues hay más recursos muchas veces en un espíritu brutalmente malo que en aquel que está dominado por el orgullo o que oculta sus vicios bajo el manto de la hipocresía. Esta vuelta repentina a mejores sentimientos, más bien indica una naturaleza más salvaje que perversa, a la que sólo le ha hecho falta una buena dirección. Si comparamos su lenguaje con el de otro criminal que a continuación mencionamos en el título de "Castigo por la luz", reconoceremos con facilidad cuál es el más adelantado moralmente, a pesar de su instrucción y de su posición social. El uno obedecía a su instinto natural de ferocidad, a una especie de sobreexcitación, mientras que el otro cometía sus crímenes con la calma y sangre fría de una lenta y perseverante combinación, y después de su muerte , todavía desafiaba el castigo por orgullo. Él sufre, pero no quiere reconocerlo; el otro se ha dominado inmediatamente. De este modo podemos prever cuál de los dos sufrirá más tiempo.

"Yo sufro -manifiesta el espíritu de Latour-, por ese arrepentimiento que me muestra la enormidad de mis faltas." En esto hay un pensamiento profundo. Verdaderamente el espíritu no comprende la gravedad de sus faltas sino cuando se arrepiente. El arrepentimiento conduce al pesar, a los remordimientos, sentimiento doloroso que es la transición del mal al bien, de la enfermedad moral a la salud moral. Para evadirse de estas sensaciones dolorosas, los espíritus perversos se parapetan contra la voz de su conciencia, como aquellos enfermos que rehúsan el remedio que ha de curarles. Procuran hacerse ilusiones y se embrutecen persistiendo en el mal. Latour ha llegado a aquel período en que la obstinación concluye por ceder. El remordimiento ha entrado en su corazón, y a ése ha seguido el arrepentimiento. Comprende la extensión del mal que ha hecho, ve su vileza y sufre. He ahí por qué refiere: "Sufro por este arrepentimiento." En su precedente existencia ha debido ser peor que en ésta, porque si se hubiera arrepentido como lo ha hecho hoy, su vida hubiese sido mejor. Las resoluciones que toma ahora influirán sobre su futura existencia terrestre. La que acaba de dejar, por criminal que haya sido, ha marcado para él una etapa del progreso. Es más probable que antes de comenzarla fuese errante, uno de estos espíritus malos y rebeldes obstinados en el mal, como se encuentran tantos.

Muchas personas han preguntado qué provecho se podía sacar de las existencias pasadas, puesto que uno no se acuerda ni de lo que ha sido, ni de lo que ha hecho.

Esta cuestión está completamente resuelta por el hecho de que si el mal que hemos cometido está borrado y no quedó de él ninguna traza en nuestro corazón, su recuerdo sería inútil, pues no tenemos que preocuparnos de ello. En cuanto a aquel del cual no nos hemos enteramente corregido, lo conocemos por nuestras tendencias actuales. Sobre éstas debemos dirigir toda nuestra atención.

Basta saber lo que somos sin que sea necesario saber lo que hemos sido.

Cuando consideramos la dificultad que hay, durante la vida, para que el culpable más arrepentido se rehabilite de la reprobación de que es objeto, debemos bendecir a Dios por haber echado un velo sobre el pasado. Si a Latour le hubieran condenado a tiempo, aunque hubiese cumplido su condena, por sus antecedentes la sociedad le hubiera rechazado. ¿Quién hubiese querido admitirle en el seno de su amistad. a pesar de su arrepentimiento? Los sentimientos que manifiesta hoy como espíritu nos dan la esperanza de que en la próxima existencia terrestre será un hombre honrado, estimado y considerado. Pero suponed que se sepa que ha sido Latour: la reprobación le perseguirá todavía. El velo echado sobre su pasado le abre la puerta de la rehabilitación, podrá sentarse sin temor y sin vergüenza entre las personas más honradas. ¡Cuántos hay que quisieran a todo precio borrar de la memoria de los hombres algunos años de su existencia!

¡Que se busque una doctrina que esté más conforme que ésta con la justicia y la bondad de Dios! Por lo demás, esta doctrina no es una teoría, sino el resultado de las observaciones. Los espiritistas no la han inventado. Han visto y observado las diferentes situaciones en que se presentan los espíritus, han procurado explicárselas y de esta explicación ha salido la doctrina. Si la han aceptado, ha sido por el resultado de los hechos y porque les ha parecido más racional que todas las emitidas hasta el día sobre el porvenir del alma.

No puede negarse que estas comunicaciones son de una alta enseñanza moral. El espíritu ha podido ser, ha debido ser ayudado en sus reflexiones, y sobre todo en la elección de las expresiones, por espíritus más adelantados. Pero en semejante caso, estos últimos no asisten sino en la forma y no en el fondo, y no ponen jamás al espíritu inferior en contradicción consigo mismo. Han podido poetizar en Latour la forma del arrepentimiento, pero de ningún modo le hubieran hecho manifestar el arrepentimiento contra su voluntad, porque el espíritu tiene su libre albedrío. Veían en él el germen de buenos sentimientos, por esto le han ayudado a expresarse y han contribuido a su desarrollo, al propio tiempo que han llamado sobre él la conmiseración.

¿Puede haber nada más admirable ni más moral, nada capaz de impresionar con más vehemencia que el cuadro de este gran criminal arrepentido, exhalando su desesperación y sus remordimientos, quien en medio de su sufrir, perseguido por la mirada incesante de sus víctimas, eleva su pensamiento hacia Dios para implorar su misericordia?¿No es un saludable ejemplo para los culpables? Se comprende la naturaleza de sus angustias: son racionales, terribles, aunque sencillas y sin el carácter de la fantasmagoría.

Tal vez alguno podrá admirarse por el gran cambio hecho en un hombre como Latour. Pero, ¿por qué no se había de arrepentir? ¿Por qué no había de existir en él una cuerda sensible que vibrase? ¿Acaso el culpable está para siempre destinado al mal? ¿No llega un momento en que se hace la luz en su alma? Este momento llegó para Latour. Esa es precisamente la parte moral de sus comunicaciones: el conocimiento que tiene de su estado, sus pesares, sus proyectos de reparación son eminentemente instructivos. ¿Qué tendría dc extraordinario que se arrepintiese sinceramente antes de morir? ¿No hubiera dicho antes lo que ha dicho después? ¿No tenemos de ello numerosos ejemplos?

Si hubiese vuelto al bien antes de su muerte a los ojos de sus iguales hubiera sido una debilidad. Su voz de ultratumba es la revelación del porvenir que le aguarda. Está en la verdad absoluta cuando declara que su ejemplo es más propio para reducir a los culpables que la perspectiva de las llamas del infierno e incluso del cadalso. ¿Por qué no se presenta a dar estos ejemplos en los presidios? Esto haría reflexionar a algunos, como tenemos de ello muchos ejemplo, pero, ¿cómo se puede creer en la eficacia de las palabras de un muerto, cuando se cree que después de la muerte todo ha concluido? Un día, no obstante, vendrá en que se reconocerá la verdad de que los muertos pueden venir a instruir a los vivos.

De estas comunicaciones se desprenden otras instrucciones importantes. En primer lugar, la confirmación del principio de eterna justicia, que el arrepentimiento no basta para colocar a los culpables en el rango de los elegidos. El arrepentimiento es el primer paso hacia la rehabilitación que llama la misericordia de Dios, es el preludio del perdón y de disminuirse los sufrimientos. Pero Dios no absuelve sin condición. Es precisa la expiación y sobre todo la reparación. Esto es lo que comprende Latour y es a lo que se prepara.

En segundo lugar, si se compara este criminal con el de Castelnaudary, se encuentra una gran diferencia en el castigo que se le ha impuesto. En este último el arrepentimiento ha sido más tardío, y en consecuencia, la pena más larga. Esta pena es, además, casi material, mientras que en Latour el sufrimiento es más bien moral. Esto consiste en que, como hemos dicho más arriba, la inteligencia del uno estaba mucho más desarrollada que la del otro. Era necesario algo que pudiese afectar sus sentidos obtusos. Pero las penas morales no son menos amargas para aquel que ha llegado al grado exigido para comprenderlas. Se puede juzgar de esto por los ayes que exhala Latour. No son de cólera, sino la expresión de los remordimientos, acompañados muy pronto del arrepentimiento y del deseo de reparar, a fin de realizar su progreso.

CAPÍTULO VII

Espíritus endurecidos

La Pommeray

El castigo por la luz

En una de las sesiones de la Sociedad de París, en que se discutió la cuestión de la turbación que sigue generalmente a la muerte, un espíritu al cual nadie había aludido y que no se pensaba evocar se manifestó espontáneamente por medio de la comunicación siguiente. Aunque no se firmó, se reconoció sin esfuerzos a un gran criminal que la justicia humana acababa de ajusticiar.

¿Qué es lo que decís de turbación? ¿Por qué empleáis palabras vanas? Sois unos visionarios y utopistas. Ignoráis completamente aquellas cuestiones de las cuales pretendeis ocuparos. No, señores, la turbación no existe sino en vuestro cerebro. ¡Yo estoy muerto sin ninguna clase de duda, y me veo claro en mí mismo, alrededor de mí y por todas partes!... ¡La vida es una lúgubre comedia! ¡Aquellos que se hacen quitar de la escena antes de caer el telón, son unos torpes!... La muerte es el terror, un castigo o un deseo, según la debilidad o la fuerza de los que la temen, la desafían o la imploran. ¡Para todos es una amarga irrisión!... *La luz me deslumbra y penetra como aguda flecha la sutileza de mi* ser... Me han castigado con las tinieblas de la cárcel, se han creído castigarme con las tinieblas de la tumba o con las que sueñan los supersticiosos católicos. Y bien, sois vosotros, señores, quienes sufrís la oscuridad, y yo, el desgraciado social, me cierno sobre vosotros... ¡Quiero permanecer yo! Fuerte por el pensamiento, desdeño las advertencias que resuenan a mi alrededor... Veo claro... ¡Un crimen! ¡Es una palabra! El crimen existe por todas partes. Cuando es ejecutado por masas de hombres, se le glorifica. En un particular, es infamado. ¡Absurdo!

"No quiero quejarme..., no pido nada..., me basto y sabré 1uchar contra *esta odiosa luz*."

El que ayer era un hombre

Habiéndose analizado esta comunicación en la sesión siguiente. se reconoció en el mismo cinismo del lenguaje una grave enseñanza, y se vio que la situación de este desgraciado es una nueva faz del castigo que espera a los culpables. En efecto, mientras que los unos están hundidos en las tinieblas o en un aislamiento absoluto, otros sufren durante muchos años las angustias de su última hora, o se creen aún de este mundo. La luz brilla para ése.

Este espíritu goza de la plenitud de sus facultades. Sabe perfectamente que está muerto y no se queja de nada, no pide ninguna asistencia y hasta desprecia las leyes divinas y humanas. ¿Puede presumirse que se evadirá del castigo? No, sino que la justicia de Dios se cumple bajo todas las formas, y lo que constituye la alegría de los unos es para los otros un tormento. Esta luz constituye su suplicio, contra el cual se resiste, y a pesar de su orgullo, lo confiesa cuando asevera: "Me basto y sabré luchar contra esta odiosa luz", y en esta otra frase: "La luz me deslumbra y penetra como una aguda flecha la sutileza de mi ser." Estas palabras, *sutileza de mi ser*, son características: reconoce que su cuerpo es fluídico y penetrable a la luz a que no puede escapar, y esta luz le traspasa como una flecha aguda.

Este espíritu se coloca en este lugar, entre los endurecidos, porque tardó mucho en manifestar el menor arrepentimiento. Es un ejemplo de la verdad de que el progreso moral no sigue siempre al progreso intelectual. No obstante, poco a poco se ha enmendado, y más tarde dio comunicaciones sabiamente razonadas e instructivas. Hoy puede colocarse entre los espíritus arrepentidos.

Después de rogar a nuestros guías espirituales para que dijeran su parecer sobre este objeto, dictaron las tres comunicaciones siguientes, que merecen fijemos en ellas una formal atención.

I

Los espíritus, en el estado errante, están, evidentemente, desde el punto de vista de las existencias, inactivos y en expectación. Pero, a pesar de ello, pueden expiar, con tal que su orgullo, la tenacidad formidable y terca de sus errores, no les retenga en el momento de su ascensión progresiva.

Tenéis de esto un ejemplo terrible en la última comunicación de este criminal endurecido, luchando contra la justicia divina que le estrecha después de la de los hombres. En este caso, la expiación, o mejor dicho, el sufrimiento fatal que le oprime, en lugar de aprovecharle y de hacerle sentir la profunda significación de sus penas, le exalta, le subleva, y le hace dar lo que la Escritura, en su poética elocuente, llama *rechinamientos de dientes*, ¡imagen por excelencia! ¡Signo del sufrimiento abatido! ¡Perdido en el dolor, pero cuya rebelión es todavía lo bastante grande para que se resistan a reconocer la verdad de la pena y la verdad de la recompensa!

Los grandes errores se continúan a menudo, y casi siempre en el mundo de los espíritus, lo mismo que las conciencias muy criminales. Ser *él* a pesar de todo y hacer alarde ante lo infinito, se parece mucho a la ceguera del hombre que contempla las estrellas y las toma por los arabescos de un techo, tal como lo creían los galos en tiempo de Alejandro.

¡Hay la moral infinita! ¡Miserable, ínfimo es aquel que bajo pretexto de continuar las luchas y las fanfarronadas abyectas de la tierra, no ve más allá, en el otro mundo. que lo que veía en la tierra! Para éste es la ceguera, el desprecio de los otros, la egoísta y mezquina personalidad y la detención del progreso. ¡Oh. hombres! Es una gran verdad que entre la inmortalidad de un nombre puro dejado en la tierra y la inmortalidad que guardan realmente los espíritus en sus pruebas sucesivas, hay un secreto acuerdo.

Lamennais

II

Precipitar a un hombre en las tinieblas o en torrentes de claridad. El resultado, ¿no es el mismo? El uno y el otro no ven nada a su alrededor, y se acostumbrarán con más facilidad a la sombra que a la intensa claridad eléctrica en la cual puede ser sumergido. Por consiguiente, el espíritu que se ha comunicado en la última sesión expresa bien la verdad de su situación cuando exclama: "¡Oh! ¡Yo me libraré de esta odiosa luz!" En efecto, esta luz es tanto más terrible, tanto más espantosa, cuanto más penetra por completo, haciendo visibles y transparentes sus más recónditos pensamientos. Ese es uno de sus castigos espirituales más rudos. Se encuentra, por así expresarlo, dentro de la casa de vidrio que pedía Sócrates. También en esto tenemos una enseñanza, porque lo que hubiera sido la alegría y el consuelo del sabio se vuelve un castigo infamante y continuo del mal, del criminal, del parricida, espantado ante su propia personalidad.

¿Comprendéis, hijos míos. el dolor y el terror que deben oprimir a aquel que, durante una existencia siniestra, se complacía en combinar, en maquinar los más tristes crímenes en el fondo de su ser, donde se refugiaba como una bestia salvaje en su caverna, y que hoy se encuentra echado de su guarida, donde se ocultaba a las miradas y a la investigación de sus contemporáneos? ¡Su máscara de impasibilidad le ha sido ahora arrancada y cada uno de sus pensamientos se refleja sucesivamente en su frente!

Sí, en adelante, ningún reposo, ningún asilo para este formidable criminal. Cada

pensamiento malo, y Dios sabe si su alma lo siente, se descubre por fuera y en su interior, como a un choque eléctrico superior. Quiere ocultarse a la multitud, y la luz, odiosa para él, lo presenta continuamente a la vista de todos. ¡Quiere ocultarse, y huye jadeante y desesperado a través de los espacios inconmensurables. y por todas partes la luz! Por todas partes las miradas que lo penetran, y se precipita de nuevo en persecución de la sombra buscando la noche, y la sombra y la noche no existen para él. Llama a la muerte en su ayuda, pero la muerte no es más que una palabra vacía de sentido. ¡El desgraciado huye siempre, *marcha a la locura espiritual*, castigo terrible! ¡Dolor horroroso! ¿Cómo luchará consigo para desembarazarse de sí mismo? Porque tal es la ley suprema más allá de la Tierra. Es el culpable mismo quien se convierte en el más inexorable castigo de sí mismo.

¿Cuánto tiempo durará? Hasta que su voluntad, por fin, vencida, se doble bajo la opresión punzante del remordimiento, y su frente soberbia se humille ante sus víctimas aplacadas y ante los espíritus de justicia. Y observad, finalmente. la alta lógica de las leyes inmutables. En esto cumplirá también lo que escribía en esta altiva comunicación, tan clara, tan lúcida, y tan tristemente llena de sí mismo, que dio el viernes último, libertándose por un acto de su propia voluntad.

Erasto

III

La justicia humana no hace excepción de la individualidad de los seres que castiga, midiendo el crimen por el mismo crimen. Hiere indistintamente a los que lo han cometido, y la misma pena alcanza al culpable sin distinción de sexo y cualquiera que sea su educación. La justicia divina procede de otra manera. *Los castigos corresponden al grado de adelanto de los seres a los cuales son impuestos*. La igualdad entre los individuos: dos hombres culpables en el mismo grado pueden estar separados por la distancia de los polos que se hunde, el uno en la opacidad intelectual de los primeros círculos iniciadores, mientras que el otro, habiéndolos pasado, posee la lucidez que libra al espíritu de la turbación. Entonces no son las tinieblas las que castigan sino la agudeza de luz espiritual. Ella traspasa la inteligencia terrestre, y le hace sentir la angustia de una llaga viva.

Los seres desencarnados a quienes persigue la representación material de su crimen sufren el choque de la electricidad física: sufren por los sentidos. Los que están ya desmaterializados, por el espíritu: sienten un dolor muy superior que anonada, en sus amargas agitaciones, el recuerdo de los hechos para no dejar subsistir sino la creencia de sus causas.

El hombre puede, pues, a pesar de la criminalidad de sus acciones, poseer un adelanto inferior, y mientras que las pasiones le hacen obrar como un bruto, avivadas sus facultades, le elevan por encima de la espesa atmósfera de las capas inferiores. La ausencia de ponderación, de equilibrio entre el progreso moral y el progreso intelectual, produce las anomalías muy frecuentes en las épocas de materialismo y de transición.

La luz que tortura al espíritu culpable es, ciertamente, el rayo espiritual que inunda de claridad las moradas secretas de su orgullo, descubriéndole la inutilidad de su ser destrozado. Estos son los primeros síntomas y las primeras angustias de la agonía espiritual, que anuncian la separación o disolución de los elementos intelectuales y materiales que componen la primitiva dualidad humana y deben desaparecer en la gran unidad del ser acabado.

Juan Reynaud

Estas tres comunicaciones, obtenidas simultáneamente, se complementan la una con la otra, y presentan el castigo bajo un nuevo aspecto eminentemente filosófico y racional. Es probable que los espíritus, queriendo tratar esta cuestión presentando un ejemplo, habían provocado, con este

objeto, la comunicación espontánea del espíritu culpable.

Al lado de este cuadro tomado sobre un hecho real, pondremos otro de un predicador que predicaba la cuaresma en Montreuil sur-Mer, en 1865, describiendo el infierno, estableciendo de este modo un paralelismo:

"¡El fuego del infierno es millones de veces más intenso que el de la Tierra, y si uno de los cuerpos que arden en él sin consumirse cayese sobre nuestro planeta, lo apestaría de uno a otro extremo! El infierno es una vasta y sombría caverna, erizada de clavos puntiagudos, de hojas de espadas muy aceradas, de hojas de navajas de afeitar muy afiladas, en el cual son precipitadas las almas de los condenados" (véase la *Revista Espiritista*, julio de 1864, p. 199).

Ángela, nulidad en la Tierra

Burdeos, 1862

Un espíritu se presenta espontáneamente al médium bajo el nombre de Ángela.

1. ¿Os arrepentís de vuestras faltas?
R. No.
P. ¿Entonces, por qué venís a mí?
R. Para probar.
P. ¿No sois feliz?
R. No.
P ¿Sufrís?
R. No.
P. ¿Qué es, pues, lo que os falta?
R. La paz.

Ciertos espíritus no consideran como sufrimientos sino los que les recuerdan los dolores físicos, conviniendo en que su estado moral es intolerable.

2. ¿Cómo puede faltaros la paz en la vida espiritual?
R. Una pena del pasado.
P. La pena del pasado es un remordimiento. ¿Os arrepentís, pues?
R. No, es por temor del porvenir.
P. ¿Qué teméis, pues?
R. Lo desconocido.
3. ¿Queréis referirme lo que habéis hecho en vuestra última existencia? Esto me ayudará quizás a ilustrarnos.
R. Nada.
4. ¿Qué posición social ocupabais?.
R. Mediana.
P. ¿Habéis sido casada?
R. Casada y madre.
P. ¿Habéis cumplido con celo los deberes de esta doble posición?
R. No, mi marido me fastidiaba, y mis hijos también.
5. ¿Cómo se ha pasado vuestra vida?
R. Divirtiéndome de joven, fastidiándome de casada.
P. ¿Cuáles eran vuestras ocupaciones?

R. Ninguna.

P. ¿Quién, pues, se cuidaba de vuestra casa?

R. La sirvienta.

6. ¿No es, pues, en esta inutilidad donde debe buscarse la causa de vuestros pesares y de vuestros temores?

R. Puede ser que tengas razón.

P. No basta convenir en ello. ¿Queréis reparar esta existencia inútil, ayudar a los espíritus culpables que sufren alrededor vuestro?

R. ¿Cómo?

P. Ayudándoles a mejorarse con vuestros consejos y vuestras oraciones.

R. No sé orar.

P. Nosotros lo haremos juntos y aprenderéis, ¿lo queréis?

R. No.

P. ¿Por qué?

R. La fatiga...

Instrucción del guía del médium:

Te damos instrucciones, poniéndote a la vista los diversos grados de sufrimiento y de posición de los espíritus condenados a la expiación a consecuencia de sus faltas.

Ángela era una de estas criaturas sin iniciativa, cuya vida es tan inútil a los otros como a sí misma. No queriendo sino el placer, incapaz de buscar en el estudio y en el cumplimiento de los deberes de la familia y de la sociedad esas satisfacciones del corazón, las únicas que pueden dar encanto a la vida, porque son de todas las edades, no ha podido emplear sus juveniles años sino en distracciones frívolas. Después, cuando han llegado los deberes serios, *el mundo había hecho el vacío a su alrededor, porque ella lo había hecho en su corazón.* Sin defectos graves, pero sin cualidades buenas, hizo la desgracia de su marido, perdió el porvenir de sus hijos, y arruinó su bienestar por su incuria y negligencia. Falseó su juicio y su corazón, primero con su ejemplo, y después, abandonándoles a los cuidados de los domésticos, que ni siquiera se tomaba el trabajo de elegir. Su vida ha sido inútil al bien, y por esto mismo culpable, porque *el mal nace del bien descuidado.* comprended bien todos que no basta abstenernos de faltar: es preciso practicar las virtudes que le son opuestas. Estudiad los mandamientos del Señor, meditadlos, y comprended que si os pone una barrera que os detenga al borde del mal camino, os fuerza al mismo tiempo a volver atrás para tomar la ruta opuesta que conduce al bien. El mal es opuesto al bien, luego aquel que quiera evitarlo, debe entrar en el camino opuesto, sin lo que la vida es nula. Sus obras son muertas, y Dios, nuestro padre, no es sino el Dios de los vivos.

P. ¿Puedo preguntaros cuál fue la existencia anterior de Ángela? La última debía ser la consecuencia de aquélla.

R. Había vivido en la pereza beata y en la inutilidad de la vida monástica. Perezosa y egoísta por gusto, ha querido ensayar la vida de familia, pero el espíritu ha progresado muy poco. Siempre rechazó la voz íntima que le mostraba el peligro. La pendiente era dulce y quiso más bien abandonarse a ella que hacer un esfuerzo para detenerse al principio. Hoy también comprende el peligro que hay en mantenerse en esta neutralidad, pero no siente la fuerza de intentar el menor esfuerzo para salir de él. Orad por ella, despertadla. Forzad sus ojos a abrirse a la luz. Es un deber, no despreciéis ningunos de éstos.

El hombre fue creado para la actividad. Actividad de espíritu es su esencia, actividad de cuerpo es su necesidad. Llenad, pues, las condiciones de vuestra existencia, como espíritu destinado a la paz eterna, como cuerpo, destinado al servicio del espíritu. Vuestro cuerpo no es más que una máquina sometida a vuestra inteligencia. Trabajad, cultivad, pues, la inteligencia, a fin de que dé un impulso saludable al instrumento que debe ayudarle a cumplir su tarea. No le dejéis ni reposo ni tregua, y acordaos de que la paz a la cual aspiráis no os será dada sino después del trabajo. Tanto

tiempo como habréis descuidado el trabajo, tanto más durará para vosotros la ansiedad de la esperanza.

Trabajad, trabajad sin cesar. Cumplid todos vuestros deberes sin excepción. Cumplidlos con celo, con valor, con perseverancia, y vuestra fe os sostendrá. Aquel que cumple a conciencia la tarea más ingrata, más vil en vuestra sociedad, está cien veces más elevado a los ojos del Altísimo que el que impone esta tarea a los otros y descuida la suya. Todos son escalones para subir al cielo. No los rompáis, pues, bajo vuestros pies, y contad con que estáis rodeados de amigos que os tienden la mano y sostienen a aquellos que ponen su esperanza en el Señor.

Monod

Un espíritu aburrido

Burdeos , 1862

Este espíritu se presenta espontáneamente al médium y solicita oraciones.

1. ¿Qué es lo que os induce a pedir oraciones?

R. Estoy cansado de errar sin objeto.

P. ¿Hace mucho tiempo que estáis en esta posición?

R. Unos ciento ochenta años.

P. ¿Qué habéis hecho en la Tierra?

R. Nada bueno.

2. ¿Cuál es vuestra posición entre los espíritus?

R. Estoy entre los aburridos.

P. Esto no forma una categoría.

R. Todo forma categoría entre nosotros. Cada sensación encuentra a sus semejantes o sus simpáticos, que se reúnen.

3. ¿Por qué, si no estáis condenado al sufrimiento, habéis permanecido tanto tiempo sin progresar?

R. Estoy condenado al fastidio: éste es un sufrimiento entre nsotros. Todo lo que no es alegría es dolor.

P. ¿Habéis sido forzado a permanecer errante a pesar vuestro?

R. Estas son causas muy sutiles para vuestra inteligencia material.

P. Tratad de hacérmelas comprender. Éste sería un principio de utilidad para vos.

R. No podría, no habiendo término de comparación. Una vida extinguida en la Tierra deja al espíritu que no ha sabido aprovecharse de ella lo que el fuego deja al papel que ha consumido: chispas que recuerdan a las cenizas todavía unidas entre sí lo que han sido y la causa de su nacimiento, o si tú quieres, de la destrucción del papel. Estas chispas son el recuerdo de los lazos terrestres que surcan al espíritu, hasta que haya dispersado las cenizas de su cuerpo. Entonces solamente se encuentra esencia etérea y desea el progreso.

4. ¿Quién puede ocasionaros el fastidio de que os quejáis?

R. Continuación de la existencia. El fastidio es hijo de la falta de obras. No supe emplear los muchos años que pasé en la Tierra, y su consecuencia se hizo sentir en nuestro mundo.

5. ¿Los espíritus que como vos están errantes, víctimas del fastidio, pueden hacer cesar este estado cuando lo quieran?

R. No, no lo pueden siempre, porque el fastidio paraliza su voluntad. Sufren las consecuencias de su existencia. Han sido inútiles, no han tenido iniciativa, no encuentran ningún auxilio. Están abandonados a sí mismos, hasta que aburridos de este estado neutro desean salir de

él. Entonces, a la menor voluntad que se despierta en ellos, encuentran apoyo y buenos consejos para ayudarles a perseverar en sus esfuerzos.

6. ¿Podéis explicarme algo sobre vuestra vida terrestre?

R. ¡Ah!, muy poca cosa, tú debes comprenderlo. El fastidio, la inutilidad, la falta de acción, provienen de la pereza. La pereza es madre de la ignorancia.

7. ¿Vuestras existencias anteriores no os han hecho progresar?

R. Sí, todas, pero muy débilmente, porque todas han sido reflejo las unas de las otras. Siempre hay progreso, pero tan insensible, que es inapreciable para nosotros.

8. Esperando que empecéis otra existencia, ¿quisierais venir más a menudo cerca de mí?

R. Llámame para violentarme, me harás un servicio.

9. ¿Podéis decirme por qué cambia muchas veces vuestra escritura?

R. Porque preguntas mucho. Esto me fatiga, y necesito ayuda.

El guía del médium:

El trabajo de la inteligencia es lo que le fatiga y lo que nos obliga a prestarle nuestro concurso, para que pueda responder a tus preguntas. Es un ocioso del mundo de los espíritus, como lo ha sido del mundo terrestre. Te lo hemos traído para ver si le podemos sacar de la apatía, de este fastidio que es un verdadero sufrimiento, más penoso a veces que los sufrimientos agudos porque puede prolongarse indefinidamente. ¿Puedes tú figurarte el tormento de la perspectiva de un fastidio sin término? La mayor parte de los espíritus de esta categoría son los que no *buscan una existencia terrestre sino por distracción* , y por romper la insoportable monotonía de su existencia espiritual. También llegan a ella muchas veces sin resoluciones determinadas para el bien, por esto deben volver a empezar hasta que al fin se haga sentir en ellos el progreso real.

La reina de Uda

Murió en Francia en 1858

1. ¿Qué sensación habéis experimentado dejando la vida terrestre?

R. No podría expresarlo, estoy todavía turbada.

P. ¿Sois dichosa?

R. No.

P. ¿Por qué no lo sois?

R. Echo de menos la vida.... no sé.... experimento un dolor punzante. La vida me hubiera libertado de éste.... quisiera que mi cuerpo se levantase del sepulcro.

2. ¿Tenéis sentimiento de no haber sido enterrada en vuestro país y de serlo entre los cristianos?

R. Sí. la tierra india pesaría menos sobre mi cuerpo.

P. ¿Qué pensais de las honras fúnebres hechas a vuestros restos?

R. Han sido insignificantes. Era reina, y no todos han doblado las rodillas ante mí... Dejadme... se me fuerza a hablar. No quiero que sepáis lo que soy ahora..., he sido reina, sabedlo.

3. Nosotros respetamos vuestro rango y os suplicamos tengais la bondad de respondernos para nuestra instrucción. ¿Pensáis que vuestro hijo recobrará un día los Estados de su padre?

R. Ciertamente, mi sangre reinará. Es digna de ello.

P. ¿Dais al reinado de vuestro hijo la misma importancia que en vuestra vida?

R. Mi sangre no puede confundirse con la de la muchedumbre.

4. No ha podido inscribirte en vuestra partida de defunción el lugar de vuestro nacimiento. ¿Podrías decirlo ahora?

R. He nacido de la más noble sangre de la India. Creo que nací en Delhy.

5. Vos, que habéis vivido en los esplendores del lujo y que habéis estado rodeada de los honores, ¿qué pensáis de ello ahora?

R. Se me debían.

P. ¿El rango que habéis ocupado en la Tierra, os distingue en el mundo en que estáis hoy?

R. ¡Siempre soy reina..., que se me envíen esclavos para servirme!... No sé, parece que aquí no se ocupan de mí..., sin embargo, siempre soy yo.

6. ¿Pertenecéis a la religión musulmana o a una religión india?

R. Musulmana, pero era demasiado grande para ocuparme de Dios.

P. Para la dicha de la Humanidad, ¿qué diferencia hacéis entre la religión que profesáis y las religión cristiana?

R. La religión cristiana es absurda, afirma que todos somos hermanos.

P. ¿Cuál es vuestra opinión sobre Mahoma?

R. No era hijo de rey.

P. ¿Creéis que tuvo una misión divina?

R. ¡Qué me importa eso!

P. ¿Cuál es vuestra opinión sobre Cristo?

R. El hijo del carpintero no es digno de ocupar mi pensamiento.

7. ¿Qué pensáis del uso que sustrae a las mujeres musulmanas de las miradas de los hombres?

R. Pienso que las mujeres son hechas para dominar: yo era mujer.

P. ¿Habéis envidiado algunas veces la libertad de que gozan las mujeres en Europa?

R. No, ¡qué me importa su libertad! ¿Se las sirve de rodillas?

8. ¿Os acordáis de haber tenido otras existencias en la Tierra, antes de la que acabáis de dejar?

R. He debido ser siempre reina.

9. ¿Por qué habéis venido tan pronto a nuestro llamamiento?

R. No lo he deseado, se me ha forzado a ello... ¿Acaso piensas que me hubiera dignado responder? ¿Qué sois con respecto a mí?

P. ¿Quién os ha forzado a venir?

R. No lo sé... Sin embargo, no debe haber aquí otro más grande que yo.

10. ¿Bajo qué forma estáis aquí?

R. Siempre soy reina..., ¿piensas que he cesado de serlo? ... Sois poco respetuosos..., sabed que se habla de otro modo a las reinas.

11. Si pudiésemos veros, ¿os veríamos con vuestros adornos, vuestras sortijas?

R. ¡Ciertamente!

P ¿Cómo es que habiendo dejado todo esto, haya conservado vuestro espíritu la apariencia sobre todo de vuestros adornos?

R. No me han dejado... soy siempre tan bella como era.... ¡no sé qué idea os formáis de mí! Es verdad que no me habéis visto jamás.

12. ¿Qué impresión experimentáis al encontraros en medio de nosotros?

R. Si pudiera, no estaría aquí, ¡me tratáis con tan poco respeto!

San Luis:

Dejad a la pobre alucinada, tened piedad de su ceguera. Que os sirva de ejemplo, no sabéis cuánto sufre su orgullo.

Evocando esta grandeza caída ahora en la tumba, no esperabamos respuestas de gran profundidad, visto el género de educación de las mujeres de aquel país, pero pensábamos encontrar en este espíritu, si no filosofía, sí al menos un sentimiento más verdadero de la realidad, e ideas más

sanas sobre las vanidades y las grandezas de aquí abajo. Lejos de eso, las ideas terrestres han conservado en él toda su fuerza, el orgullo no ha perdido nada de sus ilusiones, que lucha contra su propia debilidad y que debe, en efecto, sufrir mucho por su impotencia.

Xumene

Burdeos, 1862

Bajo este nombre se presenta un espíritu espontáneamente a la médium, habituada a este género de manifestaciones, porque su misión parece ser asistir a espíritus inferiores que le trae su guía espiritual, con el doble objeto de su propia instrucción y de su adelanto.

P. ¿Quién sois? ¿Este nombre es el de un hombre o de una mujer?

R. Hombre, y tan desgraciado como es posible. Sufro todos los horrores del infierno.

P. Si el infierno no existe, ¿cómo podéis sentir los tormentos de éste?

R. Pregunta inútil.

P. Aunque yo lo sepa, otros pueden tener necesidad de explicaciones.

R. ¿A mí, qué me importa?

P. El egoísmo, ¿no es una de las causas de vuestros sufrimientos?

R. Puede ser.

P. Si queréis aliviaros, empezad por repudiar vuestros malos pensamientos.

R. A ti nada te importa: éste no es asunto tuyo. Comienza rogando por mí como por los otros, después veremos.

P. Si no me ayudáis con vuestro arrepentimiento, la oración será poco eficaz.

R. Si en lugar de orar continúas hablando, poco harás por mi progreso.

P. ¿Deseáis progresar?

R. Puede ser, uno no lo sabe. Probemos si la oración alivia los sufrimientos, esto es lo esencial.

P. Entonces uníos a mí con la firma voluntad de obtener el alivio.

R. Vamos a ver.

(Después de una oración de la médium:)

P. ¿Estáis satisfecho?

R. No tanto como quisiera.

P. Un remedio aplicado por vez primera no puede curar inmediatamente una enfermedad crónica.

R. Esto es posible.

P. ¿Volveréis?

R. Sí. si me llamas.

El guía de la médium:

Hija mía, tendrás trabajo con este espíritu endurecido, pero no habría mucho mérito en salvar a los que no están perdidos. ¡Ánimo! Persevera y lo lograrás. No los hay tan culpables que no puedan conducirse por la persuasión y el ejemplo, porque los espíritus más perversos acaban por enmendarse con el tiempo. Si uno no consigue enseguida traerles a buenos sentimientos, lo que muchas veces es imposible, el trabajo que se ha tomado no se pierde. Las ideas que se han sembrado en ellos les agitan y les hacen reflexionar, a pesar suyo. Son semillas que tarde o temprano darán sus frutos. No se derriba una peña al primer golpe de piqueta.

Lo que te acabo de exponer, hija mía, se aplica también a los encarnados, y tú debes comprender por qué el Espiritismo, aun entre los mismos creyentes, no hace inmediatamente

hombres perfectos. La creencia es un primer paso. La fe viene enseguida. Y la transformación vendrá a su vez, pero a muchos les será preciso venir al mundo de los espíritus para refrigerarse.

Entre los endurecidos no hay más que espíritus perversos y malos. Grande es el número de los que, sin hacer el mal, quedan atrasados por orgullo, indiferencia o apatía. Por esto no son menos desgraciados, porque sufren tanto más por su inacción, como que no tienen por compensación las distracciones del mundo. La perspectiva de lo infinito hace su posición intolerable, y sin embargo, no tienen fuerza ni voluntad de salir de ella. Éstos son aquellos que en la reencarnación llevan esas existencias ociosas, inútiles para sí mismos y para los otros, y que a menudo acaban por suicidarse, sin motivos serios, por disgustos de la vida.

Estos espíritus son, en general, más difíciles de conducir al bien que los que son francamente malos, porque en estos últimos hay energía. Una vez ilustrados, son tan ardientes para el bien como lo han sido para el mal. Los otros tendrán sin duda que pasar por muchas existencias, para progresar sensiblemente. Pero poco a poco, vencidos por el fastidio, como otros por el sufrimiento, buscarán una distracción en una ocupación cualquiera que más tarde será para ellos una necesidad.

CAPÍTULO VIII

Expiaciones terrestres

Marcelo, el niño del número 4

En un hospicio de provincia había un niño de unos ocho a diez años en un estado difícil de describir. No estaba allí designado sino bajo el número 4. Enteramente contrahecho, ya fuese por deformidad natural, ya a consecuencia de la enfermedad, sus pierna retorcidas tocaban a su cuello. Era tan flaco, que 1os huesos le agujereaban la piel. Su cuerpo no era más que una llaga y sus sufrimientos atroces. Pertenecía a una pobre familia israelita, y esta triste posición duraba hacía cuatro años. Su inteligencia era notable para su edad, y su dulzura, su paciencia y su resignación eran edificantes.

El médico que le visitaba, movido a compasión por este pobre ser en cierto modo abandonado, porque no parecía que sus padres fuesen a verle muchas veces, tomó interés por él y se complacía en hablarle, encantado de su razón precoz. No solamente le trataba con bondad, sino que, cuando sus ocupaciones se lo permitían, iba a darle lecciones y se sorprendía de la rectitud de su juicio sobre cuestiones que parecían superiores a su edad.

Un día le dijo el niño:

-Doctor, tened, pues, la bondad de darme píldoras como las últimas que me habéis ordenado.

-¿Y por qué, hijo mío? -contestó el médico-, te he dado las suficientes y temo que mayor cantidad te haga daño.

-Es que -replicó el niño-. sufro de tal modo, que por esfuerzos que hago para no gritar rogando a Dios me dé la fuerza para no quejarme a fin de no molestar a los otros enfermos que están a mi lado, tengo mucho trabajo en conseguirlo. Las píldoras me duermen, y entre tanto, no incomodo a nadie.

Estas palabras bastan para demostrar la elevación del alma que encerraba aquel cuerpo deforme. ¿Dónde había adquirido este niño semejantes sentimientos? No podía ser en el centro en que había sido educado, y por otra parte, en la edad en que empezó a sufrir, no podía todavía comprender ningún razonamiento. Eran innatos en él, pero entonces, con tan nobles instintos, ¿por qué Dios le condenaba a una vida tan miserable y tan dolorosa, admitiendo que hubiera sido creada esta alma al mismo tiempo que este cuerpo, instrumento de tan crueles sufrimientos? ¡Oh, es preciso negar la bondad de Dios, o admitir una causa anterior, esto es, la preexistencia del alma y la pluralidad de existencias!

El niño murió, y sus últimos pensamientos fueron para Dios y para el médico caritativo que había tenido piedad de él.

Después de algún tiempo fue evocado en la Sociedad de París en 1863, donde dio la comunicación siguiente:

"Me habéis llamado y he venido para que mi voz se oiga más allá de este recinto impresionando a todos los corazones, que el eco que hará vibrar se oiga hasta en la soledad.

"Les recordará que la agonía de la Tierra prepara las alegrías del cielo, y que el sufrimiento no es más que la corteza amarga de un fruto deleitable que da cl valor y la resignación. Les dirá que sobre el pobre lecho donde yace la miseria están los enviados de Dios, cuya misión es enseñar a la Humanidad que no hay dolor que no se pueda sufrir con ayuda del Todopoderoso y de los buenos espíritus. Les dirá también que escuchen los lamentos mezclándose a las plegarias, y que comprendan de éstas la piadosa armonía, tan diferente de los acentos culpables del lamento mezclado con la blasfemia.

"Uno de vuestros buenos espíritus, gran apóstol del Espiritismo, ha tenido a bien dejarme

este sitio esta noche.[1] Asimismo debo deciros algunas palabras del progreso de vuestra doctrina. Debe ayudar en su misión a aquellos que se encarnen entre vosotros para aprender a sufrir. El Espiritismo será la mira indicadora. Tendrán el ejemplo y la voz, entonces se cambiarán los lamentos en gritos de alegría y en lágrimas de gozo."

1. San Agustín, por el médium, el cual se comunica a menudo a la Sociedad.

P. ¿Parece, según lo que acabáis de manifestarnos, que vuestros sufrimientos no eran expiación de faltas anteriores?

R. No eran una expiación directa, pero estad seguros de que todo dolor tiene su causa justa. El que habéis conocido tan miserable fue hermoso, grande, rico y lisonjeado, tuvo aduladores y cortesanos, fue vano y orgulloso. En otro tiempo fui muy culpable. He renegado de Dios y hacía mal a mi prójimo, pero lo he expiado cruelmente, primero en el mundo de los espíritus, y después en la Tierra. Yo he sufrido durante algunos años solamente en esta última y corta existencia, aquello que se puede sufrir en toda una existencia completa hasta la extrema vejez. Por mi arrepentimiento he encontrado gracia ante el Señor, que se ha dignado confiarme muchas misiones, de las cuales la última os es conocida. La he solicitado para acabar mi depuración.

Adiós, amigos míos, volveré algunas veces entre vosotros. Mi misión es consolar, no instruir, pero hay muchos aquí cuyas heridas están ocultas, que se regocijan con mi venida.

Marcelo

Instrucción del guía del médium:

¡Pobre ser en sufrimiento, miserable, y ulceroso y deforme! ¡Cuántos gemidos hacía oír en el asilo de la miseria y de las lágrimas! Y a pesar de su niñez, ¡cuán resignado estaba, y cómo su alma comprendía ya el fin de los sufrimientos. ¡Conocía que más allá de la tumba le esperaba una recompensa por tantos lamentos ahogados! ¡Así como rogaba por aquellos que no tenían, como él, valor para soportar sus males, rogaba también particularmente por los que dirigían al cielo blasfemias en lugar de oraciones!

Si la agonía fue larga, la hora de la muerte fue terrible. Sin duda se retorcían los miembros convulsos y mostraban a los asistentes un cuerpo deforme, rebelándose contra la muerte. Era aquella la ley de la carne que quiere vivir cuanto puede, mas un ángel se cernía encima del lecho del moribundo y cicatrizaba su corazón. Después se llevó sobre sus blancas alas aquella alma tan hermosa que se escapaba del cuerpo pronunciando estas palabras: ¡Gloria a vos, oh, Dios mío!

Y esta alma, elevada hacia el Omnipotente, exclamó venturosa: Heme aquí, Señor, me habéis dado por misión la de aprender a sufrir: ¿He soportado dignamente la prueba?

Y ahora el espíritu del pobre niño ha tomado sus proporciones. Corre el espacio yendo al débil y al pequeño y diciendo a todos: esperanza y valor. Desprendido de toda materia y sin mancha, está ahí cerca de vosotros.

Os habla, no con su voz lacerada y doliente, sino con varoniles acentos.
Os ha referido: "Los que me han visto han mirado al niño que no murmuraba, logrando por su ejemplo tener calma para sus males, y sus corazones se han afirmado en la dulce confianza en Dios. He ahí el fin de mi corto tránsito en la Tierra."

San Agustín

Szymel Slizgol

Éste era un pobre israelita de Vilna, muerto en mayo de 1865. Con una gran úlcera en la mano había mendigado durante treinta años. Por todas partes, en la ciudad, era conocido por su

modo de exclamar: "¡Acordaos de los pobres, de las viudas y de los huérfanos!" Durante este tiempo, Slizgol había reunido 90.000 rublos. Pero no guardó un kopek para él. Aliviaba los enfermos, que cuidaba por sí mismo, pagaba la enseñanza de los niños pobres, distribuía a los necesitados los comestibles que se le daban. La noche la tenía consagrada a la preparación de tabaco en polvo que vendía para atender a sus propias necesidades. Lo que le sobraba pertenecía a los pobres. Szvmel estaba solo en el mundo. El día de su entierro fue acompañado por gran parte de la población, y las tiendas se cerraron.

Sociedad Espiritista de París, 15 de junio de 1865

Evocación.

R. Demasiado feliz, y después de haber llegado a la plenitud de mi ambición, que he pagado muy cara, estoy aquí en medio de vosotros desde el principio de esta reunión. Os doy gracias porque os ocupáis del espíritu del pobre mendigo, que con alegría procurará responder a vuestras preguntas.

P. Una carta de Vilna nos ha hecho conocer las particularidades más notables de vuestra existencia. Por la simpatía que nos inspiran, hemos tenido deseo de dirigiros la palabra. Os damos las gracias por haber venido a nuestro llamamiento, y puesto que estáis dispuesto en respondernos, tendremos el mayor placer, para nuestra instrucción, en conocer vuestro estado como espíritu, y las causas que han motivado el género de vuestra última existencia.

R. En primer lugar, conceded a mi espíritu, que comprende su verdadero estado, el favor de que os diga su opinión sobre el pensamiento que habéis tenido con respecto a mí, pido vuestros consejos si es falsa.

Encontráis singular que la manifestación pública haya tomado tanta parte para prestar homenaje al hombre indigente que ha sabido por su caridad atraerse tal simpatía. No digo esto por vos, querido maestro, ni por ti, querido médium, ni por todos vosotros, verdaderos y sinceros espiritistas, pues hablo por las personas indiferentes a la creencia. No hay en eso nada de admirable.

La fuerza de presión moral que ejerce la del bien sobre la Humanidad es tal que, por materiales que seamos, siempre se acata, siempre se saluda al bien, a pesar de la tendencia que se tiene al mal.

Vamos a vuestras preguntas, que por vuestra parte no las habéis dictado por curiosidad, sino que las formuláis sencillamente con la idea de la instrucción general. Voy a referiros con la mayor brevedad posible, ya que estoy libre, cuáles son las causas que han motivado y determinado mi última existencia.

Hace muchos siglos vivía con el título de rey, o al menos de príncipe soberano. En el círculo de mi poderío, relativamente estrecho en comparación de vuestros estados actuales, era dueño absoluto del destino de mis súbditos. Obraba como tirano, mejor dicho, como verdugo. De carácter imperioso, violento, avaro y sensual, veis desde luego cuál debía ser la suerte de los pobres seres que vivían bajo mis leyes. Abusaba de mi poder para oprimir al débil, para poner a contribución toda especie de oficios, de trabajos, de pasiones y de dolores para el servicio de mis propias pasiones. De esta suerte imponía un tributo al producto de la mendicidad. Ninguno podía mendigar sin que por anticipado yo hubiese tomado mi buena parte de lo que la piedad humana depositaba en la escarcela de la miseria. Todavía más, a fin de no disminuir el número de mendigos entre mis súbditos, prohibí a los desgraciados dejar a sus amigos, a sus padres o a sus allegados, la insignificante parte que quedaba a aquellos pobres seres. En una palabra, fui todo lo más implacable que se ha conocido para con el sufrimiento y la miseria.

Perdí, en fin, lo que llamáis la vida, entre tormentos y sufrimientos horribles. Mi muerte fue un modelo de terror para todos los que como yo, aunque en menor escala, tomaban parte en mi modo de obrar. Permanecí en estado de espíritu errante durante tres siglos y medio, y cuando al fin

de este lapso de tiempo comprendí que el objeto de la encarnación era otro que el que mis sentidos groseros y obtusos me habían hecho seguir, obtuve a fuerza de oraciones, de resignación y de pesares, el permiso de ocuparme en la tarea material de soportar los mismos sufrimientos, y más aún, que había hecho pasar a los otros. Obtuve este permiso, y Dios me dejó el derecho, por mi libre albedrío, de amplificar mis sufrimiento morales y físicos. Gracias al socorro de buenos espíritus que me asistían, persistí en mi resolución de practicar el bien, y les doy gracias por esto, porque evitaron que sucumbiera en la tarea que tomé.

He cumplido, en fin, una existencia que ha rescatado por su abnegación y su caridad lo que la otra tenía de cruel y de injusta. Nací de padres pobres; huérfano, muy joven aprendí a bastarme a mí mismo, en la edad en que uno es considerado como incapaz de comprender. Vivía solo, sin amor, sin afectos, y aún, al principio de mi vida, soporté la brutalidad que había ejercido sobre los otros. Se comenta que las sumas recogidas por mí fueron todas consagradas al alivio de mis semejantes. Es un hecho exacto, y sin énfasis ni orgullo, añado que, muy a menudo, al precio de privaciones relativamente fuertes, muy fuertes, aumenté el bien que me permitía hacer la caridad pública.

He muerto con calma, confiando en el precio a que había obtenido la reparación hecha por mi última existencia, y estoy recompensado con exceso a mis secretas aspiraciones. Hoy día soy dichoso, muy dichoso de poder afirmaros que cualquiera que se eleve será humillado, y que el que se humille será elevado.

P. Os rogamos nos digáis en qué ha consistido vuestra expiación en el mundo de los espíritus, y cuánto tiempo ha durado desde vuestra muerte hasta el momento en que vuestra suerte fue endulzada por efecto del arrepentimiento y de las buenas resoluciones que habéis tomado. Decidnos también a quién debéis este cambio en vuestras ideas, en estado de espíritu.

R. ¡Me traéis a la memoria muy dolorosos recuerdos! ¡Cuánto he sufrido...! ¡Pero no me quejo, me acuerdo...! Queréis saber de qué naturaleza ha sido mi expiación. Hela aquí en todo su terrible horror.

Verdugo, como os he dicho, para todo el que tuviera buenos sentimientos, permanecí mucho tiempo, mucho, adherido por mi periespíritu a mi cuerpo, que se descomponía. ¡Me sentí, hasta su completa putrefacción, roído por los gusanos, que me hacían sufrir mucho! Cuando estuve desembarazado de los lazos que me aferraban al instrumento de mi suplicio, sufrí todavía uno más cruel. Después del sufrimiento físico, vino el sufrimiento moral, y éste ha durado mucho más tiempo que el primero. He sido puesto en presencia de todas las víctimas que había atormentado periódicamente, y por una fuerza más grande que la mía, era conducido a presencia de mis culpables acciones. Veía física y moralmente todos los dolores que había hecho sufrir. ¡Oh! Amigos míos, ¡cuán terrible es la vista constante de aquellos a quienes se ha hecho mal! Tenéis de esto un débil ejemplo entre vosotros en el careo del acusado con su víctima.

Ahí tenéis, en pocas palabras. lo que he sufrido durante dos siglos y medio, hasta que Dios, movido por mi dolor y por mi arrepentimiento, solicitado por los guías que me asistían, permitió que tomase la vida de expiación que conocéis.

P. ¿Un motivo particular os ha inducido quizás a elegir vuestra última existencia en la religión israelita?

R. No fue elegida por mí, sino que la acepté según el consejo de mis guías. La religión israelita añadía una pequeña humillación más a mi vida de expiación. Porque en ciertos países, sobre todo, la mayoría de los encarnados desprecian a los israelitas, y particularmente a los judíos mendicantes.

P. En vuestra última existencia, ¿en qué edad habéis empezado a poner en ejecución las resoluciones que habíais tomado? ¿Cómo os ha venido este pensamiento? Mientras ejercíais así la caridad con tanta abnegación, ¿teníais alguna intuición de la causa que os empujaba a ello?

R. Nací de padres pobres, pero inteligentes y avaros. Joven todavía, fui privado del afecto y de las caricias de mi madre. Sentí por su pérdida una pena tanto más viva, como que mi padre, dominado por la pasión de la ganancia, me abandonaba enteramente. Mis hermanos, todos de más edad que yo, no advertían mis sufrimientos. Otro judío, movido por sentimientos más egoístas que caritativos, me cogió y me hizo aprender a trabajar. Recobró con usura del producto de mis trabajos, que a menudo sobrepujaban mis fuerzas, lo que había podido costarle. Más tarde me liberé de este yugo y trabajé para mí. Pero por todas partes, tanto en la actividad como en el reposo, era perseguido por el recuerdo de las caricias de mi madre, y a medida que adelantaba en edad su recuerdo se grababa mas profundamente en mi memoria, y más echaba de menos sus cuidados y su amor.

Pronto fui el único de mi nombre. En algunos meses la muerte se llevó a toda mi familia. Entonces fue cuando comenzó a revelarse la manera como debía pasar el resto de mis días. Dos de mis hermanos dejaron hijos huérfanos. Conmovido por el recuerdo de lo que había sufrido, quise preservar a estos pobrecitos seres de una juventud semejante a la mía y no pudiendo mi trabajo bastar para que subsistiéramos todos, empecé a tender la mano, no para mí.

sino para los otros. Dios no debía dejarme el consuelo de gozar de mis esfuerzos. Los pobrecitos me dejaron para siempre. Veía lo que les hacía falta: era su madre. Resolví entonces pedir limosna para las viudas desgraciadas, que no pudiendo bastarse a sí y a sus hijos, se imponían privaciones que las conducían a la tumba, dejando pobres huérfanos que quedaban abandonados y entregados a los tormentos que yo mismo había sufrido.

Tenía treinta años cuando, lleno de fuerza y de salud, se me vio mendigar para la viuda y el huérfano. Los principios fueron penosos y debí soportar más de una humillante palabra. Pero cuando se vio que distribuía realmente todo lo que recibía en nombre de mis pobres, cuando se vio añadir a ello las sobras de mi trabajo, adquirí una especie de consideración que no dejaba de tener encanto para mí.

He vivido sesenta y tantos años, y jamás falté a la tarea que me había impuesto. Tampoco la conciencia me advirtió jamás nada que me hiciera sospechar que un motivo anterior a mi existencia fuese el móvil de mi manera de obrar. Solamente un día. antes de empezar a pedir limosna, oí estas palabras: “No hagas a los otros lo que no quisieras que te hiciesen.” Quedé asombrado de la moralidad general contenida en estas pocas palabras, y muy a menudo me sorprendía al oír que se añadían estas otras: “Pero, al contrario hacedles lo que quisierais que os fuese hecho.” Ayudándome el recuerdo de mi madre y el de mis sufrimientos, continuaba marchando en una carrera que mi conciencia me determinaba que era buena.

Voy a concluir esta larga comunicación diciéndoos ¡gracias! No soy todavía perfecto, pero sabiendo que el mal no conduce sino al mal, haré de nuevo como lo que he hecho, el bien para recoger la dicha.

Szymel Slizgol

Juliana-María, la mendiga

En el pueblo de Villate, cerca de Nozai (Loira inferior) había una pobre mujer llamada Juliana-María, anciana achacosa, que vivía de limosna. Un día cayó en un estanque, de donde la sacó un habitante del país, M. A..., quien la socorría habitualmente. Transportada a su domicilio, murió poco tiempo después de resultas del accidente. La opinión general fue que quiso suicidarse. El mismo día de su fallecimiento, el que la había salvado, que es espiritista y médium, sintió en toda su persona como un rozamiento de alguno que estuviera junto a él, sin explicarse, sin embargo, la causa. Cuando supo la muerte de Juliana-María, tuvo el pensamiento de que quizá su espíritu

hubiera venido a visitarle.

Según el parecer de uno de sus amigos, miembro de la Sociedad Espiritista de París, a quien había hecho presente lo ocurrido, la evocación de esta mujer con el fin de serle útil. Pero anticipadamente pidió consejo a sus guías protectores, de los cuales recibió la respuesta siguiente:

"Lo puedes y se alegrará, aunque el servicio que te propones prestarle le sea inútil. Es feliz y está consagrada a los que fueron compasivos con ella. Tú eres uno de sus buenos amigos, te deja poco y conversa muchas veces contigo sin tú saberlo. Tarde o temprano los servicios prestados tienen recompensa, si no para el favorecido, para aquellos que se interesan por él, lo mismo antes que después de su muerte. Cuando el espíritu no ha tenido tiempo de reconocerse, otros espíritus simpáticos son los que manifiestan en su nombre su reconocimiento.

"Heme ahí lo que te explica lo que has sentido el día de su fallecimiento. Ahora es ella quien te ayuda en el bien que quieres hacer. Acuérdate de lo que Jesús dijo. «El que ha sido humillado será elevado.» Tendrás todos los servicios que puede prestarte, si sólo le pides asistencia para ser Útil a tu prójimo."

Evocación. Mi buena Juliana-María, ¿sois feliz? Eso es todo lo que quería saber, lo que no me impedirá pensar muchas veces en vos y no olvidaros nunca en mis oraciones.

R. Ten confianza en Dios, inspira a tus enfermos una fe sincera, y saldrás bien casi siempre. No te cuides jamás de la recompensa que puedes tener, que será mucho mayor de lo que tú esperas. Dios sabe siempre recompensar como lo merece al que se dedica al alivio de sus semejantes, *y lleva en sus acciones un desinterés completo*. Sin esto todo es ilusión y quimera. Es necesario la fe ante todo, pues de otra manera nada se logra. Acuérdate de esta máxima y te admirarás de los resultados que obtendrás. Son la prueba de esto los dos enfermos que has curado. En las circunstancias en que se encontraban, con los simples remedios habrías salido mal.

Cuando pides a Dios permita a los buenos espíritus derramen sobre ti su fluido benéfico, si esta petición no te hace sentir un estremecimiento involuntario, es que tu oración no es bastante ferviente para que sea escuchada. No lo es sino con las condiciones que te señalo. Esto es lo que tú has experimentado cuando has dicho desde el fondo de tu corazón: "Dios Todopoderoso, Dios misericordioso, Dios de bondad sin límites, escuchad mi oración y permitid a los buenos espíritus me asistan en la curación de... Tened piedad de él, Dios mío, y dadle la salud. Sin vos no puedo nada. Hágase vuestra voluntad."

Tú has obrado bien en no desdeñar a los humildes. La voz de aquel que sufrió y soportó con resignación las miserias de este mundo, es siempre escuchada, y como ves, un servicio hecho recibe siempre su recompensa.

Ahora, una palabra sobre mí, y ésta te confirmará lo que he expresado antes.

El Espiritismo te explica mi lenguaje como espíritu. No tengo necesidad de entrar en detalles sobre este asunto. Creo también inútil explicarte mi existencia precedente. La posición en que tú me has conocido en la Tierra debe hacerte comprender y apreciar mis anteriores existencias, que no fueron siempre sin reproche. Llevando una vida de miseria, achacosa, y no pudiendo trabajar, mendigué toda mi vida. No adquirí ningún tesoro. En mi vejez, mis pequeñas economías se limitaban a un centenar de francos, que reservaba para cuando mis piernas no podrían llevarme.

Dios ha considerado mi prueba y mi expiación suficientes, y ha puesto un término a ellas, libertándome sin sufrimiento de la vida terrestre, porque no me he suicidado, como se ha creído en un principio. He muerto de repente sobre el borde del estanque, en el momento en que dirigía mi última plegaria a Dios. La pendiente del terreno fue la causa de la presencia de mi cuerpo en el agua.

No he sufrido: soy feliz por haber podido cumplir mi cargo sin trabas y con resignación. Me hice útil, en la medida de mis fuerzas y de mis medios, y evité hacer mal al prójimo. Hoy recibo la recompensa, y doy gracias a Dios, nuestro divino Señor, quien endulza la amargura de las pruebas haciéndonos olvidar, durante la vida, nuestras antiguas existencias, y pone a nuestro encuentro

almas caritativas para ayudarnos a soportar la carga de nuestras faltas pasadas.

Persevera también tú, y como yo, serás recompensado. Te doy las gracias por tus buenas oraciones y por el servicio que me has prestado. No lo olvidaré jamás. Otro día nos volveremos a ver y sabrás muchas cuestiones que por ahora te sería superfluo saberlas. Basta que sepas que te soy adicta del todo, y que estaré siempre cerca de ti cuando tengas necesidad de mí para aliviar al que sufre.

La pobre buena mujer Juliana-María

Habiéndose evocado en la Sociedad de París el 10 de junio de 1864, el espíritu de Juliana-María dictó, la comunicación siguiente:

"Gracias por haber tenido la bondad dc admitirme en vuestro centro, querido presidente. Habéis conocido que mis existencias anteriores eran más elevadas como posición social. Si vine a sufrir esta prueba de la pobreza fue para castigarme de un vano orgullo, que me había hecho rechazar al que era pobre y miserable. Entonces sufrí esta ley justa del Talión que me hizo la más horrible mendiga de esta comarca, y para probarme la bondad de Dios, no era rechazada de todos, como yo temía. También he soportado mi prueba sin murmurar, presintiendo una vida mejor de donde no debía volver a esta Tierra de destierro y de calamidad.

"¡Qué felicidad el día en que nuestra alma, joven todavía, pueda entrar en la vida espiritual para volver a ver los seres que ama!, porque yo también he amado, y soy dichosa en haber vuelto a encontrar a los que me han precedido. Gracias al bueno M.A... que me abrió la puerta del reconocimiento. Sin su mediumnidad no podría darle las gracias, probarle que mi alma no olvida las dichosas influencias de su buen corazón y recomendarle propague su divina creencia. Está llamado a conducir almas extraviadas, que esté bien persuadido de mi apoyo. Si puedo le volveré el céntuplo de lo que me ha dado instruyéndome en la vía que seguís. Dad gracias al Señor por haber permitido que los espíritus pudiesen daros instrucciones para alentar al pobre en sus penas, y detener al rico en su orgullo. Sabed comprender la vergüenza que hay en rechazar un desgraciado. Que yo os sirva de ejemplo, a fin de evitar el ir como yo a expiar vuestras faltas en esas dolorosas posiciones sociales que os colocan tan bajo, y hacen de vosotros la escoria de la sociedad.

Juliana-María

Habiéndose transmitido esta comunicación a M.A..., fue confirmada por la que obtuvo por su parte, que es la que sigue:

P. Mi buena Juliana-María, puesto que tenéis a bien ayudarme con vuestros buenos consejos a fin de hacerme progresar en la vía de nuestra divina doctrina, ¿queréis comunicaros conmigo para aprovecharme de vuestras enseñanzas?

R. Acuérdate de la recomendación que voy a hacerte, y no te apartes jamás de ella. Sé siempre caritativo en la medida de tus recursos. Tú comprendes lo bastante la caridad tal como se debe practicar en todas las posiciones de la vida terrestre. No tengo necesidad de venir a darte una enseñanza sobre este objeto. Tú mismo serás el mejor juez, siguiendo, no obstante, la voz de la conciencia que no te engañará jamás, cuando la escuches sinceramente.

No te engaño sobre las misiones que debes cumplir. Pequeños y grandes tienen la suya. La mía ha sido penosa, pero merecía semejante castigo por mis existencias precedentes, como he ido a manifestarlo al buen presidente de la Sociedad madre de París, a la cual os reuniréis todos un día. Este día no está tan distante como piensas. El Espiritismo marcha a paso de gigante, a pesar de todo lo que se hace para ponerle trabas. Marchad, pues, todos sin temor, adeptos a la doctrina, y vuestros esfuerzos serán coronados con el triunfo. ¡Que os importa lo que se diga de vosotros! Haceos superiores a la crítica insolente que recaerá sobre los adversarios del Espiritismo.

¡Orgullosos! Se creen fuertes y piensan abatiros fácilmente. Vosotros, mis buenos amigos, estad tranquilos, y no temáis mediros con ellos. Son más fáciles de vencer de lo que creéis. Muchos de entre ellos tienen miedo y temen que la verdad venga por fin a deslumbrarles. Esperad, vendrán a su vez a ayudar al coronamiento del edificio.

Juliana-María

Cualquiera que medite las palabras de este espíritu en estas tres comunicaciones encontrará una porción de enseñanzas. Todos los grandes principios del Espiritismo se encuentran reunidos en ellas. Desde la primera, el espíritu demuestra su superioridad por su lenguaje. Semejante a un hada benéfica, esta mujer resplandeciente hoy día, y como metamorfoseada, viene a proteger a aquel que no la desechó cuando vestía los harapos de la miseria.

Es una aplicación de estas máximas del Evangelio: "Los grandes serán humillados y los pequeños serán elevados. Bienaventurados los humildes. Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados. No menospreciéis a los pequeños, porque aquel que es pequeño en este mundo, puede ser más grande de lo que creéis."

Max, el mendigo

En una aldea de Baviera murió, hacia el año 1860, un viejo casi centenario, conocido bajo el nombre de *Padre Max*. Nadie conocía con certeza su origen, porque no tenía familia. Hacía medio siglo que, abrumado por enfermedades que le privaban de ganar la vida por el trabajo, no tenía otros recursos que la caridad pública, que disimulaba yendo a vender en las granjas y las quintas, almanaques y objetos insignificantes. Se le había dado el apodo de Conde Max, y los niños no le llamaban nunca sino el señor conde, y él se sonreía sin formalizarse. ¿Por qué este título? Nadie habría podido explicarlo, el caso es que era ya una costumbre. Quizá lo fuese por causa de su fisonomía y de sus maneras, cuya distinción contrastaba con sus harapos. Muchos años después de su muerte apareció en sueños a la hija del propietario de una de las quintas donde recibía hospitalidad en la cuadra, porque él no tenía domicilio, y le manifestó: "Gracias os doy de haberos acordado del pobre Max en vuestras oraciones, porque han sido oídas del Señor. Desearéis saber quién soy yo, alma caritativas que os habéis interesado por el desgraciado mendigo. Voy a satisfaceros, esto será para todos una gran instrucción."

Hizo entonces la relación siguiente, en estos términos:

"Hace cerca de siglo y medio era un rico y poderoso señor de esa comarca. Pero vano, orgulloso y fatuo con mi nobleza. Mi inmensa fortuna no servía jamás sino para mis placeres, y apenas bastaba, porque era jugador disoluto y pasaba mi vida en las orgías. Mis vasallos, que creía habían sido creados para mi uso como los animales de las granjas, eran acosados y maltratados para atender a mis prodigalidades. Me hacía el sordo a sus quejas, como a las de todos los desgraciados, y a mi parecer, debían tenerse por muy honrados satisfaciendo mis caprichos. Morí en una edad poco avanzada, aniquilado por los excesos, pero sin haber experimentado ninguna desgracia verdadera. Al contrario, todo parecía sonreírme, de suerte que era a los ojos de los demás uno de los felices del mundo. Mi rango me valió suntuosos funerales.

"Los amigos de darse buena vida echaron de menos en mí al fastuoso señor, pero ni una lágrima fue derramada en mi tumba, ni una plegaria del corazón se dirigió a Dios por mí, y mi memoria fue maldecida por todos aquellos cuya miseria había aumentado. ¡Ah! ¡Qué terrible es la maldición de aquellos a quienes se ha hecho desgraciados! ¡No ha cesado de resonar en mis oídos durante largos años, que me parecieron una eternidad! Y la muerte de cada una de mis víctimas era una nueva figura amenazadora e irónica que se levantaba ante mí y me perseguía sin descanso, sin poder encontrar un rincón oscuro donde ocultarme de su vista. ¡Ni una mirada de amigo! Mis

antiguos compañeros dc libertinaje, desgraciados como yo, huían de mí y parecía que me decían con desdén: «Ya no puedes pagar nuestros placeres.»

"¡Oh: ¡Qué caro habría pagado entonces un instante de reposo, un vaso de agua para extinguir la sed ardiente que me devoraba! Pero nada poseía y *todo el oro que había sembrado a manos llenas en la Tierra, no había producido una sola bendición*, una sola, oyes, hija mía!

"En fin, abrumado de fatiga, extenuado como un viajero cansado que no ve el término de su ruta, exclamé:

"-¡Dios mío, tened piedad de mí! ¿Cuándo acabará esta terrible situación?

"Entonces una voz, la primera que oí desde que había dejado la Tierra, me dijo:

"-Cuando tú quieras.

"-¿Qué es preciso hacer, gran Dios? Decid, me someto a todo.

"-Es necesario arrepentirte, humillarte ante los que tú has humillado. Ruégales que intercedan por ti, porque la oración del ofendido que perdona es siempre agradable al Señor.

"Me humillé, rogué a mis vasallos, a mis servidores, que estaban allí ante mí, y cuyas figuras, a cual más benévolas, acabaron por desaparecer. Esto fue entonces para mí como una nueva vida. La esperanza reemplazó a la desesperación, y di gracias a Dios con todas las fuerzas de mi alma.

"La voz me dijo enseguida:

"-¡Príncipe!

"Yo respondí:

"-No hay aquí otro príncipe que Dios Todopoderoso, que humilla a los soberbios. Perdonadme, Señor, porque he pecado. Hacedme el servidor de mis servidores, si tal es vuestra voluntad.

"Algunos años más tarde nací de nuevo, pero esta vez en una familia de pobres aldeanos. Mis padres murieron cuando todavía era niño, y me quedé solo en el mundo y sin apoyo. Gané mi vida como pude, unas veces como obrero, otras como mozo de granja, pero siempre honradamente, porque creía en Dios.

"A la edad de cuarenta años, una enfermedad me dejó baldado de todos mis miembros, y me fue preciso mendigar durante más de cincuenta años en estas mismas tierras de las cuales fui dueño absoluto, y recibía un pedazo de pan en las granjas que había poseído, y donde por una amarga irrisión se me dio el apodo de señor conde, muchas veces bastante feliz por encontrar un abrigo en la cuadra del castillo que había sido el mío. Soñando, me complacía en recorrer este mismo castillo donde he mandado como déspota. ¡Cuántas veces en mis ensueños, me he visto allí en medio de mi antigua fortuna! Estas visiones me dejaban al despertar un indefinible sentimiento de amargura y pesar, pero jamás una queja salió de mi boca, y cuando quiso Dios llamarme a sí, le he bendecido por haberme dado el valor de sufrir sin murmurar esta larga y penosa prueba, de la cual recibo hoy la recompensa. Y a vos, hija mía, os bendigo por haber rogado por mí."

Recomendamos este relato a los que pretenden que los hombres no tendrían freno sin el espantajo de las penas eternas a la vista, y díganos si la perspectiva de un castigo como el del padre Max es más a propósito para detener en la pendiente del mal que los tormentos sin fin en los que nadie cree.

Historia de un doméstico

En una familia de alto rango había un joven doméstico cuya figura inteligente y fina nos hizo impresión por su aire distinguido. Nada en sus maneras indicaba bajeza. Su celo por el servicio de sus amos no se parecía en nada a ese obsequio servil propio de las gentes de su condición.

Al año siguiente, habiendo vuelto a visitar a aquella familia, no vimos al joven, y

preguntamos si se le había despedido.

Nos contestaron: "No, se fue a pasar algunos días a su país y en él murió. Nosotros lo sentimos mucho, porque era un excelente sujeto, y tenía sentimientos *verdaderamente* más elevados que *su posición*. Nos era muy simpático y nos ha dado pruebas del mayor afecto."

Más adelante nos vino el pensamiento de evocar a este joven, y he aquí lo que nos manifestó:

"En mi penúltima encarnación era, como se comenta en la Tierra, de muy buena familia, pero arruinada por las prodigalidades de mi padre. Quedé huérfano muy joven y sin recursos. Un amigo de mi padre me recogió, me educó como a su hijo dándome una brillante educación por la que me envanecí. Este amigo es hoy día M. de G.., en cuyo servicio me habéis visto.

"He querido en mi última existencia expiar mi orgullo, naciendo en una condición servil, y he encontrado en ella la ocasión de probar adhesión a mi bienhechor. Le salvé la vida sin que jamás lo haya pensado. Ésta era al mismo tiempo una prueba de la que salí con ventaja, pues tuve bastante fuerza para no dejarme corromper con el contacto de un círculo casi siempre vicioso. A pesar de los malos ejemplos, permanecí puro, y doy por esto gracias a Dios, porque estoy recompensado con la dicha que gozo."

P. ¿En qué circunstancias habéis salvado la vida a M. de G...?

R. En un paseo a caballo en que le seguía, percibí un grueso árbol que caía de su lado y que él no veía. Le llamé dando un grito terrible, se volvió prontamente, y durante este tiempo, el árbol cayó a sus pies. Sin el movimiento que provoqué, le hubiera aplastado.

M. de G..., a quien se refirió el hecho, lo recordó perfectamente.

P. ¿Por qué habéis muerto tan joven?

R. Dios juzgó mi prueba suficiente.

P. ¿Cómo os ha podido aprovechar esta prueba, pues no teníais recuerdo de la causa que la había motivado?

R. En mi humilde posición me quedaba un instinto de orgullo, que fue lo bastante afortunado en poder dominar, lo que hizo que la prueba fuese provechosa. Sin esto tendría todavía que volverla a empezar. Mi espíritu se acordaba en sus momentos de libertad, y me quedaba al despertar un deseo intuitivo de resistir a mis tendencias, que conocía eran malas. He tenido más mérito en luchar así que si me hubiera claramente acordado del pasado. El recuerdo de mi antigua posición habría exaltado mi orgullo y me hubiera perturbado, mientras que no tuve que combatir sino las consecuencias de mi nuevo estado.

P. Recibisteis una brillante educación. ¿De qué os ha servido esto en vuestra última existencia, puesto que no os acordabais de los conocimientos que habíais adquirido?

R. Estos conocimientos hubieran sido inútiles, y un contrasentido en mi nueva posición. Quedaron latentes, y hoy día los he vuelto a encontrar. Sin embargo, tampoco me han sido inútiles, porque han desarrollado mi inteligencia, que me inspiraba repulsión por los ejemplos bajos y groseros que tenía a la vista. Sin esta educación, *no habría sido más que un criado*.

P. Los ejemplos de los servidores adictos a sus amos hasta la abnegación, ¿tienen por causa relaciones anteriores?

R. No lo dudéis. Es, al menos, el caso más común. Estos servidores son algunas veces miembros de la misma familia, o, como yo, agradecidos que pagan una deuda de reconocimiento, y que su adhesión ayuda al progreso. No sabéis todos los efectos dc simpatía que de antipatía que estas relaciones anteriores producen en el mundo. No, la muerte no interrumpe estas relaciones, que se perpetúan muchas veces de siglo en siglo.

P. ¿Por qué estos ejemplos de adhesión de los servidores son tan raros hoy en día?

R. Es preciso culpar de esto al espíritu de egoísmo y de orgullo de vuestro siglo,

desarrollado por la incredulidad y las ideas materialistas. La fe verdadera se va con ta concupiscencia y el deseo de la ganancia, y con ella los sacrificios. El Espiritismo, conduciendo a los hombres al sentimiento de lo verdadero, hará renacer las virtudes olvidadas.

Nada mejor que este ejemplo puede hacer resaltar el beneficio del olvido de las existencias anteriores. Si M. de G... se hubiera acordado de lo que fue su joven doméstico, hubiese estado muy mortificado con él, y tampoco le habría dejado en esta condición. Habría asimismo puesto trabas a la prueba que ha sido provechosa a los dos.

Antonio B..., enterrado vivo

La pena del Talión

M. Antonio B... era un escritor de mérito, estimado de sus conciudadanos. Habiendo ejercido con distinción e integridad funciones públicas en Lombardía, cayó hacia 1850, a consecuencia de un ataque de apoplejía, en un estado de muerte aparente que se tomó, como sucede por desgracia algunas veces, por la muerte real. El error era tanto más fácil cuanto se habían creído advertir sobre el cuerpo señales de descomposición. Quince días después del entierro, una circunstancia fortuita determinó a la familia a pedir la exhumación. Se trataba de un medallón olvidado por descuido en el ataúd. Pero fue grande el estupor de los asistentes cuando, al abrirse el ataúd, se reconoció que el cuerpo había cambiado de posición, que se había vuelto, y, ¡suceso horrible!, que una de sus manos estaba en parte comida por el difunto. Entonces se manifestó que el desgraciado Antonio B... había sido enterrado vivo, debiendo sucumbir bajo las angustias dc la desesperación y del hambre.

Habiendo sido evocado M. Antonio B... en la Sociedad de París en agosto de 1864, a petición de uno de sus parientes, dio las siguientes explicaciones.

1. *Evocación.*

R. ¿Qué queréis de mí?

2. Uno de vuestros parientes nos ha suplicado que os evocásemos. Lo hacemos con gusto y tendremos el mayor placer, si tenéis la bondad de respondernos.

R. Sí, quiero responderos y lo hago con gusto.

3. ¿Os acordáis de las circunstancias de vuestra muerte?

R. ¡Ah! ¡Ciertamente! Las recuerdo, ¿por qué me traéis a la memoria la idea del castigo?

4. ¿Es cierto que habéis sido enterrado vivo por equivocación?

R. Debía suceder así, porque la muerte aparente ha tenido todos los caracteres de una muerte real; estaba desangrado.[2] No se debe imputar a nadie un hecho previsto desde antes de mi nacimiento.

2. Privado de sangre. Descolorida la piel por la privación de la sangre.

5. Si estas preguntas sirven para causaros molestia, será preciso que no las hagamos.

R. No, continuad.

6. Desearíamos saber que sois feliz, porque habéis dejado la reputación de un hombre honrado.

R. Os doy las gracias. Sé que rogaréis por mí. Procuraré contentaros, pero si lo hago mal, uno de vuestros guías espirituales suplirá mi falta.

7. ¿Podréis describirnos las sensaciones que habéis experimentado en aquel terrible momento?

R. ¡Oh! ¡Qué dolorosa prueba! ¡Sentirse encerrado entre cuatro tablas, no poder revolverse,

ni moverse! ¡No poder llamar, sin voz, en un centro privado de aire! ¡Oh!, ¡qué tormento el del desgraciado que se esfuerza en vano en aspirar en una atmósfera insuficiente y desprovista de lo necesario para poder respirar! ¡Ah! Estaba como un condenado a la boca de un horno, salvo el calor.
¡Oh! ¡no deseo a nadie semejantes tormentos! ¡No, no deseo a nadie un fin como el mío! ¡Ah!, ¡cruel castigo de una terrible y feroz existencia! No me preguntéis en qué pensaba, pero me sumergía en el pasado y entreveía vagamente el porvenir.

8. Vos decís que aquel fue el castigo de una feroz existencia. Sin embargo, vuestra reputación, intachable hasta hoy, no hacía suponerlo. ¿„Podéis explicárnoslo?

R. ¡Qué es la duración de una existencia en la eternidad! Ciertamente, he procurado obrar bien en mi última encarnación, pero este fin había sido aceptado por mí antes de volver a entrar en la Humanidad. ¡Ah!, ¿por qué me preguntáis sobre este pasado doloroso que sólo yo conocía, y los espíritus, ministros del Omnipotente? ¡Sabed, pues es preciso decíroslo, que en una existencia anterior había emparedado a mi mujer, ¡enteramente viva!, en una cueva. ¡Es la pena del Talión la que he debido aplicarme! Ojo por ojo y diente por diente.

9. Os damos las gracias por haber tenido la bondad de responder a nuestras preguntas, y rogamos a Dios os perdone lo pasado en favor del mérito de vuestra última existencia.

R. Volveré más tarde. Por lo demás, el espíritu de Erasto completará con gusto esta comunicación.

Instrucción del guía del médium:

Lo que debéis recoger de esta enseñanza es que todas vuestras existencias se corresponden, y que ninguna es independiente de las otras. Las inquietudes, las desazones. como los grandes dolores que afectan a los hombres, son siempre consecuencias de una vida anterior criminal o mal empleada. Sin embargo, debo comentaros que el final semejante de Antonio B... es raro, y si este hombre, cuya última existencia ha estado exenta de censura, ha concluido de este modo, es porque él mismo había solicitado una muerte semejante, a fin de abreviar el tiempo de su estado errante, y alcanzar más rápidamente las esferas celestes.

En efecto después de un período de turbación y de sufrimiento moral para expiar todavía su crimen espantoso, le será perdonado, y se elevará hacia un mundo mejor donde encontrará a su víctima, que le espera y que le ha perdonado ya hace mucho tiempo. Sabed, pues, aprovecharos de este ejemplo cruel, para soportar con paciencia, queridos espiritistas, los sufrimientos corporales y morales y todas las miserias de la vida.

P. ¿Qué provecho puede recoger la Humanidad de semejante castigo?

R. Los castigos no son para que la Humanidad se desarrolle, sino para castigar al individuo culpable. Efectivamente, la Humanidad no tiene ningún interés en ver sufrir uno de los suyos. Aquí el castigo fue apropiado a la falta. ¿Por qué hay locos e imbéciles? ¿Por qué mueren algunos en el fuego? ¿Por qué otros viven muchos años en los tormentos de una larga agonía, no pudiendo vivir ni morir? ¡Ah! Creedme, respetad la voluntad soberana, y no tratéis de sondear la razón de los decretos providenciales. Sabedlo, Dios es justo, y hace bien todo lo que hace.

Erasto

¿No tenemos en este caso una lección grande y terrible? De este modo la justicia de Dios alcanza siempre al culpable, y aunque algunas veces sea tardía, no por eso deja de seguir su curso. ¿No es eminentemente moral el saber que si grandes culpables acaban sus existencias pacíficamente, y a menudo en la abundancia de los bienes terrestres, la hora de la expiación sonará tarde o temprano? Penas de esta naturaleza se comprenden, no solamente porque están de algún modo a nuestro alcance, sino porque son lógicas. Se cree en ellas porque la razón las admite.

Una existencia honrosa, no exenta no obstante de las pruebas de la vida, porque se las ha elegido o aceptado como complemento de expiación, es el saldo de una deuda que se satisface antes de recibir el premio del progreso cumplido.

Si se considera cuán frecuentes eran en los siglos pasados, incluso en estas clases más elevadas y más

ilustradas, los actos de barbarie que tanto hoy nos indignan, cuántos asesinatos se cometían en aquellas épocas en qué se jugaba con la vida de su semejante, en que el poderoso aniquilaba al débil sin escrúpulo, se comprenderá cuántos hombres debe haber en nuestros días que tienen que lavar su pasado. No debemos maravillarnos, pues, del tan considerable número de gentes que mueren víctimas de accidentes aislados o de catástrofes generales. El despotismo, el fanatismo, la ignorancia y las preocupaciones de la Edad Media y de los siglos que la han seguido, han llegado a las generaciones futuras una duda inmensa que no está aún liquidada. Muchas desgracias nos parecen inmerecidas, porque no vemos sino el momento actual.

M. Letil

M. Letil, fabricante cerca de París, murió en abril de 1864 de una manera horrible. Habiéndose encendido una caldera de barniz hirviendo, y derramándose sobre él, en un instante fue cubierto de una materia inflamada, y comprendió enseguida que estaba perdido. Solo a la sazón en el obrador con un joven aprendiz, tuvo el valor de ir hasta su casa, distante más de doscientos metros. Cuando pudieron darle los primeros auxilios, las carnes estaban quemadas y le caían del cuerpo y de la cara. Vivió así doce horas entre los más horribles sufrimientos, conservando, a pesar de esto, toda su presencia de espíritu hasta el último momento, y poniendo en orden sus asuntos con entera lucidez. Durante esta cruel agonía no se le oyó ninguna queja, ningún murmullo, y murió rogando a Dios.

Era un hombre muy honrado, de un carácter dulce y benévolo, amado y estimado de todos los que le habían conocido. Había abrazado con entusiasmo las ideas espiritistas, pero con poca reflexión, por cuyo motivo, como tenía alguna mediumnidad, fue juguete de numerosas mistificaciones, que sin embargo no quebrantaron su fe. En ciertas circunstancias su confianza en lo que le decían los espíritus llegaba hasta la candidez.

Evocado en la Sociedad de París el 23 de abril de 1864, pocos días después de su muerte, todavía bajo la impresión de ta terrible escena de la que había sido víctima, dio la comunicación siguiente:

"...¡Una tristeza profunda me oprime! Espantado aún de mi muerte trágica, me creo bajo el hierro del verdugo. ¡Cuánto he sufrido: ¡Oh, sí, mucho he sufrido! Estoy todavía temblando. Me parece que siento todavía el olor fétido que mis carnes quemadas despedían a mi alrededor.

"¡Agonía de doce horas, cuánto has probado al espíritu culpable! Ha sufrido sin murmurar. También Dios le concederá su perdón.

"¡Oh, querida mía: No llores por mí. mis dolores van a calmarse. No sufro realmente, pero el recuerdo equivale a la realidad. Mi conocimiento del Espiritismo me ayuda mucho. Veo ahora que sin esa dulce creencia habría permanecido en el delirio que hubiera resultado de esta muerte horrorosa.

"Pero tengo un consolador que no me ha dejado desde mi último suspiro. Hablaba aún, y ya le veía cerca de mí. Me parecía que un reflejo de mis dolores que me daba vértigo, y me mostraba fantasmas... No, era mi ángel protector, que silencioso y mudo, me consolaba en mi corazón.

"Desde que hube dicho adiós a la Tierra, me dijo:

"-Ven, hijo mío, y vuelve a ver la luz del día.

"Respiraba más libremente, creyendo salir de un sueño espantoso. Hablaba de mi querida esposa, del animoso muchacho que se había sacrificado por mí.

"-Todos están en la Tierra -me refirió-. Tú, hijo mío, estás entre nosotros.

"Buscaba mi casa. El ángel me dejó entrar en ella acompañándome siempre. Vi a todo el mundo derramando lágrimas. En aquella pacífica morada de otro tiempo, todo era duelo y tristeza. No pude sostener más tiempo la vista de este doloroso espectáculo, muy conmovido expuse a mi guía:

"-¡Oh! Ángel, salgamos de aquí.

"-Sí, salgamos y busquemos reposo -dijo el ángel.

"Después, sufrí menos. Si no viera a mi esposa inconsolable, mis amigos tan tristes, sería casi feliz.

"Mi buen guía, mi querido ángel, me ha hecho el favor de explicarme por qué he tenido una muerte tan dolorosa, y para vuestra enseñanza, hijos míos, voy a haceros una confesión.

"Hace dos siglos hice extender sobre una hoguera a una joven inocente como las de su edad. Tenía de doce a catorce años. ¿De qué se la acusaba? ¡Ah! De haber sido la cómplice de una revuelta contra la política sacerdotal.

"Era italiano y juez inquisidor, los verdugos no se atrevían a tocar el cuerpo de la joven. yo mismo fui el juez y el verdugo. ¡Oh, justicia, justicia de Dios, tú eres grande! Me he sometido a ella, había prometido tantas veces no vacilar el día del combate, que he tenido la fuerza de sostener mi palabra. No he murmurado, vos me habéis perdonado, ¡oh, Dios mío! ¿Cuándo se borrará de mi memoria el recuerdo de mi pobre e inocente víctima? Esto es lo que me hace sufrir. También deberé obtener su perdón.

"Vosotros, hijos de la nueva doctrina, decís alguna vez: «No nos acordamos de lo que hemos hecho precedentemente, por esto no podemos evitar los males a que nos exponemos por el olvido del pasado.»

"¡Oh, hermanos míos! Bendecid a Dios. Si os hubiera dejado el recuerdo, no tendríais ningún descanso en la Tierra. Perseguidos sin cesar por los remordimientos y la vergüenza, ¿podríais tener un solo instante de paz?

"El olvido es un beneficio. El recuerdo sería un tormento. Pasados algunos días, y por recompensa de la paciencia con la cual he soportado mis dolores, Dios me hará olvidar la falta. Esta es la promesa que acaba de hacérseme por mi buen ángel."

El carácter de M. Letil en su última existencia prueba cuánto se había mejorado su espíritu. Su conducta fue el resultado de su arrepentimiento y de las resoluciones que tomó. Pero esto no bastaba, era preciso sellar estas resoluciones con una gran expiación. Le era preciso sufrir como hombre lo que había hecho sufrir a los otros. La resignación en esta terrible circunstancia era para él la prueba más grande, y afortunadamente no ha faltado a ella. Sin duda ha contribuido mucho a sostener su valor el conocimiento del Espiritismo, por la fe sincera que le había dado en cl porvenir. Sabía que los dolores de la vida eran pruebas y expiaciones, y se había sometido a cllas sin murmurar. diciendo: "-Dios es justo, sin duda lo he merecido."

Un sabio ambicioso

La Sra. B..., de Burdeos, no experimentó las agudas angustias de la miseria, pero fue toda su vida mártir de dolores físicos por haber sido atacada de innumerables enfermedades graves durante sesenta años, desde la edad de cinco meses, y que casi cada año la ponían a las puertas de la muerte. Tres veces fue envenenada por los ensayos que la ciencia incierta hizo sobre ella, y su temperamento, viciado por los remedios tanto como por las enfermedades, la hizo víctima hasta el fin de sus días de intolerables sufrimientos que nada podía calmar. Su hija, espiritista cristiana y médium, pedía a Dios en sus oraciones endulzase sus crueles pruebas, pero su guía espiritual le dijo le pidiese simplemente para ella la fuerza de soportarlas con paciencia y resignación, y le dictó las instrucciones siguientes:

"Todo tiene su razón de ser en la existencia humana. No hay uno de los sufrimientos que habéis causado, que no encuentre eco en los dolores que sufrís, uno de vuestros excesos que no encuentre un contrapeso en una de vuestras privaciones. No cae una lágrima de vuestros ojos sin

tener que lavar una falta o un crimen algunas veces. Sufrid, pues, con paciencia y resignación vuestros dolores físicos y morales por crueles que os parezcan, y pensad en el labrador cuya fatiga le quebranta los miembros pero que continúa su obra sin detenerse, porque tiene siempre ante él las espigas doradas que serán el fruto de su perseverancia. Tal es la suerte del desgraciado que sufre sobre vuestra Tierra. La aspiración hacia la dicha que debe ser el fruto de su paciencia, le hará fuerte contra los dolores pasajeros de la Humanidad.

"Así es en cuanto a tu madre. Cada dolor que acepta como una expiación, es una mancha borrada de su pasado, y cuanto más pronto se borren todas las manchas, tanto más pronto será feliz. Sólo la falta de resignación hace el sufrimiento estéril, porque entonces las pruebas se han de volver a empezar. Lo que es más útil para ella, el ánimo y la sumisión, esto es lo que es necesario pedir a Dios y a los buenos espíritus para que se le conceda.

"Tu madre fue en otro tiempo un buen médico, acreditado entre una clase en que no cuesta nada asegurarse un bienestar, y donde fue colmado de dones y honores. Ambicioso de gloria y riquezas, queriendo alcanzar el apogeo de la ciencia, no con la idea de aliviar a sus hermanos, porque no era filántropo, sino en vista de aumentar su reputación y en consecuencia su clientela, nada le importaba con tal que sus estudios tuviesen el fin que apetecía.

"La madre era martirizada en su lecho de sufrimiento, porque preveía un estudio en las convulsiones que provocaba. El niño era sometido a los experimentos que debían darle la llave de ciertos fenómenos. El anciano veía apresurar su fin. El hombre vigoroso se sentía debilitado por los ensayos que debían acreditar la acción de tal o cual brebaje, y todos estos experimentos se practicaban sobre el desgraciado sin desconfianza.

"La satisfacción de la concupiscencia y del orgullo, la sed de oro y de su fama, tales fueron los móviles de su conducta.

"Han sido necesarios siglos y terribles pruebas para domar este espíritu orgulloso y ambicioso. Después empezó el arrepentimiento, su obra regeneradora, y la reparación se acaba, porque las pruebas de esta última existencia son dulces al lado de las que ha sufrido. Ánimo, pues, si la pena ha sido larga y cruel, la recompensa acordada a la paciencia, a la resignación y a la Humanidad, será grande.

"Ánimo, vosotros todos los que sufrís. Pensad en el poco tiempo que dura vuestra existencia material. Pensad en las alegrías de la eternidad. Acudid a la esperanza, amiga íntima de todo corazón que sufre. Acudid a la fe, hermana de la esperanza, la fe que os muestra el cielo donde la esperanza os hace penetrar antes de tiempo. Llamad también a esos amigos que el Señor os da que os rodean, os sostienen, os aman, y cuya constante solicitud os conduce a aquel a quien habéis ofendido y cuyas leyes habéis violado."

Después de su muerte. la Sra. B... ha dado, ya a su hija, ya a la Sociedad Espiritista de París, comunicaciones donde se reflejan las mas eminentes cualidades, y donde confirma lo que había sido dicho de sus antecedentes.

Carlos de San G..., idiota

Sociedad Espiritista de Paris

Carlos de San G... era un joven idiota, de trece años edad. Sus facultades intelectuales eran de tal nulidad, que no reconocía a sus padres y podía apenas tomar alimento. Había en él paralización completa de desarrollo en todo el sistema orgánico.

A San Luis:

1. ¿Querríais manifestarnos si podemos hacer la evocación del espíritu de este niño?

R. Podéis evocarle como si evocaseis al espíritu de un muerto.

2. Vuestra respuesta nos haría suponer que la evocación podría hacerse en cualquier momento.

R. Sí, su alma está unida a su cuerpo por lazos materiales, pero no por lazos espirituales. Puede desprenderse siempre.

3. *Evocación de Carlos de San G...*

R. Soy un pobre espíritu ligado a la Tierra, como un pájaro por una pata.

4. En vuestro estado actual, como espíritu, ¿tenéis conciencia de vuestra nulidad en este mundo?

R. Ciertamente, reconozco bien mi cautiverio.

5. Cuando vuestro cuerpo duerme y vuestro espíritu se desprende, ¿tenéis las ideas tan lúcidas como si estuvieseis en un estado normal?

R. Cuando mi desgraciado cuerpo descansa, soy un poco más libre para elevarme hacia el cielo, a donde aspiro ir.

6. ¿Experimentáis como espíritu un sentimiento penoso por vuestro estado corporal?

R. Sí, puesto que es un castigo.

7. ¿Os acordáis de vuestra existencia precedente?

R. ¡Oh! Sí, es la causa de mi destierro de ahora.

8. ¿Cuál era esa existencia?

R. Un joven libertino en tiempos de Enrique III.

9. Decís que vuestra condición actual es un castigo. ¿No la habéis, pues, elegido?

R. No.

10. ¿Cómo puede servir vuestra existencia actual a vuestro adelanto, en el estado de nulidad en que estáis?

R. No es nula para mí, ante Dios que me la ha impuesto.

. 11. ¿Prevéis la duración de vuestra existencia actual?

R. No. Después de algunos años, volveré a mi patria.

12. Desde vuestra precedente existencia hasta vuestra encarnación actual, ¿qué habéis hecho como espíritu?

R. Por lo mismo que era un espíritu ligero, Dios me ha encarcelado.

13. En vuestro estado de vigilia, ¿tenéis conciencia de lo que pasa alrededor vuestro, a pesar de la imperfección de vuestros órganos?

R. Veo, oigo, pero mi cuerpo no comprende ni ve nada.

14. ¿Podemos hacer algo que os sea útil?

R. Nada.

A san Luis:

15. ¿Las oraciones por un espíritu encarnado, pueden tener la misma eficacia que para un espíritu errante?

R. Las oraciones son siempre buenas y agradables a Dios. En la situación de este pobre espíritu no pueden servirle para nada, le servirán más tarde, porque Dios las tomará en cuenta.

Esta evocación confirma lo que siempre se ha dicho sobre los idiotas. Su nulidad moral no depende de la nulidad del espíritu, quien abstracción hecha de sus órganos. goza de todas sus facultades. La imperfección de los órganos no es sino un obstáculo a la libre manifestación de los pensamientos, no los aniquila. Este es el caso de un hombre vigoroso cuyos miembros estuviesen atados.

Instrucción de un espíritu sobre los idiotas y los imbéciles dada a la Sociedad de París:

Los imbéciles son seres castigados en la Tierra por el mal uso que han hecho de sus poderosas facultades. Su alma está encarcelada en un cuerpo cuyos órganos impotentes no pueden expresar sus pensamientos. Este mutismo moral y físico es uno de los más crueles castigos terrestres.

Muchas veces es elegido por espíritus arrepentidos que quieren rescatar sus faltas. Esta prueba no es estéril porque el espíritu no queda estacionado en su prisión de carne. Esos ojos entorpecidos, ven, ese cerebro deprimido, concibe. Pero nada puede traducirse por la palabra ni por la mirada, y salvo el movimiento, están moralmente en el estado de los aletargados y de los catalépticos que ven y oyen lo que pasa a su alrededor, sin poder expresarlo. Cuando tenéis en sueños esas terribles pesadillas en que queréis huir de un peligro, en que gritáis pidiendo socorro, mientras que vuestra lengua queda pegada al paladar y vuestros pies al suelo, experimentáis por un instante lo que el imbécil siente siempre, *parálisis del cuerpo, unida a la vida del espíritu.*

Casi todas las dolencias tienen así su razón de ser. Nada se hace sin causa, y lo que vosotros llamáis la injusticia de la suerte es la aplicación de la más alta justicia. La locura es también un castigo del abuso de altas facultades. El loco tiene dos personalidades, la que desatina y la que tiene conciencia de sus actos sin poderlos dirigir.

En cuanto a los imbéciles, la vida contemplativa y aislada de su alma, que no tiene las distracciones del cuerpo, puede ser tan agitada como las existencias más complicadas por los acontecimientos.

Algunos se rebelan contra su suplicio voluntario, sienten haber elegido y experimentan un deseo furioso de volver a la otra vida. Deseo que les hace olvidar la resignación en la vida presente y el remordimiento de la vida pasada, de la cual tienen conciencia, porque los imbéciles y los locos saben más que vosotros, y bajo su impotencia física se oculta una potencia moral de la que no tenéis ninguna idea.

Los actos de furor o de imbecilidad a que su cuerpo se entrega son juzgados por el ser interior que sufre de esto y que se avergüenza. Por lo tanto, abofetearles, injuriarles, maltratarles, como se hace algunas veces, es aumentar sus sufrimientos. Porque es hacerles sentir más duramente su debilidad y su abyección, y si ellos pudieran, llamarían cobardes a los que obran de este modo, porque saben que su víctima no puede defenderse.

La imbecilidad no es una de las leyes de Dios, y la ciencia puede hacerla desaparecer, porque es resultado material de la ignorancia, de la miseria y del desaseo. Los nuevos medios de higiene que la ciencia, más práctica, ha puesto al alcance de todos, tienden a destruirla. Siendo el progreso la condición expresa de la Humanidad, las pruebas impuestas se modificarán y seguirán la marcha de los siglos. Todas acabarán siendo morales, y cuando vuestra Tierra, joven aún, haya cumplido todas las fases de su existencia, será una morada de felicidad como otros planetas más avanzados.

Pedro Jonty, padre del médium

Hubo un tiempo en que se puso en cuestión el alma de los imbéciles y se preguntaba si pertenecían verdaderamente a la especie humana. La manera como el Espiritismo lo considera, ¿no es de alta moralidad y de gran enseñanza? ¿No hay materia para serias reflexiones pensando que esos cuerpos desgraciados encierran almas que puede que hayan brillado en el mundo, que son tan lúcidas y tan pensadoras como las nuestras, bajo la espesa envoltura que ahoga sus manifestaciones, y que puede sucedernos lo mismo a nosotros, si abusamos de las facultades que nos ha dispensado la Providencia?

Además, ¿cómo podría explicarse la imbecilidad? ¿Cómo podría estar conforme con la justicia y la bondad de Dios, sin admitir la pluralidad de existencias? Si no ha vivido ya el alma, debe haber sido creada al mismo tiempo que el cuerpo. ¿cómo se justifica la creación de almas tan desheredadas, como las de los imbéciles, por un Dios justo y bueno? Porque aquí no se trata de uno de esos accidentes, como la locura, por ejemplo, que se pueden prevenir o curar. Esos seres nacen y mueren en el mismo estado.

No teniendo ninguna noción del bien y del mal, ¿cuál es su suerte en la eternidad? ¿Serán dichosos al igual que los hombres inteligentes y trabajadores? ¿Mas por qué se concedería este favor, puesto que no han hecho bien? ¿Irán a lo que se llama limbo, estarán en un estado mixto que no es ni la dicha ni la desgracia? Pero, ¿por qué esta inferioridad eterna? ¿Es culpa suya si Dios los ha creado imbéciles? Desafiamos a todos los que rechazan la doctrina de la reencarnación a que salgan de este círculo estrecho y sin salida. Con la

reencarnación, al contrario, lo que parece injusto viene a ser una admirable justicia. Lo que es inexplicable, se explica de una manera muy racional.

Por lo demás, no sabemos que los que no admiten esta doctrina la hayan jamás combatido con otros argumentos más que con el de su repugnancia personal a volver a la Tierra. A ésos podemos contestarles: Para que volváis a ella, Dios no os pide vuestro permiso, así como el juez no consulta la voluntad del condenado para enviarle a presidio.

Cada uno tiene la posibilidad de no volver a ella, mejorándose lo suficiente para merecer pasar a una esfera más elevada. Pero en esas esferas venturosas no se admite el egoísmo ni el orgullo. Es necesario trabajar despojándose de estas dolencias morales, si se quiere ascender un grado.

Se sabe que en ciertas comarcas los imbéciles, lejos de ser un objeto de desprecio, están rodeados de cuidados benévolos. ¿No dependería este sentimiento de una intuición del verdadero estado de esos infortunados, tanto más digno de respeto cuanto que su espíritu, que comprende su situación, debe sufrir al considerarse la escoria de la sociedad?

En dichas comarcas tienen por un favor y bendición de Dios el contar a uno de estos seres entre la familia. ¿Es quizás una superstición? Es posible, porque entre los ignorantes se mezcla la superstición con las ideas más santas, que no saben explicarse. En todos los casos es para los padres una ocasión de ejercer una caridad, tanto más meritoria cuanto que siendo generalmente pobres es para ellos una carga sin compensación material.

Existe más mérito en rodear de cuidados afectuosos a un niño desgraciado que a aquel cuyas cualidades ofrecen una compensación. Pero la caridad del corazón, siendo una de las virtudes más agradables a Dios, atrae siempre su bendición sobre los que la practican. Ese sentimiento innato entre aquellas gentes equivale a esta oración: "-Gracias, Dios mío, por habernos dado como prueba el sostener a un ser débil, y consolar a un afligido."

Adelaida-Margarita Gosse

Esta era una humilde y pobre sirvienta de Normandía, cerca de Harfleur. A los once años, entró al servicio de unos ricos ganaderos de su país. Pocos años después, una inundación del Sena se llevó y anegó todas las bestias. Otras desgracias sobrevinieron, y sus amos cayeron en la miseria. Adelaida encadenó su suerte a la de sus amos, ahogó la voz del egoísmo y, no escuchando sino a su corazón generoso, les hizo aceptar quinientos francos ahorrados por ella, y continuó sirviéndoles sin salario.

Después, a su muerte, se unió con su hija, que había quedado viuda y sin recursos. Trabajaba en los campos y llevaba su ganancia a la casa. Contrajo matrimonio, y añadió el jornal de su marido al suyo. Eran dos para sostener a la pobre mujer que ella llamaba siempre "¡su ama!" Este sublime sacrificio duró cerca de medio siglo.

La Sociedad de Emulación de Ruan no dejó en el olvido a esta mujer digna de tanto respeto y admiración. Le concedió una medalla de honor y una recompensa en dinero. Las logias masónicas de El Havre se asociaron a este testimonio de estimación, y le ofrecieron una pequeña suma para aumentar su bienestar. En fin, la administración local se ocupó de su suerte con delicadeza, respetando su susceptibilidad.

Un ataque de parálisis se llevó en un instante y sin sufrimiento a este ser benéfico. Los últimos obsequios le fueron prestados de un modo sencillo, pero decente. El secretario de la alcaldía presidió el duelo.

Sociedad de París. 27 de diciembre de 1861

P. *Evocación*. Rogamos a Dios Todopoderoso permita al espíritu de Margarita Gosse se comunique con nosotros.

R. Sí, Dios tiene a bien hacerme esta gracia.

P. Tenemos el mayor gusto en poderos dar una prueba de nuestra admiración por la conducta que habéis tenido durante vuestra existencia terrestre, y esperamos que vuestra abnegación
habrá recibido su recompensa.

R. Sí, Dios, para su sirviente, ha tenido misericordia y amor.

Lo que he hecho, lo que encontráis bien, era muy natural.

P. Para nuestra instrucción, ¿podríais describimos cuál fue la
causa de la humilde condición que habéis ocupado en la Tierra?

R. Yo ocupé, en dos existencias sucesivas, una posición bastante elevada. El bien me era fácil, lo hacía sin sacrificio, porque era rica. Me parecía que progresaba lentamente y por esto pedí volver en condición más ínfima en la que tendría que luchar contra las privaciones, y me preparé a ello durante mucho tiempo. Dios sostuvo mi esfuerzo, y he podido llegar al fin que me había propuesto, gracias a los socorros espirituales que Dios me ha enviado.

P. ¿Habéis visto a vuestros antiguos amos? Os suplico nos digáis cuál es vuestra situación respecto a ellos, y si os consideráis siempre como su subordinada.

R. Sí, los he vuelto a ver. Estaban esperando mi llegada a este mundo, y debo deciros con toda humildad que me consideran muy superior a ellos.

P. ¿Teníais un motivo particular para uniros a ellos antes que a otros?

R. Ningún motivo obligatorio. Habría alcanzado mi objeto en todas partes, pero los elegí para satisfacerles una deuda de reconocimiento. En otro tiempo habían sido buenos para mí y me habían hecho servicios.

P. ¿Qué porvenir presentís para vos?

R. Espero ser reencarnada en un mundo en que el dolor sea desconocido. Quizá me encontréis muy presuntuosa, pero os respondo con la viveza de mi carácter. Por lo demás, lo dejo a la voluntad de Dios.

P. Os damos las gracias por haber venido a nuestro llamamiento y no dudamos de que Dios os colmará de bondades.

R. Gracias. ¡Ojalá Dios os bendiga y al morir os haga experimentar a todos las alegrías tan puras que me han sido dispensadas!

Clara Rivier

Clara Rivier era una joven de diez años, perteneciente a una familia de labradores de una aldea del Mediodía de Francia. Estaba completamente enferma desde los cuatro años. Durante su vida, no dejó escapar una sola queja, ni dio una sola señal de impaciencia. Aunque desprovista de instrucción, consolaba a su afligida familia, conversando de la vida futura y de la dicha que debía encontrar en ella.

Murió en septiembre de 1862, después de cuatro días de torturas y convulsiones, durante las cuales no cesó de rogar a Dios. “No temo la muerte -decía-, puesto que una vida de felicidad me está reservada después.” Decía también a su padre, que lloraba: “Consuélate, vendré a visitarte. Mi hora está próxima, lo siento. Cuando llegue, lo sabré y te lo advertiré antes.” En efecto, cuando el momento fatal estuvo a punto de llegar, llamó a todos los suyos, diciendo. “No tengo más que cinco minutos de vida, dadme vuestras manos.” Y expiró como lo había anunciado.

Desde entonces un espíritu golpeador vino a visitar la casa de los esposos Rivier, donde lo derribaba todo, y golpeaba la mesa como si tuviera una maza. Agitaba las colgaduras de las camas y las cortinas, y removía la vajilla. Este espíritu aparecía bajo la forma de Clara a su joven hermana, que no tiene más que cinco años. Según esta niña, su hermana le ha hablado muchas veces, y estas apariciones le hacen a menudo dar gritos de alegría y exclamar: “Pero, ¿veis qué linda está Clara?”

1 . *Evocación de Clara Rivier.*

R. Estoy cerca de vosotros. dispuesta a responder.

2. ¿De dónde os venían, aunque tan joven y sin instrucción, las ideas elevadas que habíais expresado sobre la vida futura, antes de vuestra muerte?

R. Del poco tiempo que tenía que pasar sobre vuestro globo y de mi precedente encarnación. Cuando dejé la Tierra, era médium, y lo soy también volviendo entre vosotros. Esto era una predestinación, sentía y veía lo que expresaba.

3. ¿Cómo es que una niña de vuestra edad no se haya quejado durante cuatro años de sufrimientos?

R. Porque el sufrimiento físico estaba dominado por una potencia más grande, la de mi ángel de la guarda, a quien veía continuamente cerca de mí. Sabía aliviar todo lo que sentía, hacía que mi voluntad fuese más fuerte que el dolor.

4. ¿Cómo os han prevenido del instante de vuestra muerte?

R. Mi ángel de la guarda me lo revelaba, jamás me ha engañado.

5. Habíais dicho a vuestro padre: "Consuélate, vendré a visitarte." ¿Cómo es que, animada de tan buenos sentimientos para vuestros padres, venís a atormentarles después de vuestra muerte, haciendo ruido en su casa?

R. Tengo, sin duda, una prueba, o mejor dicho, una misión que cumplir. Si vuelvo a ver a mis padres, ¿creéis que es sin objeto? Estos ruidos, esta perturbación, estas luchas causadas por mi presencia, son una advertencia. Estoy ayudada por otros espíritus cuya perturbación tiene un objeto, como yo tengo el mío, apareciendo a mi hermana. Gracias a nosotros, muchas convicciones van a nacer. Mis padres tenían que sufrir una prueba. Cesará pronto, pero solamente después de haber llevado la convicción a una multitud de espíritus.

6. De este modo, ¿no sois vos en persona la que causa esta perturbación?

R. Soy ayudada por otros espíritus, que sirven para la prueba reservada a mis queridos padres.

7. ¿Cómo es que vuestra hermana os ha reconocido, si no sois vos quien producía estas manifestaciones?

R. Mi hermana no ha visto a nadie sino a mí. Posee ahora la doble vista, y no será la última vez que mi presencia vendrá a consolarla y a animarla.

8. ¿Por qué, siendo tan joven, habéis sido afligida con tantas dolencias?

R. Tenía que expiar faltas anteriores, había hecho mal uso de la salud y de la posición brillante de que gozaba en mi anterior encarnación. Entonces Dios me dijo. "Tú has gozado grandemente, desmedidamente, y sufrirás lo mismo. Tú eras orgullosa, serás humilde. Tú estabas envanecida de tu hermosura, serás desfigurada. En lugar de la vanidad, te esforzarás en adquirir la caridad y la bondad." He cumplido la voluntad de Dios, y mi ángel de la guarda me ha ayudado.

9. ¿Tendríais que encargar algo para vuestros padres?

R. A petición de un médium. han hecho mis padres mucha caridad. Razón han tenido en no rogar siempre con los labios: es preciso hacerlo con la mano y el corazón. Dar a los que sufren es orar, ser espiritista.

Dios ha dado a todas las almas el libre albedrío, esto es, la facultad de progresar. Ha dado a todas la misma aspiración, y por esta razón, *la ropa de paño burdo está más cerca de la ropa de oro de lo que generalmente pensáis*. Por lo tanto, estrechad las distancias por la caridad. Introducid al pobre en vuestra casa, animadle, levantadle, no le humilléis. Si se supiese practicar por todas partes esta gran ley de la conciencia, no se tendría en épocas determinadas esas grandes miserias que deshonran a los pueblos civilizados, y que Dios envía para castigarles y abrirles los ojos.

Queridos padres, rogad a Dios. Amaos. Practicad la ley de Cristo, no hagáis a los otros lo que no quisierais que os fue hecho. Implorad a Dios que os prueba, manifestándoos que su voluntad es santa y grande como Él. Sabed, previniendo el porvenir, armaros de valor y de perseverancia, porque estáis llamado sufrir todavía, y es necesario saber merecer una buena posición en un mundo mejor, donde el conocimiento de la justicia divina es el castigo de los malos espíritus.

Siempre estaré cerca de vosotros, queridos padres. Adiós, o mejor, hasta luego. Tened resignación, caridad y amor a vuestros semejantes, y un día llegaréis a ser dichosos.

Clara

¡Qué hermoso pensamiento es éste: "La ropa de paño burdo está más cerca de la ropa recamada de oro de lo que generalmente pensáis." Es una alusión a los espíritus que, de una existencia a otra, pasan de una posición brillante a otra posición humilde o miserable, porque muchas veces expían en un centro ínfimo el abuso que han hecho de los dones que Dios les había concedido. Es una justicia que todo el mundo comprende.

Otro pensamiento no menos profundo es el que atribuye las calamidades de los pueblos a la infracción dc la ley de Dios. porque Dios castiga a los pueblos como castiga a los individuos. Es cierto que si practicasen la ley de caridad, no habría guerras ni grandes miserias. El Espiritismo conduce a la práctica de esta ley, ¿será por esto que encuentra enemigos tan encarnizados? Las palabras de esta joven a sus padres, ¿son acaso las de un demonio?

Francisca Vernhes

Ciega de nacimiento, hija de un colono de las cercanías de Tolosa, murió en 1855, a la edad de cuarenta y cinco años. Se ocupaba constantemente enseñando el catecismo a los niños para prepararles a su primera comunión. Habiéndose cambiado el catecismo, no tuvo ninguna dificultad en enseñarles el nuevo, porque sabía los dos de memoria. Una noche de invierno, volviendo de una excursión de muchas leguas en compañía de su tía, les fue preciso atravesar un bosque por caminos horribles y llenos de lodo. Las dos mujeres debían marchar con precaución sobre el borde de las zanjas. Su tía quería conducirla por la mano, pero ella le respondió: "No tengáis cuidado por mí, no corro ningún peligro de caer. Veo sobre mi espalda una luz que me guía, seguidme, yo soy quien va a conduciros." Así llegaron a su casa sin accidente alguno, conduciendo la ciega a la que tenía el uso de la vista.

Evocación en París, mayo de 1865

P. ¿Tendríais la bondad de darnos la explicación de la luz que os guiaba en aquella noche oscura, y que sólo era visible para vos?

R. ¡Cómo! ¡Personas como vosotros, que están en relación continua con los espíritus, tienen necesidad dc la explicación de un hecho semejante! Era mi ángel de la guarda quien me guiaba.

P. Ésta era nuestra opinión, pero deseábamos verla confirmada. ¿Teníais en aquel momento conciencia de que era vuestro ángel de la guarda quien os servía de guía?

R. No convengo en ello. Sin embargo, creía en una protección celeste. ¡Había rogado tanto tiempo a nuestro Dios bueno y clemente para que tuviese piedad de mí!..., y es tan cruel ser ciego... Sí, es muy cruel, pero reconozco también que es justicia. Los que pecan por la vista, deben ser castigados por la vista. y así de todas las facultades de que los hombres están dotados y de las cuales abusan. A los numerosos infortunios que afligen a la Humanidad, no busquéis, pues, otra causa que la que les es natural, la expiación. Expiación que no es meritoria sino cuando se sufre con sumisión, y puede ser suavizada por la oración atrayendo las influencias espirituales que protegen a los

culpables del *penitenciario humano* y derraman la esperanza y el consuelo en los corazones afligidos que sufren.

P. Os habéis dedicado a la instrucción religiosa de niños pobres. ¿Os ha causado trabajo adquirir los conocimientos necesarios para la enseñanza del catecismo, que sabíais de memoria a pesar de vuestra ceguera y de haberse cambiado?

R. Los ciegos tienen en general los otros sentidos dobles, si puedo expresarme así. La observación no es una de las menores facultades de su naturaleza. Su memoria es como una papelera donde están colocadas con orden. y no desaparecen nunca, las enseñanzas cuyas tendencias y aptitudes tienen. No siendo capaz de perturbar esta facultad ningún hecho exterior, resulta de ello que puede ser desenvuelta de una manera notable por la educación. No me encontraba en este caso, porque no había recibido educación.

Doy gracias a Dios por haberme permitido que fuese bastante para llenar mi misión de abnegación al lado de aquellos niños, lo que era al mismo tiempo una reparación por el mal ejemplo que les di en mi precedente existencia. Todo es objeto serio para los espiritistas. Para eso no deben sino mirar a su alrededor, y les será más útil que el dejarse extraviar por las sutilezas filosóficas de ciertos espíritus, que se burlan de ellos, lisonjeando su orgullo con frases de gran efecto, pero vacías de sentido.

P. Por vuestro lenguaje, os consideramos adelantada intelectualmente, lo mismo que vuestra conducta en la Tierra es una prueba de adelanto moral.

R. Me falta adquirir mucho todavía. Pero hay personas en la Tierra que pasan por ignorantes, porque su inteligencia está velada por la expiación. Mas estos velos caen a la muerte, y los pobres ignorantes son muchas veces más instruidos que aquellos que les desdeñaban. Creedme, el orgullo es la piedra de toque en que se reconocen los hombres. Todos aquellos cuyo corazón es accesible a la lisonja, o que tienen demasiada confianza en su ciencia, están en el mal camino. En general no son sinceros. Desconfiad de ellos. Sed humildes como Cristo, y llevad como él vuestra cruz con amor, a fin de tener acceso en el reino de los cielos.

Francisca Vernhes

Ana Bitter

La pérdida de un hijo adorado es una herida que causa terrible pesar. Pero ver un hijo único que prometía las más bellas esperanzas, en el que se han concentrado *todos* los afectos, desmedrarse a vuestra vista, extinguiéndose sin sufrimientos, por una de esas rarezas de la naturaleza que burlan la perspicacia de la ciencia. Haber agotado inútilmente todos los recursos del arte y adquirido la certeza de que no hay ninguna esperanza, y sufrir esta angustia todos los días, durante largos años, sin prever su término, es un suplicio cruel que la fortuna aumenta, lejos de endulzarlo, porque no se tiene la esperanza de verla gozar a un ser querido.

Tal era la situación del padre de Ana Bitter. Así es que una sombría desesperación se apoderó de su alma. v su carácter se agriaba más y más a la vista de ese espectáculo lastimoso, cuyo desenlace no podía ser sino fatal, aunque indeterminado. Un amigo de la familia, iniciado en el Espiritismo, creyó debía interrogar a su espíritu protector sobre el particular, y recibió la contestación siguiente:

"Con mucho gusto te daré la explicación del extraño fenómeno que tienes a la vista, porque sé que, al pedírmela tú, no te mueve una curiosidad indiscreta sino el interés que tienes por esta pobre niña, y porque será para ti, creyendo en la justicia de Dios, una enseñanza provechosa. Aquellos a quienes quiere herir el Señor deben bajar su frente y no maldecirle y rebelarse, porque no hiere jamás sin causa. Pronto debe venir entre nosotros la pobre joven, cuyo decreto de muerte

suspendió el Todopoderoso, porque Dios tuvo piedad de ella. Y su padre, este desgraciado entre los hombres, debe ser herido en el solo afecto de su vida, por haberse burlado del corazón y de la confianza de los que le rodean.

"Por un momento ha llegado al Altísimo su arrepentimiento, la muerte ha suspendido su espada sobre esta cabeza tan querida. Pero ha vuelto a la rebelión y el castigo sigue siempre a la misma. ¡Dichoso uno cuando es castigado en esa Tierra! Rogad, amigos míos, por esta pobre niña, cuya juventud hará difíciles los últimos momentos. Es tan abundante la savia en este pobre ser, a pesar de su estado de decaimiento, que el alma se desatará con trabajo. ¡Oh! Rogad, más tarde os ayudará, y ella misma os dará consuelos, porque su espíritu es más elevado que los de las personas que la rodean.

"Por un permiso especial del Señor he contestado a lo que me has preguntado, porque es necesario que este espíritu esté ayudado para que el desprendimiento sea más fácil"

El padre ha muerto después de haber sufrido el aislamiento por la pérdida de su hija. He aquí las primeras comunicaciones que han dado la una y el otro después de su muerte:

La hija:

Gracias, amigo mío, por haberos interesado por la pobre niña, y por haber seguido los consejos de vuestro buen guía. Sí, gracias a vuestras oraciones, he podido dejar más fácilmente mi envoltura terrestre, porque mi padre no oraba. ¡Maldecía! No le quiero mal, sin embargo. Esto era a consecuencia de su gran ternura por mí. Ruego a Dios le haga la gracia de ser iluminado antes de morir. Le impulso, le animo, mi misión es endulzar sus últimos instantes.

A veces un rayo de luz divina parece penetrar hasta él, pero no es más que un relámpago pasajero, y pronto vuelve a caer en sus primeras ideas. No hay en él sino un germen de fe ahogada por los intereses del mundo, y que sólo podrán desenvolver nuevas pruebas más terribles, mucho me temo.

En cuanto a mí, no tenía que sufrir sino un resto de expiación, por esto no ha sido muy dolorosa ni muy difícil. En mi extraña enfermedad, no sufría, era más bien un instrumento de prueba para mi padre, porque sufría más por verme en aquel estado en que yo misma estaba resignada, y él no.

Hoy he sido recompensada por esto. Dios me ha hecho el favor de abreviar mi morada en la Tierra, y le doy las gracias. Soy feliz entre los buenos espíritus que me rodean. Todos nos dedicamos a nuestras ocupaciones con alegría, porque la falta de actividad sería un cruel suplicio.

El padre, cerca de un mes después de su muerte:

P. Nuestro objeto al llamaros es el de averiguar vuestra situación en el mundo de los espíritus, para seros útil, si nos es posible.

R. ¡El mundo de los espíritus! yo no lo veo. No veo sino hombres que he conocido y de los cuales ninguno piensa en mí ni me echa de menos. Al contrario, parece que están contentos por haberse desembarazado de mí.

P. ¿Os dais cuenta de vuestra situación?

R. Perfectamente. Durante algún tiempo he creído estar todavía en vuestro mundo, pero ahora sé muy bien que no estoy en él.

P. ¿Cómo es que no veíais otros espíritus alrededor vuestro?

R. Lo ignoro. Sin embargo, cerca de mí todo lo veo claro.

P. ¿Habéis vuelto a ver a vuestra hija?

R. No, murió. La busco, la llamo inútilmente. ¡Qué vacío horrible me ha dejado su muerte en la Tierra! Muriendo, me decía que la encontraría sin duda. Pero nada. siempre el aislamiento a mi alrededor. Nadie me dirige una palabra de consuelo y de esperanza. Adiós, voy a buscar a mi hija.

El guía del médium:

Este hombre no era ateo ni materialista, sino uno de aquellos que creen vagamente, sin preocuparse de Dios ni del porvenir, dominados como están por los intereses de la Tierra. Profundamente egoísta, sin duda lo hubiera sacrificado todo para salvar a su hija. Pero por su provecho personal también sacrificaría sin escrúpulo los intereses de los demás. Fuera de su hija, no tenía afección por nadie.

Por esto Dios le ha castigado como sabéis. Le ha quitado su único consuelo en la Tierra, y como no se ha arrepentido, tampoco la puede encontrar en el mundo de los espíritus. Como no se interesaba por nadie en la Tierra, tampoco se interesa nadie por él. Está solo, abandonado, ése es su castigo. Sin embargo, su hija está cerca de él, pero no la ve. Si la viese, no sufriría su castigo. ¿Qué hace? ¿Se dirige a Dios? ¿Se arrepiente? No, murmura siempre, incluso blasfema. Hace en una palabra, lo que hacía en la Tierra. Ayudadle con la oración y los consejos a salir de su ceguera.

José Maitre, ciego

José Maitre pertenecía a la clase media de la sociedad. Gozaba de un modesto bienestar que le ponía al abrigo de las necesidades. Sus padres le habían hecho dar una buena educación y le destinaban a la industria, pero a los veinte años se quedó ciego. Murió cuando tenía unos cincuenta años.

Una segunda dolencia vino a herirle. Cerca de diez años antes de su muerte se quedó completamente sordo. de modo que sus relaciones con los vivos sólo podían tener lugar por medio del tacto. No ver era ya muy penoso, pero no oír era un cruel suplicio para aquel que, no habiendo gozado de todas sus facultades, debía sentir aún mejor los efectos de esta doble privación. ¿Por qué había merecido esta triste suerte? No sería por su última existencia, porque su conducta había sido siempre ejemplar. Era buen hijo, de un carácter dulce y benévolo, y cuando se vio, para colmo de males, privado del oído, aceptó esta nueva prueba con resignación, y nunca se le oyó pronunciar una queja. Sus conversaciones denotaban una perfecta lucidez de entendimiento y una inteligencia poco común.

Una persona que le había conocido, presumiendo que se podían sacar útiles instrucciones de una conversación con su espíritu, le llamó, y recibió de él la comunicación siguiente, en contestación a las preguntas que se le dirigieron.

París, 1863

Amigos míos, os doy gracias por haberos acordado de mí, aunque quizá no hubierais pensado en ello, si no hubieseis creído sacar algún provecho de mi comunicación. Pero sé que os anima un objeto formal. Por esto vengo con gusto a vuestro llamamiento. Puesto que se me permite, dichoso soy en poder servir a vuestra instrucción. ¡Ojalá que mi ejemplo pudiese aumentar las pruebas tan numerosas, que los espíritus os dan, de la justicia de Dios!

Me habéis conocido ciego y sordo, y os habéis preguntado lo que había hecho para merecer semejante suerte. Voy a referíroslo. Sabed desde luego que es la segunda vez que he sido privado de la vista.

En mi precedente existencia, que tuvo lugar a principios del último siglo, quedé ciego a la edad de treinta años, a consecuencia de excesos de todas clases que habían arruinado mi salud y debilitado mis órganos. Ya era un castigo por haber abusado de los dones que había recibido de la Providencia, porque estaba ricamente dotado, pero en lugar de reconocer que yo era la primera causa de mi dolencia, acusaba de ésta a la misma Providencia, en la que, hablando francamente,

creía poco. He blasfemado de Dios, le he renegado, le he acusado, diciendo que si existía, debía ser injusto y malo, puesto que así hacía sufrir a sus criaturas. Por el contrario, debía haberme considerado feliz por no verme en la necesidad de mendigar el pan como otros desgraciados ciegos. Pero no, no pensaba sino en mí, y en la privación de los goces que se me había impuesto. Bajo el imperio de estas ideas y de mi falta de fe, me había vuelto áspero, exigente, insoportable, en una palabra, para aquellos que me rodeaban. La vida en adelante no tenía objeto para mí. No pensaba en el porvenir, que miraba como una quimera. Después de haber agotado inútilmente todos los recursos de la ciencia, viendo mi curación imposible, resolví acabar más pronto, y me suicidé.

Cuando salí de mi estupor estaba sumergido en las mismas tinieblas que durante mi vida. No tardé en reconocer que no pertenecía al mundo corporal, pero era un espíritu ciego. ¡La vida de ultratumba era, pues, una realidad! En vano trataba de quitármela para hundirme en la nada. Chocaba en el vacío. Si esta vida debía ser eterna, como había oído comentar, ¿estaría, pues, durante la eternidad en esta situación? Este pensamiento era horrible. No sufría dolor físico, pero explicaros los tormentos y las angustias de mi espíritu, es algo imposible. ¿Cuánto tiempo duró esto? Lo ignoro. ¡Pero qué largo me pareció!

Extenuado, fatigado, me puse sobre mí. Comprendí que una potencia superior me dominaba. Me dije que si esta potencia podía oprimirme, podía también aliviarme, e imploré su piedad. A medida que rogaba y que mi fervor aumentaba, alguien me decía que mi cruel situación tendría término. La luz se hizo, en fin, mi alborozo fue extremo cuando entreví las celestes claridades, y distinguía los espíritus que me rodeaban, sonriendo con benevolencia, y a los que se mecían radiantes en el espacio. Quise seguir sus pasos, pero una fuerza invisible me retuvo. Entonces uno de ellos me manifestó: "Dios, a quien has desconocido, ha tomado en cuenta tu conversión a Él, y nos ha permitido restituirte la luz, pero no has cedido sino a la fuerza y al cansancio. Si quieres en adelante participar de la dicha que se goza aquí, es necesario probar la sinceridad de tu arrepentimiento y de tus buenos sentimientos volviendo a empezar tu prueba terrestre, *en tales condiciones*, *que estarás expuesto a caer en las mismas faltas*, porque esta nueva prueba será más ruda todavía que la primera." Acepté solícito, prometiéndome con firmeza no faltar a ellas.

Volví, pues, a la Tierra con la existencia que conocéis. No tuve trabajo en ser bueno, porque no era malo por naturaleza. Me rebelé contra Dios y Dios me castigó. Vine a ella con fe innata, por esto no murmuré de Él, y acepté mi doble dolencia con resignación y como una expiación que debía tener su origen en la soberana justicia. No me desesperaba por el aislamiento en que me encontraba en los últimos años, porque tenía fe en el porvenir y en la misericordia de Dios. Me ha sido, además, muy provechoso, porque durante esa larga noche en que todo era silencio, mi alma, más libre, se lanzaba hacia el Eterno, y con el pensamiento entreveía lo infinito. Cuando ha venido el fin de mi destierro, el mundo de los espíritus no ha tenido para mí sino esplendores y goces inefables.

La comparación con el pasado me hace encontrar mi situación relativamente muy dichosa, y por ello doy gracias a Dios. Pero cuando miro adelante, veo cuán lejos estoy todavía de la dicha perfecta. He expiado, me es preciso reparar ahora. Mi última existencia ha sido provechosa sólo para mí. Espero volver pronto a comenzar una nueva en que podré ser útil a los otros. Ésta será la reparación de mi inutilidad precedente. Solamente entonces avanzaré en el camino bendecido, abierto a todos los espíritus de buena voluntad.

He aquí mi historia, amigos míos. Si mi ejemplo puede iluminar a algunos de mis hermanos encarnados y privarles de caer en el fango en que he caído, habré comenzado a satisfacer mi deuda.

José